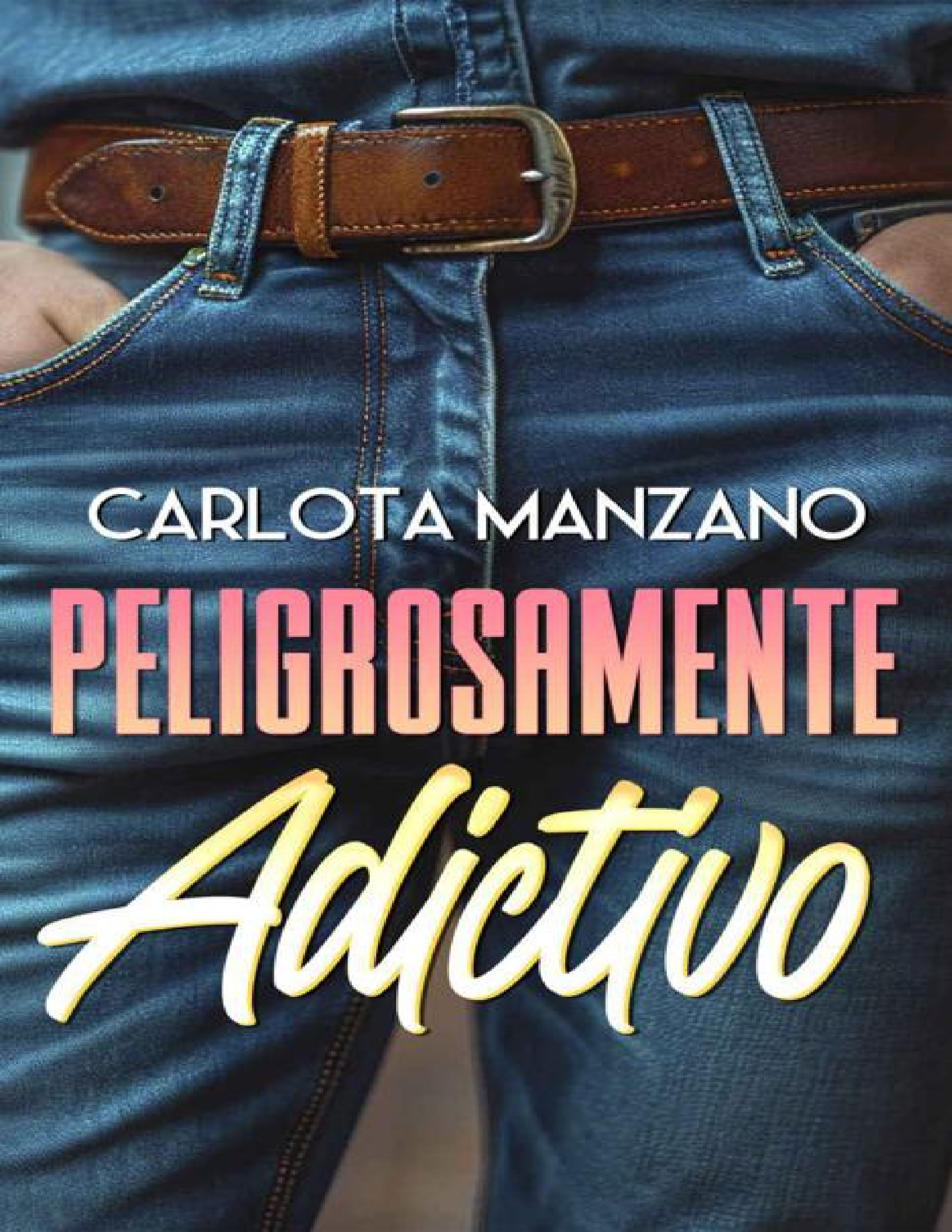

CARLOTA MANZANO
PELIGROSAMENTE
Adictivo

CARLOTA MANZANO

PELIGROSAMENTE

Adictivo

CARLOTA MANZANO

PELIGROSAMENTE

Adictivo

Primera edición.

Peligrosamente adictivo

Carlota Manzano

©agosto, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Peligrosamente adictivo

Carlota Manzano

©agosto, 2024.

©imágenes por AdobeStock y Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo

Capítulo 1



«Nadie puede decir que es fácil enfrentar las adversidades de la vida… Y cuando estas ocurren a gran escala en nuestro interior, algo cambia para siempre. Estamos en continua transformación interior porque nos movemos a la merced de las situaciones propias y de las que nos rodean, influyéndonos de una forma u otra, en mayor o menor medida, pero las que terminan afectando al estilo de vida que hemos luchado por crear. Es vital decir que mientras hay vida, hay esperanza, lo que lleva a tener motivación y positivismo, con la fuerza y energía necesarias para enfrentar y actuar ante todos los acontecimientos que se desatan. El problema es que a veces no somos conscientes de que lo que tanto se niega, es lo único que te puede salvar…»

Jana

Abrí los ojos despacio y giré la cabeza hacia la ventana, desganada con todo. No sabía ni la hora que era, ni intención tenía de comprobarlo. Lo mismo daba, pasaban largas y tediosas.

—Hola, preciosa. —Busqué con la mirada a Diego—. ¿Cómo va el día?

—Hola. Superinteresante. —Sonrió de medio lado.

—¿Preparada? —Quiso saber poniéndose a mi lado.

—¿Tengo otra posibilidad? —Hice una mueca.

—Pues no. —Rio—. Vamos a trabajar que te veo muy cómoda y quiero dejar de verte.

—Por mí me puedes echar, ¿eh? Te lo agradecería mucho.

—Cúrratelo y lo haré. —Me hizo un guiño mientras retiraba la sábana que me tapaba las piernas.

Bajé la mirada hacia ellas y solté el aire lentamente.

—Aquí. —Chasqueó los dedos y dirigí los ojos hacia ellos—. Así me gusta. Tienes que centrarte en lo importante y, sobre todo, dejar de lamentarte y de torturarte, ¿me oyes? De nada sirve el trabajo que hago contigo, ni servirá,

si no pones de tu parte, Jana.

—Lo intento cada día, Diego —solté un suspiro cuando me pidió con un gesto que me incorporara despacio.

Lo hice, me quedé sentada con las manos apoyadas en la cama. Con su ayuda, moví las piernas que cayeron por el lateral.

—¿Vienes a darme un abrazo? —dijo después de dar varios pasos hacia atrás.

—Muy gracioso —negué.

—Es que lo soy, pero tú no me lo pones fácil. Desde que te conozco me cuesta horrores sacarte una sonrisa. —Levantó una ceja.

—Lástima que no me hubieras conocido antes —susurré desviando la atención hacia el suelo.

—Jana, quién eras está dentro de ti, solo tienes que dejarla salir otra vez.

—A veces se cambia para siempre…

—Eso no te lo crees ni tú.

—Yo sí que lo hago. —Levanté la mirada hacia él.

—Pues yo no, y me esmero cada día para cambiarte. Y como a cabezota no me gana nadie, ni siquiera tú, y mira que eso es un mérito…Bájate y ven —me pidió cruzando los brazos.

Miré otra vez hacia el suelo, calculé la poca distancia que había hasta mis pies y me arrastré por la cama para deslizarme por ella, despacio, sin soltar el agarre de las manos.

—¿Has hecho algún intento hoy?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé…

—Te estás perdiendo tanto…

—Me da igual. —Apreté la mandíbula cuando noté el frío del suelo en la planta de los pies.

No porque me molestara la temperatura, sino por la poca fuerza que tenían mis piernas para soportar mi peso. Me mantuve recta, en cierta forma, por la estabilidad de mis brazos y el apoyo de las manos.

—Me encanta que te hagas de rogar.

—No me metas prisa. —Bufé.

—¿Yo? Si estoy encantado de verte así. Tienes todo el tiempo que necesites, pero piensa, que como no empieces a moverte, por cada minuto que pase yo daré un paso más hacia atrás y el camino será más largo. Como ahora. —Lo dio y volví a bufar.

—¿Por qué siempre haces lo mismo? Quédate quieto —dije mosqueada y rio, provocando que me cabreara más.

—¿Vas a dejarme ver a la Jana peleona?

—No la busques…

—Estoy deseando que llegue el momento en el que me arrepienta de hacer esto, pero como no pones de tu parte y se alargará... —Dio otro paso hacia atrás.

—No tenías que moverte todavía. —Entrecerré los ojos, haciéndolo reír otra vez.

Cogí una bocanada de aire, fruncí los labios y apoyé bien la planta de los pies en el suelo, afianzando mi posición. Dejé de prestarle atención para no ponerme más nerviosa y me centré en la tarea que tenía por delante, quedarme recta del todo, separada de la cama sin ninguna sujeción para mover los pies.

Cuando conseguí lo primero, sin estar pendiente de cuánto me costó, con indecisión, me obligué a mover una pierna en un pequeño paso. Al darlo completo con las dos perdí la estabilidad y mi cuerpo se vino abajo. No me caí, Diego como siempre actuó rápido porque estaba muy pendiente y esperándolo. Se acercó rodeándome con los brazos.

—Lo has hecho muy bien, Jana —dijo animado.

No le respondí porque mi pensamiento era otro muy diferente al suyo. ¿Un paso? ¿No poder soportar mi peso más? Para nada, me martirizaba a mí misma.

—¿Me has oído?

—Sí —susurré.

—Perfecto. Vamos. —Me cogió en brazos y me aferré a su cuello mientras me llevaba hasta la silla de ruedas que me acompañaba desde hacía un mes.

Solté un suspiro cuando estuve sentada. Diego la empujó y salimos de la habitación. Junto a él eran las únicas veces que lo hacía cada día.

—Abran paso que los más guapos del hospital ya están aquí —dijo en alto para que lo escucharan todos sus compañeros, incluyendo al resto de personas que había. Yo negué.

Seguimos nuestro camino entre risas y comentarios divertidos de varios de ellos.

—Todo lo que has oído es envidia, como cada vez que nos ven. Te lo digo yo —me susurró con humor, inclinado hacia delante.

Hice el intento de sonreír, pero no se formó una sonrisa en mis labios como era su propósito siempre. Eso y llevarme al límite, en esto último era un experto. Nos montamos en el ascensor, bajamos una planta y nos dirigimos hacia la sala de recuperación. En ella hacía los ejercicios para supuestamente mejorar y poder salir en algún momento, muy lejano, por mi propio pie del hospital.

Lo veía tan remoto, vamos que no lo veía, sinceramente. Hacía un mes y medio que mi casa era el hospital, y uno que empecé a trabajar con Diego porque anteriormente estuve inmovilizada la mayor parte del tiempo. Entramos en la sala y se dirigió hacia un lateral en el que dejó la silla parada y me pidió un momento. Después de asentirle me quedé observando a las dos personas que había ejercitándose.

Diego se acercó a Carlos, un compañero que trabajaba con uno de los pacientes que estaba mucho más avanzado que yo. El chico se mantenía sin problema de pie y daba pasos cortos, pero seguros. Los vi reír y desvié la atención, centrándola en el ventanal grande que había delante de mí. Tragué saliva al observar el exterior. Estábamos en la planta baja y se veía perfectamente el parque al que daba esa parte del hospital.

¿Alguna vez podré caminar por él? ¿Incluso correr? Apreté los labios y bajé la mirada hacia mis piernas. Mi vida había cambiado tanto que no me reconocía, casi no quedaba nada de la Jana que fui. Puse las manos encima de los muslos y los apreté, con pena y rabia, sintiendo cómo la visión se me nublaba. Era consciente de que no estaba todo perdido, de que tenía que dar gracias, pero después de lo que me sucedió no había conseguido remontar y el desánimo se había apoderado de mí, dándome todo igual, incluso mi recuperación para salir del hospital y decirle adiós a todo lo que me había habituado.

Al sentirme observada giré la cabeza hacia la izquierda, encontrándome con los ojos de Diego puestos en mí, con los brazos cruzados.

—¿Te duelen?

—No. —Aflojé el agarre de las manos, relajándolas.

—¿Y qué haces haciéndote daño en las piernas en vez de estar corriendo por aquí? —Levantó una ceja.

—No me he hecho daño. Y sobre lo segundo, mejor no te contesto —aclaré.

—¿Seguro? ¿Levantamos el pantalón y lo comprobamos? Si no te has dejado marcas rojas me callo y te doy la razón.

—Empieza a hacer tu trabajo y deja a mis piernas tranquilas —hablé seria.

—Difícil hacerlo porque mi trabajo las implica. —Rio poniéndose enfrente de mí—. Vamos. —Me ofreció las manos para que se las cogiera.

Solté un suspiro y con movimientos muy lentos quité los pies de los apoyos de la silla y los puse en el suelo. Siguió atento con la vista todo lo que hice, hasta que le agarré las manos con las mías.

—Todo tuyo. —Me animó a que el esfuerzo lo hiciera yo.

—Qué poco colaboras —negué provocando que frunciera los labios, conteniéndose para no decir nada en ese instante, divertido.

La mayor fuerza la hice con las manos y los brazos porque en la parte baja me faltaba. Conseguí quedarme de pie frente a él y me rodeó la cadera con un brazo, quedándose pegado a mi lado.

—No hay prisa —dijo dando un paso pequeño, esperando a que yo lo imitara mientras soportaba casi todo mi peso.

—Cada día dejas la silla más alejada. No vayas a pensar que no me he dado cuenta —siseé.

—¿En serio? Pues sí que controlas las distancias, yo ni me había dado cuenta.

Bufé porque bien sabíamos los dos que era precisamente lo que pretendía y hacía. Nuestra meta era llegar hasta la camilla que había demasiado lejos para mí, muy cerca para él. Con mucha paciencia igualó mi ritmo. Solté un suspiro en cuanto estuve sentada en ella y no tardé en tumbarme.

—¿Preparada para mis manos mágicas? —dijo mientras me subía el pantalón corto de deporte, dejándolo arrugado a la altura de las ingles.

—Sí —susurré.

—Vamos con el calentamiento y después estarás a tope para el resto de los ejercicios. —Encendió una lámpara de calor y se echó crema en las manos para el masaje que iba a darme.

Era el único momento que me gustaba porque conseguía relajarme. Ya no me dolía que me tocara, hubo un tiempo en el que la relajación de la que hablo era una tortura porque tenía la piel demasiado sensible y los músculos doloridos, a pesar de que parecían dormidos al no reaccionarme.

Cerré los ojos mientras se dedicaba a trabajar sobre una pierna, desde el pie hasta el límite del pantalón. Cuando terminó y se quedó satisfecho, pasó a la otra, haciendo el mismo recorrido y ejerciendo la misma presión y movimientos.

—¿Te has dormido? —Me sobresalté abriendo los ojos.

Había puesto la cara a poca distancia de la mía y soltó una carcajada al separarse.

—Me había relajado, jolines —me quejé.

—Se acabó el tiempo. Sé que te encantan mis manos, pero… —dijo limpiándoselas— Toca ir a la pasarela, para caminar un rato. Arriba.

—Vale. —Hice una mueca, incorporándome, quedándome sentada en la camilla mientras la bajaba al máximo, dándome facilidad para bajarme.

Me puse de lado y con su ayuda, volví a estar de pie junto a él. En esa sala era en el único lugar en el que una vez me levantaba de la silla de ruedas, la dejaba apartada hasta que terminaba la sesión de recuperación. Nos acercamos hasta la pasarela y me soltó, separándose cuando me agarré con las manos a las barras laterales aguantando mi peso.

—Venga, uno detrás de otro.

—Sé cómo se hace, no se me ha olvidado —negué.

—¿De verdad? Y yo que pensaba que no, porque desde que te conozco es algo que repito constantemente. —Se cruzó de brazos, sin perder la sonrisa.

—Y lo que te queda —dije centrándome en hacer el ejercicio.

Como era habitual realicé todo lo que me pidió Diego, y dos horas y cuarto después íbamos de regreso a la habitación. Me sentía agotada por los esfuerzos, como cada día después de las sesiones. Para mi sorpresa y mala suerte, la habitación no estaba vacía cuando llegamos. Maldecí interiormente por quién había y porque solo quería cerrar los ojos para descansar. No tenía ganas de hablar, ni mucho menos de ver a la persona que esperaba dentro,

con la espalda apoyada en la pared de enfrente de la cama.

—Hola —lo saludó Diego dirigiendo la silla al lado de la cama.

—Hola —respondió Connor, tranquilo, observándonos.

—¿Quieres ducharte? Para avisar a las enfermeras cuando salga —me preguntó Diego.

—Más tarde, ahora quiero dormir un rato —fue mi respuesta con mucha intención, no dirigida a él.

No tuvo problema para pillar la indirecta mientras tensaba los labios, divertido. Esperé a que Connor hubiera captado también el mensaje, pero por lo visto no fue así. No movió ni un músculo, no varió su posición ni intención tuvo, ni siquiera la dirección de sus ojos. No los apartó de nosotros en ningún momento mientras Diego me cogía en brazos, porque mis piernas ya habían trabajado todo lo que podían por ese día. Me sentó en la cama y me guio para que me tumbara. En cuanto mi espalda hizo contacto con la cama solté un suspiro y cerré los ojos por unos instantes.

—Descansa, te lo has ganado. —Los abrí encontrándome con su sonrisa mientras me tapaba un poco con la sábana. Asintió satisfecho, ejerciendo con su mano una ligera presión en la mía.

—Lo necesito —susurré.

—Tienes hasta las cinco de la tarde de mañana para hacerlo, aunque me encantaría que cuando viniera a por ti me dijeras que, al menos, has hecho el intento de ponerte en vertical con la ayuda de alguna enfermera.

—Quizás algún día te sorprenda —dije y amplió la sonrisa, haciéndome un guiño.

—Me voy ya, que pases buena noche y si tienes alguna molestia habla para que le pongan solución, ¿de acuerdo? —asentí.

Me apretó la mano otra vez como despedida y se giró para irse. Antes de hacerlo se paró al lado de Connor.

—¿Cómo va? —le preguntó el invitado sorpresa.

—Bien, tío —fue la respuesta de mi terapeuta—. Dominándola como puedo. —No lo vi porque me daba la espalda, pero di por hecho que volvió a sonreír—. Entre tú y yo, se piensa que puede conmigo. No sabe lo equivocada que está. —Connor curvó un poco los labios y Diego terminó soltando una carcajada—. ¿Te espero? Voy a cambiarme y salgo para casa. Podemos tomar algo.

—Hecho, voy a buscarte —confirmó Connor.

Diego se despidió y salió, dejándonos solos. La mirada de Connor se dirigió a mí otra vez. Serio y callado, así se mantuvo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con pocas fuerzas y en tono bajo. Me pesaban los párpados.

Diego se despidió y salió, dejándonos solos. La mirada de Connor se dirigió a mí otra vez. Serio y callado, así se mantuvo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté con pocas fuerzas y en tono bajo. Me pesaban los párpados.

Capítulo 2



Connor

—¿No es evidente? —respondí a su pregunta.

—No hacía falta que te tomaras la molestia —habló desviando la mirada.

Después de unos minutos en silencio me impulsé de la pared y caminé despacio hasta el final de la cama. No volvió a mirarme. Poco me importó porque lo que quería conseguir no sucedería hasta que yo quisiera y lo decidiera. ¿Qué era? Echarme, pero que lo hiciera por mí mismo. Había pillado la directa que había lanzado al hablar con Diego, la que continué ignorando.

—¿Cómo van los avances? —Quise saber directamente de ella, mientras metía las manos en los bolsillos del pantalón vaquero.

—No sé por qué te interesa, pero ya lo has visto. —Apretó la mandíbula.

—Estás agotada. Las sesiones duran mucho y son duras, es normal que termines sin fuerzas y con este carácter —dije lo obvio.

—Quiero descansar, como he dicho —dijo tensándose.

—Y yo quiero que me digas cuándo narices vas a reaccionar, Jana. —Buscó mi mirada de golpe, con la suya entrecerrada.

—Hago lo que puedo —siseó.

—Una mierda. No me vengas con esas. ¿Desde cuándo te das por vencida? Porque es lo que has hecho desde que abriste los ojos en esta cama, conformándote con lo que te ha tocado vivir. No has puesto ni el más mínimo empeño en recuperarte para salir de aquí, para retomar tu vida.

—No quiero escucharte, ni verte, a ver si así lo captas. —soltó apretando los puños—. Si salgo de aquí, lo que

menos voy a hacer es retomar mi vida —susurró cerrando los ojos.

—¿Vas a abandonarlo todo? ¿A hacer borrón y cuenta nueva? ¿Es eso?

—Vete Connor —murmuró.

—Has perdido la chispa vital, Jana —negué, a pesar de que no me veía, hablando con voz cortante y fría—. Te has dejado ganar en todos los sentidos. Tú, inexplicablemente. ¿Qué cojones te pasa? ¿No quieres salir de este edificio por tu propio pie? ¿Te gusta estar postrada en esta cama y que tengan que atenderte para todo? Ya deberías estar fuera, como si nada hubiera pasado.

—¡Qué mierda sabrás tú! —gritó mirándome con rabia— ¿Como si nada hubiera pasado? Qué fácil es decirlo. Connor Ayala, el inmutable, el que puede con todo y todos. Déjame tranquila porque claro que sucedió y solo yo sé la factura que me ha pasado. Estoy en esta puñetera cama, no puedo mantenerme en pie por mí misma más de unos pocos minutos…

»¡Qué narices me estás contando! No tienes ni puñetera idea de lo doloroso y frustrante que es verme en esta situación, y lo que he sufrido hasta estar tan bien, porque antes no podía ni levantar un músculo. Te dije la última vez que no quería que volvieras, no sé qué mierda haces aquí. Olvídate de mí y sigue con tu fabulosa vida.

Obtuve lo que busqué, activarla de la única forma que podía, alterándola. En mi visita de la vez anterior que acababa de mencionar solo me hice presente, mis labios no se abrieron en ningún momento. Pero en esta ocasión había tenido la necesidad de meterle caña para provocar que reaccionara, de que se enfadara con el mundo entero y que le sirviera para plantarle cara como hubiera hecho un tiempo atrás, sin dudar. Si tenía que ser yo su diana lo sería, mientras fuera capaz de abrir los ojos a la realidad. Jana nunca se había dado por vencida; su energía, fuerza y predisposición siempre iban por delante, daba igual a lo que se enfrentara y en las circunstancias que estuviera. Hasta que le sucedió lo que la dejó inmovilizada en una cama de hospital.

Mis palabras solo habían tenido esa finalidad porque me consumía verla tan inactiva, sin fuerzas y sin el ingenio, la gracia y la agudeza que eran características en ella. Se había dejado a la merced del tiempo y de cómo se diera todo, sin poner de su parte en el proceso complicado que tenía por delante.

Una enfermera apareció para saber qué sucedía, por los gritos. No pasó de la puerta, en cuanto me vio y le hice un gesto disimulado con una mano, se paró al darle a entender que todo estaba bien, que a Jana no le pasaba nada. Como respuesta asintió. En su actitud tuvo todo el peso el que me conociera, porque si no, me hubiera hecho salir para no alterarla. Se fue como vino, en silencio. Giré la cabeza hacia Jana, acariciándome la barbilla.

—Tienes razón, no sé nada de cómo lo estás soportando tú. Pero te recuerdo, por si se te ha olvidado, que yo también me he visto en tu situación. Sé lo que es y el infierno interior al que hay que enfrentarse.

—Es lo que he escuchado en varias ocasiones, pero yo no te conocía por aquel entonces. Y tú no estuviste así. —Perdió las fuerzas desviando la mirada, dirigiéndola hacia la ventana.

—Cada caso es diferente, pero la base es la misma.

—Quiero dormir —susurró insistiendo.

Me mantuve callado, no hice el intento de volver a hablar. Por ahora es suficiente, me dije caminando hacia la puerta.

—No vuelvas. —Me paré al escucharla.

—Eso no lo decides tú, Jana. Pon de tu parte, sal de aquí y así me plantarás cara o, al menos, podrás esquivarme para perderme de vista. Si no se da el caso, tendrás que aguantar desde esa cama mi presencia, cada vez que me salga de las narices pasarme por aquí.

Al pronunciar la última palabra salí de la habitación, en tensión y con un cabreo monumental. Me dirigí por el pasillo hacia donde sabía que encontraría a Diego y lo hice al pararme en el marco de puerta. Esperé a que me viera, estaba hablando con varios compañeros. Lo avisaron de que estaba detrás de él y se giró, despidiéndose de ellos.

—¿Bien? —me preguntó yendo directos hacia las escaleras para salir del hospital.

—Como siempre. —Me encogí de hombros, provocando que negara.

—No sé cómo motivarla y animarla, tío. —Lo miré de reojo, su tono de voz fue de preocupación.

—Saldrá de esta —aseguré—. Y volverá a ser ella. —Apreté la mandíbula.

—Por lo que me has contado no es ni su sombra —asentí—. Me preocupa mucho, porque si un paciente no siente la necesidad de luchar y no tiene ilusión por recuperarse, el trabajo y el esfuerzo no sirven de nada. Claro que mejorará, pero muy lentamente y no como ella necesita. —Se desahogó.

Salimos a la zona verde que rodeaba el edificio y tomamos el camino de un bar que había a dos calles de distancia

—Está tocada.

—Dime algo que no sepa —soltó un suspiro.

—¿Cómo ha ido la sesión de hoy?

—Todo lo bien que ella ha permitido. No estoy diciendo que no se esfuerce, joder, claro que lo hace, su dolor sale disparado hacia fuera, pero porque yo no le permito otra cosa. He trabajado con muchos pacientes, de todo tipo y en circunstancias muy diferentes, pero con situaciones finales muy parecidas y yo qué sé… Me jode que no haga

intentos por ella misma. Se queda a mi disposición y a la de mi trabajo —negó.

—Necesita más tiempo.

—Soy consciente, Connor.

Nos quedamos en silencio el resto del camino, hasta que llegamos a la terraza del bar y ocupamos una mesa. Le pedimos a un camarero dos cervezas y unas tapas para picar algo.

—Me ha dicho que no tiene intención de retomar su vida cuando salga del hospital —dije repiqueteando los dedos en la mesa.

—Al menos esta vez habéis hablado algo. —Sonrió de medio lado—. Y eso te preocupa.

—No tendría que ser así. Sé que solo tendría que pensar en la parte positiva de que salga de donde está, pero ese pensamiento suyo resume cómo realmente está. Jana es una buena profesional, estaba dedicada por completo a su trabajo. Era su pasión —negué—. Dejarlo, oponerse a él…

—Solo el tiempo responderá a las dudas de todos. Te cuesta hacerte a la idea de que se aparte por completo.

—Supongo. —Hice una pausa y le agradecimos al camarero que dejara en la mesa lo que habíamos pedido. Me acerqué la jarra de cerveza a los labios y le di un sorbo, pensativo.

—Igualmente no trabajabais juntos, ¿no? Quiero decir, en lo mismo sí, pero no unificando fuerzas.

—Alguna vez que otra.

—¿Sabes cuál es el problema?

—Sorpréndeme.

—Que, aunque no estuvieras cerca de ella, al menos lo estabas desde la distancia, viéndola a lo lejos y notando su presencia.

—No es eso. —Dejé la mirada perdida hacia la calle.

—¿Estás seguro? Yo creo que deberías pensarlo más antes de responder tan rápido.

—Nunca me he acercado a ella en el sentido que se te pasa por la cabeza —aclaré.

—Porque no has querido, habéis.

—Lo habitual en nosotros es ignorarnos, Diego. Y si me apuras estar en pie de guerra.

—¿Y eso no ha hecho saltar tus alarmas? —Levantó las dos cejas—. Encima únelo con la preocupación que tiene por ella… —negó, sonriendo.

—Porque, sea apartados o no, somos compañeros y me jode verla como está. —Cogí una bocanada de aire—. Irreconocible, ese es el resumen.

—Es normal, tío. Ha pasado y superado mucho. Durante dos semanas los médicos no daban esperanzas de que saliera adelante, el pronóstico era muy grave y malo. A más de uno le pilló por sorpresa que abriera los ojos y que su cuerpo se estabilizara.

—Lo sé, te recuerdo que lo viví de cerca —susurré apretando la mandíbula.

—Detalle que ella no sabe, ni se imagina.

—Y va a continuar siendo así. —Busqué sus ojos, dejándoselo más claro aún.

—Sabes que no seré yo quien le diga que no te separaste de su lado mientras se debatía entre la vida y la muerte. —Levantó las manos y asentí.

—Lo que más me jode es que no le tendría que haber sucedido a ella, su equipo no debería haber estado en aquel lugar. Era el mío el que tenía que acudir a la llamada, porque era nuestro caso, pero nos pilló en otro operativo y fue imposible llegar a tiempo.

—Ya hemos hablado muchas veces de la culpa que te echas y de los remordimientos que conlleva, Connor. Desde que decidisteis dedicaros a vuestra profesión sois conscientes del peligro que representa, da igual quién acuda a qué y en qué momento. Estáis preparados para esas situaciones, lo sé de sobra, aunque las consecuencias pesen como una losa. Nadie tuvo la culpa, solo quien apretó el gatillo y casi descargó el arma en el cuerpo de Jana. Es un milagro que sobreviviera.

—No me lo quito de encima. —Me froté la cara, agobiado.

—Pues ya va siendo hora, deja de martirizarte por algo que salió de tu control.

Le di un buen trago a la cerveza con la idea clara en la cabeza, porque daba igual lo que escuchara sobre el tema. Las percepciones, los sentimientos y las emociones no se pueden controlar, y yo no podía quitarme de encima el pensamiento de que era el único responsable de que Jana estuviera en una cama de hospital.

—La he hecho gritar antes de irme —dije pensativo.

—Joder, y me lo sueltas tan tranquilo y sin filtros. —Rio y levanté una ceja.

s—Cabreada —aclaré porque se había ido por donde no debía.

—Eso, tú corta de raíz la ilusión que me ha provocado imaginar la situación —dijo sin poder dejar de reír.

—Que lo hayas recreado me da a entender ciertas cosas dudosas —negué.

—¿Desde cuándo nos conocemos? —Apoyó los brazos en la mesa, sonriendo de medio lado.

—¿A qué viene eso ahora? —Fruncí el gesto.

—¿Cuánto tiempo hace? —insistió.

—Once años, desde que estuve ingresado en tu hospital.

—Ajá, y ya que estamos retrocediendo, déjame recordarte que fuiste un paciente nefasto. —Apretó los labios.

—Eso no es verdad. —Me crucé de brazos.

—Lo que yo te diga, había que atarte en corto. Todo lo contrario a Jana. Pero a lo que iba con lo que te he preguntado… Desde que iniciamos nuestra amistad y durante todo el tiempo que ha pasado desde entonces, nunca te había visto tan tocado por algo, o más bien como en este caso, por alguien. Piénsalo. —Se dio varios golpecitos en la sien y lo miré como quien está viendo algo que no le encaja.

—¿Qué se supone que tengo que pensar según tú? Creo que tienes claro lo que me motiva a preocuparme, Diego.

—Ya… Tú solo piénsalo bien —insistió antes de beber.

Para pensar estoy… Fue mi pensamiento automático. Aunque no tenía ni que molestarme en hacerlo, mejor que yo no sabía nadie lo que había. Ya ha quedado claro que Jana y yo no habíamos tenido mucho roce en el trabajo, más que nada, porque trabajábamos en unidades diferentes. Sí que era cierto, como he comentado, que en algún caso nuestros equipos se habían unido, pero siempre mostrándonos profesionales y cada uno sabiendo lo que debí hacer.

Pero claro, quitando esos momentos, después estaban los de coincidir en la oficina viéndonos constantemente desde lejos, el sentir su presencia en el puñetero edificio, incluso el escuchar sus risas y comentarios con sus compañeros… Porque la Jana que habéis conocido no es ni por asomo la real. Pues sí, sabía perfectamente lo que se cocía en mi interior y lo que había evitado durante mucho tiempo. No necesitaba que nadie viniera a decirme cómo se veía desde fuera. La reacción de Diego era muy normal porque siempre me lo había guardado para mí.

La realidad era que esa mujer me atraía como un puñetero imán. El primer día en el que la vi hacía años, cuando nos presentaron al trasladarme a la central, tuve una sensación extraña y eso que en aquel instante había mucha gente a mi alrededor. Ella captó mi atención de una forma única, y esa sensación fue incrementándose con el paso de los días. El forzarme a evitar que mis ojos la buscaran era algo que se había repetido en el tiempo, constantemente, porque si algo tenía Jana, es que lo pillaba todo al vuelo.

Siempre me había controlado con respecto a la situación, sin mostrar ni dar a entender nada a los que me conocían. La única excepción eran las dos personas más allegadas a mí, Hernán y Willow, los que formaban equipo diariamente conmigo, mis amigos y familia. No es que Diego ocupara un lugar diferente a ellos, en el sentido de la amistad y unión me refiero, pero al no estar dentro del ambiente de mi trabajo, ni vinculado a él, había preferido en todo momento mantenerlo en la ignorancia. Era un tema que sabíamos Hernán, Willow y yo, pero nunca lo sacábamos a relucir. Estaba ahí y yo lidiaba con ello, punto final porque no daba pie a nada más.

Quizás la inestabilidad de la situación en la que se encontraba Jana me había hecho bajar las defensas ante Diego, porque era lo que daba a entender con la sonrisa constante que tenía en ese momento, mientras se tomaba la cerveza delante de mí.

Mi historia con él se remonta a la época que hemos comentado. Hacía once años sufrí un accidente, por así decirlo, estando en un operativo. Necesité veinte días para salir del hospital, a pesar de que el doctor que me atendía aseguraba que se alargaría mucho más por la gravedad de mis heridas. Pero era un cabezón y cuando quería algo iba hasta el final con ello, por lo que me las ingenié para trabajar en mí, casi sin descanso. Ahí entró Diego porque también fue mi fisioterapeuta. Desde el primer momento en el que nos vimos congeniamos y conectamos muy bien, lo que llevó a que esa complicidad que tuvimos se asentara durante los días que estuve ingresado, naciendo nuestra amistad.

Sabía lo que era verse imposibilitado, sentirse inutilizado. Era muy consciente de la perturbación que provocaba y de la amargura que iba vinculada a ello. Como también era conocedor del dolor y de la desesperación que arrastraba una situación como la que estaba viviendo Jana… Por eso necesitaba, de la forma que fuera, hacerla reaccionar.

Durante muchos días me había contenido para no ir a verla. Diego me mantenía informado de todo porque así se lo pedí, pero ya había pasado demasiado tiempo, un mes y medio desde que sucedió, y un mes desde que empezó a trabajar en su cuerpo. Fuera del distanciamiento que había habido siempre entre nosotros, la conocía lo suficiente como para saber que mi intromisión de ese día tendría algún resultado. Lo que no sabía es si sería favorable o no. Tenía la esperanza de que fuera la primera opción porque llegados a este punto, no dejaría de hacerme presente para ella, a ver si de esa forma metía el turbo con tal de no verme.

Y quizás os estáis preguntando, si casi no habíamos tenido contacto, cómo es que nos llevábamos de la forma que conocéis. Simple, habíamos tenido algún rifirrafe laboral porque nuestros caracteres eran muy parecidos, tanto, que chocábamos a la mínima de cambio.

Capítulo 3



Dos días después…

Jana

—Venga —dije para animarme.

Eran las doce del mediodía. Tenía la mirada fija en el suelo y la levanté hacia la silla, concentrándome en lo que quería hacer. Tragué saliva y cogí una gran bocanada de aire, mientras me deslizaba por la cama, hasta poner los pies en el suelo. Cerré los ojos soportando mi peso con los brazos, notando la inestabilidad de cada día. Los abrí de golpe, queriendo llegar hasta la silla de ruedas. Ese era mi objetivo, todo un logro si lo conseguía.

Me armé de valor y fui aflojando la fuerza. Curvé un poco los labios cuando me mantuve sin ningún apoyo. Bajé la mirada hacia mis piernas, moviendo una muy lentamente, hasta que conseguí adelantarla. Lo mismo hice con la otra. Todo ello con mucha paciencia y tiempo. Imité el primer movimiento, avanzando la pierna derecha otro poquito, hasta que lo sentí, noté por anticipado cómo mi cuerpo se venía abajo.

Me caí al suelo de golpe y solté un grito por la impotencia que sentí, tapándome la cara con un brazo.

—¿Qué ha pasado? Jana… —Escuché la voz apurada de una de las enfermeras que solían atenderme, Carmen— ¿Te has hecho daño? ¿Cómo se te ocurre intentarlo sin avisar? —habló de rodillas junto a mí.

—Estoy bien —siseé en tensión.

—Espera, pido ayuda y te llevamos hasta la cama. —Como si hubiera mucha distancia, me dije.

Cerré los ojos cuando fue hacia la puerta para llamar a una compañera, mientras yo me quedaba en el suelo, tumbada bocarriba. Dejé la vista fija en el techo, cabreada conmigo misma. No sabía si por haberlo intentado, o por el resultado. Dos, solo había conseguido dar dos puñeteros pasos.

Entre Celia, que entró de refuerzo, y Carmen, me levantaron soportando mi peso para que no hiciera otro esfuerzo Me dejaron en la cama, sentada.

—No tendrías que haberlo hecho. ¿Te duele algo? —insistió preocupada Carmen.

—Claro que tenía que hacerlo, pero no sola —intervino Celia—. Jana, sabes que siempre que quieras tienes que llamarnos, un mal golpe puede hacerte retroceder.

—Todo está bien. —Retiré la sábana de malas maneras, con ganas de quedarme sola.

—Hola, hola… —Dejé salir el aire despacio al escuchar la voz de Saray, notando cómo se quedó callada de golpe al ver la escena.

No la vi porque las enfermeras me tapaban la visión. Era mi compañera y amiga.

—¿Qué sucede? —Maldecí al oír a César, mi otro compañero y amigo.

Los tres formábamos equipo, uno muy unido. O lo habíamos formado antes de que yo cayera en la última operación.

—Nada, todo está bien. Ha querido caminar por su cuenta y…

—Ya está. —Tajante, corté la explicación de Carmen con tono seco y cortante—. Lo siento —susurré rectificando, arrepentida porque ella no tenía que pagar por el remolino de emociones que me recorrían.

—No pasa nada, Jana. —Me acarició la espalda, compresiva.

Levanté la mirada hacia ella y sonreí un poco, agradecida. Me devolvió el gesto, pero mostrando una gran sonrisa

—¿Nos podéis dejar solos? —les pidió César.

Hice una mueca ante su pregunta.

—Claro —afirmaron las dos enfermeras a la vez.

—Jana, si notas alguna molestia dínoslo, ¿de acuerdo? —Se dirigió a mí Celia, antes de irse.

—Sí —susurré.

La habitación se quedó en silencio cuando nos quedamos solos los tres. No levanté la mirada, durante unos minutos la mantuve puesta en las piernas.

—Así que... Por fin te has atrevido, lo has intentado —habló César.

Escuché sus pasos acercarse a mí y no lo hizo solo, Saray iba a su lado. Se quedaron enfrente y levanté la cabeza hacia ellos.

—De lo que me ha servido… —hablé en tono bajo.

—Cariño, todo es empezar.

—Llevo empezando un mes, que digo, ya lo he dejado atrás y voy a por el segundo —negué.

—Ese es el problema. —Me centré en César, frunciendo el gesto.

—¿Qué quieres decir?

—Que solo haces eso, empezar. —Se cruzó de brazos.

—No me toques las palmas porque la liamos —le advertí provocando que sonriera de medio lado.

—¿Te vas a poner a bailar? Porque si ese es el resultado me arriesgo a terminar con un ojo morado. —Rio.

—No la agobies —intervino Saray, subiéndose a la cama para quedarse sentada conmigo.

—¿Agobiar? Creo que ya ha estado lo suficientemente tranquila, ¿no crees?

—Déjalo ya. —Segunda advertencia por mi parte, desviando la atención de él.

.

Apreté la mandíbula al fijarla en la silla de ruedas que había junto a la pared. Me sentía tan frustrada…

—Jana, mírame —me pidió César y solté un suspiro, haciéndolo al cabo de unos segundos—. Estoy muy orgulloso de ti.

—No hay quien te entienda —negué—. ¿Me picas y ahora me sueltas eso?

—Tú reaccionas por choques, preciosa. —Me hizo un guiño—. Especifico lo que he dicho.

—Ya decía yo. —Bufé provocando que soltara una carcajada, como Saray que se unió a él mientras me acariciaba la espalda.

—A lo de especificar me refiero a que, sí, estoy muy orgulloso de ti como he dicho porque lo has intentado, pero no puedes rendirte a la primera de cambio. Es un gran avance, aunque no lo creas por el resultado. Hasta ayer ni siquiera pensabas en la posibilidad de moverte de la cama a no ser que vinieran a por ti.

—Estoy cansada —dije con sinceridad, con los ojos nublados por las lágrimas.

—Lo sé. —Se acercó más, acariciándome una mejilla, mirándome con cariño.

—Jana, es normal, tanto física como psicológicamente. Es una situación complicada, pero no imposible de superar. Lo peor ya lo has hecho, sobrevivir —comentó Saray—. ¿Sabes cuántas veces colapsaste durante dos semanas? Nos tuviste en un sinvivir, pensando que, en cualquier momento, en cualquier despiste, te irías —terminó susurrando.

—¿Quieres volver a intentarlo? —Llamó mi atención César.

Dirigí la mirada otra vez hacia la silla, pensativa.

—Si sale mal no es un fracaso —insistió.

—Lo sé —susurré—. Me duelen las piernas.

—Porque necesitas movimiento en ellas, hace mucho que no tienen la actividad normal a la que las tenías acostumbradas.

—Ahora no soportan mi peso y mi columna tampoco. —Tragué saliva.

—Lo harán —aseguró levantándome la barbilla para que me centrara en él—. Escúchame bien, te irás de aquí caminando y volverás a salir a correr como solías hacer cada día. Nos veo haciendo escalada otra vez, ¿tú no?

—No quiero pensarlo —negué.

—Pues deberías y, sobre todo, recordar lo mucho que te gustaba hacer cada una de las cosas que he mencionado porque es la motivación que te falta.

—Quiero hacerlo —dije convencida.

—¿El qué? —Quiso asegurarse Saray, interviniendo animada.

—El correr y la escalada quedan descartados. —Puse los ojos en blanco.

Los siguientes segundos nos rodeó el silencio, hasta que César soltó una carcajada a la que volvió a unirse Saray. Yo sonreí al verlos.

—Me encanta, ¿cuánto hacía que no bromeabas? ¿A qué es debido? Hoy me estás dejando impresionado, para

bien.

—¿Me ayudáis? —Quise saber, obviando sus preguntas.

—Nena, eso sobra decirlo. —Se arrastró sobre la cama Saray, quedándose pegada a mí.

—Querías ir hacia la silla, ¿no? —me preguntó César y asentí— Perfecto —dijo dándonos la espalda.

Caminó hasta ella. Cuando llegó la giró para dejarla encarada a mí y se sentó, provocando que yo hiciera una mueca.

—Aquí te espero —dijo apoyando los brazos en las piernas, inclinado hacia delante.

—Yo me quedo en tu retaguardia. Vamos cariño, poco a poco. Aunque solo consigas llegar hasta la mitad será increíble —me animó Saray.

Asentí sin pronunciarme y cogí varias bocanadas de aire seguidas, antes de acercarme al filo de la cama. Volví a deslizarme hacia el suelo y cerré los ojos con fuerza, al contacto de las plantas de los pies con él. Tardé más tiempo que la vez anterior en aflojar la fuerza de los brazos y separar despacio las manos.

Los dos se mantuvieron callados, atentos a mí en todo momento. No hicieron ningún ruido, dándome el tiempo que necesité en cada movimiento que hice, por pequeño que fuera. Con sus miradas puestas en mi avance, conseguí dar un paso completo. La mía estaba fija en el suelo, concentrada en seguir adelante. Tragué saliva al notar la inestabilidad recorrerme y las ganas de dejarme caer al suelo. No lo hice, puse todo el empeño en dar el segundo paso, repitiéndolo con cuidado.

Hasta que mi cuerpo volvió a fallar y perdí las fuerzas por completo. Esa vez no llegué a tocar el suelo porque César se levantó corriendo y me cogió al vuelo, al igual que hizo Saray, por mi espalda. Nos quedamos como un sándwich, conmigo entre los dos. Me abracé a César, agarrándolo por el cuello y no lo pude evitar, rompí a llorar entre sus brazos.

—Shhh… Lo has hecho muy bien, Jana —susurró cogiéndome con fuerza en brazos.

Me llevó hasta la cama y me subió, dejándome tumbada y acomodada. Solté un suspiro, notándome realmente agotada.

—Voy a venir cada día y vamos a repetir lo mismo, ¿vale? —Me acarició el pelo César.

—No puedes faltar tanto al trabajo —susurré retirándome la humedad de las mejillas.

—¿Quién lo dice? —Levantó una ceja.

—Por cierto, ¿qué hacéis a esta hora aquí? —Los miré a los dos.

—La mañana estaba tranquila —respondió Saray, encogiéndose de hombros.

—Cierra un poco los ojos, nos quedamos contigo hasta que te duermas —me pidió César, antes de darme un beso en la frente—. Necesito que vuelvas, Jana —susurró sobre mi piel, antes de separarse y sonreírme.

Tragué saliva, con un remolino interno de emociones muy fuerte. Los echaba tanto de menos… No es que no los viera, siempre venían a verme. No había día que no se pasaran, aunque fueran unos minutos. Pero me refiero a la rutina que llevábamos antes de mi incidente, a cómo estábamos y éramos antes de lo que me sucedió.

Asentí hacia sus palabras de que descansara y cerré los ojos, sintiéndome en paz al tenerlos conmigo. Poco a poco el susurro de sus voces fue cada vez más lejano, hasta que dejé de ser consciente de lo que me rodeaba.

✣ ✣ ✣

—¡¡Nooo…!! —grité abriendo los ojos de golpe, faltándome la respiración.

—Ya está, Jana. Mírame. —Parpadeé varias veces, con la vista desenfocada, encontrándome a César casi encima de mí.

—¿Qué…?

—Has tenido una pesadilla. Se acabó, estás conmigo. —Me retiró el pelo de la cara.

Apreté la mandíbula, sintiendo la rabia recorrerme porque me había despertado segundos antes de que el arma se descargara en mi cuerpo, reviviendo el momento que cambió mi vida.

—¿Dónde está Saray? —pregunté con voz ronca.

—Ha tenido que irse. —Se sentó en el filo de la cama, acariciándome una mano.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro y cuarto. En cuanto venga Diego a por ti a las cinco, me iré —solté un suspiro.

—He dormido mucho. —Hice una mueca.

—Lo necesitabas, y era necesario para la actividad que vas a tener dentro de un rato.

—¿No has salido a comer? —dije fijándome en la bandeja que habían dejado para mí.

—He ido a por un sándwich y he vuelto. Le he pedido a Carmen que no te despertara —señaló la bandeja con un gesto—, lo que más necesitabas era recuperar las fuerzas —asentí.

—Quiero ponerme bien, César —susurré.

—Dime qué ha cambiado.

—Nada, solo quiero recuperar mi vida. Es lo que esperabais escuchar todos, ¿no?

—Ya. —Ladeó un poco la cabeza—. Podría ser que lo aceptara sin más, que entendiera que esta mañana te has despertado con un nuevo pensamiento y propósito, el que estábamos deseando todos. Sí, podría, pero tus ojos, al igual que tu expresión y energía se ven diferentes… Lo he visto y notado desde el principio.

—Estoy igual que últimamente —negué despacio.

—No, ahora hay determinación en ti, la que llevaba mucho tiempo aletargada. Y me pregunto por qué y a qué es debido el cambio. Saray y yo hemos hecho de todo para activarte, pero hemos terminado dejando que al final lo hicieras todo a tu ritmo, por un tiempo más porque no queríamos agobiarte. Ojo, no me estoy quejando, todo lo contrario, pero necesito entenderlo.

—Simplemente me he cansado de mi situación y quiero largarme de aquí estando bien —dije llevando la mirada hacia el ventanal.

—¿He oído bien? Estoy a punto de desmayarme. —Escuchamos la voz de Diego, entrando en la habitación.

César se levantó de la cama y se saludaron, yo esperé a que se pusiera a mi lado.

—Sacadme de dudas. ¿Tengo los oídos limpios? ¿Has dicho que te has cansado de estar aquí? —Se centró en mí.

—Eso he dicho. —Hice una mueca—. Pero no te tomes al pie de la letra todo lo que has escuchado.

—¿Y eso? —Levantó una ceja.

—Porque eres capaz de meterme más caña para que lo consiga en tiempo récord y como que no estoy para ponerme a saltar.

Mis palabras provocaron que los dos soltaran una carcajada. Yo no le vi la gracia porque mi advertencia era muy

real. Conocía a Diego y a su entusiasmo y efusividad para llevarme al límite.

—Cuéntaselo —me animó mi amigo, sonriendo.

—¿El qué? —Se interesó Diego.

Le expliqué los dos intentos que había hecho esa mañana, animándome a levantarme primero por mi cuenta. Su expresión de satisfacción y aprobación fue evidente.

—Me encanta que la intervención de Connor haya surtido efecto, estoy que reboso de la emoción. —Rio con ganas al dar por hecho que ese era el motivo de mi cambio, apretándome una mano.

César al escucharlo levantó una ceja automáticamente por lo que representaba, mirándome fijamente. Yo me limité a ignorarlo, poniendo los ojos en blanco.

—Hoy te has adelantado. —Me dirigí a Diego.

—Tengo que salir un poco antes y quería trabajar contigo el mismo tiempo. —Me hizo un guiño—. ¿No has comido? —Se fijó en la bandeja.

—He estado durmiendo hasta hace poco —me justifiqué.

—Necesitas coger fuerzas. —Buscó mis ojos.

—Hoy primaba el descansar —intervino mi amigo y Diego asintió.

—Está bien, pues esta noche tendrás ración extra porque si tu intención se mantiene, que ya te digo que será así porque no voy a dejar que cambies de opinión, es muy importante que le metas energía al cuerpo. Las sesiones a partir de ahora van a cambiar.

—¿Eso qué quiere decir? —Levanté una ceja—. Si ya lo sabía yo —bufé—, tendría que haberme callado manteniendo mi propósito, pero sin abrir la boca.

—Estás a punto de comprobarlo, preciosa. —Rio dándole una palmada en el hombro a César.

Mi amigo sonrió de oreja a oreja antes de despedirse de los dos para que empezáramos la sesión. Quedó en venir a la mañana siguiente como me había adelantado. Sobra decir que todo lo que imaginé sucedió. Diego se esmeró al máximo cambiándome todos los ejercicios, provocando que mi cuerpo ante ellos se quedara desmadejado en cuanto volví a estar tumbada en la cama después de dos horas y media intensas.

—No sabes lo feliz que estoy, Jana —me dijo mientras me tapaba un poco con la sábana—. Lo que has decidido

hoy es todo lo que necesitabas para lograrlo, créeme. No puedo decir nada del trabajo que has hecho en la sesión porque siempre cumples, pero el estado anímico es vital para superarte y en cada uno de los ejercicios nuevos que has realizado, se ha notado que vas a por todas. —Sonrió cuando terminó de hablar, apoyando la cadera en la cama con los brazos cruzados.

—Quiero conseguirlo. —Tragué saliva.

—Lo harás, ahora sí. No cabe duda y yo te ayudaré. —Me hizo un guiño.

La emoción en mis ojos no tardó en hacerse visible. Se acercó a mí y se inclinó, poniendo sus labios en mi frente.

—Connor es un tío genial, te lo digo yo que lo conozco muy bien —susurró sin apartarse. Cerré los ojos—. Me encanta la caña que te mete porque es el resultado de lo que he visto hoy, ¿estoy en lo cierto? —asentí a la realidad, dándole la razón.

Cuando se separó su sonrisa se había ampliado y asintió satisfecho.

—Por tal de no verlo otra vez aquí, soy capaz de salir corriendo pasado mañana del hospital —dije con tono divertido.

Mis labios se curvaron mientras él soltaba una gran carcajada antes de despedirse hasta el día siguiente. No se fue sin remarcarme que cenara todo lo que me trajeran dentro de media hora, insistiendo en que era tan vital la alimentación como el ejercicio.

—Jana —me llamó desde la puerta.

—¿Sí?

—Me ha encantado ver la primera sonrisa en tus labios.

Con esas últimas palabras se fue, dejándome sola. Tragué saliva, cerrando los ojos con fuerza y sí, mis labios volvieron a curvarse marcando más la sonrisa.

hoy es todo lo que necesitabas para lograrlo, créeme. No puedo decir nada del trabajo que has hecho en la sesión porque siempre cumples, pero el estado anímico es vital para superarte y en cada uno de los ejercicios nuevos que has realizado, se ha notado que vas a por todas. —Sonrió cuando terminó de hablar, apoyando la cadera en la cama con los brazos cruzados.

—Quiero conseguirlo. —Tragué saliva.

—Lo harás, ahora sí. No cabe duda y yo te ayudaré. —Me hizo un guiño.

La emoción en mis ojos no tardó en hacerse visible. Se acercó a mí y se inclinó, poniendo sus labios en mi frente.

—Connor es un tío genial, te lo digo yo que lo conozco muy bien —susurró sin apartarse. Cerré los ojos—. Me encanta la caña que te mete porque es el resultado de lo que he visto hoy, ¿estoy en lo cierto? —asentí a la realidad, dándole la razón.

Cuando se separó su sonrisa se había ampliado y asintió satisfecho.

—Por tal de no verlo otra vez aquí, soy capaz de salir corriendo pasado mañana del hospital —dije con tono divertido.

Mis labios se curvaron mientras él soltaba una gran carcajada antes de despedirse hasta el día siguiente. No se fue sin remarcarme que cenara todo lo que me trajeran dentro de media hora, insistiendo en que era tan vital la alimentación como el ejercicio.

—Jana —me llamó desde la puerta.

—¿Sí?

—Me ha encantado ver la primera sonrisa en tus labios.

Con esas últimas palabras se fue, dejándome sola. Tragué saliva, cerrando los ojos con fuerza y sí, mis labios volvieron a curvarse marcando más la sonrisa.

Capítulo 4



Connor

Eran las nueve y media de la noche cuando salía de la arboleda en la que llevaba más de una hora corriendo. La dejé atrás dirigiéndome a casa. Mi móvil vibró en la funda que llevaba en el brazo y disminuí la velocidad hasta que me paré, sacándolo para comprobar quién me llamaba.

—Eh, ¿qué pasa? —pregunté al descolgar, con la respiración alterada.

—Joder, macho, no me digas que te he pillado en plena faena sexual y te has parado a coger el teléfono —habló Diego, con tono de humor.

—Muy gracioso —negué estirando porque el deporte se había terminado—. Si fuera eso no sabrías de mí en mucho tiempo. —Curvé los labios, provocando que soltara una carcajada mientras emprendía la marcha, caminando.

Sabía de sobra el motivo de mi respiración descontrolada. Cada noche repetía la misma rutina como la matutina, para terminar el día lo más relajado posible.

—Tú dirás —dije antes de llevarme la botella pequeña de agua a los labios.

—Es sobre Jana. —Mis piernas dejaron de moverse y me quedé con la botella en el aire, parado por completo.

—¿Qué pasa?

—Lo has conseguido —dijo cantarín.

—¿De qué hablas? —Fruncí el gesto.

—No te imaginas lo que me he encontrado hoy al entrar en su habitación para empezar la sesión de recuperación.

—Quieres ir al grano —hablé con urgencia, esperándome cualquier cosa.

Aunque, que su voz sonara alegre y despreocupada me dio la pista de lo que iba a decir a continuación.

—Va a luchar. Por fin lo va a conseguir —Dejé salir el aire lentamente, sacudiendo la cabeza y relajándome al instante.

—Cuéntamelo todo —le pedí volviendo a caminar.

Lo escuché sin perderme ningún detalle de su explicación, de cómo había llegado a la habitación y había oído la última parte de la conversación que ella mantenía con su amigo César, al que yo conocía sobradamente. Diego tardó en hacerse notar para ellos, atento e interesado con lo que decían porque iba enfocado a lo que tanto le había pedido él. También me dijo que la actitud de Jana había sido otra durante los ejercicios que le había modificado, complicándoselos. Una actitud muy diferente a la que él había conocido hasta entonces.

Mientras me lo contaba todo, la sonrisa que se formó en mis labios fue intensificándose, sintiéndome satisfecho y, por qué no decirlo, muy tranquilo y en paz por el resultado que había provocado, porque Diego me dejó claro que mi última visita había sido el detonante del cambio.

—Yo no tengo nada que ver. —Le quité importancia a lo último.

—¿Por qué nunca quieres llevarte el mérito? Me lo ha confirmado ella, tío.

—Seguro que sin un comentario bueno. —Sonreí de medio lado.

—Bueno, digamos que me ha dicho que, por tal de no verte más, es capaz de salir corriendo del hospital. —Rio y sacudí la cabeza.

Poco me importaba el motivo que la hubiera impulsado a encontrar las fuerzas, la ilusión y las ganas de dejar atrás la etapa que estaba viviendo. Lo único que primaba era que lo había hecho y lo iba a llevar a cabo porque, una vez tomada la decisión, sabía que no había marcha atrás.

—¿Cómo la ves realmente? ¿Saldrá recuperada por completo?

—Hoy solo puedo decirte observaciones positivas, tengo un subidón increíble todavía —continuó animado e incrédulo…—. Joder, que me ha sonreído.

—Sí, ¿eh? —negué llegando a mi calle.

—Puede que tú estés acostumbrado, pero yo nunca la había visto tan relajada y dispuesta.

—Sí. A mí lo que me chocaba era verla como tú la has conocido —confirmé parándome en la puerta de casa.

Saqué la llave y abrí, entrando—. No me has respondido a lo de si saldrá recuperada —insistí adentrándome en el pasillo después de encender el aire acondicionado del salón.

—Ese es mi propósito, Connor. No dudo de que lo conseguirá, ahora más que nunca. Hoy ha trabajado en los ejercicios muy concentrada y era ella la que me pedía un último intento en cada uno de ellos. Ayer era inimaginable porque estaba deseando terminar, desganada con todo.

—Lo va a conseguir antes de lo que te imaginas —aseguré con una sensación demasiado agradable recorriéndome el interior.

—Me sorprendería, pero sería muy bien recibido.

—Ya te darás cuenta de la Jana que te vas a encontrar a partir de ahora, ni por asomo te lo imaginas.

—Lo estoy deseando. ¿Cómo estás tú?

—Sudoroso y a punto de meterme en la ducha. Acabo de llegar a casa. —Encendí el aire de la habitación.

—No me refería a eso. —Rio—. Lo doy por hecho.

—Entonces no te sigo…

—¿Qué cómo estás después de esta bomba de información? ¿No era lo que querías? Has estado muy preocupado, manteniéndote en la sombra en todo momento. Se te da muy bien.

—Satisfecho y contento, no puedo decirte más —dije dejando el móvil encima del mármol del baño con el altavoz activado. Me quité la camiseta de deporte.

—Una lástima que no te tenga delante.

—¿Por?

—Porque viéndote sabría descifrar más cosas. —Rio.

—Anda, te dejo. Voy a meterme en la ducha ya.

—De acuerdo, ¿nos vemos mañana?

—Ahí estaré cuando salgas, no entraré —me referí al hospital.

—¿Con lo bien que le sentó a Jana tu presencia hace unos días? ¿Vas a perder la oportunidad?

—Todo a su tiempo, Diego —dije convencido de lo que hacía.

Colgué mientras él reía. Lancé la camiseta al cesto de la ropa sucia y me quité el resto, quedándome desnudo. El contacto directo del agua en la cabeza fue muy bien recibido y solté un pequeño suspiro, frotándome la cara mojada. Me pasé las manos por el pelo y sonreí con la vista fija en las baldosas de enfrente.

—Lo va a hacer —susurré metido en mis pensamientos—. Ya queda poco para que lleve a cabo el segundo plan.

Me duché tomándome mi tiempo y cuando salí lo hice enrollándome la toalla a la cintura, después de quitarme el exceso de agua del pelo. No me paré en secarme el cuerpo. Hacía mucho calor y hasta que el aire acondicionado se notara en toda la casa pasaría un tiempo, por lo que estar mojado un rato más era la mejor opción.

Descalzo salí de la habitación y fui hacia la cocina. Busqué un vaso, vertí agua en él y me lo llevé a los labios, bebiéndomelo de un trago. Cuando terminé fui hacia la nevera para elegir qué cenar y saqué varios huevos para preparar una tortilla y lo necesario para hacerme una ensalada. No tenía ganas de complicaciones, por lo que opté por esa opción rápida. Cuando lo tuve listo me dirigí hacia la habitación para ponerme algo de ropa, ya tenía el cuerpo seco.

Me coloqué un bóxer y un pantalón corto de deporte y salí a cenar. Sentando en la mesa del salón encendí el televisor y empecé a cambiar los canales, llevándome el primer bocado de comida a la boca. Mi dedo se movió rápido, al retroceder al canal que acababa de saltarme. Me levanté de la silla con la vista fija en el informativo que por poco paso de largo.

Acercándome al televisor tragué la comida despacio, atento a la mierda de noticia que se había filtrado mientras mi cuerpo se tensaba.

«Al comienzo del informativo nos ha llegado una información de última hora que hemos contrastado. Tiene que ver con Kurt Roncalli, el jefe de la organización que fue asaltada por la policía hace aproximadamente dos meses y que consiguió escapar, hiriendo a varios agentes de la policía. Según los datos que tenemos ha huido del país y está en paradero desconocido desde esta mañana. Las autoridades están desconcertadas porque no entienden cómo ha conseguido traspasar toda la seguridad para llegar hasta un avión privado en el aeropuerto de…».

Desvié la atención del televisor y la llevé hasta el pasillo. Mi móvil se puso a sonar con llamadas y entradas de mensajes. Cabreado fui a buscarlo. En cuanto lo tuve en la mano ignoré todo y busqué el número de teléfono de mi jefe, marcándolo mientras volvía hacia el salón.

—Buenas noches, Connor.

—Buenas noches, Luís. ¿Lo has visto?

—Ahora mismo.

—¿Cómo cojones somos los últimos en saber esa mierda de noticia? Joder, que nosotros llevamos el caso y hemo tenido que enterarnos de esta forma —hablé alterado y cabreado, a partes iguales.

—No lo sé muchacho, me he quedado con cara de tonto. Iba a hacer unas llamadas ahora.

—Es incomprensible, ha conseguido salir del puñetero país. —Apreté la mandíbula, revolviéndome el pelo.

—No importa cuánto tardemos, pero lo cogeremos.

—No te quepa duda —siseé.

—Voy a averiguarlo todo y te lo notifico. Si es muy tarde será por mensaje.

—Estaré despierto, esperando.

—Vale. Estamos en contacto, pero yo que tú desconectaba ya, porque me va a llevar mi tiempo —me advirtió antes de colgar.

Apagué el televisor con el mando de malas maneras y me senté en el sofá, pensativo. Bajé la mirada hacia el móvil cuando volvió a sonar. Era Hernán, mi compañero y amigo al que le había rechazo la llamada anteriormente.

—Tío me he quedado flipando, ha salido…

—Lo he visto —lo corté.

—Joder. —Bufó.

—Acabo de hablar con el jefe.

—Lo he imaginado. Mierda, estábamos tan cerca otra vez… —soltó un suspiro.

—Lo volveremos a estar, te lo aseguro —siseé frotándome la frente.

—Le hemos perdido la pista.

—Todo es recuperable, Hernán. No me toques los cojones con ese tema porque sabes que me descontrolo y ahora mismo ya lo estoy bastante.

—Lo sé… Tranquilízate, Connor. Tienes razón, solo es un inconveniente para llegar a la meta.

s—Así es. —Cogí una bocanada de aire.

—Willow me está llamado.

—A mí también me ha llamado. Habla con ella y ponla al día —le pedí.

—De acuerdo, mañana nos vemos en la central a primera hora.

—Sí. —Colgué lanzando el móvil a un lado del sofá.

Recosté la espalda en él y cerré los ojos, sintiendo mucha presión en la cabeza. ¿Cómo mierda se había descontrolado todo tanto? ¿Cómo cojones ese tío había conseguido traspasar todas las barreras del aeropuerto, hasta montarse en un puñetero avión y salir hacia un destino desconocido por el momento? ¿Sin encontrarse ningún obstáculo en el camino? No me entraba en la cabeza, por más que le daba vueltas a la situación no conseguía encontrar una explicación factible para todos los desastres que se habían dado en cadena.

Había estado tan cerca de él otra vez… Mi equipo había conseguido cercarlo una vez más, ubicándolo y marcando el perímetro por el que estaba moviéndose, uno no muy extenso. Durante todo el día había estado trabajando en ello, planificando la misión en la que íbamos a interceptarlo. Tan solo unas pocas puñeteras horas antes lo tenía, y ahora, solo había preguntas sin respuestas lógicas, que me dejaban con las manos vacías y en la incertidumbre.

No solo íbamos a por él, era el principal, pero el resto no eran menos importantes. Me refiero a todos los que consiguieron escapar durante la última intervención que se llevó a cabo, esos eran los señalados y los que teníamos intención de hacer caer. Me jodía porque con la jugada que le había salido tan bien, no tardaría en reorganizarse y reforzarse añadiendo más secuaces a su mando. El pillarlo desprevenido y debilitado ya no era una opción, por mucho que me pesara.

Separé la espalda sacudiendo la cabeza, quedándome inclinado hacia delante, con los brazos apoyados en las piernas. «No está todo perdido», me dije. Sabría la información de dónde había aterrizado el vuelo que lo había alejado de aquí. Era una aguja en un pajar, pero así tuviera que desplazarme y rastrear cada perímetro, terminaría dando con él otra vez. Me levanté del sofá desganado y fui hacia la mesa.

Sin ánimo de seguir comiendo lo recogí todo y lo llevé hasta la cocina, dejando los platos en la nevera por si más tarde me entraba hambre. Lo dudaba, sabía que no lo tocaría, pero igualmente lo hice. Apagué el aire del salón y todas las luces, y fui hacia la habitación con el móvil, esperando tener noticias.

Tumbado bocarriba en la cama, dejé el teléfono en la mesita de noche y centré la vista en el techo, preocupado. ¿Lo habrá visto? Fue la pregunta que se repitió en mi cabeza y que me martirizó. Mi preocupación iba dirigida a Jana. Era tarde para ella y esperaba que, después del agotamiento de la sesión con Diego, se hubiera quedado tan

cansada que el sueño hubiera podido con ella, sin encender el televisor de la habitación del hospital. Necesitaba que continuara en la ignorancia, al menos por un tiempo más.

Sabía que César y Saray, sus compañeros y amigos, no sacarían el tema delante de ella hasta que no tuvieran más remedio que hacerlo, para protegerla. Y menos después del cambio tan bueno que había dado. La información era demasiado delicada porque fue el jefe de la organización, el desgraciado que había escapado, quien apretó el gatillo hacia ella, con el fatídico desenlace del impacto de cuatro balas en zonas vitales de su cuerpo.

No, no podía quitarme la culpa y el peso por ello. Jana había estado a punto de morir muchas veces, primero durante el traslado al hospital porque colapsó, después en el quirófano, varias veces, tantas como la tuvieron que intervenir, y para rematarlo, durante las dos semanas críticas siguientes que tuvo que enfrentar hasta que se estabilizó. Pasaron varios días para que abriera los ojos después de esos quince que nadie pronosticaba nada buen sobre ella, cuando le quitaron la sedación poco a poco. Dejé salir el aire despacio y cerré los ojos, asqueado y sintiéndome impotente por todo.

El tiempo pasó y no tuve noticias del jefe. Dejé el móvil encendido por si acaso y me giré en la cama. No tenía sueño, las vueltas que le estaba dando a todos los detalles más cómo pensaba actuar a partir de ahora, me tenían la mente demasiado activa y ansiosa.

No supe el tiempo que pasó, más o menos sería de madrugada cuando el cansancio me venció y los párpados se me cerraron. La calma exterior que había a mi alrededor, absoluta, se contraponía con todos los sentimientos y sensaciones que me recorrían, hasta que dejé de ser consciente de todo ello.

cansada que el sueño hubiera podido con ella, sin encender el televisor de la habitación del hospital. Necesitaba que continuara en la ignorancia, al menos por un tiempo más.

Sabía que César y Saray, sus compañeros y amigos, no sacarían el tema delante de ella hasta que no tuvieran más remedio que hacerlo, para protegerla. Y menos después del cambio tan bueno que había dado. La información era demasiado delicada porque fue el jefe de la organización, el desgraciado que había escapado, quien apretó el gatillo hacia ella, con el fatídico desenlace del impacto de cuatro balas en zonas vitales de su cuerpo.

No, no podía quitarme la culpa y el peso por ello. Jana había estado a punto de morir muchas veces, primero durante el traslado al hospital porque colapsó, después en el quirófano, varias veces, tantas como la tuvieron que intervenir, y para rematarlo, durante las dos semanas críticas siguientes que tuvo que enfrentar hasta que se estabilizó. Pasaron varios días para que abriera los ojos después de esos quince que nadie pronosticaba nada bueno sobre ella, cuando le quitaron la sedación poco a poco. Dejé salir el aire despacio y cerré los ojos, asqueado y sintiéndome impotente por todo.

El tiempo pasó y no tuve noticias del jefe. Dejé el móvil encendido por si acaso y me giré en la cama. No tenía sueño, las vueltas que le estaba dando a todos los detalles más cómo pensaba actuar a partir de ahora, me tenían la mente demasiado activa y ansiosa.

No supe el tiempo que pasó, más o menos sería de madrugada cuando el cansancio me venció y los párpados se me cerraron. La calma exterior que había a mi alrededor, absoluta, se contraponía con todos los sentimientos y sensaciones que me recorrían, hasta que dejé de ser consciente de todo ello.

Capítulo 5



Treinta y seis días después…

Jana

—Espera, espera. —Me giré hacia la puerta, riendo—. ¿Qué ven mis ojos? ¿Dónde vas tan deprisa?

Sí, estaba de pie junto a la cama. Yo sola, sin necesitar ayuda de ningún tipo y lo mejor de todo, es que mis piernas aguantaban mi peso sin problema y mi columna fortalecida favorecía a que lo hicieran. Lo había conseguido, me había recuperado después de muchísimo esfuerzo, dolor y lágrimas derramadas. Estaba preparada para dejar el hospital con el alta que hacía unos minutos me habían dado.

Mi despedida hacia todas las enfermeras que durante tanto tiempo habían cuidado de mí, junto a la de los doctores que me habían atendido desde el inicio, había sido muy emotiva, enmarcada por lágrimas de emoción y felicidad por parte de todos. No había faltado ni uno, rodeándome para darme la enhorabuena final porque días anteriores, cuando corrió la voz y ya se sabía por anticipado que mi salida sería inminente, lo habían hecho personalmente y en la intimidad. Me volvieron a arropar como habían hecho incontables veces, como yo les agradecí todo lo que habían hecho por mí para que lo que estaba sucediendo se hubiera hecho realidad, igualándolos en cantidad.

El proceso no había sido nada fácil, demasiado delicado y largo, pero en parte llegaba a su fin. Todavía me quedaba mucho por delante, hasta que estuviera al cien por cien de mis capacidades, pero lejos de la habitación del hospital que había sido mi casa y de la que hubo un tiempo en el que pensé que nunca saldría.

A Diego acababa de verlo, el que caminaba hacia mí y que era quien había hablado, entrando en la habitación. Iba acompañado por mis amigos que venían a recogerme, César y Saray, los que igualaban la sonrisa de oreja a oreja de Diego.

—¿Ahora quieres que me quede más tiempo? —negué divertida.

Los saludé a los tres con abrazos y besos, y me subí a la cama sentándome en ella animada.

—Qué menos que esperar a verme antes de irte para despedirte, ¿no? Después de tanto tiempo y de lo que hemos

pasado juntos… —dijo divertido quedándose apoyado en la cama, a mi lado—. Tiene gracia que después de todo, sea el último.

—Cómo te gusta el drama. —Reí—. Llevamos días despidiéndonos. —Levanté una ceja—. Se me cae el techo encima, pero sabes que no iba a irme definitivamente sin hacerlo. —Levanté las piernas en el aire y las moví, provocando que los tres rieran—. Además, no es una despedida, tengo que continuar viniendo a las sesiones y cuando finalicen no tiene que ser definitivo el no volvernos a ver.

—Pero te vas de aquí y es el paso más importante —asentí dejando ver la ilusión que me hacía—. Correcto, tienes que venir tres veces por semana y pobre de ti que te lo saltes algún día —me advirtió con un guiño—. Te aseguro que estaremos en contacto cuando yo te dé el alta, recuerda que tenemos un vínculo en común. —Frunció los labios, conteniéndose.

Puse los ojos en blanco porque se estaba refiriendo a su amistad con Connor. Con mi expresión terminó riendo, sabiendo perfectamente que, cómo decirlo, me costaba controlar mi carácter hacia el vínculo que había mencionado.

—No vayas a hacer ninguna tontería, todavía te queda para que estés al cien por cien —me pidió poniéndose serio.

—Lo sé, tranquilo —asentí sonriendo.

—Nada de tacones, ni de fiestas en las que tengas que estar mucho tiempo de pie. Por ahora es lo que hay, hasta que no puedas darme una patada en condiciones —continuó con las advertencias.

—Te prometo que si salgo lo haré con las zapatillas de estar por casa y con un letrero que ponga: «Recomendación del pesado de mi fisioterapeuta». Y… esa patada cada vez está más cerca. —Rieron los tres y me contagié.

—¿Qué se siente después de más de dos meses y medio? —me preguntó César.

—Es inexplicable, estoy eufórica —respondí haciéndolos sonreír, ilusionados por mí—. Aún no me lo creo —solté un suspiro—. Hace tanto que no entro en mi piso.

—Tranquila que te lo vas a encontrar impoluto, de ahí venimos ahora —comentó Saray, con expresión de felicidad.

—No hacía falta, habéis estado manteniéndolo.

—Todavía no estás para volverte loca limpiando —dijo César.

—Lo podía hacer poco a poco, sigo de baja por si se os ha olvidado y aún me queda para que cambie.

—Pues limpias sobre limpio. —Rio Saray—. Chica, no sé ni por qué estamos hablando de esto. Si fuera yo la que llevara tanto tiempo aquí, lo que menos querría sería pensar en la limpieza.

—Has empezado tú. —Levanté una ceja.

—Toda la razón. —Rio César—. ¿Nos vamos? —asentí emocionada, bajándome despacio y con cuidado de la cama.

—Pasado mañana nos vemos —le dije a Diego, abrazándolo.

—Cuento con ello, preciosa —susurró—. Enhorabuena, Jana. Estoy muy orgulloso de ti, lo has logrado. —Me apretó a él.

—Sí… —afirmé con un nudo en la garganta— Gracias, pero no podría haberlo hecho sin tu ayuda y sin el apoyo constante que me has dado aguantando mi mal humor.

Cuando nos separamos nos sonreímos con cariño, con los ojos más brillantes de lo normal. Nos dimos dos besos y salimos todos de la habitación. Ellos lo hicieron primero, yo me giré al llegar a la puerta, haciendo un recorrido visual por la habitación. Asentí para mí y hacia la que había sido el lugar que me había visto en mis peores y mejores momentos, desmoronándome y viniéndome arriba, con mucha desesperación, paciencia y esfuerzo. Hacía bastantes días que la silla de ruedas ya no ocupaba el rincón en el que había estado habitualmente.

Dejé salir el aire despacio y agarré el pomo, cerrando la puerta mientras me movía. Salí por mi propio pie como me había propuesto y la sensación de hacerlo fue inexplicable. Por mucho que lo intente no daría con las palabras correctas para que os hagáis una idea de lo que me hacía sentir el moverme por mí misma, el ver a mis piernas dar un paso tras otro sin dolor y sin tener que estar pendiente de irme al suelo, el que mi columna estuviera reforzada y aguantara mi peso para poder funcionar con normalidad… No, ni por asomo puedo hacerme entender con el cúmulo de emociones y sensaciones que me recorrían mientras me dirigía hacia la salida junto a mis amigos y a Diego, el que no se apartó de nosotros hasta que llegamos a la puerta principal del hospital.

—Señorita. —Me sorprendió cogiéndome en brazos.

—¿Qué haces? —Reí.

—¿Los recién casados no entran así a su nidito de amor la primera vez? Pues esta ocasión bien merece hacerlo por todo lo alto, para sacarte —dijo animado.

Traspasamos la puerta y se paró unos pasos, alejado de ella, en la calle. Llevé la vista hacia la zona verde que quedaba delante, sonriendo. Desde que empecé a encontrarme mejor y a evolucionar, alguna que otra vez Diego

me había hecho las sesiones en ella, para que me diera el aire del exterior. No era la primera vez que la veía de cerca, pero hasta la vi más verde y llamativa de lo normal. Lo que me transmitió fue muy diferente porque me iba por fin, dejando atrás mucho sufrimiento, dolor, angustia y desesperación, habiendo ganado confianza y fuerza interior.

—Ahora sí. —Llamó mi atención Diego, bajándome despacio—. Recuerda no forzar los movimientos. A la mínima de cambio que notes algo o te canses de más…

—Que sí… —Le sonreí.

—¿Qué quieres? Lo llevo integrado de serie. —Rio, contagiándonos a los tres.

Mis amigos se habían mantenido al margen, dándonos nuestro espacio porque sabían de sobra la unión especial que se había creado entre Diego y yo, y lo que significaba el momento que estábamos viviendo, para ambos.

—Hasta dentro de poco. —Volví a abrazarlo.

—Aquí estaré esperándote. —Me frotó la espalda.

Cogí una bocanada de aire al separarme y me giré, dándole la espalda esperando a que César y Saray se despidieran de él. Empecé a caminar alejándome y medio giré a la mitad, diciéndole otra vez adiós con una mano en alto.

—Al final no te vas, lo estoy viendo venir. —Fue la reacción de Diego mientras imitaba mi gesto, riendo.

Nos unimos a él en las risas, pero siguiendo el camino asfaltado que nos separaba cada vez más del hospital. Sonreí levantando la cabeza hacia César, cuando pasó un brazo por encima de mis hombros. Me dio un beso en la cabeza y después miré a Saray, sin perder la sonrisa mientras me aferraba a su mano, al agarrar la mía.

Un nuevo comienzo, eso es lo que era, y en mejor compañía no podía darse.

—¿Queréis ir a comer? Es la una y media —propuso César.

—Sí —respondí rápido, con ganas de empezar otra vez a vivir.

Durante mucho tiempo es lo que no había hecho, vivir, negándome a ello. En ese instante, bueno desde que tomé la decisión de luchar por mi recuperación, empecé a hacerlo hasta conseguir mi objetivo. Lo que estaba viviendo era la recompensa de todas las lágrimas que había derramado fuera y dentro de las sesiones de recuperación. Todo había sido muy duro y el dolor me había acompañado, tanto interna como externamente, reflejado en lo físico.

—Perfecto, estoy hambrienta —se animó Saray—. ¿Dónde quieres ir?

, —No sé, a muchos sitios. —Reí.

—Vamos a empezar por uno. —Me revolvió el pelo César, divertido.

—Piénsalo durante el trayecto mientras nos acercamos al centro de la ciudad —me pidió Saray y asentí.

Nos montamos en el coche de César y hasta me emocioné por ello y, sobre todo, al dejar de ver el edificio del hospital. Quién me lo iba a decir, con lo que lo había odiado y maldecido… Solté un suspiro dejando la vista fija en la ventanilla mientras en el interior del coche solo se escuchaba la música.

—¿Bien? —se preocupó César y giré la cabeza hacia él.

—Mejor que nunca —confirmé haciéndolo sonreír, satisfecho.

Al final terminamos en un restaurante italiano. No nos demoramos mucho porque, a pesar de mi recuperación, todavía me cansaba bastante. Me llevaron a mi piso y en cuanto vi la fachada, se me formó un nudo en la garganta. Emocionada tragué saliva cuando me bajé del coche y junto a los dos, caminé hasta el portal.

—Toma. —Me ofreció las llaves César y las cogí, asintiendo.

Los simples detalles cotidianos y que pasan desapercibidos en el día a día, como abrir la puerta del bloque, subir en el ascensor y salir de él en mi rellano, encontrándome con la puerta de mi piso delante de mí, me nublaron la visión mientras introducía la llave. Me parecía tan increíble estar de vuelta, caminando y valiéndome por mí misma.

César me abrazó por la espalda cuando me paré en medio del salón.

—Bienvenida —susurró sobre mi cabeza, con la barbilla apoyada en ella.

—Estoy de vuelta —susurré retirándome la humedad de los ojos.

—No había otra opción cariño. —Me agarró una mano Saray—. Ahora solo falta que Diego te dé el alta completa y que te unas a nosotros en el trabajo —dijo ilusionada.

Fue automático, me tensé al instante. Ella no lo notó porque se apartó de mí yendo hacia la cocina, pero César no tuvo ningún problema en diferenciarlo porque no me había soltado.

—¿Qué sucede? —me preguntó en tono bajo y negué, no queriendo hablar del tema— Jana…

—Ahora no —murmuré—. Por favor.

—Está bien —lo aceptó.

Cuando nos separamos se puso delante, observándome. Me conocía muy bien y no le hizo falta que yo le respondiera para saber el motivo de la reacción que había tenido. Por unos segundos su preocupación fue evidente al intuir mi pensamiento, pero en cuanto Saray apareció la hizo desaparecer mostrándose normal, para que nuestra amiga no preguntara qué sucedía porque era una conversación que yo no quería tener, ni me veía con fuerzas para hablar sobre ello, todavía.

Sacó refrescos de la nevera, la que me habían llenado al igual que la despensa, y nos sentamos en el sofá. Estuvieron un rato conmigo, hasta que empecé a hacer esfuerzos para mantener los ojos abiertos. Me había cansado más de lo habitual con el trajín de todo, aún tenía que acostumbrarme a lo que era volver a hacer una vida normal. En cuanto se dieron cuenta decidieron irse.

—Descansa cariño. —Me abrazó Saray.

—Voy a hacerlo en mi cama, así que, sí. —Sonreí después de darnos dos besos.

—Te recojo esto y te vas directa a ella. —Cogió las latas y los vasos de la mesa pequeña que había frente al sofá, haciendo malabares con todo ello.

—Déjalo, yo lo hago.

—Calla, que me desconcentras. —Sonreí mientras iba hacia la cocina, ignorando mi petición.

—Mañana me paso —me habló César y me giré hacia él.

—Te doy el día libre. —Sonreí de medio lado—. No has faltado ni una vez para venir a verme al hospital.

—Continuaría haciéndolo, así que… Prefiero hacerlo aquí, no hay ni punto de comparación. Y tenemos una conversación pendiente. —Levantó una ceja.

—No me vas a dar un descanso, ¿verdad? —Hice una mueca.

—No, porque el tema se enfría y es peor —respondió serio—. Tienes toda la tarde, la noche y gran parte del día de mañana para relajarte. Vendré sobre las seis.

—Vale. —Lo rodeé con los brazos cuando me abrazó.

—Descansa y para cualquier cosa que necesites…

—Te llamaré. —Le di un beso en la mejilla para que se fuera tranquilo.

Asintió conforme y lo acompañé a la puerta donde nos reunimos con Saray. Al quedarme sola hice un repaso a todo el piso, hasta que llegué a mi habitación y me dirigí a la cómoda. Me quité la ropa y saqué una camisola fresquita, sintiendo una sensación muy cálida cuando la tuve puesta. Una parada en el baño y me tumbé en la cama con cuidado. Aún sentía molestias al hacer algunos movimientos.

Mis labios se curvaron al reconocer la sensación y me dije, repitiéndomelo, que todo iba a ir bien. Daba igual el camino que me quedara por delante, como también lo que tenía en mente hasta que llegara el momento… Lo único importante es que había conseguido superar un incidente que, por muy poco y más veces de las que quería recordar, estuvo a punto de costarme la vida y de truncármela hasta que me estabilicé.

—Sí, es lo único importante —susurré.

Bostecé sintiendo que el cansancio me vencía y cerré los ojos poniéndome de lado, mientras soltaba un suspiro por lo bien que me sentía estando de vuelta en mi cama, y en mi lugar seguro y privado.

—Te llamaré. —Le di un beso en la mejilla para que se fuera tranquilo.

Asintió conforme y lo acompañé a la puerta donde nos reunimos con Saray. Al quedarme sola hice un repaso a todo el piso, hasta que llegué a mi habitación y me dirigí a la cómoda. Me quité la ropa y saqué una camisola fresquita, sintiendo una sensación muy cálida cuando la tuve puesta. Una parada en el baño y me tumbé en la cama con cuidado. Aún sentía molestias al hacer algunos movimientos.

Mis labios se curvaron al reconocer la sensación y me dije, repitiéndomelo, que todo iba a ir bien. Daba igual el camino que me quedara por delante, como también lo que tenía en mente hasta que llegara el momento… Lo único importante es que había conseguido superar un incidente que, por muy poco y más veces de las que quería recordar, estuvo a punto de costarme la vida y de truncármela hasta que me estabilicé.

—Sí, es lo único importante —susurré.

Bostecé sintiendo que el cansancio me vencía y cerré los ojos poniéndome de lado, mientras soltaba un suspiro por lo bien que me sentía estando de vuelta en mi cama, y en mi lugar seguro y privado.

Capítulo 6



Cuatro meses más tarde…

—Que aproveche —le dije a un cliente después de darle su pedido.

Me sonrió agradecido y se alejó hacia una mesa. Esa era mi rutina durante la jornada de trabajo, atender a los clientes y pasar el pedido a mis compañeros de lo que me pedían, hasta que lo tuviera en las manos para ponerla en las suyas. No es que fuera la ocupación de mi vida, pero era lo que decidí después de buscar por varias vías. Me decanté por la más rápida porque necesitaba el dinero para subsistir.

Trabajaba en un restaurante de comida rápida, pero no como los típicos que habrán venido a vuestra mente. Sí, era de comida rápida, pero porque ese espacio corto de tiempo tardábamos en servir al cliente, ya fueran comidas calientes y elaboradas que estuvieran en la carta, como enfocadas a sándwiches, hamburguesas o un sinfín de posibilidades. Había una gran variedad, al gusto del consumidor y era un restaurante que tenía mucha fama por eso mismo.

Y quizás os estáis preguntado cómo es que mi vida laboral había dado un cambio tan drástico. De pasar a tener un arma entre las manos, a sustituirlo por dinero y pedidos, añadiéndole las sonrisas con las que atendía a todos los que se acercaban a mí. Pues, me remonto a la conversación que mantuve con mi amigo César cuando vino al día siguiente de que me dieran el alta en el hospital, meses atrás…

—¡Qué puntual! —le dije al abrir la puerta.

—Hola, preciosa. —Me sonrió pasando por mi lado, dándome un beso en la mejilla—. Como siempre, ¿no?

—Pues sí. —Reí cerrando y siguiéndolo hasta el sofá—. ¿Quieres un café u otra cosa?

—Vamos a empezar sin nada y según se dé la tarde, lo mismo te pido una botella de alcohol directamente, para bebérmela de golpe —dijo con humor—. ¿Cómo has pasado el día? —Quiso saber sentándose.

—Veo que no tienes muchas esperanzas en la conversación —negué poniéndome a su lado, acomodándome—. Descansando bastantes ratos, haciendo los ejercicios suaves que me mandó Diego y hace una hora que he llegado

de estar con él en la rehabilitación. Al no estar ingresada es otro horario más adelantado.

—¿Cansada?

—Bastante, pero soportable. —Sonreí moviéndome para quedarme girada hacia él, apoyando un brazo en el respaldo y la cabeza en la mano—. Ha ido muy bien.

—Me alegro —asintió—. Me gusta verte tan animada.

—La vida me sonríe. —Volví a hacerlo yo.

—¿Qué planes tienes en mente?

—Terminar de recuperarme.

—Sabes que no me estoy refiriendo a eso. —Levantó una ceja.

—Vale —solté un suspiro—. Hacer un cambio radical, César —dije en tono bajo.

—Tu reacción de ayer a las palabras de Saray fue provocada porque no vas a volver, ¿verdad?

Nos quedamos mirándonos en silencio y negué al cabo de unos segundos.

—Jana…

—He tenido mucho tiempo para pensarlo —lo corté—. No puedo regresar. A pesar de que mi recuperación física es casi inminente, mi cabeza, el tema mental, no lo tengo controlado, César. No puedo enfrentarme a lo que hacía antes, ni por asomo me veo capaz ahora mismo de coger un arma, apuntar y disparar si es necesario hacerlo. Simplemente no puedo…

—Eso también se trabaja, no te rindas. Ser policía siempre ha sido tu pasión, desde bien joven has luchado por conseguir llegar hasta dónde lo has hecho. ¿Vas a tirar la toalla? ¿A decir hasta aquí he llegado?

—No fue la primera vez que me disparaban, lo sabes, pero esta vez algo dentro de mí hizo clic porque se diferenció bastante. Sigo teniendo pesadillas, muchas. —Desvié la mirada, centrándola en la pared de detrás de él —. No puedo borrarlas, no tengo el control sobre ellas y me dan las respuestas de cómo estoy. Sé que es cuestión de tiempo, al menos eso quiero pensar y me aferro a ello. Pero ahora mismo, o dentro de un tiempo cuando Diego me dé el alta de las sesiones de recuperación, no lo veo.

—¿Crees que te adaptarás a un cambio tan grande?

—Sí, porque es lo que necesito. Mi distanciamiento no tiene que ser definitivo, mi intención es coger una excedencia y dejar pasar un poco el tiempo. Todavía es muy reciente todo y solo hago que ver la puñetera arma descargándose sobre mí, recreando cómo mi cuerpo se movía desmadejado por los impactos de las balas, volviéndolo a revivir una y otra vez. Todo, absolutamente todo, lo tengo aquí. —Me toqué la cabeza—. Sé que el miedo habla por mí, me paraliza y provoca mis pensamientos, pero tienes que entenderme…

—Lo hago, Jana, más de lo que te piensas —negó serio.

—¿Te has enfadado?

—¿Cómo hacerlo? —Igualé su sonrisa cuando me la dedicó, pero una triste—. Solo estoy tocado por el nuevo cambio que se avecina porque no sabes cuántas veces he soñado con que volvías a unirte al equipo. Hasta ahora no ha sido lo mismo sin ti y mucho menos lo será. Hemos cojeado porque nos faltabas, tanto Saray como yo. Y ahora, o cuando tengas el alta definitiva… No sé, no eres la única que ha tenido que enfrentar muchos cambios, nosotros también. A otro nivel, pero hemos tenido que adaptarnos. —Dejó salir el aire lentamente.

—Vamos a seguir unidos.

—Lo tengo claro, pero no trabajando.

—Por ahora no —dije convencida de la decisión que había tomado—. Si algún día decido volver será porque esté en mis plenas facultades para enfrentar cualquier situación. Sabes que sería un peligro si regresara en estas condiciones. Si estamos en una misión o en cualquier situación que implicara atacar para protegeros a Saray y a ti o a mí misma, me quedaría bloqueada y en blanco, sería fatal.

—¿Por qué no pides ayuda al psicólogo del trabajo? —susurró.

—Porque por ahora quiero trabajarlo yo sola y hacer lo que me dicta la lógica. Quizás, algún día tome ese camino si mi pensamiento cambia.

—Una excedencia…

—Ajá.

—¿Y en qué vas a ocupar el tiempo?

—En buscar algo que sea de mi agrado y en aceptar lo que me salga. —Me encogí de hombros.

—Te voy a echar de menos.

—No te imaginas cuánto lo haré yo. —Tragué saliva.

—No hay marcha atrás, ¿no? —negué— De acuerdo, pues que sepas que vas a tener que ponerme una cama aquí. —Cambió el tono, optando por el humor.

—Ya la tienes. —Sonreí.

—Hasta que Saray me la quita. —Levantó una ceja.

—Siempre os quedará el sofá a alguno de los dos. —Reí.

Esa fue la conversación que mantuve con mi amigo César y a partir de ahí, llevé a cabo todo lo que hablamos. Un mes y medio después de ese día, Diego me dio el alta definitiva y me reuní con mi jefe para comentarle, hablándole claro, cuales eran mis planes.

Lamentó el que le dijera que no me veía preparada para continuar, pero fue compresivo, repitiéndome que tanto él como los servicios del departamento estaban a mi disposición cuando yo lo creyera oportuno. Nos despedimos con la orden que dio para que tramitaran mi excedencia y con un fuerte abrazo, mientras me susurraba que esperaba verme más pronto que tarde por los pasillos de la oficina.

Con un nudo en la garganta asentí, agradeciéndole todo lo que siempre había hecho por mí. Me llevaba genial con Luís, ese es el nombre de mi jefe. Lo sentía muy cercano, así había sido desde que empecé a trabajar bajo sus órdenes. Cuando salí de su despacho me dirigí hacia mi mesa, con un gran nudo en la garganta. Estar otra vez en , la misma zona por la que me había movido tantas horas de mi vida supuso un gran esfuerzo.

No era lo mismo pensarlo e imaginarlo desde fuera, que enfrentarlo. Al llegar a ella abrí los cajones rápido y saqué todas mis pertenencias, menos la placa que me identificaba y el arma que se mantenía en la funda. Por unos minutos no pude apartar los ojos de ellas, viéndolas como si me resultaran extrañas en el momento en el que estaba. Había luchado tanto por conseguirlas…

Cerré el cajón despacio, con la vista desenfocada por las lágrimas contenidas que se me habían acumulado en los ojos. Cuando levanté la vista César y Saray estaban al otro lado de la mesa, mirándome y esperando para acompañarme. Sus ojos también reflejaban lo que suponía ese instante. Me tragué todo lo que sentía por no estar operativa y busqué las fuerzas para continuar con mi decisión, porque era consciente de que era lo mejor que podía hacer.

No se separaron de mí hasta que salí por la puerta principal, en la que nos abrazamos y quedamos para vernos esa misma tarde. Este es un resumen breve de cómo se dio todo, hasta hoy día en el que llevaba menos de un mes trabajando en el restaurante que os he mencionado. El nuevo cambio que le había dado a mi vida me sentaba bien, me resultaba muy ameno estar activa, aunque sabía que no duraría mucho tiempo en él.

No por nada, me llevaba muy bien con los compañeros y con el jefe, que de vez en cuando pasaba para hacerse

presente, pero no había parado en mi empeño de buscar un trabajo que se adaptara más a lo que tenía en mente. Estar en el restaurante era un trampolín para mis expectativas, que las consiguiera o no, estaba por ver.

Al no haber ningún cliente para pedir me puse a limpiar el mostrador y a colocar bien todo lo que no podía en otros momentos que eran un no parar. Por la hora que era, las tres y media de la tarde, bien pasadas, ya no habría mucha faena, a falta de menos de una hora para que mi turno terminara y saliera del trabajo, yéndome para casa hasta el próximo lunes, con el fin de semana por delante.

Dándole la espalda al mostrador, girada hacia las estanterías, me quedé con una mano en el aire al escuchar una palabra, solo una, distinguiendo el tono de voz y a quién pertenecía.

Después de lamentarme en susurros me giré despacio, con unos vasos en las manos, encontrándome con Connor de frente.

—¿Qué haces aquí? —Fruncí el gesto.

—¿Venir a comer? —Ladeó un poco la cabeza.

—Esta zona te pilla bastante lejos —murmuré.

—Ha sido toda una casualidad. Vengo de hacer unas comprobaciones y me cogía de camino. Tengo hambre. —Se encogió de hombros.

—Con todos los restaurantes que hay por la zona y entras en este —siseé.

—Ya ves, así es y ha sido una sorpresa para los dos —dijo como si nada.

—¿Qué quieres? —Dejé los vasos y me acerqué, con la barra de separación entre los dos. Cuanto antes lo atendiera, antes se iría, fue mi pensamiento.

—No tengo nada en mente, ¿alguna sugerencia? —Apoyó los brazos, mirándome fijamente.

—Todas las de la carta. —La señalé con un gesto de la cabeza, la tenía a su derecha. Era visible para todos los clientes—. Y las que hay expuestas en el mostrador.

—Pensaba que ibas a proponerme algo que te gustara mucho y destacara. ¿Cuánto hace que estás aquí?

—Para gustos los colores. —Aparté los ojos de él—. Un tiempo —respondí sin querer entrar en detalles.

Caminé a lo largo de la barra, apartándome hasta que optara por algo y llamara mi atención para tomarle nota. Con lo tranquila que estaba, pensé mientras movía con energía un trapo, dejando pulida la parte a la que le estaba

dando con mucho esmero. Desde la última vez en el hospital, cuando lo encontré en la habitación al regresar de la sesión con Diego, no lo había vuelto a ver.

Ni siquiera cuando fui a hablar con nuestro jefe, bueno por mi parte hacía tiempo que ya no lo era y estaba en pausa. Ni tampoco cuando caminé por la zona común de la oficina y estuve en mi mesa. Ni rastro de él en mucho tiempo y tenía que entrar precisamente por la puerta del restaurante en el que yo trabajaba.

¿Casualidad? Ni él se lo creía. No tenía ninguna duda y daba por hecho, sin equivocarme, que su presencia era calculada e intencionada, para tocarme la moral. Esto último lo añadía yo porque así era. Ni idea de cómo se había enterado, pero que lo había hecho estaba más que claro.

El que no hubiera mostrado sorpresa en su expresión como la supuesta que se había llevado, ni que hubiera dejado ver alguna reacción por ello, era todo lo que necesitaba saber. También es cierto que Connor era un experto en no mostrar hacia fuera lo que pensaba, si se lo proponía era imposible llegar a descifrarlo. Emociones y sentimientos cero. De las pocas personas, por no decir la única que conocía, que lo controlaba cómo y cuándo quería.

Que conste que no me sentía menos que él por realizar el trabajo, para nada. No voy por ahí porque era muy lícito respetable y me sentía a gusto al ser lo que yo había querido, sobra decirlo. Como tampoco él había dado indicios de que lo creyera. No lo haría, aunque lo estuviera pensando, pero no por trabajar honradamente en un restaurante sino por el cambio tan grande que había dado mi vida en lo laboral y que estaba segura de que no entendía, ni aceptaba, enfocándolo a la pasión que una vez igualamos.

—Lo tengo —dijo y dejé salir el aire despacio, antes de ir hacia él.

—Tú dirás.

—Este guiso, tiene buena pinta. —Lo señaló en la carta.

Asentí y creé un nuevo pedido en el ordenador, anotando también la bebida y el postre. Por lo visto quería hacer un completo, solo esperaba que decidiera comer en la gran terraza y no en el comedor.

dando con mucho esmero. Desde la última vez en el hospital, cuando lo encontré en la habitación al regresar de la sesión con Diego, no lo había vuelto a ver.

Ni siquiera cuando fui a hablar con nuestro jefe, bueno por mi parte hacía tiempo que ya no lo era y estaba en pausa. Ni tampoco cuando caminé por la zona común de la oficina y estuve en mi mesa. Ni rastro de él en mucho tiempo y tenía que entrar precisamente por la puerta del restaurante en el que yo trabajaba.

¿Casualidad? Ni él se lo creía. No tenía ninguna duda y daba por hecho, sin equivocarme, que su presencia era calculada e intencionada, para tocarme la moral. Esto último lo añadía yo porque así era. Ni idea de cómo se había enterado, pero que lo había hecho estaba más que claro.

El que no hubiera mostrado sorpresa en su expresión como la supuesta que se había llevado, ni que hubiera dejado ver alguna reacción por ello, era todo lo que necesitaba saber. También es cierto que Connor era un experto en no mostrar hacia fuera lo que pensaba, si se lo proponía era imposible llegar a descifrarlo. Emociones y sentimientos cero. De las pocas personas, por no decir la única que conocía, que lo controlaba cómo y cuándo quería.

Que conste que no me sentía menos que él por realizar el trabajo, para nada. No voy por ahí porque era muy lícito, respetable y me sentía a gusto al ser lo que yo había querido, sobra decirlo. Como tampoco él había dado indicios de que lo creyera. No lo haría, aunque lo estuviera pensando, pero no por trabajar honradamente en un restaurante, sino por el cambio tan grande que había dado mi vida en lo laboral y que estaba segura de que no entendía, ni aceptaba, enfocándolo a la pasión que una vez igualamos.

—Lo tengo —dijo y dejé salir el aire despacio, antes de ir hacia él.

—Tú dirás.

—Este guiso, tiene buena pinta. —Lo señaló en la carta.

Asentí y creé un nuevo pedido en el ordenador, anotando también la bebida y el postre. Por lo visto quería hacer un completo, solo esperaba que decidiera comer en la gran terraza y no en el comedor.

Capítulo 7



Connor

Aparté la vista de Jana mientras se ponía a hacer otras cosas que no fuera estar delante de mí, pero no la atención, teniéndola muy presente. Hacía mucho tiempo que sabía por dónde se movía, pero hasta este instante no había decidido que había llegado el momento de aparecer.

Era consciente de que no se había tragado mis palabras, su mirada desconfiada lo habían dejado claro. Llevaba mucho sin verla, desde que supuestamente la activé para que diera un cambio de actitud y pensamiento sobre su estancia en el hospital y recuperación. El día que fue a la central, siendo la última vez que la pisó, yo me encontraba fuera. Me enteré de lo que había hecho a última hora del día, cuando Luís, el jefe, me llamó porque cuando terminé con lo que estaba me fui a casa directamente.

Los sentimientos y sensaciones que me recorrieron al escucharlo hablar sobre ella fueron muy contradictorios. Por un lado, siendo sincero no me cogió por sorpresa, lo veía venir y fue ella misma la que me lo anticipó. Por otro, me llevé una bofetada a mano abierta porque había querido creer que lo meditaría bien y que descartaría esa opción. Dentro de lo malo solo había pedido una excedencia, lo que no era una baja definitiva.

Esperé a que saliera mi pedido pacientemente y cuando me llamó dejando la bandeja encima de la barra, me acerqué los pocos pasos que me había separado y la cogí, después de pagarle.

—Que aproveche. Hace un día perfecto para disfrutar del día, tenemos una amplia terraza en la parte trasera. —Señaló en la dirección y contuve el mostrar alguna reacción.

—Gracias —asentí, siendo lo único que quise que viera.

Le di la espalda y fue justo en ese instante, en el que no me veía, cuando curvé los labios. No necesité escuchar su comentario de la terraza para saber que quería que desapareciera de su vista, y como lo sabía por anticipado, y como iba a hacer lo que me diera la real gana, ocupé una mesa del comedor. Y no una cualquiera porque quedaba justo enfrente de la barra.

Bajé la mirada hacia el plato y esa vez sonreí internamente al escuchar varios resoplidos suyos. Empecé a comer relajado porque lo que le había dicho de que tenía hambre no era mentira. Mientras lo hacía comprobé la hora en

el reloj de muñeca, viendo que eran las cuatro y diez de la tarde. Me apresuré para terminar, degustando cada cucharada que me llevaba a la boca. El guiso estaba muy bueno y bien lo merecía.

Con toda la intención dejé el cubierto al mismo tiempo que Jana salía de detrás de la barra, con el bolso colgado dispuesta a irse. Sí, conocía perfectamente el horario que hacía, de ahí que me hubiera esperado casi hasta el último momento para entrar. Le había sacado la información a César sin que se diera cuenta. Y el dato de dónde trabajaba, tampoco me había costado saberlo. Willow fue la encargada de decírmelo al oír de pasada una conversación entre César y Saray, mientras planeaban ir a recoger a Jana.

Me levanté cuando pasó por delante y vi como aceleraba el paso, con la vista fija en la puerta. Salí al poco de hacerlo ella y al dar varios pasos más, me frené cuando se giró hacia mí, con cara de pocos amigos. Exactamente lo que yo no era para Jana.

—¿A qué has venido realmente, Connor? —Se cruzó de brazos—. Y ahórrate el decir mentiras para salir lo mejor parado posible. No es verdad que hayas dado conmigo por casualidad ni con este restaurante al que, apuesto, sin equivocarme, que nunca habías entrado.

—Para comprobar si te habías cansado de estar relajada —respondí metiéndome las manos en los bolsillos del pantalón.

—No sé de lo que hablas. —Bufó girándose y dándome la espalda, volviendo a caminar—. Déjame tranquila —dijo en alto—. ¿Dónde te crees que vas? —Medio giró al ver que la seguía.

—A por mi coche.

—Ahora resulta que estará al lado del mío. —Entrecerró los ojos.

—No tengo ni idea de dónde lo tienes —respondí tranquilo.

No volvió a hablar y esperé el momento en el que viera que había acertado porque había aparcado a dos de distancia del suyo. Lástima que me perdí el momento en el que se dio cuenta, para ver la cara que puso.

—Ha sido otra casualidad, ni me he fijado al llegar —me justifiqué cuando se paró, a su espalda.

—No voy a regresar, si ese es el motivo que te ha traído hasta aquí, Connor —susurró.

El silencio nos acompañó durante unos minutos, los que me tomé para continuar.

—¿Me has oído? ¿O ahora me dirás que no?

—Te he escuchado perfectamente.

—Pues no vengas más.

—Como te dije varios meses atrás, si quieres perderme de vista tendrás que actuar tú. Yo tengo libre albedrío para ir y venir de los lugares que me plazca.

—¿Por qué? —Se giró quedándose de frente.

—Si hubiera querido presentarme ante ti más sutilmente, provocando un encuentro inesperado, créeme que ni habrías dudado en que lo habría sido. He venido aquí sabiendo lo que interpretarías, poco me importa.

—No lo entiendo. —Entrecerró los ojos.

—Es simple, estás desperdiciando tu vida. Un tiempo valioso y no te das ni cuenta. ¿Tienes un problema? Ponle solución y atájalo de raíz, pero no huyas y te refugies en otras cosas.

—No tienes ni idea.

—Explícamelo. —Me crucé de brazos.

—No me da la gana y no tengo porqué.

—Entonces tendrás que aguantar verme más veces, si yo lo decido. —Pasé por su lado.

Abrí el coche y la puerta, parándome para decir las últimas palabras.

—Hace mucho tiempo te oí decir lo feliz que te hacía el que tu padre estuviera orgulloso de ti, porque así lo creías realmente —dije sin mirarla, con la vista enfocada en el interior del vehículo—. ¿Qué pensaría ahora? ¿Te has parado a pensarlo? Seguro que sí, al igual que apartas ese pensamiento en cuanto te llega, porque sabes la respuesta de cuáles serían sus palabras y consejos. ¿Crees que él lo tuvo fácil en su carrera y trayectoria? ¿Cuántas veces se cayó y se levantó porque su profesión era su vida? Tú no has dudado al retirarte, a él ni se le hubiera pasado por la cabeza hacerlo.

—No lo menciones. —Alzó la voz enfada y giré la cabeza hacia ella.

—¿Es lo que quieres realmente? ¿No afrontar el miedo y seguir dejando que te venza sin poner resistencia? Cuando te metiste en esta profesión sabías perfectamente a lo que te enfrentabas, lo conocías perfectamente por tu padre. Más de una vez ha llegado a mis oídos las locuras que has cometido, sin pararte a pensar en que tu vida corría peligro, solo por salvar a quién fuera.

»¿Cuatro puñeteras balas te han desestabilizado? Lucha por superarlo, igual que conseguiste hacer para salir del hospital. Mírate, no eres ni la sombra de cuando no te podías mover, lo mismo sucedería si pusieras de tu parte

porque déjame que te diga una cosa… Puede que, por ahora vayas feliz a trabajar, quizás te despiertes segura y tranquila, pero llegará un día y me arriesgo a decir que no muy lejano, en el que todo te caerá encima y perderás la chispa que crees haber encontrado.

»¿Y sabes por qué? Porque solo es una ilusión que te has creado, porque la Jana que yo conozco y la que conocen todos los de su alrededor, se consume si no está en activo. Si quieres que te ayude solo tienes que decírmelo y pondré todo de mi parte para que logres pisotear lo que te paraliza.

No esperé a que volviera a hablar, entré en el coche y cerré de un portazo, arrancando. Fijé los ojos en ella, viendo los engranajes de su cabeza funcionando, paralizada. Comprobé por el espejo retrovisor que nada me obstaculizaba el camino y di marcha atrás, volviendo a unir nuestras miradas porque la suya continuaba puesta en mí.

Giré el volante y aceleré, dejándola sola en el aparcamiento habilitado del restaurante. En cuanto me incorporé a la carretera golpeé el volante, por la rabia que sentía al verla de esa forma. Me jodía, mucho, de una manera que me atormentaba y no me daba descanso. Y más lo hacía porque todo lo que le había dicho era una verdad muy grande que la haría caer de nuevo. Quizás era lo que necesitaba, me dije. Era consciente de que tenía que darse cuenta por ella misma hasta llegar al punto de sentirse insatisfecha y desmotivada con la rutina que había creado, pero había tenido la necesidad de meter el dedo en la herida que tenía escondida, para hacerla reaccionar.

Esta vez no tenía ni puñetera idea de si lo conseguiría, como tampoco de si mi intervención tendría algún efecto sobre ella. Removida interiormente la había dejado, de eso no tenía duda porque tocar el tema de su padre era muy delicado. Pero si reaccionaba, ¿cuánto tiempo tardaría en hacerlo? El problema estaba en que faltaban unas horas para irme de la ciudad y dejar España atrás. No era la primera vez que viajaba para seguir de cerca el rastreo del desgraciado que huyó, porque no nos pertenecía a nosotros hacerlo al no estar en nuestro territorio.

Colaborábamos en las investigaciones, sí, pero no podíamos meter mano como necesitábamos. En todos los intentos que habían hecho hasta el momento, yo había regresado con las manos vacías, quedándome muy cerca de dar con él. Para mi mala suerte, se movía continuamente. El destino al que iba era otra vez Rennes, una ciudad del noroeste de Francia, capital de la región de Bretaña.

Me sentía intranquilo porque todo estaba desorganizado y el no tener el control de las situaciones me alteraba. Conduje hasta casa y cuando llegué, en menos de diez minutos traspasaba otra vez la puerta, con el equipaje de mano que había dejado preparado. Me dirigí hacia el aeropuerto donde Hernán y Willow me esperaban.

✣ ✣ ✣

—No se ve movimiento —susurró muy cerca de mí Willow.

Los tres teníamos la vista enfocada hacia delante, más concretamente hacia una gran mansión. El departamento francés con el que colaborábamos desde que supimos la nueva procedencia, estaba informado de que llegaríamos,

pero todavía no sabían que estamos en su territorio. Por así decirlo, en ese instante actuábamos por nuestra cuenta de manera extraoficial.

Así lo habíamos decidido antes de embarcarnos hacia territorio francés. Supuestamente la policía francesa estaba al cargo de la operación, supuestamente, porque no pude evitar acercarme personalmente para saber la veracidad de la información. No queríamos quedarnos al margen, ni mucho menos hacer revuelo para podernos acercar con la mayor rapidez, asegurándonos de que nada los alertara. Nos la estábamos jugando, éramos conscientes, pero si conseguía mi propósito, ya enfrentaría lo que fuera cuando llegara.

Dirigí la mirada hacia cada detalle que tenía delante, pensando en lo mismo que había comentado Willow. Demasiado silencio para todos los que eran porque a Kurt, el jefe de la organización le había dado tiempo a rearmar sus filas. Un contratiempo que no nos iba a frenar.

—Me da mala espina —dijo Hernán.

Teníamos la noche casi encima, a eso estaba esperando, a que la oscuridad lo cubriera todo para ver si alguna puñetera luz se encendía en el interior. Aparte de que sería el momento ideal para acercarnos a la mansión protegidos por la noche.

—Paciencia —añadí.

Cuarenta minutos después les pedí que se prepararan para comprobar el terreno. Tomamos cada uno una dirección, yendo directos hacia la construcción que se mantenía sin indicios de que estuviera ocupada. Sin vernos ni nosotros mismos porque no teníamos ni un poco de claridad por la luna, me centré en lo que tenía a pocos metros de distancia.

«No hay nadie, otra vez se nos han escapado», fue mi pensamiento. Si no hubiera sido así el exterior estaría controlado y llegar hasta la fachada, donde me había quedado con la espalda apoyada, no hubiera sido tan fácil. Miré hacia el interior a través de una cristalera, observando que no había ningún tipo de movimiento y todo estaba oscuro, mientras me desplazaba pasando por todas las que rodeaban la vivienda.

—Se han largado —dijo Hernán, sacudiendo la cabeza cuando nos reunimos en el mismo punto, en una puerta lateral.

—Abre, quiero comprobar el interior para asegurarme —le pedí a Willow, con la mandíbula apretada.

—Voy. —Se puso delante de la cerradura e hizo su magia, dejándonos oír el clic que nos daba acceso.

A pesar de saber de antemano lo que nos íbamos a encontrar, no bajamos la guardia, volviéndonos a separar. Completamente vacía. Después de hacer las comprobaciones en la zona que me había marcado, me dirigí hacia el exterior, yendo directo hacia un garaje abierto que había en la parte trasera. Volví a maldecir. ¿El motivo? La

, chapa del capó estaba caliente cuando puse la mano encima, señal de que hacía poco tiempo que lo habían utilizado. Enfoqué la linterna en la matrícula y la anoté en el móvil, por si me podía dar alguna información más tarde, cuando pudiera comprobarlo.

Llevé la linterna por el vehículo y la bajé rápido al haber pasado de la zona, dejando el foco de luz fijo en el parabrisas. Fruncí el gesto y caminé hasta él, cogiendo una hoja que se mantenía sujeta por uno de los limpiaparabrisas.

—¿Qué cojones…? —dije extrañado, desdoblándolo.

«Todo tiene un principio. Que empiece la fiesta hasta cobrarme todo lo que se me ha hecho».

—Joder. —La arrugué dejando el puño apretado, negando por lo que representaba.

—¿Qué pasa? —Apareció Hernán, seguido por Willow.

—¿Connor? —susurró ella.

—Esto. —Les lancé la bola que había hecho, al pasar por al lado de los dos.

Caminé sintiendo la rabia recorrerme, escuchando sus pasos detrás de mí.

—Mierda… —soltó con un pequeño jadeo Willow— ¿Sabes lo que esto representa?

—Lo sé de sobras —siseé adentrándome en la arboleda, yendo directo hacia el coche de alquiler que habíamos dejado al otro lado de ella.

—¿Qué se propone ese tío? ¿Ir directamente contra nosotros? ¿Un principio? —preguntó desconcertado Hernán.

—Alguien ha tenido que avisarlo de que estábamos aquí, dándole la alerta para largarse —dije en tensión.

—¿Quién? —Se sorprendió Willow—. Todavía no hemos notificado a nadie que hemos llegado.

—Quien haya sido, ha estado muy entretenido comprobando la identidad de los pasajeros de los aviones con procedencia de España —le aclaré la duda.

—¿Los franceses nos las han jugado? —habló cabreada.

—No podemos generalizar, pero ese desgraciado debe tener comprado a alguien de dentro porque no hay otra explicación. Ya habéis visto lo que hay en el interior de la casa, el puñetero coche está caliente y esa nota va dirigida a nosotros. ¿Dónde se inició?

—En el primer operativo que no vieron venir —respondió Hernán, en tono bajo y pensativo.

—Tenemos que regresar —dije al llegar al coche, montándome en él—. Buscad un vuelo, vamos al hotel a recoger los equipajes y nos largamos —les pedí arrancando y pisando el acelerador, con una sensación que no me gustaba nada y que me consumía, por lo que el conjunto representaba.

—En el primer operativo que no vieron venir —respondió Hernán, en tono bajo y pensativo.

—Tenemos que regresar —dije al llegar al coche, montándome en él—. Buscad un vuelo, vamos al hotel a recoger los equipajes y nos largamos —les pedí arrancando y pisando el acelerador, con una sensación que no me gustaba nada y que me consumía, por lo que el conjunto representaba.

Capítulo 8



Jana

—Dime que te estás aburriendo y que nos echas de menos. —Sonreí ante el comentario de Saray.

Estábamos hablando por teléfono, a bastante más distancia de la habitual. Ella continuaba en la ciudad, yo, me había tomado unos días libres en el trabajo. Unas minivacaciones muy necesarias en un pueblo que estaba a unos doscientos kilómetros. Dejé vagar la vista hacia el verde intenso que tenía delante.

—No a lo primero, sí y mucho a lo segundo —le respondí.

—¿Jana? —Reí al escuchar a César y las protestas de Saray, al quitarle el teléfono.

—Hola.

—Mándame la ubicación. —Dejé de prestar atención a todo lo que me rodeaba y la centré en él, en su voz más concretamente.

—¿Qué pasa?

—Nada.

—César…

—Tú mándamela, ¿de acuerdo?

—¿Vais a venir el fin de semana?

—Puede que sí, puede que no… —Sonreí, relajándome.

—En cuanto cuelgue te la envío.

—Perfecto. ¿Cómo va?

—Bien —dejé salir un suspiro—. Llevo dos días aquí, es muy tranquilo.

—¿Estás segura de que es lo que necesitas?

—¿A qué viene eso? Desde que empecé a trabajar siempre me has repetido que me lo tomara con calma. He estado doblando turnos tres días para conseguir unos pocos libres, uniéndolos al fin de semana.

—No sé, me resulta raro. Hay algo que no me has dicho. —Me quedé en silencio durante unos segundos, más tiempo del normal.

—Todo está bien, lo necesitaba.

—¿Para qué?

—¿Para descansar? —Esa vez el que se quedó en silencio fue él.

—Vale, ya me lo contarás —insistió provocando que pusiera los ojos en blanco.

—Si quieres te hago un repaso de mi vida, la que conoces perfectamente, porque otra cosa…

—Lo que tú digas, preciosa. Creo que se te está olvidando con quién estás hablando.

—Vosotros venid y me verás feliz.

Conversamos un poco más, como también lo hice con Saray. Cuando colgué todo volvió a quedarse en calma y cogí varias bocanadas de aire, interiorizando la paz que transmitía la zona. Llevé la vista hacia la derecha, viendo una casa parecida a la que yo estaba. Se encontraba a bastante distancia. No podía calificarla como vecina, lo mismo sucedía hacia el lado opuesto.

Me separé de la barandilla con una sonrisa y fui hacia el interior. Eran las doce del mediodía. En la cocina preparé algo para picar y salí al porche con ello y un refresco. Lo dejé todo en la mesa y me senté, llevándome unas olivas a la boca, pensativa.

Mi ausencia del restaurante había sido algo premeditado, había trabajado agotándome para conseguir los días libres. ¿Por qué? Porque por culpa de Connor mi cabeza estaba hecha un lío y el agobio me había perseguido desde que me dejó en el aparcamiento del restaurante.

Mi intención era que estos días me sirvieran para analizar muy bien lo que estaba haciendo con mi vida. Seguir hacia delante, eso es lo que me repetía, como también de qué manera lo estaba haciendo. Las palabras de Connor

sobre mi padre me dolieron y me habían hecho pensar mucho.

Adoré a mi padre en vida y lo seguiría haciéndolo el resto de la mía. Para mí siempre había sido muy importante su opinión, al igual que los consejos que siempre me dio. Un ejemplo que seguir en todo, eso es lo que fue y seguiría siendo. Solo de pensar que lo había defraudado o decepcionado, que podía estar preocupado por ayudarme sin tener los medio para hacerlo… Porque no tenía ni la más mínima duda de que velaba por mí, siempre.

Sentía que algo nuevo se había activado en mí, pero no me veía con las fuerzas y el coraje de llevarlo a cabo. No sé, lo más seguro que es continuara con la nueva vida que tenía, pero la duda me revolvía todo el interior. ¿Podría volver a hacerlo? A trabajar de policía, me refiero. Gran pregunta porque en ese instante me veía incapacitada, en muchos sentidos, tanto moral como físicamente.

Me terminé el aperitivo y una hora y media después me subía al coche para ir hacia el pueblo. Me apetecía comer fuera, en el primer restaurante que viera, y con ese propósito me perdí caminando cuando llegué al centro. Aproveché para entrar en una tienda de alimentación, a comprar todo lo necesario para no tener que cargar con más cosas hasta que me fuera. Con las bolsas en las manos me dirigí hacia una terraza de un restaurante, en la que ocupé una silla.

Comí tranquila, viendo el ir y venir de la gente que pasaba a cierta distancia de mí. Una hora después volvía a estar montada en el coche, dirigiéndome hacia la casa. No había mucha distancia, por lo que no tardé en llegar y en estar guardando todo lo que había comprado. Cuando terminé eran las cuatro y media.

Fui hacia el sofá y me estiré en él, soltando un suspiro con la vista fija en el techo. Levanté las manos, poniéndola delante de mis ojos, y las moví preguntándome si podría volverlas a utilizar en el sentido que pasó por mi cabeza. Tragué saliva cerrando los puños y los párpados con fuerza. Me giré quedándome de lado y no volví a abrir los ojos, dejando que el sueño, poco a poco, se apoderara de mí.

✣ ✣ ✣

—¿Qué…? —dije incorporándome sobresaltada, mirando alrededor.

Acababa de despertarme de golpe y me levanté del sofá con los ojos medio cerrados todavía, yendo hacia la mesa del salón donde había dejado el bolso. Busqué en el interior el móvil porque estaba sonando una llamada y sonreí al ver el nombre de Diego ocupar la pantalla.

—Hombre, la desaparecida —dijo en cuanto descolgué.

—Hola. —Carraspeé aclarándome la voz—. Hace una semana que nos vimos y tomamos un café, y unos días que

hablamos por teléfono —negué.

—Pues eso, desaparecida. Con nuestro historial tendría que saber de ti cada día, que lo sepas.

—¿Cómo va todo? —Volví al sofá y me senté.

—Como siempre, preciosa. En el trabajo enfrentándome a almas descarriadas, como lo fuiste tú un tiempo atrás. En lo personal no puedo quejarme —dijo con humor—. ¿Y a ti? ¿Qué tal? Te noto un poco rara.

—Eso es porque me has despertado —aclaré—. Aún estoy medio dormida de la siesta.

—¿A las nueve y media de la noche? Joder, qué bien vives.

—¿En serio? ¿Es esa hora? —Me sorprendí por lo tarde que era, ni cuenta me había dado al mirar la pantalla del móvil.

—Sí —dijo cantarín.

—No he pensado en poner una alarma, creía que abriría los ojos mucho antes por mí misma. —Hice una mueca.

—¿Dónde está el problema? Podías y has descansado lo que el cuerpo te ha pedido. Esta noche te haces una sesión de televisión y listo.

—Sí. —Sonreí—. Me he tomado los días libres que te comenté la última vez que hablamos. Cuando regrese quedamos, ¿vale?

—Yo creo que me he equivocado de profesión.

—¿Qué dices? —Reí por el drama que le puso.

—Joder, soy el único ser humano que hace siglos que no coge vacaciones.

—A exagerado no te gana nadie. —Me rodeé las piernas con un brazo, subiéndolas al sofá—. No las coges porque no quieres.

—Correcto, me viene de fábrica, preciosa. Eso va a cambiar dentro de un mes.

—Me alegro, ya tocaba.

—Después de hacerte de despertador me despido, tengo una cita muy jugosa y no quiero llegar tarde. Ya te he escuchado, que era lo que quería.

—Disfruta y dalo todo. Gracias.

—No te imaginas hasta qué punto lo voy a dar. —
Soltó una carcajada.

—Prefiero seguir en la ignorancia —negué uniéndome a él en las risas.

—Hablamos, preciosa. Disfruta y nos vemos a tu vuelta.

—De acuerdo, igualmente.

Colgué dejando el móvil encima de la mesa que tenía enfrente. Me parecía mentira lo importante en que se había convertido Diego para mí, era una pieza vital. Habíamos pasado por tantos estados de ánimo juntos, con muchas horas compartidas en las que en la mayoría de ellas no me soportaba ni yo misma… Dejé salir un suspiro y me incliné sobre el sofá para coger el mando del televisor. No tenía nada de hambre, por lo que me dispuse a ponerlo para entretenerme.

A punto de darle al botón de encendido me quedé con el dedo rozándolo, levantando la mirada y dirigiéndola hacia el ventanal que tenía delante, por detrás del televisor. Esperé unos segundos y cuando volví a escuchar el mismo ruido fuera de la casa, me levanté despacio para comprobar de qué se trataba.

No podía ser otra cosa que un animal porque nadie solía pasar cerca, ni aproximarse. Me asomé por el ventanal, apartando la cortina, y miré hacia el exterior. No vi nada, a pesar de que todavía quedaba un poco de claridad. Me mantuve en la misma posición, llevando la vista hacia los lados por si había sido provocado por alguno de los que ocupaban las casas de los lados. Tampoco vi movimiento, aunque no tenía lógica pensar en esa posibilidad porque la distancia era mucha y era imposible detectar algo, y menos dentro de la casa. Teniendo en cuenta que los ruidos habían sonado demasiado cerca…

Me encogí de hombros yendo hacia el sofá y a nada de dejarme caer en él, volví a escuchar otro más intenso que me hizo girar hacia la puerta, con el gesto fruncido. Soltando un suspiro caminé hacia ella y esperé por si se repetía. Al no oír nada decidí abrir encendiendo la luz del porche. Di varios pasos en él comprobando que estaba vacío y me acerqué a la barandilla, apoyándome en ella. Me hice notar por si se trataba de algún animal, para que ante mi presencia y con mis movimientos se alejara.

Nada, silencio absoluto a mi alrededor. Llevé la vista hacia la derecha e izquierda observando que había gente en el interior de las casas. Las luces estaban encendidas y salían hacia afuera como en la mía. Dirigí la mirada hacia el frente, sin llegar a ver a través de los árboles que tenía a unos metros de separación. No había dejado nada de comida fuera que pudiera atraer a ningún animal, precisamente porque no quería visitas sorpresas e inesperadas.

Y eso precisamente fue lo que me encontré cuando volví a oír el mismo ruido y giré la cabeza, rápido hacia la

derecha. Contuve la respiración y agrandé los ojos al encontrarme con Connor, dejándome descolocada y desconcertada por su osadía de haberse atrevido a presentarse donde yo estaba, otra vez. ¿Cómo narices se enteraba y me seguía de cerca?

—¿Qué mierda haces aquí? —le pregunté en tensión, con tono cortante y serio mientras me separaba de la barandilla.

No me respondió, ni siquiera me miró directamente. Me impacienté dispuesta a saltar encima de él porque no iba consentir… Hasta ahí llegaron mis pensamientos. Los frené, aniquilándolos, cuando noté que algo sucedía, algo malo al fijarme bien. Entrecerré los ojos analizando lo poco que veía de él porque gran parte de su cuerpo quedab tapado por la elevación del porche. Di varios pasos hacia las escaleras sin apartar la vista y solté un pequeño jadeo cuando se desestabilizó dejando caer el cuerpo contra la estructura, apoyándose en ella.

—¿Connor…?

Me moví rápido sin pensar en lo que estaba haciendo y me puse frente a él, mirándolo de cerca dejando un poco de separación. El sudor cubría su cara, su pelo estaba revuelto, tenía los labios entreabiertos y el color de su piel… Blanca, completamente.

—¿Estás bien? ¿Qué sucede? —Me preocupé dejando a un lado lo raro que me resultaba que estuviera allí, en una zona que nadie sabía, menos César porque le había enviado la ubicación horas antes para que viniera el fin de semana con Saray.

Negó despacio con el gesto contraído de dolor y fue en ese instante en el que identifiqué perfectamente el motivo de su estado, y lo que me iba a encontrar. Sin creérmelo di los pocos pasos que nos separaban y cogí los lados de su cazadora con las manos. La abrí y lo que vi me hizo agrandar los ojos al máximo, al ver un agujero en su jersey y una cantidad importante de sangre cubriéndoselo.

—¿Qué…? ¿Qué te ha pasado? —Me giré hacia los lados, en alerta, rodeándolo sin que mi espalda se despegara de él para protegerlo.

—Jana… No hay nadie más… —susurró y contuve la respiración cuando se desvaneció, cayendo al suelo desmadejado.

—Connor… Eh, ¿me oyes? Vamos, no me hagas esto —le supliqué arrodillándome a su lado.

Le retiré el pelo de la frente y se la toqué. No tenía fiebre, lo que me hizo respirar un poco más tranquila. Fue insignificante la sensación de alivio porque lo peor era la bala que tenía en el abdomen y la sangre que estaba perdiendo. Me incorporé pasando su brazo por mis hombros y tiré con fuerza para levantarlo. Dejé salir un suspiro, agradecida, cuando entreabrió los ojos y por él mismo arrastró los pies, ayudándome para entrarlo en la casa.

Antes de hacerlo, soportando su peso, volví a comprobar el exterior. Por suerte para nosotros seguía despejado y nadie nos había visto. Accedí al interior cerrando la puerta de una patada y lo llevé hasta el sofá, dejándolo caer despacio, tumbándolo. Para asegurarme fui hacia la puerta y la bloqueé con la llave y los cierres que tenía, al igua que hice en todos los accesos de la casa, bajando las persianas para quedarnos aislados. Antes de hacerlo en el ventanal del salón, volví a asomarme por él, dejando pasar unos minutos para estar realmente segura de que sus últimas palabras eran ciertas, las de que no había nadie más. Todo estaba en completo silencio y reaccioné bajando rápido la persiana cuando escuché un gemido suyo.

Corrí hasta él y me puse de rodillas al lado del sofá. Le subí el jersey con manos temblorosas y lo dejé enrollado sobre su pecho, tragando saliva al ver directamente el disparo que había recibido.

—¿Qué ha pasado? —repetí necesitando saberlo con urgencia, sintiendo un gran bloqueo en la garganta.

—Estoy muy mareado —habló con voz muy débil, mirándome, pero sin verme realmente porque tenía las pupilas dilatadas y desenfocadas—. Voy a perder el conocimiento. —Lo mismo que hicieron sus fuerzas, agotando las últimas que le quedaban—. Tienes que saca… —Dejó la palabra incompleta, cerrando los párpados de golpe.

—¿Qué? No, no, no te duermas. ¡Connor, despierta! —Le palpé la cara, acariciándosela y dándole golpecitos, nerviosa porque me dejara sola—. ¡Joder! —solté un lamento separándome un poco hasta chocar con la espalda en la mesa que tenía detrás, sin poder creerme lo que estaba sucediendo—. Sacarla… —susurré lo que había querido pedirme.

Bajé la mirada hacia la herida y tragué saliva. ¿Cómo mierda…? Me miré las manos. Se me habían cubierto de sangre y me temblaban bastante. Tuve que controlar la respiración, sintiéndome sobrepasada por unos instantes. No podía perder el control que me urgía tener, impensable permitirme otra cosa que no fuera estar centrada para atenderlo lo mejor que sabía.

Antes de hacerlo, soportando su peso, volví a comprobar el exterior. Por suerte para nosotros seguía despejado y nadie nos había visto. Accedí al interior cerrando la puerta de una patada y lo llevé hasta el sofá, dejándolo caer despacio, tumbándolo. Para asegurarme fui hacia la puerta y la bloqueé con la llave y los cierres que tenía, al igual que hice en todos los accesos de la casa, bajando las persianas para quedarnos aislados. Antes de hacerlo en el ventanal del salón, volví a asomarme por él, dejando pasar unos minutos para estar realmente segura de que sus últimas palabras eran ciertas, las de que no había nadie más. Todo estaba en completo silencio y reaccioné bajando rápido la persiana cuando escuché un gemido suyo.

Corrí hasta él y me puse de rodillas al lado del sofá. Le subí el jersey con manos temblorosas y lo dejé enrollado sobre su pecho, tragando saliva al ver directamente el disparo que había recibido.

—¿Qué ha pasado? —repetí necesitando saberlo con urgencia, sintiendo un gran bloqueo en la garganta.

—Estoy muy mareado —habló con voz muy débil, mirándome, pero sin verme realmente porque tenía las pupilas dilatadas y desenfocadas—. Voy a perder el conocimiento. —Lo mismo que hicieron sus fuerzas, agotando las últimas que le quedaban—. Tienes que saca… —Dejó la palabra incompleta, cerrando los párpados de golpe.

—¿Qué? No, no, no te duermas. ¡Connor, despierta! —Le palpé la cara, acariciándosela y dándole golpecitos, nerviosa porque me dejara sola—. ¡Joder! —solté un lamento separándome un poco hasta chocar con la espalda en la mesa que tenía detrás, sin poder creerme lo que estaba sucediendo—. Sacarla… —susurré lo que había querido pedirme.

Bajé la mirada hacia la herida y tragué saliva. ¿Cómo mierda…? Me miré las manos. Se me habían cubierto de sangre y me temblaban bastante. Tuve que controlar la respiración, sintiéndome sobrepasada por unos instantes. No podía perder el control que me urgía tener, impensable permitirme otra cosa que no fuera estar centrada para atenderlo lo mejor que sabía.

Capítulo 9



No era la primera vez que lo hacía, muchos años atrás viví una escena parecida con César. Los dos salimos heridos en aquella ocasión, pero lo mío solo fueron varios rasguños de balas, nada significante. En cambio, mi amigo cayó desplomado al suelo, a mi lado. Fue casi al final de un operativo en el que sabía que la ayuda para que lo atendieran tardaría muchísimo en llegar, demasiado para la situación en la que se encontró César.

Actué por la inercia de la adrenalina, utilizando todo lo que había en la cocina en la que nos encontrábamos al asaltar una finca, cuando todo a nuestro alrededor se quedó en silencio y ya no hubo más amenazas que enfrentar. Saray y otro compañero me ayudaron, pero la marca que llevaba en su cuerpo de por vida era obra mía. Y gracias a que la seguía teniendo y disfrutando de ella, a la vida me refiero.

Me pasé el dorso de la mano por la frente, retirándome el sudor sin poder apartar la vista del cuerpo de Connor. Tenía la cabeza girada hacia mí, estaba tan pálido… Fruncí los labios y me incliné hacia él, reaccionando. Me levanté para que me fuera más fácil y le quité la cazadora, lo mismo que hice con el jersey con movimientos lentos, sacándoselo por la cabeza con cuidado. No volvió a abrir los ojos, ni siquiera hizo algún movimiento con ellos debajo de los párpados cerrados.

Le desabroché el pantalón arrastrándoselo un poco para que no me estrobara y corrí hasta la cocina, cogiendo todo lo que creía necesitar. Me lavé las manos viendo cómo el agua hacia desaparecer la sangre, pero no me paré, limpiando también todo lo que había sacado, a conciencia. Fui hacia el baño a por un bote de alcohol para desinfectar lo máximo posible cada cosa y regresé rápido a la cocina con varias toallas limpias también. No conforme con la desinfección que hice, encendí el fuego de gas y puse encima de él varios cuchillos y cucharas, mientras me decía que qué mierda estaba haciendo.

Cuando volví junto a Connor con una bandeja en las manos continuaba igual, inconsciente. No entendía nada. ¿Cómo había llegado hasta mí? ¿Cómo sabía dónde estaba? ¿Lo había hecho caminando en el estado en el que se encontraba? ¿En qué momento le habían disparado y por qué? ¿Hasta qué punto de grave era la herida? Eran tantas las preguntas, que por unos segundos me desestabilicé sintiendo el pánico apoderarse de mí.

Moví la mesa de enfrente del sofá para tenerla lo más cerca posible y dejé la bandeja encima. Con cuidado puse las palmas de las manos en su abdomen, cerca de la zona afectada. Lo tenía rígido y lo palpé antes de retirarle con una toalla la sangre que se había acumulado. Levanté la mirada para comprobar que seguía inconsciente, al menos eso me dejaba más tranquila el tiempo que me llevara hacerlo. Solo esperaba que no volviera en sí por el dolor

que le iba a provocar.

Me mordisqueé el labio inferior y taponé la herida con la toalla. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que sucedió? Dejé salir el aire despacio y me incliné hacia su cuerpo, para ver bien y de cerca el orificio. Después de dejar la zona lo más limpia posible, para que nada me obstaculizara la visión, coloqué la toalla manchada a lo ancho de su cintura y la otra limpia debajo de su cuerpo, arrastrándolo un poco hasta el filo del sofá para que si se manchaba algo fuera el suelo. Me puse a trabajar, mientras rezaba por hacerlo bien y no cometer ningún fallo irreparable.

—Lo siento —susurré segundos antes de volverlo a tocar.

✣ ✣ ✣

Miré la hora en el móvil, encendiendo la pantalla. Eran las cinco y media de la madrugada. No había cerrado los ojos ni un instante, manteniéndome pendiente de Connor. Llevé la vista hacia la bala limpia que reposaba encima de la mesa, era lo único que quedaba visible de lo que le había pasado en el salón porque había limpiado todo a conciencia.

Ya no quedaba ni rastro de sangre, ni nada que hiciera suponer lo que había hecho bastantes horas antes. Los utensilios estaban lavados, desinfectados y guardados en su sitio, las toallas estaban tendidas en sillas del salón al haberlas lavado. Primero a mano y después en la lavadora con el mismo jabón porque como no tenía intención de poner ninguna, por los pocos días que estaría en la casa, ni me había parado a comprar detergente ni suavizante.

Lo mismo daba, habían salido como nuevas y era lo que contaba. A él lo había cubierto con una manta fina, después de limpiarle el pecho con agua y jabón, tapándole la herida con unas gasas que por suerte había encontrado en un pequeño botiquín del baño. No había podido aplicarle ninguna crema específica para protegerla de infecciones, pero en cuanto fuera de día y pudiera, iría al pueblo a por una.

Todo parecía haber salido bien, o a eso quería aferrarme porque Connor no había abierto los ojos, ni siquiera unos segundos. Seguía inconsciente. Le di un sorbo al café sintiéndome intranquila, necesitando que lo hiciera. Había pensado en llevarlo al hospital más cercano, pero quedaba a bastantes kilómetros de donde estábamos y moverlo en las condiciones en las que estaba me habían hecho dudar al pensar que no era la mejor opción.

Me incliné hacia delante y cogí la bala de la mesa. Estaba sentada en un sillón que había movido para quedarme frente a él, para no perderme si reaccionaba de alguna forma. La levanté a la altura de los ojos, sujetándola con varios dedos.

—¿De dónde mierda has salido? —susurré para mí, pensativa.

La encerré en el puño y la apreté, con rabia. Me levanté dejándola donde había estado y me acerqué a Connor. Le

toqué la frente y solté un suspiro de alivio al comprobar que no había indicios de fiebre. Ya que estaba de pie aproveché para ir a la cocina para hacerme otro café, había perdido la cuenta de cuántos me había tomado al estar en vela. No ayudaban mucho para los nervios, pero era lo que me pedía el cuerpo y lo único que aceptaba mi estómago.

Cuando regresé al salón con la taza llena entre las manos lo hice con una mueca al no encontrar nada diferente. Me acomodé en el sillón otra vez y le di un sorbo pequeño al café para no quemarme. Había intentado averiguar algo a través de su móvil, con la intención de dar con algún mensaje que me diera un poco de luz a lo que le había sucedido, como también marcar los últimos números de teléfono con los que había tenido contacto, los más recientes. Pero cuando lo saqué de su cazadora estaba sin batería, apagado.

Dejé apartadas esas opciones porque bien podría haberlo intentado con el mío, teniendo grabados todos los contactos importantes que nos unían. La realidad era que había descartado cualquier posibilidad de comunicarme con alguien porque sabía cuál era el protocolo, pero no lo que se escondía detrás de su estado. No quería fastidiarla porque dudaba de si él querría que me pusiera en contacto con alguien. Necesitaba un poco más de tiempo para que se despertara, para que reaccionara y volviera en sí. Entonces hablaría con él y me decidiría por la mejor opción.

Me terminé el café y coloqué la taza a mis pies cerrando los ojos por unos instantes, sintiendo que el agotamiento me pasaba factura. Había soportado tantos nervios… Y continuaban recorriéndome, sin darme una tregua. Dejé salir un suspiro recostando la cabeza hacia atrás y me arropé con otra manta fina. Me dolía todo de la tensión, todavía notaba los músculos engarrotados. Una sensación que hacía mucho tiempo que no recreaba.

Los minutos pasaron y me dejé llevar por la pesadez que se había asentado en mí. Fue demasiado rápido, no fui consciente ni de estar adormeciéndome cuando la oscuridad y la nada me rodearon. Cuando abrí los ojos, despacio, no supe cuánto tiempo había estado durmiendo.

Enseguida los fijé en Connor, comprobando que seguía igual. Tragué saliva recreando todos los pasos que había dado, removida por dentro ante la posibilidad de haberle hecho más daño interno que con el que había llegado. ¿A cuento de qué había aparecido aquí? ¿Cómo y por qué? No tenía sentido para mí, ninguno.

Me destapé y fui otra vez hacia él. Volví a tocarle la frente y asentí conforme. Se mantenía sin rastro de fiebre y llevé la mirada hacia la parte de la manta que le cubría el pecho. Se movía muy sutilmente, por su respiración. Me separé y cogí mi móvil, viendo que eran las ocho y media de la mañana. Fui hacia la cocina y caminé hasta la ventana. Fue la primera persiana que levanté, observando el exterior detenidamente.

Todo continuaba en calma, no sabía si una disfrazada o real. He ahí la cuestión, pero me fiaba al cien por cien de las palabras de Connor y si había dicho que no había nadie más, para dejarme tranquila, es que así era. A profesional no le ganaba nadie y si hubiera notado cualquier amenaza sabía que no se hubiera acercado a mí, quedándose a su suerte en las condiciones tan malas en las que terminó.

Caminé despacio hacia la puerta y quité los cierres primero, seguido de la llave que giré hasta desbloquearla.

Antes de abrir moví la cabeza hacia él, sin encontrarme ningún cambio. Pero mi intención había sido buscar con los ojos el arma que le había quitado, la que reposaba en una silla cerca de donde estaba Connor, junto a su placa.

No me había atrevido a tocarla más que en el momento en el que la había separado de él. Tragué saliva porque en otro momento, viéndome en la misma situación, habría sido lo primero que hubiera cogido para salir. Con la vista fija en la pistola negué para mí, dirigiendo la atención a la puerta.

Abrí y salí decidida al porche, dejando la puerta entornada detrás de mí. Caminé hasta la barandilla y me apoyé en ella, pendiente de todos los sonidos que se escuchaban. Ninguno extraño que llamara mi atención, los normales a esa hora de la mañana estando en medio de la naturaleza. Hice un recorrido visual por toda la zona hasta que puse la atención en el coche de los vecinos de la parte izquierda. Empezó a moverse con la familia al completo en el interior. Un matrimonio con dos hijos.

Me centré en el mío, meditando la opción de ir al pueblo rápido para comprar en una farmacia la crema antibiótica y más gasas, porque no tendría suficientes con las que quedaban en el botiquín al no haber suturado la herida. Durante la noche se las había tenido que cambiar varias veces. Pero no quería dejarlo solo, al menos hasta que abriera los ojos por primera vez.

Interioricé la tranquilidad que me rodeaba, la que se había truncado desde la aparición de Connor. Muchos pensamientos daban vueltas en mi cabeza, sin poder apartarlos por la situación tan rara que se había dado. ¿Qué habría pasado? ¿En qué se había visto envuelto para terminar con una bala en el abdomen? ¿Había sido cerca de aquí? Me froté la cara con las manos antes de separarme de la barandilla para entrar.

Recorrí la casa subiendo todas las persianas para que la claridad lo inundara todo. La última fue la del salón, la que solo subí un poco, lo suficiente para ver y mantener la privacidad que necesitábamos. Aunque de la forma en la que estaba Connor simplemente parecía que estaba durmiendo en el sofá, no quería que nadie supiera de su presencia.

No es que fuera a tener visitas inesperadas, bueno eso pensé la noche anterior y la realidad fue opuesta. Pero todo podía ser, enfocado a algún vecino, como sucedió el primer día de estar en la casa. Después de escuchar que llamaban a la puerta a última hora de la tarde, llegué al salón viendo la cabeza de una mujer asomada por el ventanal del salón, desde fuera, comprobando si había alguien porque tardé un poco al estar saliendo de la ducha. Cuando abrí me pidió disculpas y me preguntó si tenía un poco de leche porque no había calculado bien y le faltaba para sus hijos.

Le respondí que, sin problema, que tenía de sobra porque al llegar esa misma mañana había hecho una compra. Fui hacia la cocina a por un brik y me lo agradeció en cuanto volví junto a ella, diciéndome que a la mañana siguiente me lo devolvería porque iban a ir a comprar, intención que le quité enseguida.

Solté un suspiro apartando los pensamientos y volví a ponerme a su lado, con la mirada bajada hacia él.

—¿Connor? ¿Me oyes? —Hice otro intento para ver si reaccionaba.

No fue así y dejé salir el aire despacio, de la misma forma que retiré la manta que lo cubría. Fui hacia el baño para coger más gasas y me lavé bien las manos antes de regresar junto a él. Me puse de rodillas y le quité con cuidado el esparadrapo que mantenía las gasas en su sitio, dejándolo todo encima de la mesa.

Acerqué la cabeza para mirar bien la herida, toqueteándola un poco alrededor. A simple vista se veía bien, vamos con todo lo que implica una herida de esas características, pero con buen color. La limpié con cuidado y despacio con una gasa y volví a tapársela, dejándola como había estado.

Y por fin se obró lo que tanto había deseado y pedido. Cuando todavía no había separado las manos de él, porque me había parado a acariciarle el abdomen, me encontré con sus ojos abiertos, entrecerrados, pero abiertos, lo que me hizo soltar un jadeo.

No fue así y dejé salir el aire despacio, de la misma forma que retiré la manta que lo cubría. Fui hacia el baño para coger más gasas y me lavé bien las manos antes de regresar junto a él. Me puse de rodillas y le quité con cuidado el esparadrapo que mantenía las gasas en su sitio, dejándolo todo encima de la mesa.

Acerqué la cabeza para mirar bien la herida, toqueteándola un poco alrededor. A simple vista se veía bien, vamos con todo lo que implica una herida de esas características, pero con buen color. La limpié con cuidado y despacio con una gasa y volví a tapársela, dejándola como había estado.

Y por fin se obró lo que tanto había deseado y pedido. Cuando todavía no había separado las manos de él, porque me había parado a acariciarle el abdomen, me encontré con sus ojos abiertos, entrecerrados, pero abiertos, lo que me hizo soltar un jadeo.

Capítulo 10



Connor

Al abrir los ojos lo primero en lo que me había fijado había sido en Jana, manteniéndome sin hacer ningún movimiento ni variar la respiración, a pesar del fuerte dolor que sentí mientras pasaba algo sobre mi piel lastimada. No le había dado ninguna señal de que la estaba mirando porque me quedé embelesado observando lo concentrada que estaba. Y el sentir sus manos acariciándome el abdomen cuando terminó…

—Connor… —susurró después de unos segundos de darse cuenta de que había regresado.

—Hola —dije con voz ronca y débil. Carraspeé para aclararme la voz.

—¿Cómo estás? ¿Qué sientes? —Se movió de rodillas para quedarse más cerca.

Cerré los ojos cuando puso la palma de una mano en mi frente y la bajó hacia la mejilla. Los abrí cuando perdí su contacto. Me sentía tan agotado, sin fuerzas.

—Mejor —conseguí hablar, susurrando.

Y como si un foco me iluminara de golpe, dándome un fogonazo de luz directo e intenso, le cogí la muñeca de la mano que estaba retirando, sacando fuerzas de donde no las tenía en ese instante.

—¿Qué…? —Fijó la mirada en mi gesto.

—Tenemos que irnos de aquí.

—¿Cómo? —Se extrañó buscando mis ojos, sin entender nada. Lógico.

—Jana, recoge tus cosas —murmuré tragando saliva, cerrando los párpados—. Tenemos que salir de esta zona… —Hice esfuerzos por luchar contra el desmayo, sintiendo como mi cuerpo iba a dejarse vencer otra vez.

—No digas tonterías. No tengo ni idea de a qué viene eso, seguro que estás desvariando por cómo estás y por lo

que has pasado. No puedes moverte así, volverías a perder sangre y ya estás demasiado débil, aparte de que la herida podría infectarse. Ya hablaremos, ahora solo tienes que descansar y no te pongas cabezota porque estás en inferioridad. ¿Connor? ¿Eh?

Sus últimas palabras las escuché muy lejanas, al igual que me pareció notar que me movía la cabeza. No puedo asegurarlo porque me alejé de ella otra vez, sin poder oponer ninguna resistencia mientras dejaba de ser consciente de todo.

Jana

—Otra vez no, joder —me lamenté al ver que había vuelto a perder el conocimiento—. Bueno, al menos ha reaccionado. Es cuestión de tiempo —solté un suspiro dejándome caer al suelo, sentándome en él.

Todo va a salir bien, me dije convencida de ello. Connor era un luchador nato. Sí, claro que iba a salir bien parado de esta, como de otras tantas en las que se había visto envuelto. Acerqué las piernas al pecho y las rodeé con los brazos, apoyando la cabeza en las rodillas con los ojos cerrados.

Durante unos minutos me mantuve en esa posición, sin ganas ni ánimos de moverme. Hasta que levanté la cabeza de golpe, dejando la mirada fija en el ventanal y la persiana que estaba solo unos palmos levantada. Giré la cabeza hacia la suya, con los ojos abiertos al máximo y con la mente funcionando a muchas revoluciones por segundos.

—¿Por qué has dicho eso al reaccionar, nada más despertarte? —le pregunté sin opción a tener respuesta por su parte— ¿Qué no has podido decirme y temías? ¿Por qué me has pedido que recoja para…?

Me quedé callada de golpe, de la misma forma en la que me moví, levantándome mientras agudizaba el oído, atenta por si se escuchaba algo en el exterior. Puede que hubiera estado en lo cierto al decirme que no había nadie más cuando llegó, lo que no quería decir que, igual que Connor había aparecido en mi ubicación, quién le había herido también podía disponer de la información. Lo que no sabía era hasta qué punto de exactitud sería. ¿Qué narices significaba? ¿Qué sentido tenía? ¿Lo buscaban a él? ¿Lo estarían rastreado?

No me habría advertido, no se hubiera preocupado por eso si hubiera tenido la tranquilidad absoluta de que no corríamos peligro. ¿Entonces? ¿Lo estábamos? ¿En peligro? ¿O ha sido algún tipo de alucinación por el estado en el que estaba? Tragué saliva bajando la mirada hacia su pistola, la que continuaba encima de la silla. Mierda y más mierda, me dije nerviosa, colapsando.

Empecé a respirar desacompasada y me llevé una mano al pecho para no perder el control, masajeándomelo. Conseguí moverme y caminé hasta el ventanal, agachándome para no mover la persiana. Casi estirada en el suelo llevé la vista hacia lo poco que veía a través del porche. Si Connor estaba en lo cierto, mantenernos dentro de la casa suponía demasiado riesgo para nosotros. Llegados a este punto no iba a dudar de la verdad que podía esconderse detrás de su reacción, porque al analizar cómo me había mirado antes de perder el conocimiento, haciéndolo en frío, había visto reflejado el miedo en su cara. Justificado o no, era a lo único que podía aferrarme y no pensaba ignorarlo.

—A la mierda —dije incorporándome, sin poder esperar a que volviera a despertarse porque no sabía cuándo sucedería. El tiempo de espera podía suponer mucho o nada, pero no iba a averiguarlo dentro de las paredes de la casa.

Corrí hacia el pasillo y entré en todas las habitaciones, directa a las ventanas. Tampoco vi nada raro, pero aun así, me dirigí a la mía y fui hacia el armario. Saqué las dos mochilas de viaje con las que había llegado y las dejé encima de la cama para llenarlas con toda la ropa y mis pertenencias, sin ningún orden y con prisa. No estaba para pararme en los detalles. Cuando entré al baño y regresé a la habitación metí lo último y las cerré, cargando con ellas, yendo hacia el salón.

Las dejé en el suelo cerca de la puerta principal, al igual que el bolso que tenía encima de la mesa del salón en el que metí el móvil. Me acerqué hasta él para coger su cazadora que reposaba estirada en el respaldo del sofá y la que guardé en una de mis mochilas, con mi ropa. De una de las sillas cogí al vuelo su jersey y lo palpé, notándolo todavía húmedo. También lo había lavado para que pudiera ponérselo al despertar, a pesar del agujero que tenía, pero tendría que valer de esa forma porque no pensaba esperarme a que estuviera seco.

Me incliné sobre él y le retiré la manta, comprobando que la gasa, por ahora, estaba bien. Le coloqué la prenda de ropa con movimientos muy lentos y cuidadosos, evitando moverlo en exceso. Cuando lo dejé vestido por completo le cerré el botón del pantalón que le había mantenido abierto para que no le presionara la barriga. Me incorporé cogiendo varias bocanadas de aire y encaré la silla en la que estaba el arma, fijando la vista en ella. Sentí un cosquilleo intenso en las palmas de las manos, pero reaccioné por impulsos y me guardé su placa en un bolsillo del pantalón, agarrando el arma. Nerviosa, hice más fuerza de la necesaria entorno a ella.

No creí volver a tener una en las manos, al menos durante una larga, larga temporada. Cerré los ojos por unos instantes, con un remolino de sentimientos difíciles de controlar porque para mí, ese simple gesto, sujetarla, me hacía regresar al pasado, a la última vez que tuve la mía en las manos y la disparé dando en el blanco, pero no lo suficientemente certera como para tumbar al adversario. No es que tuviera mala puntería, nada de eso, pero en las condiciones en las que lo hice, con cuatro balas en mi cuerpo y a punto de colapsar, fue todo un logro herir al desgraciado que me atacó, provocando que saliera huyendo por su propio pie, ayudado por varios más.

Me la guardé en la cintura del pantalón, por la parte trasera y la tapé con el jersey. Me dirigí hacia la cocina para comprobar por la ventana otra vez el exterior y al tener el mismo resultado, nada, opté por salir para comprobarlo de buena mano. Abrí la puerta principal con decisión, guardándome la llave en un bolsillo porque cerré dejando a Connor dentro. No tenía intención de separarme mucho, solo lo justo y necesario marcando un pequeño perímetro de seguridad.

Miré hacia las casas de los lados, los vecinos de la izquierda no habían regresado porque el coche no estaba, los de la derecha parecía que todavía no se habían despertado porque todo estaba demasiado en silencio para lo que era habitual en ellos. Bajé las escaleras despacio, sin mostrar nada extraño si es que alguien estaba observándome. Lo único diferente era que mi mano derecha se abría y se cerraba repetidamente moviendo los dedos, a la espera de dirigirse hacia atrás para hacerse con el arma que todavía no podía mostrar, ni quería.

En unos pasos estaba en el inicio de la arboleda y me adentré un poco en ella, atenta a todos los sonidos que se escuchaban. En tensión, sintiendo la adrenalina recorrerme, hice un recorrido en paralelo a las casas, varias veces, teniendo buena visibilidad de las partes traseras. Hasta que me quedé conforme al no ver ni detectar nada extraño que tuviera que preocuparme. Regresé sin bajar la guardia, fijándome al pasar por al lado de mi coche que las ruedas estaban bien. Me palpé un bolsillo para comprobar que tenía la llave de él y abrí la cerradura de la casa con la otra que saqué.

Llevé al coche las mochilas junto al bolso. Las primeras las cargué en el maletero, el segundo lo coloqué en el asiento del copiloto para tenerlo a mano. Regresé dispuesta a dar el último paso y el más complicado, cargar con un Connor inconsciente que no podía ayudarme para llevarlo hasta el coche. Solté varios suspiros a su lado, atenta a él, y me incliné pasándole el brazo por encima de mis hombros.

—Que todavía tuviera cuidado, ja —repetí las palabras que siempre me repetía Diego, a pesar de hacer un tiempo que me había dado el alta.

Según él tenía que continuar evitando los sobresfuerzos, lo que estaba a punto de saltarme y a lo grande. Tiré de Connor hacia arriba con todas mis fuerzas, que no eran ni por asomo a las que estaba acostumbrada un tiempo atrás. De igual manera me sirvió porque moví su cuerpo hasta dejarlo pegado a mí. Lo sujeté rodeándole la cadera y con la otra mano hice presión hacia abajo en el brazo que le colgaba por mis hombros. Apretando la mandíbula empecé a caminar muy despacio porque sus pies se arrastraban, animándome a mí misma al no perder el equilibrio e irnos los dos al suelo. Puse toda la energía de la que disponía para llevar a cabo mi propósito.

Salí dejando la puerta abierta y bajé las escaleras del porche apoyándome en la barandilla, para no caerme. Las fuerzas empezaron a fallarme al ver la distancia que todavía teníamos hasta el coche, tragué saliva sintiendo el sudor frío recorrerme, sin querer dejarme vencer hasta que no lo soltara en el interior. Ni puñetera idea de cómo lo conseguí porque hacía mucho tiempo que no ejercitaba mis músculos como antes era habitual en mí. Lo mismo daba, el hecho es que logré llegar al coche, eso sí, casi desvanecida y un poco mareada.

Cuando lo senté en los asientos traseros con su cara apoyada en mi pecho, no lo solté porque su cuerpo estaba a la merced de los movimientos que hacía yo. En esa posición me tomé unos minutos para recomponerme. No muchos, los necesarios para continuar. Lo tumbé hacia atrás con cuidado y me subí junto a él, arrastrándolo hasta que ocupó todo el espacio. Le levanté el jersey e hice una mueca. La gasa se le había cubierto por completo de sangre, pero no podía pararme a atenderlo en ese instante.

Me bajé, le coloqué bien las piernas dejándoselas de lado mirando hacia la parte delantera, y cerré la puerta. Caminé hasta la casa y eché la llave mientras hacía un repaso mental de que no dejaba nada dentro, solo la comida que había en la cocina. Las cosas que le había quitado a Connor, mi equipaje, el cargador, el bolso con el móvil dentro… Lo tenía todo. El teléfono de él continuaba donde lo encontré después de ver que no tenía batería, en el bolsillo interno de su cazadora, lo había palpado al guardarla. Una vez cerré la puerta, coloqué la llave donde debía hacerlo al dejar la casa, en el cajetín destinado a ello.

Caminé ligera regresando al coche y me monté soltando un suspiro, activando el cierre de las puertas. Al quedarme aislada del exterior respiré profundamente, intentando recomponerme para que se me fuera el mareo. Saqué del bolso una botella pequeña de agua y le di varios sorbos, despacio mientras abría un poco la ventanilla para que entrara el aire. Por un momento pensé en si estaba llevando a cabo una estupidez o no, pero cuando medio giré hacia atrás y lo vi inconsciente, me dio igual porque ya había llegado muy lejos. Centré la mirada haci
adelante, sintiendo que el mareo casi había desaparecido y me puse el cinturón antes de arrancar.

Cuando lo hice y moví el volante, pisando despacio el acelerador rodeando la casa para salir de la zona, fue cuando lo vi. Un coche se aproximaba hacia las casas, uno diferente al de los vecinos que habían salido a primera hora. No sabía a quién pertenecía o si buscaba algo, ni puñetera idea sin poder identificar una amenaza. Iba a
ciegas referente a la información, pero aun así, me desvié del camino por precaución, tomando mucha distancia mientras aceleraba por la hierba. Después de pasar de largo y dejar atrás al vehículo que me obstaculizaba el paso
cambié la dirección yendo hacia el camino de tierra, hasta que estuve sobre él.

No pude apreciar quién ocupaba el interior, pero no dejé de mirar a través del espejo retrovisor en alerta. Y la reacción de quién fuera que conducía, me dio la malísima respuesta. Contuve la respiración cuando se paró e invirtió el sentido de golpe, dirigiéndose a mí.

—Joder… —siseé acelerando más para llegar lo antes posible a la carretera asfaltada que llevaba hasta el pueblo.

Con cuidado saqué el arma de mi espalda y la dejé encima de mis piernas. De negarme a tener algo que ver con este mundillo, me lo estaba comiendo a base de bien, fue el pensamiento que se repitió en mi cabeza hasta que llegué a la carretera asfaltada y me incorporé reduciendo un poco la velocidad.

En ella, más estable y otorgándome la fluidez que necesitaba, pisé a fondo el acelerador saltándome todas las
señales de velocidad. Antes de sortear un coche estuve atenta hacia atrás, por si me había vuelto una paranoica y el coche tomaba otra dirección. Apreté la mandíbula cuando lo vi acceder a la carretera a gran velocidad, tanta qu
ocupó el otro carril y por poco se sale.

La tensión se apoderó de mí cuando empezó a circular en el sentido en el que iba yo, dándome la última confirmación que necesitaba. Volví a pisar a tope el pedal del acelerador y adelanté al coche que tenía delante.

El hombre que lo conducía estaría alucinando porque él, en comparación conmigo, iba a paso de tortuga. Ni me paré a girar la cabeza, concentrada en lo que tenía por delante. Por suerte a esa hora había bastante tráfico porque era laborable, y muchos camiones circulaban en sentido contrario. Di gracias que fueron a mi favor, obstaculizándole el paso al coche que me seguía.

Por cada uno que yo adelantaba y mientras tenía el camino libre por delante, él tenía que aminorar y esperar para poder hacerlo. Llegué al pueblo y me desvié hacia la carretera que lo rodeaba porque entrar en él suponía disminuir la velocidad, algo que no me podía permitir. Bajé la mirada hacia el indicador de gasolina y suspiré aliviada al verlo casi lleno.

Alivio que se intensificó al ir muy adelantada, viendo que todavía no había rastro del coche que me perseguía. No conocía la zona, no tenía ni puñetera idea de cuál era la mejor opción, si continuar por donde iba o aprovechar para desviarme en la siguiente salida si no lo veía detrás de mí. Pasé por el letrero que indicaba que faltaban pocos metros para llegar al siguiente pueblo y miré por el espejo retrovisor.

No lo dudé, giré el volante cambiando de sentido, al no haber ni rastro del vehículo. Sin aminorar estuve alternando la mirada de delante a atrás, pendiente de haberlos despistado. Reduje cuando entré en el pueblo y aparqué en el primer espacio que vi, entre más coches. Necesitaba comprobar que no aparecía, al ser la única carretera por la que se podía acceder viniendo de nuestra dirección.

Comprobé la hora para calcular el tiempo y me hice pequeñita en el asiento, sin perder de vista el retrovisor derecho que era el que estaba enfocado a la carretera. Diez minutos, quince, veinte… Dejé salir el aire despacio sabiendo que había seguido recto, pensándose que tenía más escapatoria por el otro camino.

Recosté la cabeza hacia atrás y cerré los ojos despacio, sintiéndome agotada al máximo. Entre los nervios que había pasado, el esfuerzo que había realizado y que la adrenalina iba de bajada… Cuando los abrí me giré hacia atrás, viendo a Connor de la misma forma en la que lo había dejado.

—Tú sigue durmiendo y coge fuerzas, porque cuando te despiertes te vas a enterar. Tienes que explicarme muchas cosas —dije sin apartar la vista de él.

No hablé enfada ni molesta, simplemente dije una realidad que no sería tan dura como había sonado. Lo primero que necesitaba saber es qué narices estaba pasando, en qué operativo estaba trabajando y qué había salido mal, hasta el punto de salir herido de gravedad y que dieran con él. Me coloqué bien en el asiento y arranqué. Hasta ese pequeño movimiento, incluido el pisar los pedales, supuso demasiado para cómo me encontraba.

Moví el coche y me dirigí hacia el centro del pueblo. No iba a quedarme en él porque, en cuanto el conductor del coche que nos había seguido se diera cuenta de que por mucho que acelerara no daba conmigo, regresaría cambiando el sentido, comprobando todos los pueblos por los que había pasado de largo. Al menos es lo que yo haría, por lo tanto, en cuanto pude accedí a la carretera de interior de montaña que hacia el mismo recorrido que la otra, pero mucho más lento y pesado por las curvas que había.

Quise asegurarme en avanzar lo más lejos posible, poco me importó tener el estómago vacío cuando llegó el mediodía. Continué recorriendo kilómetros hasta que, sobre las siete y media de la tarde, a una distancia en la que estábamos a salvo, me desvié de la carretera y me dirigí a otro pueblo de montaña.

Quité la llave del contacto cuando estacioné en lo que parecía el centro y guardé el arma en la guantera. Me bajé con el bolso, dejando a Connor en el interior. Caminé hasta un comercio y pregunté si conocía a alguien o algún lugar en el que pudiera informarme para alquilar una casa a las afueras. No podía entrar con Connor en un hotel, si es que había alguno por la zona. Esa opción quedaba descartada y ni me había parado a pensarla.

Después de recorrer varios establecimientos, desanimada porque solo obtuve negativas de que no sabían dónde

podían enviarme, vi el cielo abierto cuando probé suerte entrando en un bar.

—Buenas tardes —dije apoyándome en la barra.

—Hola, buenas tardes. —Me sonrió el hombre que estaba detrás de ella—. ¿Qué te pongo?

—Para empezar una botella grande de agua y una Coca-Cola, a poder ser de lata o en botella de plástico, no me la voy a beber aquí.

—Ningún problema —me respondió sin perder la sonrisa.

En cuanto tuve el agua delante abrí la botella y bebí un buen trago, estaba sedienta. Le pregunté cuánto era y pagué.

—Perdona, no sé si sabrás de algún lugar en el que alquilen casas a las afueras. Voy a pasar unos días aquí, pero no he sido previsora anticipándome. La noche está a punto de echarse encima. —Hice una mueca.

—Tranquila, has llegado al sitio indicado. —Me hizo un guiño—. Yo no puedo ayudarte, pero conozco a quién dispone de varias y te la alquilará.

—¿En serio? Gracias —solté un suspiro.

—Es mi hermano. Tienes que continuar por esta calle, recto —señaló hacia la derecha— y cuando veas un taller mecánico, ahí es. Pregunta por Roberto, ese es mi hermano.

—Muy agradecida, de verdad. —Le sonreí porque no sabía él el favor que me había hecho.

Ya pensaba que tendríamos que pasar la noche en el coche. A mí me daba igual, pero para Connor no era lo mejor después del tute que se había llevado con tanto trajín. Volví a darle las gracias cuando me ofreció una bolsa para meter la botella de agua y la lata de refresco, y me despedí de él, saliendo del bar.

Me dirigí hacia donde me había indicado, parándome antes en una farmacia que me encontré en el camino. Compré todo lo que necesitaba para las curas de Connor, incluida la crema antibiótica, y cuando lo tuve conmigo, volví a la calle. Encontré el taller y piqué en la persiana que estaba medio bajada.

Un hombre salió por ella y le pregunté por Roberto. Era él mismo. Después de explicarle lo que necesitaba y que el chico del bar, su hermano, me había enviado hasta él, me pidió que esperara un momento. Me dejó sola e impaciente, por el tiempo que llevaba alejada del coche y de Connor. Como hubiera abierto los ojos se estaría preguntando qué leches hacía en él, y solo.

Roberto regresó junto a mí y me ofreció unas llaves.

—Tienes que seguir la carretera principal. Cuando salgas del pueblo continua por ella y en el cuarto desvío, un poco distanciado de aquí, gira hacia la izquierda. Accederás a un camino de tierra que te llevará directo a la casa. Es una zona muy tranquila y no te encontrarás más viviendas hasta bastante distancia.

—Muchas gracias. —Busqué en el bolso para pagarle—. No tengo mucho efectivo. —Fruncí los labios después d comprobarlo.

—Tranquila, acepto tarjeta. —Me sonrió.

—Vale —solté un suspiro y se la di.

—No hemos hablado del coste.

—Da igual, sea cual sea me parecerá bien. —Le quité importancia porque como si tenía que pagar por la casa lo que no tenía.

Por suerte estaba tranquila, sabía de sobra que dispondría del dinero suficiente para hacer frente al gasto, fuera cual fuera.

—Está bien, te haré un *descuentillo*. —Me hizo un guiño.

—Muchas gracias. —Le sonreí.

Volvió a dejarme sola y cuando regresó lo hizo con un datáfono, marcando el importe delante de mí. Asentí cuando me lo enseñó y pasó la tarjeta. Había reservado la casa para cinco días, tiempo ampliable si lo necesitaba. No me importó no disponer de tantos días en el trabajo, ya lo solucionaría al siguiente y si tenía problemas con el jefe, pues era lo que había. Tampoco tenía ni idea si nos iríamos antes, pero daba igual, había preferido asegurarme olvidándome de todo porque ante una amenaza real y en el estado en el que se encontraba Connor, ya le podían dar por saco a lo demás.

Me despedí de él comentándole que si alargaba los días lo llamaría, levantando la tarjeta que me dio. Satisfecha y más tranquila regresé ligera hasta el coche. Al llegar a él, agradecí el ver a Connor de la misma forma. ¿Cuándo s despertaría? ¿Cuánto debía estar sufriendo? Me urgía ponerlo cómodo en una cama, para que descansara en condiciones.

Al colocar las bolsas en el maletero vi un restaurante a pocos metros y fui hasta él. Pedí que me prepararan varios platos para llevar, como también que añadieran unos dulces, varios refrescos y otra botella de agua. Con eso debíamos tener de sobra para un par de días. Estaba bien para empezar. Según cómo estuviera la situación por la mañana, volvería al pueblo para hacer una compra.

Lo único que me faltó fue el café, la leche y el azúcar, pero como no sabía qué tipo de cafetera había en la casa o si había, lo dejé estar hasta que lo supiera. Hasta este momento no se me pasó por la cabeza preguntárselo a Roberto. Guardé las bolsas del restaurante y me dispuse, por fin, a ir hacia la casa. Antes de hacerlo, sentada otra vez frente al volante, busqué el móvil en el bolso y entré en la aplicación de mensajes, en la conversación de César.

e

Jana: *Olvídate de la ubicación que te envié. No vayáis el fin de semana porque ya no estoy en ella. No te preocupes, todo está bien ¿vale? No regreso todavía, solo he cambiado de pueblo por unos problemillas con la casa. Te lo explicaré, pero repito, no te preocupes. Te quiero, hablamos.*

Dejé el móvil a un lado y arranqué. Aún me quedaba otra parte muy pesada: entrar a Connor. A ver cómo se me daba porque con la poca energía de la que disponía en ese instante…

e

Lo único que me faltó fue el café, la leche y el azúcar, pero como no sabía qué tipo de cafetera había en la casa o si había, lo dejé estar hasta que lo supiera. Hasta este momento no se me pasó por la cabeza preguntárselo a Roberto. Guardé las bolsas del restaurante y me dispuse, por fin, a ir hacia la casa. Antes de hacerlo, sentada otra vez frente al volante, busqué el móvil en el bolso y entré en la aplicación de mensajes, en la conversación de César.

Jana: *Olvídate de la ubicación que te envié. No vayáis el fin de semana porque ya no estoy en ella. No te preocupes, todo está bien ¿vale? No regreso todavía, solo he cambiado de pueblo por unos problemillas con la casa. Te lo explicaré, pero repito, no te preocupes. Te quiero, hablamos.*

Dejé el móvil a un lado y arranqué. Aún me quedaba otra parte muy pesada: entrar a Connor. A ver cómo se me daba porque con la poca energía de la que disponía en ese instante…

Capítulo 11



Connor

Noté los párpados pesados cuando se me abrieron y tuve que moverlos varias veces. En cuanto conseguí enfocar la vista lo primero que vi fue un techo de madera. La sensación de estar tumbado en una cama fue evidente desde el inicio. Giré la cabeza hacia los lados, sin reconocer lo que veía, con la mente nublada y embotada. Por unos instantes no supe qué hacía en esa habitación.

Fue al querer hacer el primer movimiento para levantarme cuando reaccioné recordando lo que me sucedía. De m garganta salió un gruñido por el dolor intenso que me recorrió. Retiré la sábana que me tapaba encontrándome co que solo tenía el bóxer puesto, pero, sobre todo, unas gasas perfectamente colocadas en la parte del abdomen en e que recibí el balazo.

Me palpé la herida por encima echando la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos por unos instantes. Mis labios se curvaron porque Jana lo había conseguido y con éxito, era evidente porque a parte del dolor normal, no notaba otra cosa. Los últimos recuerdos que tenía eran vagos e intenté hacer memoria.

Nada. Menos un pequeño retazo del momento en el que quise pedirle que me sacara la bala, todo lo demás estaba enturbiado y no conseguí aclararme. Tenía la sensación de que en algún otro espacio de tiempo había vuelto a la consciencia, pero era como una intuición sin dar con ese instante. Abrí los ojos de golpe y llevé la mirada hacia la puerta. Estaba cerrada y frené mis pensamientos para escuchar con atención algún ruido.

La urgencia de salir de la casa me apretó fuerte, al igual que hice con la mandíbula al empezar a incorporarme de lado, para salir de la cama y buscar a Jana. La puerta se abrió de golpe y escuché un jadeo.

—Connor… Te has despertado. —Escuché su voz de sorpresa y de alivio, sin querer moverme hacia atrás porque bastante faena estaba teniendo para quedarme en la posición en la que me había parado.

—Eso parece —susurré viendo sus pies descalzos delante de mí, normal que no la hubiera escuchado moverse po la casa. Hacia el suelo dejé la vista enfocada.

—¿Qué haces? ¿Dónde te crees que vas? —Cambió el tono de voz y levanté la cabeza hacia ella, encontrándome una expresión de desaprobación.

—Nos vamos de aquí, los dos.

—Claro hombre, en eso estaba pensado y tú, menos. —Me señaló con un dedo.

—Jana… —Cerré los ojos cuando se inclinó sobre mí y separó el brazo que tenía apoyado en la cama, el que aguantaba mi peso. Me guio dejándome caer con cuidado hacia atrás, tumbándome otra vez.

—¿Dónde te piensas que estamos? Te hice caso.

—¿Qué?

—No te acuerdas. —Se sentó en el filo de la cama, haciendo una mueca al observar mi abdomen.

Bajé la mirada hacia el mismo lugar. Las gasas se me habían manchado bastante de sangre.

—Así no hay manera, si te mueves tardará más en cerrarse la herida. Con lo limpitas que mantenía las gasas —soltó un suspiro levantándose y salió de la habitación.

La seguí con la vista, igual que hice cuando regresó con lo necesario para cambiarlas. Se sentó otra vez en el mismo sitio, pero un poco más abajo, y las retiró para ponerse a trabajar.

—No te preocupes, tiene buena pinta —dijo limpiándome alrededor—. El color, porque lo que es la forma… —Carraspeó mirándome de reojo.

—Como si me importara la cicatriz que va a quedarme —negué curvando un poco los labios.

Hasta que tuve que apretarlos al sentir el contacto directo en la piel lastimada. Esperé a que terminara para continuar con la conversación, más tranquilo por sus palabras de que me hizo caso. No sabía bien, bien a qué se había referido, pero intuí que en algún momento de lucidez que no recordaba, me habría dado tiempo a advertirla y ella había conseguido moverse todo lo rápido que había podido, porque llevarme a mí a rastras le habría supuesto demasiado al no poder ayudarla.

Dejé salir el aire despacio cuando me echó una crema. Vi cómo me tocaba con cuidado y volvía a taparla, dejándola como la había visto al despertar.

—Ni se te ocurra moverte más porque la liamos —me advirtió.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Un día y medio, más o menos.

—Joder…

—Sí, eso mismo digo yo. A ver si cuando vuelvas a tu rutina empiezas a hacer dieta porque no veas lo que pesas. —Bufó levantándose, saliendo otra vez de la habitación con las gasas que me había quitado.

Negué divertido, a la espera de que regresara.

—¿Cómo te sientes? —preguntó nada más aparecer, caminando hacia mí hasta que se quedó de pie a mi lado.

—Muy cansado y un poco dolorido.

—Un poco. —Levantó una ceja y asentí, frunciendo los labios—. Ya, pues lo primero no tardarás en solucionarlo lo que irá vinculado a lo segundo.

—Qué has querido decir antes con lo de que me hiciste caso.

—Entiendo que no lo comprendas porque parece mentira, ¿verdad? —Sonrió de medio lado, con ironía—. Así es, te hice caso, aunque sea lo más increíble que has escuchado en tu vida. —No le quité la razón, sin perder la diversión.

—Cuéntame qué ha pasado, tengo muchas lagunas y no recuerdo casi nada de lo que sucedió hasta poco después de llegar a la casa en la que estabas.

—Perdiste el conocimiento cuando te tumbé en el sofá, después de insinuar que te sacara la bala. —Se sentó otra vez en el filo de la cama—. Fue una suerte porque me dejaste trabajar un poco más tranquila sabiendo que no te enterarías de nada, a pesar de que me pusiste histérica —negó llevando la mirada hacia la ventana de enfrente—. A la vista está que lo hice y el resultado, tampoco salió tan mal.

»No despertaste hasta la mañana siguiente, pero fue muy breve porque volviste a perder el conocimiento, hasta ahora. Pero en ese espacio corto de tiempo, cuando pareció que te centrabas un poco, te dio tiempo a decirme que tenía que recoger las cosas y que teníamos que alejarnos de la zona. En un principio no le di importancia, pensé que era algún tipo de alucinación o qué sé yo —negó—. No tardé en reaccionar haciéndome muchas preguntas.

»Y bueno, no fue fácil, pero estamos aquí, en otra casa y a muchos kilómetros de distancia de la que salimos. Acabo de ducharme. —Me fijé en su pelo húmedo—. He ido al supermercado del pueblo a por todo lo que necesitaba porque desayunar con Coca-Cola no es lo mío. —Hizo una mueca—. Ahora iba a calentar la comida porque cuando alquilé la casa me paré en un restaurante y traje un surtido variado. Comiendo los dos se terminará hoy —asintió pensativa.

—Gracias —susurré.

—¿Por cuál de cada cosa que he hecho? —Levantó una ceja, mostrando un poco de diversión.

—Por todas y cada una de ellas —le aclaré de corazón.

—Ninguna lo merece, Connor —negó—. Tú hubieras hecho lo mismo por mí, sin dudar, y yo no podía dejarte morir, ni ignorar lo que te pasaba. —Bajó el tono de voz—. Reaccioné en todo momento por supervivencia. —Se miró las manos cuando las extendió encima de sus piernas.

—Has cogido mi arma —aseguré al ver su reacción.

—Sí…

—Ya has visto que no se te han caído por hacerlo. Todo era empezar. —Giró rápido la cabeza hacia mí, con los ojos entrecerrados.

Eso era precisamente lo que buscaba con mis palabras, que apartara la atención de lo que le preocupaba e inquietaba.

—Era una broma. —Apreté los labios.

—Ya… —Se levantó.

—No me has explicado cómo llegamos hasta aquí. —La seguí con los ojos mientras se dirigía hacia la puerta.

—Esa parte te la cuento en otra ocasión, al igual que espero que me aclares qué mierda sucedió para que terminaras con una bala en el cuerpo y, sobre todo, cómo diste conmigo porque solo César sabía mi ubicación —habló sin volverse—. Ahora lo que urge es que comas para que empieces a recuperar las fuerzas, voy a calentar la comida y te la traigo. Como vea que se te ha movido un solo mechón de pelo me lanzo hacia a ti y no te va a gustar.

Después de su advertencia salió dejándome solo y cerré los ojos necesitando descansar. Esa vez tranquilo y relajado porque ya no estábamos en peligro gracias a Jana. No supe cuánto tiempo estuve dormido porque al final caí sin remedio.

—¿Connor? —Abrí los ojos al escuchar su voz preocupada, la encontré observándome nerviosa.

—Solo me he dormido, tranquila.

—Joder —soltó un suspiro—. Tú me la tienes sentenciada. No tengo ni puñetera idea del porqué, pero así es. Voy de sobresalto en sobresalto contigo, leches. —Terminó bufando.

No lo pude evitar y reí, pero enseguida me arrepentí por el dolor que sentí. Y parece que el abdomen no se utiliza

para casi nada, ja. Vi las estrellas y no solo de esta galaxia. Cuando me recompuse la ayudé un poco, solo haciendo fuerza con los brazos dejando el cuerpo muerto mientras me subía hacia arriba, hasta quedarme acomodado para poder comer.

—¿Tú no comes? —Dije señalando la bandeja que había dejado a mi lado en la cama, en la que solo había un plato y bebida para uno.

—Iba a hacerlo… —Señaló hacia el pasillo.

—Acompáñame, por favor —le pedí.

—Está bien. Ahora vengo. —Volvió a dejarme solo.

Cogí el vaso de agua y me lo llevé a los labios, sintiendo alivio en la garganta al tenerla seca. Probé el primer bocado de un guiso que me hizo relamerme, estaba delicioso. Jana apareció pocos minutos después con otra bandeja para ella. La dejó en la cama y se subió en el final, cerca de mis pies. Se la puso encima de las piernas y empezó a comer, en silencio.

La imité continuando. Una vez que probé la comida pareció que el estómago se me abrió y no un poco, dándome cuenta de lo hambriento que estaba. Comimos haciéndonos compañía, cada uno metido en sus pensamientos. Al menos así fue en mi caso y en el de Jana no lo dudé por su expresión.

—Hay yogures y también algún dulce, no sé si comes postre… —comentó cuando terminó, a poco de hacerlo yo.

—Está bien así, gracias.

—Vale —asintió—. Debes descansar.

—Tenemos que hablar.

—No hay prisa y lo más importante es que te repongas —dijo levantándose.

Colocó los platos y los vasos vacíos unos encima de los otros y juntó las bandejas. Antes de irse rodeó la cama y me ayudó a bajarme, hasta tener la cabeza apoyada en la almohada. Puso la palma de una mano sobre mi frente.

—Todo va bien —aseguró porque no tenía fiebre.

—Sí… Gracias por cuidarme y estar pendiente de mí, Jana —susurré cerrando los ojos.

Por mucho que había insistido en hablar, la realidad era que no tenía muchas fuerzas.

—Descansa, Connor —me pidió susurrando y los entreabrí.

—Contigo a mi lado lo haré, te lo aseguro —murmuré dejándome vencer por el cansancio.

Lo último que vi fue su imagen mientras me tapaba con la sábana, con una expresión un poco desconcertada por lo que había dicho.

✣ ✣ ✣

Al abrir los ojos despacio me di cuenta de que había dormido muchas horas. Era de noche, solo había oscuridad fuera de la casa acompañando a la de la habitación. Con la cabeza girada hacia la ventana diferencié el cambio de intensidad a través de la persiana medio bajada. Por instinto moví el brazo llevando la mano a la mesita de noche, pero no encontré el móvil como lo hubiera hecho en cualquier otro momento estando en la cama.

No sabía la hora que era ni si Jana estaría durmiendo. Llevé la mirada hacia la puerta. Estaba abierta, pero no se veía luz fuera. Solté un suspiro encendiendo la luz porque me urgía ir al baño. Retiré la sábana y vi las gasas limpias, lo que no tardaría en cambiar, en cuanto me moviera para levantarme. Dispuesto a hacerlo me sobresalté tontamente ante la presencia de Jana, en el marco de la puerta.

—Joder, podrías hacer un poco de ruido —negué tapándome la cara con un brazo.

—¿Te he asustado? No me lo puedo creer. —Rio y lo separé, levantando una ceja—. ¿Qué quieres? Es todo un mérito refiriéndome a ti. —Se cruzó de brazos al final de la cama—. ¿Adónde ibas?

—No sé qué hora es y no había ninguna luz encendida…

—Todo está bien. Estoy en el salón viendo una película, a oscuras.

—Ah… Todo está bien menos mi vejiga.

—¿Necesitas ir al baño? ¿Por qué no me has avisado? Durante la noche también tienes que hacerlo, da igual la hora que sea —negó acercándose a mí.

—Acabo de despertarme y ya te lo he dicho. No suelo despertarme para eso.

—Con cuidado, yo hago la fuerza hasta que estés de pie —me pidió liberándome del todo de la sábana.

—No es necesario.

—Y tanto que lo es, por ahora no toca otra nueva cura. —Me agarré a ella cuando se inclinó sobre mi pecho.

Dejé que lo hiciera como quería, hasta que estuve recto junto a ella. Sin soltarme continuó ayudándome, pero esa vez poniendo de mi parte moviendo las piernas. Se separó en la puerta del baño y la cerró cuando entré. Lo primero que hice fue mirarme en el espejo, viendo las ojeras que tenía. Me pasé una mano por el pelo, la del lado que no tenía dolorido. Menuda pinta tenía. Sacudí la cabeza porque bastante bien estaba después de lo que me había sucedido. Me giré hacia el baño para hacer lo que me urgía.

Tuve la necesidad de meterme en la ducha. Obvio que no lo haría, al menos hasta que pasara un poco más de tiempo al tener la herida abierta. Me lavé las manos y me mojé la cara agradeciendo la sensación, para a continuación asearme como pude y con cuidado, sintiéndome más aliviado. Cuando terminé abrí la puerta encontrándome a Jana apoyada en la pared.

—¿Bien?

—Sí. —Sonreí—. He estado a punto de entrar en la ducha.

—¡Qué gracioso! No hubieras llegado ni a meter un pie dentro. —La miré de reojo volviendo a pasar un brazo sobre sus hombros.

—¿Hubieras tirado la puerta abajo? —pregunté divertido— Puede que te hubieras sorprendido al verme.

—La duda ofende. —Sonrió de medio lado—. Y teniendo en cuenta que no estaba cerrada… Tampoco tienes nad fuera de lo común.

—¿Cómo lo sabes si no me has visto?

—¿En serio estamos hablando de verte desnudo? —Bufó.

—Solo te estoy avisando. —Carraspeé divertido.

—Ahórratelo, no hace falta. Me gusta verlas venir.

—Está bien saberlo —susurré cuando llegamos al lado de la cama.

—Agárrate a mi cuello y déjate llevar como antes —me pidió poniéndose delante de mí.

—Estoy mejor, Jana.

—Eso lo iré decidiendo yo según vaya viendo la herida, que para algo fui la que hurgó dentro. —Levantó una ceja.

Negando hice lo que me pidió. Le rodeé el cuello con los brazos, quedándome demasiado cerca de ella. Y no sé por qué, pero esa vez fue diferente, esa vez sus ojos buscaron los míos dejando ver otra vez el desconcierto. Noté cómo tragaba saliva muy sutilmente, sintiendo su respiración más rápida de lo normal. No dije nada al respecto, no me moví más de la cuenta necesitando que interiorizara lo que estaba sintiendo porque estaba claro que así era.

Al cabo de unos minutos, cuando reaccionó dándose cuenta de que se había quedado paralizada, parpadeó rápido y apartó los ojos de los míos, sujetándome con fuerza mientras me empujaba hacia atrás, dejándome de lado en la cama. No tuve que moverme mucho más, mi cabeza quedó encima de la almohada.

—¿Quieres el mando de la tele? —susurró subiendo la sábana por mis piernas, dejándola al inicio del bóxer.

—Sí.

Hasta que vio un pequeño detalle que la hizo soltar de golpe el filo de la sábana, sorprendida al ver un bulto debajo de mi ropa interior, el que supuestamente no debía estar.

—Es una reacción natural —dije como si nada.

—No he abierto la boca —negó dándome la espalda, caminando ligera hacia el televisor.

Regresó para darme el mando y bajó la mirada hacia las gasas, asintiendo satisfecha porque continuaban limpias. aDespués de eso fue hacia la puerta.

—Descansa, Connor —habló en tono bajo, medio girada hacia mí—. Si tienes otra necesidad, sea la que sea, avísame.

—Lo haré —dije mirándola—. Jana —la llamé cuando estaba en el pasillo.

—¿Sí?

—¿Sabes dónde está mi móvil?

—Lo metí en el primer cajón de la mesita de noche que tienes al lado —asentí—. Está cargado, pero apagado porque me lo encontré sin batería.

—Gracias, mañana lo miraré. Buenas noches, Jana. Descansa.

—Igualmente, Connor. Hasta mañana —susurró dejando la puerta a medio cerrar para escuchar si la llamaba.

Solté un suspiro enfocando la vista en el techo y me tomé unos minutos para recomponerme. Cuando lo hice

encendí la tele para entretenerme porque después de todas las horas que había dormido… Media hora después, sorprendentemente, los ojos empezaron a cerrárseme sintiendo el sueño apoderarse de mí de golpe.

encendí la tele para entretenerme porque después de todas las horas que había dormido… Media hora después, sorprendentemente, los ojos empezaron a cerrárseme sintiendo el sueño apoderarse de mí de golpe.

Capítulo 12



Jana

Llegué al sofá y me dejé caer, nerviosa e intranquila. ¿Qué había sucedido en la habitación? Ni yo misma lo sabía me había descolocado al sentirme abrazada por Connor. Como si no se hubiera repetido lo mismo durante los últimos días… Pero no, no había sido igual porque anteriormente él no fue consciente de todas las veces que lo cogía para moverlo.

Tragué saliva fijando la mirada en la pantalla del televisor, analizando lo que había sentido al notar el calor de su cuerpo pegado al mío y su respiración pausada, porque no se parecía en nada a lo que estaba acostumbrada. ¿Algo había cambiado entre nosotros? Imposible, quizás estábamos teniendo una tregua por la situación, pero para de contar. ¿O sí era posible? ¿Cabía la posibilidad de que…? Que nooo…

Subí las piernas al sofá y las abracé, maldiciendo entre susurros al venirme a la mente lo que me había hecho actuar como si fuera tonta, soltando la sábana de golpe sobre su bóxer. Cerré los ojos, inquieta. Madre mía, había reaccionado como si nunca hubiera visto una erección de cerca. Me tapé la cara con las manos y me la froté, pero joder, a mi favor diré que no me lo esperaba, para nada. ¿Había sido motivado por nuestro acercamiento? ¿Se la había provocado eso? ¿O algo natural como había dicho? Qué leches sabía.

Como si su cuerpo no llamara la atención ya de por sí… Connor era un hombre atractivo, con una planta espectacular, daba igual lo que llevara puesto que todo parecía encajarle perfectamente. Hasta hacía unos minutos ni me había parado a darme cuenta en su físico tan directamente. Llevaba en ropa interior desde que llegamos a esta casa porque lo desvestí cuando lo tumbé en la cama. Mi único propósito al hacerlo es que estuviera lo más cómodo posible, aunque no fuera consciente de nada. La separación entre la herida y la cinturilla del pantalón no era mucha y lo último que necesitaba es que algo le presionara.

Le había lavado el pecho con agua y jabón muchas veces, para mantener toda la zona de alrededor lo más limpia posible, para evitar complicaciones, pero… Joder, en todas esas veces que lo había hecho, con su cuerpo reposando sobre la cama solo con el bóxer, en ningún momento mi mente había tomado el camino al que se había dirigido hacía unos instantes. Lógico también, con lo preocupada que estaba solo me había centrado en ayudarlo para que saliera lo más rápido posible de la inconsciencia.

Pero siendo él otra vez, al estar activo… Volví a frotarme la cara haciendo esfuerzos para apartar todos los

pensamientos que me asaltaban, centrándome otra vez en la película. Lo conseguí a duras penas, pero lo hice. Cuando empezó una nueva y después de bostezar varias veces, decidí que había llegado el momento de irme a la cama. Apagué la tele desde el mando y me levanté, yendo hacia el pasillo en medio de la oscuridad.

Hice una parada rápida en el baño y fui hacia mi habitación. Antes de llegar estaba la de Connor. Me frené asomándome por la puerta. La luz del televisor iluminaba su silueta tumbada. Entré con cuidado para apagarla porque se había quedado dormido. Fui hacia el lado de la cama en el que estaba y cogí el mando.

Por unos instantes me quedé observándolo con la tranquilidad de que no podía verme. Volví a tener una sensación extraña y empecé a hacerme muchas preguntas, pero como no quería pensar en las respuestas, aparté la mirada y retiré la sábana que él había subido hasta mitad del pecho. Vi satisfecha que todo marchaba bien. Las gasas estaban completamente limpias, lo que me animó porque era muy positivo.

Lo tapé con cuidado y antes de hacer cualquier otro movimiento, llevé una mano a su frente. Continuaba con una temperatura normal. Y no supe por qué, pero en vez de separarla, la llevé hacia varios mechones de pelo que le caían sobre la frente. Se los retiré con cuidado mientras pasaba la mano arrastrándoselos hacia atrás. Contuve la respiración cuando dirigí los ojos a su cara. Se le veía tan tranquilo durmiendo…

Me separé de golpe y di varios pasos hacia atrás, tragando saliva por la delicadeza y el mimo con los que lo había tocado, asombrada conmigo misma por esa reacción. Sin apartar la atención de él apreté el botón del mando que apagó la tele. Su imagen desapareció al quedarnos a oscuras completamente y dejé el mando con cuidado en la mesita de noche. Lo siguiente que hice fue ir hacia la ventana para bajar la persiana del todo. La noche anterior no había hecho falta porque al estar inconsciente lo que quería es que despertara lo más pronto posible.

Salí silenciosa dejando la puerta igual, medio cerrada, y me dirigí a mi habitación. No tardé en estar tumbada, poniéndome de lado y cerrando los ojos. Otro día que terminaba, un día en el que se habían dado nuevos cambios, algunos muy inesperados. Abrí los ojos en la oscuridad ante ese pensamiento, llevándolo únicamente en una dirección que me hizo tragar saliva y volverlos a cerrar con fuerza.

✣ ✣ ✣

A final del día se completarían dos días de estar en la nueva casa. El anterior despertó Connor al mediodía y todavía continuaba igual que cuando abandoné la otra. Me refiero en la ignorancia total de lo que le había sucedido y de su aparición de la que había salido pitando con él. El día anterior no quise que se forzara más de la cuenta, lo primero era que descansara y que reposara lo más relajado posible. El resto esperaba que se diera pronto.

Con el café que acababa de hacerme fui hacia la puerta principal y salí. No había porche, nada más dar dos pasos fuera te encontrabas con unas escaleras con cuatro escalones y hacia el lateral derecho, una mesa con varias sillas, directamente sobre la hierba. Me senté en el primer escalón dejando el vaso de café al lado, después de darle

varios sorbos.

Apoyé los brazos en las piernas y dejé vagar la mirada hacia delante. Había una explanada bastante grande en la que el color verde sobresalía del de las flores que se esparcían por la hierba. Un lugar parecido al que había estado, con características muy similares en el que también, lo que más destacaba, era la paz y tranquilidad que daba la naturaleza. Había que añadirle que no había más casas alrededor, teniendo plena privacidad.

Cogí la taza y me la llevé a los labios, pensativa. Tenía que llamar a César. El día anterior lo hizo él, pero no descolgué y no insistió. Para dejarlo tranquilo, un poco más tarde le escribí un mensaje, diciéndole que en breve le devolvería la llamada para ponerlo al corriente de las novedades. Pero para hacerlo primero tenía que hablar con Connor. Necesitaba saber hasta dónde podía contar porque, aunque ellos dos trabajaran en el mismo lugar y tenían el mismo jefe, los casos eran independientes, manteniéndolos en secreto según la gravedad e importancia que tuvieran. Así eran las reglas y se llevaban hacia delante con todas las consecuencias, a no ser que Luís, el jefe, uniera a los equipos parar reforzar el trabajo.

Cogí varias bocanadas de aire y giré rápido la cabeza, en alerta al escuchar un ruido por la derecha. Me tranquilicé al instante al reconocer quién se acercaba. Era Roberto, el hombre que me había alquilado la casa. Y el que había hecho el ruido, era el perro que lo acompañaba.

—Hola —me saludó parándose a cierta distancia de mí.

—Hola. —Le sonreí.

—¿Cómo va la estancia?

—Perfecta. ¿Te has pasado para comprobarlo?

—¿Eh? No. —Rio—. Cada mañana salgo con Lúa a pasear, pero varío la ruta. Esta vez ha tocado por aquí —aclaró.

—Muy bien —dije sin perder la sonrisa—. Así que Lúa. —Me hizo gracia verla sentada al lado de su dueño, atenta a mí. Al escuchar su nombre levantó las orejas sacudiendo el rabo, moviendo la hierba con él.

Miró a Roberto con la lengua fuera y reaccionando a un gesto de él, se levantó y se acercó despacio hacia mí.

—Hola bonita. —Le acaricié la cabeza al ponerse delante. Tenía un pelo muy suave—. ¿Queréis agua? —pregunté porque la veía sedienta.

—Te lo agradezco, pero no. Cerca de aquí hay un riachuelo y se refrescará en él, dándose varios revolcones y bebiendo.

—Ah, no lo sabía.

—Este lugar esconde muchos rincones. Si quieres te enseño donde está el riachuelo —me propuso.

Giré la cabeza hacia la casa, pensativa, sabiendo por anticipado la respuesta que le daría al estar Connor dentro. Pero me encontré con algo inesperado que me mosqueó, provocando que me levantara de golpe. Connor estaba a un lado de la ventana del salón, asomado. El muy tonto se había levantado solo, cuando si me hubiera llamado en voz alta, lo hubiera escuchado perfectamente porque solamente había dejado la puerta principal medio cerrada. Levantado y manteniéndose de pie, mandaba narices.

Me volví hacia Roberto que estaba esperando mi respuesta y no se había dado cuenta de su presencia, por el ángulo en el que quedaba la ventana y porque Connor así lo había querido.

—Te lo agradezco, quizás en otra ocasión. Voy en pijama —me justifiqué siendo visible.

—Tranquila, como quieras —asintió—. Nos vamos ya. —Silbó y Lúa corrió hacia él—. Hasta otra. —Se despidió con un gesto de la mano.

—Adiós. —Lo imité.

Mi estado de ánimo volvió a cambiar cuando encaré la ventana, con los ojos entrecerrados y fulminando con ellos a Connor. Cogí la taza y entré como un huracán.

—Es superior a ti hacer caso, ¿o qué?

—¿Quién era?

—¡Qué más da! Lo único importante es saber por qué narices te has levantado solo. Sin ayuda, joder.

—Jana, tranquilízate. Estoy bien. —Señaló las gasas y bajé la mirada hacia ellas, comprobando que estaban limpias.

Aun así, resoplé dándole la espalda, yendo hacia la cocina.

—No andes más, ¡te quieres sentar! —dije alterada al ver que me había seguido.

—¿Dónde? ¿Aquí o en el sofá?

—Donde más rabia te dé, jolines, que no quiero que vayas para atrás.

Me quedé callada de golpe cuando se acercó a mí, ignorando todo lo que decía, pero es que me quedé paralizada

otra vez cuando levantó un brazo y me retiró el pelo de la cara, dejándome anonadada con su gesto porque fue muy parecido al mío de la noche anterior. Me lo echó hacia atrás y lo colocó detrás de la oreja, con toda su atención puesta en lo que hacía.

—Te he dicho que estoy bien —susurró—. Me ha costado un poco levantarme, pero dentro de lo normal. He tenido cuidado al hacerlo. Sé diferenciar cómo me encuentro y si te digo que todo está bien, es que lo está, ¿me oyes? —asentí como si fuera uno de esos muñecos a los que le das un toquecito en la cabeza y empiezan a moverla repetidamente—. ¿Quién era? —Esa vez al tenerlo tan cerca pude ver un poco de preocupación en sus ojos.

—El dueño de esta casa, quien me la alquiló. Por lo que me ha dicho sale a pasear con su perra cada mañana, cambiando la ruta. Hoy ha decidido venir hacia esta.

—De acuerdo —asintió conforme.

—Connor, ¿qué sucede? —Dejó salir el aire despacio.

—Vamos a preparar cafés y te lo explico.

—Tú quietecito. —Lo señalé reaccionando como era normal en mí—. Ve al sofá, ahora voy.

—¿No me has dicho que puedo sentarme donde quiera? —Frunció los labios.

—Pasado, ahora haz caso al presente si no quieres que me ponga peor —le advertí pasando por su lado, directa hacia la cafetera.

—Siempre he pensado que hasta que no tienes varios cafés en el cuerpo no se puede hablar contigo. —Me tocó la moral el tono cantarín que utilizó.

—Para tu información ya llevo bebidos dos, así que, yo de ti igualmente no arriesgaría.

Escuché su risa entrecortada desde el salón, señal de que, aunque le dolió la herida continuó riendo. Me quedé como una tonta mirando hacia la puerta por la que había salido. Mierda, ¿qué me pasa? Me dije desviando la atención. Necesitando entretenerme con algo saqué dos tazas, la mía anterior la había dejado en el fregadero. Preparé los cafés y solté un suspiro cuando terminé, dirigiéndome hacia el salón donde me esperaba.

—Toma. —Le di la suya para que la agarrara.

—Gracias.

Me senté al otro lado del sofá, con bastante separación. En esa casa no había sillón y era lo que había. Subí las

piernas arriba y las crucé, soplando el café.

—No estés tan recto —susurré.

—¿Qué?

—¡Que te acomodes y no estés tan recto para que no hagas presión en la herida! —Alcé la voz y bufé.

—Ah, pero es que…

—Ni se te ocurra decirme que estás bien porque todavía te doy y te va a doler más de lo que lo hace lo de la barriga —volví a advertirle.

Divertido, pero en silencio, me hizo caso. Se movió con cuidado dejando el abdomen plano, sin ninguna arruga. No es que tuviera michelines, flotador, o como queráis decirlo. ¿Connor? ¡Qué va! Pero la posición de estar sentado recto hacía que la piel tendiera a plegarse un poco y me estaba entrando de todo viendo las gasas ahuecadas, cuando tenían que estar tirantes.

No me di cuenta del alivio que sentí hasta que dejé salir el aire despacio, sorprendiéndome hasta el punto en el qu me preocupaba. ¿Por eso se había acercado a mí de esa forma en la cocina? ¿Para él era evidente mi preocupación disfrazada con palabras de enfado? Tragué saliva centrando la mirada en la taza.

piernas arriba y las crucé, soplando el café.

—No estés tan recto —susurré.

—¿Qué?

—¡Que te acomodes y no estés tan recto para que no hagas presión en la herida! —Alcé la voz y bufé.

—Ah, pero es que…

—Ni se te ocurra decirme que estás bien porque todavía te doy y te va a doler más de lo que lo hace lo de la barriga —volví a advertirle.

Divertido, pero en silencio, me hizo caso. Se movió con cuidado dejando el abdomen plano, sin ninguna arruga. No es que tuviera michelines, flotador, o como queráis decirlo. ¿Connor? ¡Qué va! Pero la posición de estar sentado recto hacía que la piel tendiera a plegarse un poco y me estaba entrando de todo viendo las gasas ahuecadas, cuando tenían que estar tirantes.

No me di cuenta del alivio que sentí hasta que dejé salir el aire despacio, sorprendiéndome hasta el punto en el que me preocupaba. ¿Por eso se había acercado a mí de esa forma en la cocina? ¿Para él era evidente mi preocupación disfrazada con palabras de enfado? Tragué saliva centrando la mirada en la taza.

Capítulo 13



Connor

—¿Cómo te encuentras? —Giró la cabeza hacia mí, extrañada por mi pregunta.

—¿Perdona? ¿A qué viene eso? ¿Ahora hemos invertido los papeles?

—Has tenido mucha actividad últimamente y no estabas acostumbrada. Todo por mi culpa.

—No me ha supuesto mucho, solo varios insultos, muchos sudores y el lamentarme cuando caía rendida en la cama. —Se encogió de hombros.

—¿Cómo llegaste hasta aquí?

—Es evidente, al asomarte por la ventana has visto mi coche fuera. —Me miró de reojo—. El tuyo por cierto no tengo ni idea de donde está o si llegaste a la otra casa con otro vehículo… Porque no creo que recorrieras tantos kilómetros andando.

—Me refería al proceso hasta llegar. Tuvo que costarte mucho cargar conmigo estando inconsciente. Y fui en moto, la que debe continuar donde la dejé antes de hacer el último tramo andando. Al menos eso espero, que no se la hayan llevado.

—¿Cómo se te ocurrió conducir en moto como estabas? Si es que no tienes cabeza —negó asombrada, con los ojos abiertos al máximo.

—Habla la que puede igualarse a mí, al menos en un tiempo pasado —dije con una ceja levantada.

—Vamos a dejar el tema —susurró.

—Eso pensaba —hablé satisfecho, lo que provocó que se mordiera la lengua para no saltar otra vez. Fue evidente.

—Claro que me costó, eres consciente de ello. —Continuó fijando la mirada en la ventana—. No fue nada fácil

porque sí, no soy ni la mitad de lo que era antes.

—Eso no es verdad, Jana.

—Sí que lo es, y no me avergüenza reconocerlo —soltó un suspiro.

—No tienes ni que pensar en eso, debes sentirte muy orgullosa de lo que has logrado, ¿me oyes? Saliste de una de las peores situaciones a las que se puede enfrentar una persona, muchas veces lo hiciste, sobreviviendo. Luchaste hasta el final, hasta conseguir el alta definitiva. Puede que pienses que no eres la mitad de lo que eras, no te lo rebato en el sentido de la fuerza porque es lo más lógico, pero eso tiene fácil solución. Un poco de deporte y actividad, y en poco tiempo volverás a sentirte bien.

—Como te escuche Diego el que te da la colleja es él. —Sonrió de medio lado, recordando lo insistente que era. Bien lo sabía yo—. No para de repetirme que no haga sobresfuerzos todavía, hasta me manda mensajes algunas noches con esas palabras —negó—. Aunque desde hace varios días me lo he saltado todo.

—Lo siento.

—Deja de disculparte. —Volvió a mirarme de reojo—. Las cosas se dieron de esa forma, ya está.

Nos quedamos en silencio durante unos minutos, cada uno bebiendo de su café.

—Connor…

—¿Sí?

—¿Qué pasó? Le he dado muchas vueltas, pero no consigo entender cómo es que apareciste en la casa en la que estaba pasando unos días de vacaciones. Nadie excepto César, unas horas antes, sabía dónde era. Le envié la ubicación porque tenía la intención de venir el fin de semana con Saray. ¿Cómo diste conmigo? ¿Por qué? ¿Qué sentido tenía tu presencia allí?

»Necesito saberlo, y también ¿cómo resultaste herido de gravedad? ¿Quién te lo hizo y por qué aguantaste hasta que estuviste a mi lado? ¿Motivado por qué? No dudo de que te esforzaste en continuar para según tú, asegurarte de algo. —Se movió poniéndose de lado en el sofá, mirándome el perfil para analizar mi expresión. Yo continué sentando de frente a la ventana, hasta que giré la cabeza hacia ella.

Mi cara había dado paso a la seriedad. No evité mostrarme ante ella de esa forma, al igual que no disimulé mi mandíbula apretada y la tensión de mi cuerpo. Una tensión calculada y controlada para no hacerme daño en la herida.

—Precisamente por César.

—¿Cómo? —preguntó extrañada.

Normal, porque su amigo no la habría fallado en ese sentido, nunca, a no ser que tuviera un motivo de peso, como era el caso. Nunca se había dado el que César diera alguna información personal sobre Jana, hacia nadie. Y ante los ojos de ella tenía menos lógica aún que fuera dirigida a mí, porque César sabía perfectamente la tensión que siempre habíamos tenido los dos. Vamos que, hasta hacía unos meses, Jana y yo nos soportábamos lo justo y necesario, solo por el trabajo. Y llegó el instante en el que empezó a enlazarlo todo.

—¿La que estaba en peligro era yo? —Soltó un pequeño jadeo, tragando saliva mientras dejaba la taza en el suelo con la mano temblorosa.

—Voy a empezar por el principio, ¿vale? Tranquilízate porque ahora estás a salvo.

—¿Te arriesgaste por mí? —Se removió nerviosa. Mi silencio le dio la respuesta y mi mirada intensa terminó por confirmárselo—. No lo entiendo, estoy fuera de todo. —Se frotó las manos en las piernas al llevar un pantalón corto de pijama.

—Se remonta a antes de que te desvincularas, Jana.

—¿A cuándo? ¿Connor? —insistió al quedarme callado— ¿A qué momento en concreto, joder?

—El inicio de todo fue el operativo al que fuiste con tu equipo, César y Saray, el que tendría que haber enfrentado el mío, al completo.

—No…

—En ningún momento he dejado de rastrear al desgraciado del jefe de la organización, Kurt. Hemos estado muy cerca de él, te lo aseguro. Tenía la necesidad de pillarlo cuando se quedó casi sin hombres, porque vuestro asalto a la finca en la que se escondía dio sus frutos. Lo dejasteis cojeando y muy tocado, casi sin apoyo. Hicisteis caer a la gran mayoría de la organización. Vosotros tres solos, Jana, ¿sabes lo que es eso?

—Hernán, Willow y tú lo hubieras llevado a cabo igual. —Desvió la mirada, sin podérmela mantener.

—Seguramente, pero pasasteis el operativo con excelente nota, enfrentando algo que no os correspondía.

—Si hubiera sido así, ese tío y varios más ya no respirarían, y yo no hubiera pasado muchos meses en una cama de hospital, con las primeras semanas a punto de morir varias veces —susurró.

—No te quites méritos. Mírame. —Dejó salir el aire despacio y necesitó tomarse unos minutos para hacerlo, los que yo me mantuve esperando—. Era una misión muy arriesgada y la información llegó a última hora y precipitada, de ahí que a nosotros nos pillara liados con otra cosa que no pudimos dejar hasta finalizarla. No os di

tiempo a planificar casi nada, solo sabías la ubicación, el resto corrió a cuenta de vuestra habilidad y profesionalidad. Luís sabía a quién enviaba para cubrir la ausencia de mi equipo y eres consciente de ello, aunque hablar del tema te duela.

—¿A partir de ahí qué ha sucedido hasta llegar a este momento?

—Como te he dicho no he parado de buscarlo, y cuando pensaba que estaba a punto de dar con él, una noche en casa una noticia me jodió y no sabes de qué manera. En el informativo anunciaban que había huido del país con muchas horas de diferencia. Me entró de todo por el cuerpo porque ni siquiera Luís estaba informado de ello. Fueron inexplicables los fallos que se cometieron, pero solo pude centrarme en el resultado, que había vuelto a perderle la pista.

»Una vez supe el destino en el que aterrizó el avión en el que se escapó, viajé hasta allí. Durante este tiempo se ha movido constantemente por varios, no ha estado mucho tiempo en un mismo sitio. Hasta que las alarmas saltaron en Francia. Ese es el país al que he estado yendo varias veces, la última hace poco. Al inicio coordinamos el operativo con la policía francesa, teniendo que mantenernos al margen del trabajo de campo que realizaban, ya sabes cómo va.

»Un equipo francés estuvo siguiéndole el rastro porque continuó desplazándose por el territorio. Hasta que hace poco recibí una llamada en la que me informaron de que habían dado con su ubicación y que parecía ser que se mantenía en ella. Regresé a Francia junto a Hernán y Willow, sin avisar de nuestra llegada a la policía francesa porque necesitaba asegurarme personalmente. Lo planificamos todo por nuestra cuenta y riesgo, pero cuando llegamos a la ubicación que me hicieron llegar, nos encontramos con una puñetera mansión vacía.

—Volvió a escaparse…

—Sí, pero alertado por alguien.

—¿Cómo?

—Nos jodieron de alguna forma porque fue evidente de que poco antes esa vivienda había estado ocupada por muchas personas. Había restos de comida en una gran mesa, no olía mal ni estaba deteriorada. Como también toallas húmedas en varios baños. Lo último fue encontrar un coche que todavía tenía el capó caliente.

»En ese instante me dije que metería mano en el asunto, para saber quién de dentro de la policía francesa le había dado el chivatazo de que íbamos a aparecer. Después de que me llamaran para mantenerme informado, quien estaba implicado debió controlar a todo el que entraba con nacionalidad española. Pero lo que encontré en e coche varió mis planes, teniendo que regresar rápido a España.

—¿Qué fue? —Tragó saliva.

—Una hoja con una nota… El que la escribió dejaba claro que iba a vengarse y que empezaría por el principio de todo. Solo había una respuesta clara y rápida: tú y tu equipo.

—¿César y Saray dónde están?

—Protegidos e informados de todo. —Se tranquilizó al instante, dejando salir lentamente el aire que había retenido—. ¿Por qué te crees que César no ha insistido en llamarte después del mensaje que le enviaste diciéndole que ya no estabas en la otra casa? Sabía que yo iba a por ti y que di contigo a tiempo porque le envié un mensaje confirmándoselo, antes de hacerme presente para ti, anticipándome para dejarlos tranquilos a todos porque sabía que no tardaría en desvanecerme.

»Lo único de lo que no es consciente, ni él ni nadie, es de cómo terminé. Si no hubiera sido así, tendrías el móvi acribillado a mensajes y a llamadas de tus amigos. Sabes que en estas situaciones no se dan muchas señales y dejamos pasar el tiempo hasta que todo se calme. Heriste a Kurt antes de que huyera, no de gravedad, pero lo hiciste, aparte de desmantelar su organización que es lo que más le jodió al ver todo lo que había creado irse al traste. Por desgracia, con las semanas que han pasado le ha dado tiempo para organizarse y hacerse fuerte otra vez.

—¿Cómo te dispararon?

—Apuntándome y apretando el gatillo. —Puso los ojos en blanco, provocando que mis labios se curvaran—. Intercepté a un coche que circulaba por la única carretera que llevaba hasta donde tú estabas. Lo seguí para estar seguro, y para terminar de hacerlo me puse en paralelo al vehículo para ver quién había en el interior y sus reacciones.

»Con eso fue suficiente porque vieron mi arma y sacaron las suyas. De ahí hasta hacer que el coche se saliera de la carretera y volcara llevando gran velocidad, y de asomarme por la ventanilla comprobando que ninguno de los dos ocupantes había sobrevivido al no llevar puesto el cinturón de seguridad, no pasó mucho tiempo.

—Pero consiguieron herirte.

—Mala suerte que tuve, pero no tanto como ellos. —Me encogí de hombros—. Comprobé tu ubicación en el GPS y cuando llegué a la altura en la que estabas desde la carretera principal, pero a bastante distancia porque una arboleda nos separaba, dejé la moto entre los árboles y continué hasta donde me viste. Necesitaba sacarte lo antes posible de donde estabas porque no lo dejarían estar y mandarían a otro grupo a por ti.

—¿Cómo sabían dónde estaba?

—Sabes que es muy fácil, pero estás nerviosa ahora mismo.

—Por mis tarjetas de pago —susurró frotándose la frente.

—Sí. Un par de llamadas con la influencia que tiene ese tío, porque por desgracia dispone de muchas personas co cargos importantes a sus servicios, un informático cualificado y… No necesitaba nada más para saber tu paradero y de ahí a preguntar en el pueblo para saber dónde se encontraba exactamente una turista de tus características, después de que pagaras varias veces en la misma zona… No te martirices, no sabías lo que sucedía, Jana.

Tuve la intención de inclinarme para dejar la taza encima de la mesa pequeña que estaba tocando con los pies, pero ella se me adelantó para hacerlo, interpretando lo que quería hacer.

—¿Desde que nos fuimos de la otra casa con qué dinero has pagado? —La miré de reojo.

—No soy una novata, aunque ya no esté en activo y haya tenido un lapsus por los nervios con lo de la tarjeta —aclaró.

Me moví con movimientos lentos, apoyando la espalda en el brazo del sofá, sobre varios cojines. De esa forma nos quedamos cara a cara, separados por la poca distancia del largo del sofá.

—He dado por hecho que tomaste precauciones, por lo raro de la situación —asentí satisfecho, terminando de tranquilizarme.

—Hombre, muy normal no fue lo que sucedió. Que aparecieras en tu estado y que encima me pidieras abandonar la casa de buenas a primeras. —Movió una mano en el aire, haciendo que mis labios se curvaran—. Todavía tengo la tarjeta del trabajo, la que utilizaba cuando no quería ser rastreada. Todos tenemos una, ya sabes que la información es de una identidad falsa, así consta en el banco, pero identidad bien creada que no puede levantar sospechas ni dar indicios de nada.

—Perfecto. En cuanto viste el peligro hiciste el cambio, haciéndote anónima.

—Por suerte Luís no me la bloqueó después de la excedencia. —Hizo una mueca.

—Luís nunca hará eso.

—¿Por qué?

—Porque está esperando que regreses.

Vi la contradicción en sus ojos, al igual que la emoción. Bajó la mirada hacia el sofá y nos quedamos en silencio, hasta que se levantó temblorosa, empezando a dar vueltas delante del sofá. Los nervios la superaron, sin poder estarse quieta.

—Nos siguieron…

—¿Cómo?

—Que tenías razón, enviaron a otros. Pero yo pensé, joder, pensé que era algo relacionado contigo. —Se frotó la cara, parándose.

—¿Por qué no me lo has dicho hasta ahora?

—Es cuando estamos hablando del tema. Te despertaste ayer sin fuerzas, Connor —soltó un suspiro.

—Correcto, lo siento. ¿Qué sucedió?

—Nada. —Se encogió de hombros—. Reaccioné todo lo rápido que puede interpretando tus últimas palabras, las de antes de que perdieras el conocimiento por segunda vez. Recogí, cargué el coche y te monté en él. Cuando rodeaba la casa vi un coche que no reconocí, no era ninguno de las casas vecinas. No quise tentar a la suerte y lo esquivé tomando distancia, saliendo del camino de tierra que era por donde circulaba el otro.

»Hasta que me di cuenta de que venía a por ti, eso pensé en ese instante. —Cerró los ojos con fuerza—. Nos persiguió, pero lo dejé atrás y conseguí despistarlo por la ventaja que tuve, desviándome hacia uno de los pueblos de carretera. En él, cuando me aseguré de que habían pasado de largo y no había rastro del coche, continué circulando por la carretera de interior durante todo el día. Llegamos a este pueblo casi a última hora de la tarde, alquilé la casa, compré lo básico y aquí estamos. —Se encogió de hombros.

—Enhorabuena, lo hiciste muy bien. —Vio el orgullo reflejado en mi expresión.

—¿De qué me sirve? —Bufó volviendo a moverse por el salón.

—Nos has salvado la vida a los dos, Jana. ¿Te parece poco?

—¿Por cuánto tiempo? Solo lo he retrasado, Connor. —Se paró junto a la ventana, intranquila.

—No va a ocurrir, te lo aseguro. Antes de escuchar las voces esta mañana, por lo que he salido para comprobar con quién estabas hablando, para asegurarme de que todo iba bien… He encendido el móvil y tenía un mensaje de Willow.

—¿Qué decía? —susurró girándose hacia mí.

—Ha vuelto a huir, pero esta vez por carretera, lo que nos complica más el seguirle la pista.

—¿Hasta cuándo? —Bajó la mirada hacia sus manos. El temblor era evidente—. No puedo estar en continua alerta, ya no formo parte de lo mismo que tú. No tengo ni una puñetera arma si me encuentro con una amenaza. —Fue disminuyendo el tono de voz, hasta convertirlo en un murmullo que no tuve problema en diferenciar—. Tampoco sé si la podría utilizar.

—Sé lo que te supuso coger la mía después de tanta negación, pero lo hiciste, al igual que lo harías si te vieras en peligro. También lo sabes, tu instinto reaccionaría por ti.

—¿Tengo que vivir con miedo a partir de ahora? —Tragó saliva.

—No, porque no voy a dejarte sola. —Levantó la cabeza de golpe.

—¿De qué hablas?

—Para empezar, vamos a tomarnos unas minivacaciones aquí durante el tiempo que me lleve recuperarme. Tú las amplias. Después ya se verá, ¿te importa mucho tu trabajo?

—No creo ni que lo tenga después de mañana porque tendría que empezar. —Hizo una mueca.

—Pues mejor.

—¿Y con qué vivo? —Agrandó los ojos.

—Jana, deja de preocuparte. Ya te lo he dicho y lo repito, no voy a dejarte sola. —Levanté una ceja.

—Esto es de locos. —Se pasó las manos por el pelo.

—¿No lo estamos en cierta forma todos los que nos dedicamos a esto?

—Pero yo ya no formo parte, no lo quieres entender —negó.

—No voy a forzarte, pero como que me llamo Connor que vas a volver a estar activa. Pienso poner todo mi empeño en que no pierdas las habilidades que son natas en ti y de que tú misma, sola, aceptes la realidad.

—No estás en condiciones de enfrentarte a mí. —Se cruzó de brazos—. Puedo estar floja, pero podría tumbarte sin que lo vieras venir.

—¿Estás segura de eso? —Apreté los labios—. ¿Crees que una herida pequeña va a frenarme o a hacerme bajar las defensas?

—Pequeña. —Puso los ojos en blanco—. Casi te desangras entre mis manos y has estado inconsciente mucho tiempo.

—Piensa en lo que logré estando en ese estado, llegar hasta a ti, como para no valerme ahora por mí mismo, por mucho que te empeñes en preocuparte de que no retroceda en mi avance.

—No me estás intimidando. —Entrecerró los ojos.

—¿No? Qué pena porque es lo que buscaba. —Sonreí de medio lado.

—Encima gracioso, estás que te sales. —Bufó.

—Gracias por venir anoche a comprobar que continuaba bien, cuando te fuiste a dormir.

Con esas palabras la dejé callada de golpe y pareció que perdió la fuerza porque hasta los brazos se le resbalaron hacia abajo, descruzándolos.

—No estaba despierto del todo, pero te sentí.

Con estas ya la rematé del todo, por lo que representaba.

—Es algo que he repetido desde que estás mal —susurró desviando la mirada.

—Encima gracioso, estás que te sales. —Bufó.

—Gracias por venir anoche a comprobar que continuaba bien, cuando te fuiste a dormir.

Con esas palabras la dejé callada de golpe y pareció que perdió la fuerza porque hasta los brazos se le resbalaron hacia abajo, descruzándolos.

—No estaba despierto del todo, pero te sentí.

Con estas ya la rematé del todo, por lo que representaba.

—Es algo que he repetido desde que estás mal —susurró desviando la mirada.

Capítulo 14



Dos días más tarde…

Jana

—¿Sigues ahí? —preguntó otra vez.

—Ya sabes que sí.

—Puedes entrar si quieres —insistió.

—No tengo ningún motivo para hacerlo. Solo si escucho…

Abrí la puerta del baño de golpe y di un paso en el interior al oír un ruido muy fuerte. Connor soltó una carcajada al haberse salido con la suya, yo me cagué en todo y di un portazo saliendo, cerrando los ojos de golpe para apartar la visión que acababa de ver. Me había engañado y yo había caído pensado que se había dado un golpe o se había resbalado porque era la primera vez que se duchaba y la impresión del agua sobre la herida podía marearlo. Todavía la tenía demasiado fresca, pero ya no sangraba.

—Ahí te quedas, te las apañas solo —grité empezando a caminar por el pasillo, cabreada.

—Puedo hacerlo perfectamente, en todos los sentidos —soltó el muy descarado.

Llegué a la cocina resoplando y acalorada. Sí, el rubor se había apoderado de mí al verlo completamente desnudo a través de la mampara transparente. Al menos se había mantenido de lado, pero en el poco tiempo que había durado, mis ojos le habían hecho una buena inspección a su perfil. Negué cagándome otra vez, pero en él, mientras cogía un refresco de la nevera. Fui al exterior para tomármelo, necesitando que me diera el aire fresco.

No puedo tener ni una tregua, me dije sentada en un escalón, porque no tardé en escucharlo detrás de mí. Giré la cabeza hacia él, viendo que se había puesto un pantalón corto de deporte, solo eso. Se lo compré el día anterior en el pueblo, junto a varias cosas más porque de mi ropa no podía utilizar nada, ni siquiera algún pantalón como el que llevaba. Ni en broma, no le entraba.

—¿Por qué no te has tapado la herida? —Me levanté despacio.

—Necesita secarse. —Me hizo un guiño.

—Todavía es muy pronto —negué—. Puede infectarse.

—Me he echado la crema antibiótica, tranquilízate. Si la tengo siempre tapada tardará más en ponerse bien.

Iba a decir algo al respecto, aunque sabía que tenía razón, pero me quedé callada al escuchar varios ladridos.

—Entra en casa. —Medio giré en la dirección en la que venía caminando Roberto, junto a una Lúa que corría de un lado al otro, disfrutando.

—¿Por qué? ¿Quieres quedarte a solas con él?

—¿Estás tonto o qué te pasa? —Agrandé los ojos—. ¡Qué tienes una herida de bala en la barriga! Al aire y no pequeña.

—Esto parece cualquier cosa menos una herida de bala. —Levantó una ceja.

—Habértela sacado tú, no te digo. —Bufé.

—No te lo estoy echando en cara, solo he dicho lo evidente —negó divertido.

—Quédate a mi espalda —susurré al escuchar de cerca el saludo de Roberto. Me moví para devolvérselo.

—Hola. —Le correspondí, al igual que hizo Connor. No era la primera vez que se veían, pero esta vez con menos distancia porque tanto Roberto como Lúa se quedaron más cerca—. ¿Cómo va?

—Muy bien. —Nos sonrió—. Dando otra vuelta porque la señorita estaba inquieta —se refirió a Lúa.

—Por terreno no será.

—No, es el privilegio de vivir en esta zona —asintió.

No sé qué vio Roberto, pero los ojos estuvieron a punto de salírseme de las cuencas. ¿Qué lo provocó? Los brazos de Connor, rodeándome la cintura mientras pegaba mi espalda a su pecho.

—Continuamos. —Volvió a sonreír, más ampliamente—. Hasta otra —empezó a alejarse.

—Hasta pronto —respondí como pude, un poco tarde, pero conseguí hacerlo—. ¿Qué leches haces? —siseé sin apartar los ojos de la carrera que dio Lúa para alcanzar a su dueño.

—¿Yo? Nada.

—¿Por qué me has abrazado? ¿Y por qué narices todavía no me has soltado?

—¿No me has dicho que me quedara a tu espalda para que no viera mi herida? —Distinguí la diversión en su voz.

—A ver cuándo aprendes a escuchar. —Bufé—. Sepárate —le pedí porque no se movía.

—¿Es seguro?

—Connor…

Riendo, de esa forma me soltó. Iba a contraatacar, pero me dejó callada porque antes de separarse del todo de mí y de entrar en la casa, me dio un beso en la cabeza, descolocándome como tantas veces hacía. Algunas alterándome de mala manera, otras dejándome sin saber reaccionar por las muestras de cariño que tenía conmigo.

Medio giré hacia la puerta que había dejado abierta y lo vi andar por el pasillo, hasta que desapareció en su habitación. Tragué saliva y llevé la mirada hacia delante. Volví a sentarme en el escalón y le di un buen trago al refresco. Se me había quedado la garganta seca.

La vida da unas sorpresas que no veas, al menos yo me la había llevado con Connor y a lo grande. Hacía un tiempecillo que las respuestas que no quería saber las tenía muy claras, las de las preguntas a lo que me sucedía con él. Había dejado de luchar contra lo inevitable, aceptando que mis sentimientos hacia él habían dado un giro bastante importante, en un sentido muy diferente.

Tragué saliva fijando la vista en la lata, retirando las gotas que resbalaban por ella. Tenía la sensación de que lo había fastidiado todo. De no querer verlo ni en pintura porque era una batalla constante entre los dos a ver quién podía más, a llegar a este momento en el que… Dejé salir el aire despacio, pensativa. Levanté la mirada hacia la explanada, dejando vagar la vista por ella.

El estado que me provocaba su presencia, unido al remolino de emociones que conllevaba, más el no saber qué ib a hacer con mi vida, me tenían intranquila constantemente, aunque me lo tragara y no mostrara nada hacia afuera. A estas alturas ya os puedo decir que no tenía trabajo. Al inicio del día anterior llamé al restaurante para supuestamente ampliar los días libres porque la situación lo requería, pero no sé qué me dio y se me pasó por la cabeza, que cuando el jefe respondió le dije directamente que dejaba el trabajo, añadiendo que había estado muy a gusto en todo momento y que había sido una gran experiencia, que solo podía decir cosas positivas en general.

Le di el motivo de que mi vida había dado un giro inesperado y que tenía que enfrentar varios temas importantes,

por lo que tenía que elegir qué dejar de lado. No me puso ningún problema, en todo momento fue amable conmigo y hasta comprensivo porque me dio ánimos para enfrentar lo que fuera. Incluso me comentó que, si en algún momento me interesaba volver, que lo llamara, que tendría trabajo. Más majo. Me dio pena, pero hablé por el impulso de una necesidad que tenía escondida y hasta la hora de la verdad, no la había dejado salir. Fue de agradecer escuchar lo que me dijo y así se lo hice saber.

En definitiva, que estaba en el paro y sin saber qué dirección tomaría mi vida, porque continuaba pensando lo mismo de mi antigua profesión.

—¿En qué piensas? —Tan metida estaba en ellos que me sobresalté al escuchar la voz de Connor detrás de mí.

—En todo y en nada. —Me encogí de hombros sin moverme.

Pasó por mi lado, bajando varios escalones. Apoyó la espalda en una pequeña barandilla que tenía la escalera y se cruzó de brazos. Fijé la atención en la herida que quedaba por debajo de ellos, la que estaba a la altura de mis ojos y di gracias a que se recuperaba muy rápido. Aún quedaba para que estuviera cerrada por completo, pero que no sangrara y ver que ya no era tan profunda como cuando hurgué en ella…

—Dímelo. —Levanté la cabeza hacia arriba, buscando sus ojos.

—No es nada.

—Algo será cuando estás preocupada.

—No lo estoy.

—Pues tu cara no dice lo mismo. —Levantó una ceja.

—Solo me siento desubicada —solté un suspiro poniendo la lata en el escalón.

—Es cuestión de tiempo, Jana.

—Ya… Como todo —negué.

—¿Te digo la verdad? —asentí— Te hubieras sentido igual si hubieras continuado con el trabajo del restaurante. Más pronto o más tarde, pero habrías tenido la misma sensación.

—¿Por qué estás tan seguro? Lo crees desde el principio —susurré.

—Porque te conozco, aunque me mires con esa cara de sorpresa. Sí, lo hago. Todos los que forman parte de tu vida están preocupados con mayor o menor intensidad, porque saben que lo que te sucede es que tienes un

obloqueo enorme. Solo están esperando a que reacciones y consigas deshacerte de él.

—Me pedís mucho —susurré.

—Lo que puedes afrontar. Nadie te pediría o esperaría algo que no fueras capaz de hacer, Jana. Somos consciente de tus capacidades y de todos modos no decimos nada, solo nos mantenemos a tu lado porque tiene que venir de t el cambio.

—¿Tú lo estás?

—¿El qué?

—Preocupado por mí —murmuré.

El silencio que hubo por su parte me puso intranquila porque la realidad era que necesitaba escuchar una respuesta afirmativa. No quise mirarlo y continué con la vista puesta en la hierba.

—Si a estas alturas con todo lo que sabes de mí tienes que preguntármelo para saberlo…

—¿Qué quiere decir eso?

—Que siempre me he preocupado, mucho antes de esto que estamos viviendo, sin que tú lo supieras. Como también he estado detrás de ti, sin hacerme presente, cuando he creído que lo necesitabas. Todas nuestras batallas, como tú siempre dices, eran motivadas para que se produjera algún cambio en ti, daba igual el que fuera. Reconozco que algunas no tenían sentido, pero es que siempre me lo has puesto muy fácil para alterarte. —Noté un pequeño toque de diversión.

—¿Qué significa lo de detrás de mí, sin hacerte presente? —Froté las manos en las piernas, mirándolo de reojo.

—Para empezar, en alguna misión que otra. —Carraspeó.

—¿En serio? —Giré la cabeza hacia él, sorprendida, viendo cómo se encogía de hombros.

—Para continuar, apenas me separé de ti durante las dos semanas que tu cuerpo colapsaba y estuviste al borde la muerte muchas veces. —Agrandé los ojos porque era ignorante de ello—. No pude estar muy cerca porque te tuvieron aislada, pero la primera semana no abandoné el hospital para nada, la segunda, lo hacía por breves espacios de tiempo para ir a mi casa.

—¿Por qué no me dijiste nada? —Tragué saliva, pensando en la desgana, la rabia y el mal humor con los que lo traté las pocas veces que vino al hospital. Aunque por aquella época, en general, mi carácter era inestable e irascible, nada bueno, consecuencia del pozo sin fondo en el que estaba metida.

—¿Para qué? No me hubieras creído, ¿o me equivoco? —Hice una mueca, dándole la razón.

—Y para finalizar…

—Cuando te he metido caña para que reaccionaras, era lo único que podía utilizar, mi don de palabra. —Sonrió de medio lado—. Cuando me encontraste en la habitación del hospital al regresar de la sesión con Diego, o cuando fui al restaurante a comer. ¿Por qué te cogiste unos días libres en el restaurante?

—Porque lo necesité.

—¿Por qué? —insistió.

—Porque no me gustó lo que dijiste de mi padre, me afectó. —Tragué saliva, con un nudo en la garganta.

—Escúchame, todo lo que dije fue para activarte, buscando ese resultado. No es porque lo pensara realmente, nunca podrías defraudar a tu padre ni a su memoria.

—Le he fallado. —Se me aguaron los ojos.

—Eso no es verdad. —Bajó hasta el final del último escalón y se puso delante de mí—. Mírame, Jana. —Lo hice al cabo de unos segundos, retirándome las lágrimas—. Todos somos conscientes del trauma por el que has pasado y del que, en parte, todavía no has salido. Es lógico y coherente. No todo el mundo enfrenta las situaciones de la misma forma, pero en todas ellas se tiene que luchar para salir a flote.

»¿Qué hubiera sucedido si todos y cada uno de los médicos que te atendieron, cuando entrabas en crisis y en paradas, se hubieran rendido? ¿O si los sanitarios que te trasladaron en la ambulancia no se hubieran subido encima de ti para hacer todo lo humanamente posible para que llegaras hasta el hospital a tiempo? Ninguno de ellos, en ningún momento, contemplaron esa opción, la de rendirse, porque no la tenía.

»Enfrentaron la situación como debía ser, sin darse por vendidos, a pesar de que todo estaba en contra de ellos. Si no fuera así hoy no estarías aquí, ni siquiera hubieras sobrevivido a la primera vez. Eso es lo único realmente importante, poner todo de tu parte para no perder la batalla, jamás, y mucho menos ante las situaciones que salen de nuestro control porque mientras haya una mínima posibilidad, por pequeña sea, nunca se debe perder la esperanza.

»Tienes la grandísima suerte de que tu vida continúa, fueron muchas las personas que estuvieron contigo en el proceso y no te soltaron hasta que lo conseguiste, el resto, el decidir qué camino tomar a partir de ese instante, solo es cosa tuya. Todos tenemos miedos escondidos que aparecen en el peor y más inesperado momento, sobre todo, cuando tenemos las defensas más bajas y nos sentimos vulnerables.

»De eso no se libra nadie, Jana, pero se tienen que digerir y se aceptan para poder ver más allá de ellos, porque forman parte de nosotros mismos. Puedes hacer lo que quieras, sin barreras ni límites porque todo lo que te propongas lo conseguirás, pero los dos sabemos cuál es tu pasión, lo que te hace vibrar, por lo que has trabajado y sacrificado tanto… La pasión que te inculcó tu padre, la que fue un reflejo de la de él y con la que creciste.

—No sé cómo avanzar —murmuré frotándome las manos.

—Déjame ayudarte, apóyate en mí. —Se inclinó hacia delante.

—No te agaches. —Hice una mueca provocando que sus labios se curvaran.

—Si no aceptas, soy capaz de tirarme al suelo y ponerme a rodar.

—Inténtalo que no llegarás muy lejos —negué.

—Piénsalo. —Puso una mano en mi cabeza y la mantuvo durante unos segundos—. No tiene que ser ahora, pero cuanto más tiempo pase te sentirás peor. —Bajó el tono de voz y contuve la respiración cuando continuó ignorándome y se inclinó sobre mí, mucho más que la vez anterior.

Pero en ese instante no solo cerré la boca, sino también los ojos, aceptando otro beso en la cabeza. Cuando se incorporó subió los escalones y entró en la casa, dejándome sola, dándome el tiempo y el espacio que necesitaba.

—¿Por qué me niego tanto a la realidad? ¿Por qué no puedo afrontarla? —me pregunté entre susurros, dejando más lágrimas en libertad.

—No sé cómo avanzar —murmuré frotándome las manos.

—Déjame ayudarte, apóyate en mí. —Se inclinó hacia delante.

—No te agaches. —Hice una mueca provocando que sus labios se curvaran.

—Si no aceptas, soy capaz de tirarme al suelo y ponerme a rodar.

—Inténtalo que no llegarás muy lejos —negué.

—Piénsalo. —Puso una mano en mi cabeza y la mantuvo durante unos segundos—. No tiene que ser ahora, pero cuanto más tiempo pase te sentirás peor. —Bajó el tono de voz y contuve la respiración cuando continuó ignorándome y se inclinó sobre mí, mucho más que la vez anterior.

Pero en ese instante no solo cerré la boca, sino también los ojos, aceptando otro beso en la cabeza. Cuando se incorporó subió los escalones y entró en la casa, dejándome sola, dándome el tiempo y el espacio que necesitaba.

—¿Por qué me niego tanto a la realidad? ¿Por qué no puedo afrontarla? —me pregunté entre susurros, dejando más lágrimas en libertad.

Capítulo 15



—¿Cómo ha ido? —Me incorporé del sofá, fijando los ojos en sus manos.

—Bien. —Sonrió de medio lado.

—No sé dónde le ves la gracia. —Levanté una ceja mientras me acercaba a él.

—Tu preocupación es divertida, y el saltármela aún más. —Rio negando, mientras le quitaba varias bolsas que sujetaba.

—Te la estás jugando —murmuré—. ¡Que me has dejado encerrada en el baño y te has ido!

—¿Qué dices? ¿A cerrarte la puerta lo llamas encerrarte? —Rio con ganas.

—Me has pillado de sorpresa, pasaba por el pasillo y me has metido tú. —Lo señalé con un gesto de la cabeza porque las manos las tenía ocupadas con las bolsas—. Cuando he salido te he llamado y me he quedado con cara de tonta al escuchar el motor del coche.

—Has sido rápida, me ha dado tiempo a decirte donde iba. —Me hizo un guiño.

—Me voy a cagar en todo, Connor.

—Puedes volver al baño cuando quieras.

—Arggg… ¡Eres insoportable!

—Te he traído helado.

—Ah… —Hice una mueca con la que soltó una carcajada—. Es que no sé por qué te has empeñado en ir solo al pueblo. —Bufé—. Tenemos de todo, vale que helado no y te lo agradezco, pero podrías haberme dicho lo que te apetecía y hubiera ido yo.

—Necesitaba salir un poco de aquí y ya tocaba para que no lleves la carga tú, ¿no? —Pasó mi lado dirigiéndose hacia la cocina.

Lo seguí negando. Coloqué las bolsas encima de la encimera.

—¿Qué es esto? —dije sorprendida, cuando saqué de una de ellas…

—Un sombrero de *cowboy.* —Rio.

—¿En serio? Fíjate, no tenía ni idea. —Me crucé de brazos—. ¿Y para qué quieres uno?

—Queremos, hay dos —me rectificó sin perder la sonrisa, mientras se ponía a mi lado para vaciar una de las bolsas.

—Veo perfectamente, pero a mí no me incluyas para pasearme por la casa con él puesto en la cabeza.

—¿Qué te hace pensar que es para esa utilidad? —preguntó mientras abría la nevera y metía varias cosas dentro.

—Es la única posible.

—Error, hay un mundo de posibilidades donde ponerse esos sombreros, unas muy sugerentes y otras… Digamos que no tardarás en comprobarlo.

—Quieres hablar claro. —Carraspeé porque se me fue el pensamiento hacia donde no debía.

—Esta noche nos vamos de fiesta, saldremos de aquí con ellos puestos. —Se apoyó en la encimera, dándole un mordisco a una manzana.

—No vales para los chistes, no me ha hecho ninguna gracia. —Levanté las dos cejas.

—Jana, han pasado cuatro días desde que la herida empezó a mejorar.

—Cuatro, Connor —dije su nombre con retintín—. ¡Y te parecerá mucho con lo mal que has estado!

—Pues sí, ¿no me ves? —Abrió los brazos, extendiéndolos.

—Estupendamente, y lo que hay debajo me lo sé de memoria.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Qué se te quedó grabada mi imagen en la ducha? —Frunció los labios, conteniéndose para no reír.

—¿Qué dices? No me dio tiempo a ver nada. —Bufé, haciéndome la ofendida.

—¿Estás segura? —Dio otro mordisco, sin apartar la mirada de mí.

—¡Lo sabré yo! —Desvié la mía, dirigiéndola hacia los sombreros que todavía tenía en la mano—. No me he puesto nunca uno —susurré.

—Pues hoy será la primera vez.

—¿Y dónde se supone que es esa fiesta?

—En el pueblo.

—¿No me digas? —Los metí otra vez en la bolsa, dándolo por imposible.

—Es que es la verdad. Cuando estaba colocando las cosas en la cinta del supermercado, el hombre de delante se ha puesto a hablar con la cajera, comentando que esta noche no se perdían la gran fiesta. Por lo visto todo el pueblo asistirá. El centro estará ambientado al estilo tejano, habrá música en las plazas, con barras incluidas y los bares y restaurantes estarán abiertos hasta la madrugada.

—¿Y qué celebración es?

—Y yo qué sé, pues alguna típica de aquí. No me he parado a preguntar, ni siquiera he hecho un comentario al respecto. Ya tenía toda la información que necesitaba y cuando he pagado, he ido en busca de los sombreros y unos chalecos. Los vendían por todas partes. —Se encogió de hombros.

—¿Chalecos también? —asintió riendo.

—Y porque me he frenado… He estado a punto de comprar las vestimentas completas.

—No sé… —dije pensativa.

—Te prometo que, si me canso, te lo diré. Nos vendrá bien salir de las paredes de esta casa, Jana.

—Para eso con sentarme en un escalón de la entrada tengo suficiente. —Hice una mueca.

—No es verdad. Llevo varios días viéndote más agobiada.

—No.

—Sí —me rebatió.

—¿A qué hora empieza? —Busqué los chalecos y los saqué, extendiendo el que iba a ser para mí—. Me gusta. —Sonreí.

—La chica de la tienda donde he comprado estas cosas me ha dicho que a partir de las seis y media de la tarde ya empezaría a haber movimiento —comentó guardando el helado en el congelador.

—¿Seguro que no te has cansado con el trajín de ir en coche y moverte más de la cuenta? —insistí, buscando su mirada.

—¿Trajín? No ha sido nada, la mayor parte lo ha hecho el coche —negó divertido.

Solté un suspiro aceptándolo, antes de guardar en los armarios la comida de la última bolsa.

—¿Te apetece la idea? —me preguntó observando cómo lo hacía.

—No va mal hacer algo diferente —asentí.

—Perfecto —se separó de la encimera—, pues a las siete salimos.

Me dejó sola y me quedé mirando hacia la puerta, pensativa. Negué para quitarme todas las dudas de encima y al cabo de unos minutos, cuando terminé de hacer dos cafés, fui hacia la ventana porque hacía un rato que lo había escuchado salir. Con la boca abierta me quedé al verlo mover una pierna, insistentemente.

Con las tazas en las manos salí a darle encuentro. Bajé los escalones y me acerqué a la mesa que estaba sobre la hierba, colocando las tazas en ella. Lo hice sin hacer ningún comentario, mientras sentía su mirada seguirme.

—¿Qué es eso Connor? —dije sin volverme.

—Lo que ves —respondió con tono divertido.

—¿De verdad has comprado una minipiscina hinchable? —Me giré encarándolo, con los brazos cruzados—. ¿Qué intención tienes? Porque tú no vas a meter ni un pie dentro. —Levanté una ceja.

—¿Qué no? —Igualó mi gesto y terminó riendo—. ¿Has visto el tamaño?

—Obvio, estás terminando de hincharla. —Bufé.

—Pues cuando entre, que lo haré, el agua no me pasará del culo. —Apretó los labios.

—Para eso te llenas la bañera.

—No puedes compararlo con estar en el exterior dándonos un baño.

—Como has dicho no te taparía ni el culo, como para caber los dos. —Puse los ojos en blanco.

—La herida tiene menos profundidad y el final está cerrado. —Se levantó el jersey después de ponerle el tapón a la piscina—. Si la mojo más de la cuenta no sucederá nada, después la seco con el secador y listo. Y ya te digo qu cabemos los dos. —Fijé la vista en ella y después de tensarse, al estar los laterales llenos de aire, no podía negárselo porque me había parecido más pequeña de lo que era.

—No tengo bañador —susurré—. Como no iba a un destino de playa…

—En ropa interior. —Giré rápido la cabeza, encontrándome con su mirada—. ¿Qué? No hay diferencia, tapa lo mismo que un traje de baño. —Sonrió de medio lado.

—Tú utilízala cuando quieras, yo ya veré. —Me senté llevando la taza a los labios.

—Irás de cabeza, no literalmente. Si fuera una en condiciones ya te digo que terminarías dentro de esa forma, perc como no quiero que te la rompas. —Ocupó la otra silla, quedándose enfrente.

—No vuelves a salir de la casa, has vuelto con demasiadas novedades. —Soltó una carcajada.

—Las que te gustan, no me digas que no. —Me observó por encima de la taza, antes de beber de ella.

—Ya te lo iré diciendo. —Fijé la mirada en la piscina.

—Esta noche nos metemos en cuanto lleguemos de la fiesta. La pasada ha hecho mucho calor, nos sentará bien refrescarnos antes de dormir. Visualízalo… en la piscina, con una copa en la mano, rodeados por el silencio, con un poco de música de fondo… No querrás salir.

No hice ningún comentario más porque las palabras que apretaban por salir de mis labios, es que me parecía demasiado íntimo. No iba a darle motivos para que pudiera atar algún cabo de lo que me sucedía. Me limité a beberme el café, interiorizando lo que había dicho.

—He traído comida de un restaurante, hoy no nos vamos a liar en la cocina. —Lo miré de reojo.

—De todo lo que has dicho hasta ahora, es lo mejor que he oído. —Sonrió de medio lado.

—Lo sé. —Se terminó el café y se levantó, empezando a caminar hacia la escalera.

Desapareció en el interior de la casa y llevé la vista hacia la explanada que nos rodeaba. Un ladrido me hizo

sonreír y girar en su dirección. Lúa venía corriendo hacia mí, con Roberto bastante más retrasado, caminando.

—Hola bonita. —Le acaricié la cabeza, pero enseguida se apartó de mí y empezó a dar vueltas por la novedad que había en la hierba, olisqueando la piscina. Sonreí.

—Vaya, os lo montáis muy bien. —Le presté atención a Roberto, al llegar a mi lado.

—Eso parece —asentí.

—Me gusta la idea, lo mismo preparo los exteriores de las casas con piscinas rígidas —dijo pensativo.

—Sería un extra añadido —aseguré.

—Alguna vez lo he pensado, pero creo que habéis terminado por convencerme. —Sonrió—. Lúa. —Le llamó la atención cuando intentó mover la piscina con una pata.

—No hace nada.

—Te parece que no, pero si la dejo a su aire ya me lo dirás cuando haya más agua fuera que dentro. —Rio, dando por hecho que podía pincharla.

—¿Quieres un café? —Le ofrecí por cortesía y porque desde el principio fue muy simpático y cercano.

—Te lo agradezco, en otra ocasión si encarta. —Me hizo un guiño—. Hoy el pueblo se viste de gala —me informó—. Habrá fiesta por todos los rincones.

—Lo sé, nos hemos enterado.

—Pues si os animáis, a lo mejor nos vemos —asentí sonriendo—. Continuamos con la caminata. —Silbó empezando a andar.

—Vale, hasta otra —me despedí.

Él también lo hizo, en silencio y levantando una mano. En ese instante me di cuenta de que Connor debía ser visible porque Roberto también dirigió el gesto hacia la casa. Medio giré hacia ella, encontrándolo apoyado en el marco de la puerta principal, con los brazos cruzados y en ese momento, con la vista fija en mí. Ladeé un poco la cabeza al notar algo diferente en su expresión, algo que no supe descifrar.

Volvió a perderse por el interior y al cabo de unos minutos hice lo mismo. No lo encontré en el salón, pero aproveché que escuché ruido en el baño para ir hacia la cocina. Junto a la encimera abrí los envases de la comida, para ver qué había comprado. Se me abrió el apetito al instante, por el olor y la pinta que tenía. Todavía estaban

calientes y los dejé donde estaban. Eran las once y media de la mañana, aún faltaba para que llegara la hora de sentarnos a la mesa.

✣ ✣ ✣

—Ya estoy —dije saliendo de la casa, parándome en los escalones.

Connor estaba sentado en la mesa de fuera, terminando de tomarse una cerveza. Su reacción al verme fue sonreír, ampliamente. En los pies me había puesto las deportivas, de ropa había elegido un *short* vaquero y una camiseta de tirantes, pero lo que más destacaba era el chaleco que la adornaba y el sombrero sobre el pelo suelto. No llevaba nada más, la documentación, el dinero y el móvil los llevaba guardados en los bolsillos, al igual que la llave del coche. Se levantó despacio y caminó hasta mí.

—No tenía mucho donde elegir.

—Yo voy en bermudas, es lo que hay. —Se encogió de hombros, divertido—. Estás perfecta, que empiece la fiesta. —Me hizo un guiño bajándose el filo del gorro, antes de entrar en la casa para deshacerse del botellín de cerveza.

Me monté en el coche frente al volante y esperé a que hiciera lo mismo, en el asiento del copiloto. Divertida lo vi meter la piscina antes de venir hacia mí. Nos alejamos de la casa por el camino de tierra y nos dirigimos por la carretera asfaltada hacia el pueblo, donde aparcamos un poco apartados del centro, después de dar varias vueltas a haber varias calles cortadas.

Caminamos integrándonos en el ambiente, el que estaba bastante animado. La música inundaba las calles por los altavoces que habían colocado, y en cada plaza, como dijo Connor, tocaban en directo mientras las personas bailaban al ritmo. Nos paramos en un puesto en el que vendían bebidas, sándwiches y bocadillos de tamaño mini para llevar, y terminamos los dos con refrescos y picoteando.

Llegamos a otra plaza y nos paramos en ella alargando un poco más el tiempo. Esta era mucho más grande, con mesas y sillas alrededor del escenario. Fuimos hacia una de las barras y ocupamos dos taburetes, sonriendo al ver a varios grupos de bailarines dándolo todo, animados por el cantante que estaba subido a una pequeña tarima.

—Jana, Connor. —Escuchamos nuestros nombres en alto y nos giramos, encontrándonos a Roberto junto a su hermano, caminando hacia nosotros. Lo reconocí del bar en el que entré la primera vez al llegar al pueblo, cuando me ayudó guiándome hasta Roberto para alquilar la casa.

—Hola —los saludamos casi a la vez.

—Soy Pablo. —Se presentó por primera vez a Connor y oficialmente a mí.

Le correspondimos de la misma forma y nos quedamos los cuatro observando lo que nos rodeaba.

—¿No os animáis? —Se interesó Roberto.

—Por ahora no. —Reí.

Solo me faltaba ponerme a desentonar en medio de tanta gente. Miré de reojo a Connor, se había entretenido un momento con el móvil.

—Yo por ahora continuaré sujetando la barra —respondió guardándose el teléfono.

—Nadie va a fijarse en cómo lo hacéis, ahora veréis —dijo Pablo riendo.

Se alejó de nosotros y se unió a uno de los grupos. Tuvimos que reírnos al verlo hacer movimientos raros, descoordinado con el resto.

—¿Vamos? —Nos ofreció Roberto, divertido.

—Llévatela a ella —le pidió Connor, después de pedirle al camarero una cerveza.

Levanté una ceja, y más profundicé el gesto sin apartar la vista de él cuando Roberto, riendo, me cogió de una mano y me separó, llevándome cada vez más cerca del centro de la pista improvisada.

—No sé hacerlo —dije oponiendo resistencia.

—Ya has visto que puedes moverte como quieras, nadie va a prestarte atención. Lo importante aquí es pasarlo bien. —Me sonrió cuando llegamos junto a Pablo, el que continuaba moviéndose, esa vez haciendo unos movimientos divertidos con los brazos.

Volví a reír porque todo propiciaba para hacerlo y me dejé llevar por ellos, solo un poco, todo hay que decirlo. Al menos moví los pies. En varias ocasiones busqué a Connor con la vista. Continuó en la barra, bebiendo tranquilamente de la cerveza, a veces sin apartar los ojos de nosotros, otras centrado en el móvil, al igual que observaba los alrededores. Agradecí que se hubiera quedado al margen porque me llevé varios golpes de los bailarines más efusivos, solo faltaba que le dieran directamente en la herida…

Después de un tiempo, cuando empecé a agobiarme, les dije a los chicos que me tomaba un descanso. Ellos se quedaron bailando, yo empecé a caminar hacia Connor. Me paré al darme cuenta de que no estaba, lo busqué con la mirada para ver si se había movido un poco, pero no lo encontré entre la gente. Extrañada, pero sin querer darle importancia porque sabía que no tardaría en aparecer, volví a moverme yendo directa hacia la barra. Me pedí una

cerveza para soportar mejor el calor que hacía y me apoyé en ella, llevando la atención hacia todo lo que tenía delante.

Conforme fueron pasando los minutos comprobé varias veces la hora en el móvil, empezando a impacientarme al no verlo aparecer. Si su propósito había sido buscar un baño ya habría tenido tiempo de sobra para regresar, porque fue la única lógica que encontré para que se hubiera ido.

—Perdona. —Llamé la atención del camarero, con los brazos en la barra mientras movía un pie, nerviosa.

—¿Sí? —Se acercó a mí sonriendo.

—El chico que estaba conmigo y se ha quedado aquí, ¿sabes en qué dirección se ha ido?

—Lo siento, no me he fijado. Estaría atendiendo.

—Vale, gracias —asentí.

—Ten en cuenta que hoy hay mucha gente, lo que quiere decir que hay colas por todos lados.

—Lo imagino. —Le sonreí—. ¿Los baños más próximos?

—En cualquier bar o restaurante, este día se puede acceder a ellos sin problema. No ponen casetas habilitadas.

—Ah, vale.

Se alejó de mí cuando lo llamaron desde el otro extremo y solté un suspiro. Pensé en ir a dar una vuelta por si lo veía, pero opté por quedarme un rato más donde estaba por si se presentaba en cualquier momento. Y después de tanto esperarlo me sobresalté tontamente dando un pequeño brinco cuando llegó por mi espalda y se pegó a mí, dejándome encerrada con sus brazos, con las manos apoyadas a los lados de los míos.

cerveza para soportar mejor el calor que hacía y me apoyé en ella, llevando la atención hacia todo lo que tenía delante.

Conforme fueron pasando los minutos comprobé varias veces la hora en el móvil, empezando a impacientarme al no verlo aparecer. Si su propósito había sido buscar un baño ya habría tenido tiempo de sobra para regresar, porque fue la única lógica que encontré para que se hubiera ido.

—Perdona. —Llamé la atención del camarero, con los brazos en la barra mientras movía un pie, nerviosa.

—¿Sí? —Se acercó a mí sonriendo.

—El chico que estaba conmigo y se ha quedado aquí, ¿sabes en qué dirección se ha ido?

—Lo siento, no me he fijado. Estaría atendiendo.

—Vale, gracias —asentí.

—Ten en cuenta que hoy hay mucha gente, lo que quiere decir que hay colas por todos lados.

—Lo imagino. —Le sonreí—. ¿Los baños más próximos?

—En cualquier bar o restaurante, este día se puede acceder a ellos sin problema. No ponen casetas habilitadas.

—Ah, vale.

Se alejó de mí cuando lo llamaron desde el otro extremo y solté un suspiro. Pensé en ir a dar una vuelta por si lo veía, pero opté por quedarme un rato más donde estaba por si se presentaba en cualquier momento. Y después de tanto esperarlo me sobresalté tontamente dando un pequeño brinco cuando llegó por mi espalda y se pegó a mí, dejándome encerrada con sus brazos, con las manos apoyadas a los lados de los míos.

Capítulo 16



Connor

—¿Preocupada? —le pregunté a la vez que movía su pie inquieto, parándolo con el movimiento que hice con el mío.

—¿Yo? ¿Por qué debería estarlo? —Me miró de reojo porque si giraba la cabeza se encontraba con la mía demasiado cerca, al haberme inclinado sobre ella—. ¿Dónde estabas?

—Ya veo. —Dejé ver la diversión en la voz—. Tenía una urgencia —susurré sobre su oído, lo que provocó que el vello se le erizara.

—La próxima vez ponme un mensaje diciéndome que vas al baño —susurró.

—Y no estabas preocupada, ¿no? —volví a susurrarle en el mismo sitio, sin apartarme ni lo más mínimo, esa vez notando cómo se tensaba— No es donde estaba precisamente.

—¿Y dónde has ido? —Terminó girando la cabeza, con el gesto fruncido.

Pero no tardó en borrarlo de la cara cuando nuestras narices quedaron a punto de rozarse. Cogí aire despacio, echando mano a todo mi autocontrol para no moverme los pocos centímetros que separaban nuestros labios.

—¿Quieres saberlo? —continué con el mismo tono de voz.

—¿Por qué tanto misterio? —murmuró sin apartar los ojos de los míos.

—Porque todas las cosas llevan su tiempo, como esta que está sucediendo… —Me aparté de golpe, pero antes de hacerlo le di varios toques en la nariz, con la mía.

—¿Eh?

Su expresión descolocada y acalorada, por la que sentí satisfacción, fue sustituida rápidamente por una de gran

sorpresa e incredulidad, mientras dejaba salir un jadeo por la voz que gritó cerca de nosotros.

—¡Loca! —Fue Saray la que llamó su atención.

Jana se giró hacia ella y no se lo creyó mientras parpadeaba varias veces, lo que provocó que todos, al completo, rieran al verla. Ese todos englobaba a sus dos amigos, César y Saray; y a los míos, Hernán y Willow, los que miraban la escena divertidos.

—¿Qué…? ¿Qué hacéis aquí? —Reaccionó corriendo hacia ellos.

Me apoyé en la barra y cogí la cerveza que se había pedido, llevándomela a los labios curvados, mientras veía a Saray y a Jana saltar abrazándose y a César y mis amigos, riendo por ello.

—César… —dijo poniéndose delante de él.

—Ven aquí. —La agarró de un brazo y la acercó a su cuerpo, para abrazarla fuerte mientras asentía agradecido hacia mí. Gesto que le devolví.

Cuando consiguieron separarse porque estuvieron hablando entre susurros, Jana saludó a Hernán y a Willow con más abrazos. Con todos los saludos hechos y sin que la sonrisa desapareciera de la cara del grupo, se acercaron a mí.

—Seguro que ahora no tienes ningún reproche que decirme, ¿no? Porque ellos son el motivo por el que he desaparecido. Cuando me han avisado de que estaban entrando en el pueblo les he dicho que aparcaran y he ido a por ellos —comenté.

—Gracias. —Y esa vez el primer sorprendido fui yo, seguidos por el resto que nos observaba con mucha atención

A Jana le salió espontáneo. Me abrazó por el cuello y se pegó a mí, riendo nerviosa y sin poder contener la emoción. Le acaricié la espalda con una mano.

—No se merecen —susurré sobre su cabeza.

—Claro que sí, no tenías por qué avisarlos. —Se separó sonriendo—. Por cierto, con la que tenemos encima cómo es que están aquí. —Frunció el gesto.

—¡Qué difícil es darte una sorpresa! —Puse los ojos en blanco, haciéndome el ofendido.

—¿Qué dices? —Ladeó la cabeza y al ver que no le respondía, se giró hacia los demás.

—Ya ha terminado. —Fue Willow quien empezó a darle la información.

—¿Cómo? —La miró extrañada Jana.

—Que se acabó, lo hemos pillado —le confirmó César, sonriendo.

—Fue ayer —continuó Saray, agarrándola de una mano—. En cuanto Connor lo supo nos propuso venir hasta aquí para darte una sorpresa. Todos teníamos muchas ganas de veros. —Se abrazaron.

Cuando terminaron se giró hacia mí, como necesitando mi confirmación para creérselo de verdad.

—¿Todo ha acabado? —Tragó saliva, buscando la verdad en mis ojos. Asentí despacio.

—Finiquitado —hablé tajante dado lo que implicaba para ella el tema—. Cogieron a Kurt y a los altos cargos de l organización, el resto no tardó en desmantelarse. Ya puedes olvidarte definitivamente, Jana —insistí por cómo me miraba.

Los ojos se le habían aguado y sin pensármelo, como había hecho ella, la agarré de un brazo y la acerqué a mí otra vez, para abrazarla como necesitaba en ese instante. Los chicos al ver la escena nos dejaron a nuestro aire, dándonos privacidad mientras ocupaban la barra y llamaban la atención del camarero.

Todo lo que se estaba dando para nosotros era nuevo, me refiero a la cercanía que estábamos teniendo. Que me abrazara, que yo hiciera lo mismo sin tener que estar en guardia para no recibir un tortazo de su parte, el sentir su cabeza apoyada en mi pecho, sin que pegara mucho el cuerpo para no rozarme la zona de la herida, el que mi mano le acariciara el pelo…

—Ha llegado el momento de relajarte —le susurré.

—Que calladito has estado —murmuró sin apartarse.

—Ya ves, cuando me lo propongo soy mudo. —Apreté los labios, divertido.

—Pues no será conmigo en muchas otras ocasiones. —Terminé riendo cuando dio varios pasos hacia atrás, por la expresión con la que me miró.

—¿Qué puedo decir? —Me encogí de hombros, llevándome su botellín de cerveza a los labios.

Cuando di un trago se lo ofrecí. Lo cogió sonriendo e imitó mi gesto, levantándolo antes. La fiesta continuó, estuvimos un rato más en la plaza y después recorrimos las calles principales del pueblo, donde en ningún momento aflojaba el buen ambiente que había y donde los chicos no tardaron en comprarse sombreros para acompañarnos.

Los guie hacia el restaurante en el que había reservado para cenar esa misma mañana, por anticipado al enterarme de la que se iba a montar porque si no hubiera sido así, para tantos no tendríamos sitio para sentarnos. Los bares y restaurantes estaban al completo. Entramos, di mi nombre al camarero que se acercó a nosotros y nos sentamos en la mesa de la terraza que nos indicó.

—Me mola —dijo Saray, girando el sombrero sobre su cabeza, haciéndonos reír.

—Jana lo lleva integrado perfectamente, no se le ha movido en ningún momento —comentó Hernán.

—Se ha adaptado muy bien a mí. —Le hizo un guiño ella.

—Para no querérselo poner… —Carraspeé y reí cuando me miró de reojo.

Yo hacía un rato que me lo había quitado, demasiado calor con él puesto. Cuando se acercó otro camarero pedimos las bebidas y la comida, platos de tapas para picar. La música no dejó de envolvernos.

—¿Cuánto tiempo os quedáis? —les preguntó Jana.

—Tenemos un jefe maravilloso. Nos ha dado tres días libres y como se cumplen el sábado, regresaremos el domingo para descansar en casa antes de empezar la semana —comentó Willow.

—Maravilloso sí, pero más bien nos ha echado a patadas. —Rio César.

—¿Y eso? —Se interesó Jana.

—Digamos que llevamos varios días trabajando sin descanso, pero el resultado bien ha merecido la pena —le contestó Saray.

—Habéis unido fuerzas —comentó ella.

—Sí —respondieron todos a la misma vez.

—Quisimos que se quedaran al margen, por la implicación que tenían, pero… —habló Hernán, refiriéndose a César y Saray.

Jana miró a sus amigos emocionada, dedicándoles una sonrisa de cariño. Gestos que recibió igualmente por parte de ellos.

—¿Ese es el tiempo que tardaremos en irnos nosotros? —me preguntó centrándose en mí.

—Correcto —asentí.

—Vale —soltó un suspiro, el que quedó en el aire cuando un camarero llegó con las bebidas.

Lo primero que hicimos fue brindar por las buenas noticias, como también por lo que nos unía. Lo segundo fue refrescarnos la garganta. Al poco tiempo la mesa estuvo llena de comida y dimos buena cuenta de ella, entre conversaciones divertidas y entretenidos porque de golpe se formó un grupo cerca de nosotros, el que se puso a bailar en medio de la calle. Fueron varias rondas las que nos tomamos, por lo que las risas espontáneas aumentaron la diversión.

En un punto de la noche, mientras me llevaba la copa a los labios, los observé a todos con detenimiento, disfrutando, en silencio, de la buena vibración que transmitían. Cómo había cambiado porque varios días atrás, cuando llamé a Willow para que me informara, el estado de ánimo era muy diferente al que estaba presenciando. Tenía delante de mí el resultado de haberse quitado un gran peso de encima, uno muy negativo y que podía suponer demasiado para tres de los que ocupaban la mesa, incluyendo al resto por lo que representaba.

Sin excepción lo habían dado todo, sin yo poder unirme a ellos. Los sombreros terminaron por todos lados, menos en las cabezas, pero no fuimos los únicos en desprendernos de ellos. La mayoría, conforme fue avanzando la noche, ni los llevaban encima, a saber por dónde los habían perdido. Alargamos la velada con alcohol, relajados y sin prisa mientras nos tomándonos las copas.

Sobre la una y media de la madrugada caminábamos por la zona más céntrica, viendo que la gente todavía no tenía intención de abandonar la fiesta. Nosotros decidimos darla por finalizada porque Hernán, César, Willow y Saray empezaron a decaer. Normal después de los días intensos que llevaban sobre sus espaldas.

—Nosotros nos quedamos aquí —dijo César parándose frente a un hotel.

—¿No venís a la casa? —le preguntó extrañada Jana.

—Somos muchos. —Le sonrió Willow—. Le hemos pedido esta mañana a Connor que nos reservara las habitaciones.

—Pero nos podemos adaptar durante estos tres días —insistió Jana.

—No os vais a librar de nosotros, mañana estamos llamando a vuestra puerta —comentó Hernán, riendo.

—Diles que cabemos. —Me miró directamente y sonreí al ver que no quería separarse de ellos.

—Ya lo he intentado, varias veces. —Levanté las manos.

—A pesado no le gana nadie cuando se lo propone —dijo con humor Willow—, pero a nosotros a cansinos, tampoco.

—Como queráis. —Hizo una mueca Jana.

—Es lo mejor, así todos estamos cómodos y contentos. —Le hizo un guiño César, sonriendo de medio lado.

—Mañana llevamos el desayuno, nos iremos por la noche y así hasta que nos vayamos del pueblo —intervino Saray.

—Vale —asintió sonriendo Jana.

Nos despedimos de ellos y tomamos un camino diferente, el que nos llevaba hasta el coche de Jana.

—Hubieran cambiado de opinión si hubieran sabido que tenemos piscina —dijo animada Jana.

Solté una carcajada imaginando la escena.
;

—Tendrán tiempo de disfrutarla, por turnos —comenté apretando los labios.

—Si aguanta. —Rio ella.

La observé mientras lo hacía, porque la risa que le salió, la que se había repetido desde la aparición de todos, no era ni por asomo la misma que le había escuchado, de vez en cuando, días atrás.

Llegamos al coche y nos montamos, esa vez conduje yo porque a ella se le notaban más los efectos de haber bebido. Hicimos el trayecto rápido, no había coches en los alrededores, todos estaban concentrados en el mismo sitio. Cuando paré el motor y nos bajamos, lo primero que hicimos al entrar fue abrir todas las ventanas para que el calor que había en la casa se fuera. Enseguida empezó a ventilarse y a correr el aire.

En el salón me agaché para coger la piscina y salí con ella, sonriendo.

—¿En serio la vas a llenar ahora? Es muy tarde —comentó desde el sofá, donde se había sentado.

—¿Qué más da la hora? ¿Tienes sueño? —Me giré hacia ella antes de traspasar la puerta.

—No.

—¿Tienes calor?

—Sí.

—Pues eso. —Reí dejando de verla.

Cuando pasé por su lado otra vez, soltó un suspiro largo y me siguió al ver que llevaba varios cubos en las manos. Entre los dos, o más bien ella porque no quiso que cogiera mucho peso, llenamos la piscina haciendo varios viajes para llenar los cubos de agua. Cuando tuvimos la piscina con el nivel suficiente, fui a la cocina mientras ella se perdía por el pasillo y saqué una botella de vino con dos copas, al igual que dos toallas que cogí del baño. Fuera de la casa, con lo que necesario, le silbé para que se uniera a mí.

—¿Me has silbado? —Apareció por la puerta principal, con cara de sorpresa.

—Hacerlo o decir tu nombre es lo mismo, ¿no? —dije divertido mientras descorchaba la botella junto a la mesa que estaba al lado de la piscina, sobre la hierba.

—No tienes remedio. —Bufó y reí.

—Vamos. —Me saqué el jersey por la cabeza, empezando a desnudarme y esperando a que ella se animara también.

Sin perder mi diversión vi cómo bebió un buen sorbo de vino, siguiendo de reojo mis movimientos, no muy convencida de llevarlo a cabo.

Cuando pasé por su lado otra vez, soltó un suspiro largo y me siguió al ver que llevaba varios cubos en las manos. Entre los dos, o más bien ella porque no quiso que cogiera mucho peso, llenamos la piscina haciendo varios viajes para llenar los cubos de agua. Cuando tuvimos la piscina con el nivel suficiente, fui a la cocina mientras ella se perdía por el pasillo y saqué una botella de vino con dos copas, al igual que dos toallas que cogí del baño. Fuera de la casa, con lo que necesario, le silbé para que se uniera a mí.

—¿Me has silbado? —Apareció por la puerta principal, con cara de sorpresa.

—Hacerlo o decir tu nombre es lo mismo, ¿no? —dije divertido mientras descorchaba la botella junto a la mesa que estaba al lado de la piscina, sobre la hierba.

—No tienes remedio. —Bufó y reí.

—Vamos. —Me saqué el jersey por la cabeza, empezando a desnudarme y esperando a que ella se animara también.

Sin perder mi diversión vi cómo bebió un buen sorbo de vino, siguiendo de reojo mis movimientos, no muy convencida de llevarlo a cabo.

Capítulo 17



Jana

Concéntrate, me repetí sintiendo el vino recorrer mi garganta. Me habían entrado demasiados calores por el cuerpo y no ayudó mucho a mitigarlo, pero aun así, di varios sorbos más. Hasta que lo vi coger la piscina no creí que tuviera ganas de llevar a cabo el uso que me dijo que le daríamos. La verdad pensé que siendo tan tarde… Pues no, un error muy grande por lo animado que se mostraba.

Dejé salir un pequeño suspiro cuando pasó por mi espalda, con la botella y su copa, caminando descalzo sobre la hierba. Preparado para entrar en el agua lo hizo después de colocar lo que llevaba en las manos detrás de donde iba a estar. El móvil lo alejó más cuando por el altavoz empezó a sonar música.

—Vamos, Jana —insistió—. Está buenísima.

Me giré hacia él y curvé los labios. Había cerrado los ojos, su pecho sobresalía, descubierto un poco más de la mitad. Se mojó el pelo con las manos y los abrió, levantando una ceja porque todavía seguía vestida y sin sonrisa que conste, porque la había quitado en cuanto sus párpados se habían movido. No era plan de que me pillara mirándolo embobada.

Negué mientras me desabrochaba el *short* vaquero. Nerviosa porque no quitó la atención de mí, aunque hacía que se distraía con la copa. Lo dejé caer al suelo, chaleco fuera y la camiseta de tirantes lo siguió. Lo coloqué todo en una silla y caminé en ropa interior hasta la piscina con la copa. Entendí su reacción de cerrar los ojos porque agradecí al instante el contraste de temperatura.

Al ser un poco más bajita que él, el agua me cubrió por debajo del sujetador. Muy bien, me dije, porque a simple vista, sin agua en su interior, parecía que no cubriría tanto.

—Puedes decir que he tenido una brillante idea, no te va a pasar nada por admitirlo. —Lo miré de reojo mientras dejaba la copa a mi espalda, viendo su sonrisa de medio lado.

—No seré yo quien te anime de esa forma. —Soltó una carcajada.

—Por mucho que te hagas la dura, sé perfectamente lo que piensas. Solo hay que verte la expresión. —Levantó las dos cejas cuando me quedé sentada frente a él.

Me moví un poco de posición para estirar las piernas completamente, porque nuestros pies se hubieran rozado.

—No es que me lo haga, es que lo soy —le aclaré.

—Estás hablando conmigo. Te conozco, pero de vez en cuando va bien bajar un poco las barreras, ¿no?

—Quizás… —Carraspeé.

Nos quedamos en silencio, dejando que la música nos envolviera. La verdad es que se estaba de lujo y disfrutamo del momento. Llevé la vista hacia el cielo. Siendo el mismo, al estar en medio de la naturaleza, lo cubrían las estrellas que brillaban con intensidad haciéndose visibles.

—¿Estás contenta? —habló de repente.

—¿A qué viene esa pregunta? —Ladeé un poco la cabeza.

—La respuesta es obvia, pero quería escuchar cómo te sientes después de la sorpresa de los chicos y en concreto, al saber que todo ha vuelto a la calma y que podrás hacer vida normal cuando regreses a casa.

—Me ha costado digerirlo. Me refiero a lo segundo. —Desvié la mirada para coger la copa y tenerla en las manos Di un sorbo pequeño al vino.

—Todo tiene un principio y un final, y en ese caso por fin se ha dado lo último —aseguró.

—Connor… —susurré.

—¿Sí?

—¿Estás convencido realmente de ello? ¿No crees que el juez actuará a favor de Kurt? No sé, hasta que sepa que está entre rejas no puedo celebrarlo. —Exterioricé la duda que había escondido y callado durante toda la noche.

—Todo irá bien, Jana. He hablado con Luís y conozco al juez que llevará el caso. No van a comprar su profesionalidad como tampoco permitiría que lo hicieran.

—¿De hace mucho? Nunca se sabe las reacciones de la gente llegado a un punto clave. Por muy profesionales que sean o parezcan, hay detalles, como las amenazas que pueden dar un giro radical a una resolución que era clara desde el inicio.

—Te quieres tranquilizar. Sobre lo que estás diciendo no tienes que preocuparte, confía en mí.

—Vale —dejé salir un suspiro, fijando la mirada en cómo se movía el vino, al balancear la copa—. Pues si es así, sí, lo estoy, y mucho. —Sonreí sin mirarlo—. Y no solo contenta, especialmente muy tranquila.

—Lo imagino. —Levanté la mirada hacia él.

—Te has perdido la diversión, con lo que has trabajado para dar con él.

—No siempre se puede estar a la cabeza del grupo. —Me hizo un guiño—. Pero sí, me la he perdido y lo peor es que me he quedado con las ganas de partirle la cara y lo que no es la cara. —Sonreí de oreja a oreja.

s

—Gracias, Connor.

—Como antes te he dicho, no se merecen. Yo tendría que estar a todas horas diciéndotelo porque gracias a ti estoy aquí —negó, pensativo.

—En remojo. —Rio ante mi comentario y mi levantamiento de ceja.

—En remojo, sí. —Frunció los labios—. Las ganas de sacarme del agua tendrás que dejarlas para un poco más tarde.

. —Por una vez y sin que sirva de precedente, sí, tuviste una idea genial al comprar la piscina —dije mientras me resbalaba, hasta quedarme con el agua por encima del pecho.

Esa vez fui yo la que cerré los ojos, con la cabeza apoyada en el borde blando de la piscina. Volvimos a quedarnos en silencio y creo que me imitó porque noté movimiento en el agua, no porque lo viera. Otro gran error porque al sentir un roce en las piernas, demasiado arriba, abrí los ojos de golpe, sorprendiéndome al verlo enfrente de mí. Se inclinó para quitarme la copa de las manos y seguí los movimientos como a cámara lenta, preguntándome qué estaba haciendo. ¿Qué queréis? No estaba para pensar, se me fundieron las neuronas de golpe.

—¿Qué haces?

—Dejarte claro que tengo muy buenas ideas, en más de una ocasión —habló en tono bajo—. ¿Vas a dejar de huir de mí?

—¿Eh? Yo no huyo.

:

—Oh, sí que lo haces —dijo serio.

Me agarró de una mano y tiró de mí, deslizándome hasta que me quedé casi en el centro de la piscina, pegada a él

—¿No es lo que quieres hacer ahora? —susurró.

—No —respondí tajante.

—¿Y entonces qué quieres, Jana?

—Esto.

Sin pensármelo me incliné sobre él y lo besé, directamente. De su garganta salió un pequeño gruñido mientras me guiaba hasta dejarme sentada sobre sus piernas, sin apartar el contacto de nuestros labios. Lo besé con todas las ganas que había acumulado durante los días que llevábamos juntos, y lo mejor de todo es que fui correspondida de la misma forma y con la misma intensidad. Sus labios se movieron acompasados con los míos, en un beso caliente y tan húmedo como estábamos por el agua que nos rodeaba.

Cuando nos separamos, con las respiraciones alteradas, le rodeé el cuello con los brazos, pegándome más a él. ¿Qué me había hecho decidirme a dar el paso en ese instante? Lo que me transmitió su mirada, el anticipar con claridad lo que quería que sucediera… No tuve ninguna duda de ello y yo que deseaba que sucediera y lo había ocultado para no fastidiar el cambio que había dado nuestra relación, vi el momento exacto para dejar clara mi postura ante él.

Cerré los ojos cuando me acarició la espalda con las manos, sintiendo un remolino interno mientras se entretenía con el cierre del sujetador. Entretener es un decir porque en cuestión de segundos lo soltó, al igual que retiró las tiras de mis hombros para hacerlo desaparecer, lanzándolo al agua. Su boca buscó la mía y nos besamos otra vez con necesidad, lo que me hizo sentir liberada, en muchos aspectos.

Hasta que recordé…

—¿Te duele la…?

—Shhh… —Me tapó los labios con un dedo, acariciándomelos— Ni se te ocurra preguntarlo, estoy perfectamente.

Dejé salir el aire despacio cuando apretó mi cadera hacia abajo, haciendo presión contra su erección. Continuamos besándonos, rozando nuestros cuerpos. El mío se fue acelerando cada vez más al sentirlo en la zona más sensible, el suyo, no tuve problema en diferenciarlo por la efusividad con la que buscaba nuestro contacto, ya fuera con la unión de nuestras lenguas, nuestros labios, o el balanceo que teníamos en la parte baja, aumentando la excitación.

Un jadeo salió de mis labios cuando coló varios dedos por el borde de la braga. Pegué el pecho al suyo, con fuerza, al igual que hice con los brazos que le rodeaban el cuello, mientras recorría mi sexo despacio, resbalando por él. Cogiéndome de la nuca intensificó el beso, con desesperación, en el mismo instante en el que uno de sus

dedos se perdió en mi interior, tanteando la situación.

Perdí la noción del tiempo notando que el orgasmo cada vez estaba más cerca, con sus dedos incrementando los movimientos sobre mi clítoris. Empecé a moverme encima de él con la ansiedad recorriéndome, hasta que se apartó de golpe y solté un quejido como queja. Su sonrisa de medio lado no tardó en aparecer.

Se levantó quedándose frente a mí y el bulto de lo que escondía debajo del bóxer quedó ante mis ojos. No me dio tiempo a hacer ni un movimiento cuando se agachó y me cogió de los brazos, poniéndome de pie frente a él. Supe que el baño se había terminado. Me agarró de una mano y salimos de la piscina, yendo hacia la mesa, donde lo habíamos dejado todo.

Ante mis ojos se quitó la única prenda de ropa que cubría su cuerpo, quedándose desnudo completamente. Tragué saliva al hacerse visible por primera vez su erección. Su miembro estaba duro, tenso y húmedo por el agua y gotas de excitación. No me privé en memorizar cada parte desconocida de él, a conciencia, justo antes de que empezara a secarse el pelo con una toalla sin dejar de observarme con los ojos desprendiendo fuego mientras observaba mi figura casi desnuda. Se pasó la toalla por el resto del cuerpo, rápido.

Cuando terminó se apoyó en la mesa y me lanzó la que era para mí. Yo tenía la cabeza seca, por lo que la pasé por los brazos y el pecho. En estos últimos siguió todos los movimientos que hice, sin perderse detalle de ellos, con la mirada encendida. Después de secarme las piernas el último paso fue quitarme la braga, pero se impulsó de la mesa y me apartó las manos, poniéndose a mi espalda.

Dejé salir el aire despacio cuando las suyas se colaron por el lateral y se encargó de bajarla despacio. Apoyé la cabeza en su pecho, cerrando los ojos cuando colocó la mano sobre mi sexo, haciendo presión hacia arriba mientras su lengua y sus labios me lamían y besaban el cuello. Uno de sus pies me separó las piernas, dándole espacio entre ellas.

—Connor… —Me removí inquieta cuando volvió a acariciarme, arrastrando la humedad propia y del agua por todos los pliegues, al no haberme secado.

—Es un puto placer, Jana —dijo con voz ronca, frotándome el clítoris con movimientos enérgicos.

Gemí sintiendo que las piernas se me aflojaban, teniendo muy presente su miembro que al agacharse un poco se quedó encajado y clavado entre mis nalgas. Me eché hacia atrás, con la necesidad de sentirlo más y fue en ese instante en el que se separó de mí. Giré hacia él, había dado varios pasos apartándose y me mordisqueé el labio inferior al ver cómo se llevaba a la boca los dedos que me habían tocado, saboreándome. Sobra decir que nuestros ojos desprendían la misma intensidad y los míos más lo hicieron cuanto terminó y se rodeó el miembro, haciendo presión en él.

Mientras deslizaba la mano entorno a la erección, bajó la mirada por mi cuerpo desnudo, con la mandíbula tensada al verme igual que él. Me agaché para coger la braga de la hierba y la lancé a la mesa, encima de la toalla que había utilizado.

—Ni se te ocurra —dije al ver su intención de cogerme en brazos.

—Eres una aguafiestas, que lo sepas —negó divertido.

—Lo que tú digas, pero te recuerdo que…

—Que tengo una herida que todavía no está cerrada, blablablá…

—¿Quieres dar un buen final a la noche? —Levanté una ceja.

—No hay otra opción, preciosa. Te pongas como te pongas. —Me hizo un guiño y pasó por mi lado, agarrándome otra vez de la mano.

Caminó hasta la puerta principal, recogiendo el móvil de la hierba. Cerró con llave al entrar, sin intención de volver a salir. Lo seguí hasta mi habitación, la que eligió porque mi cama era un poco más grande, aunque la suya no es que fuera individual. Una vez en ella me soltó y fue hasta la ventana. Encima de la cómoda dejó el teléfono y bajó la persiana, dejándola menos de un palmo levantada. Encendió la luz y me senté en el filo de la cama con las manos apoyadas hacia atrás, mientras veía cómo se acercaba a mí. Fue todo un espectáculo su visión al natural con todo en movimiento, lo que me excitó más.

Por unos segundos bajé la mirada hacia la herida, comprobando que se veía muy bien, hasta que chasqueó los dedos delante de mi cara, para que dejara de prestar atención a esa parte.

—Podrías haber elegido mirar un poco más abajo —susurró.

—Ya lo he hecho, y muy bien. —Sonreí de medio lado.

—Sí, ¿eh? —asentí mientras abría las piernas, exponiéndome a él.

Obtuve lo que deseaba, que su vista bajara rápido a mi sexo. Me arrastré por la cama, echándome hacia atrás, hasta quedarme con los pies apoyados en ella, abriéndome más para él. De su garganta volvió a salir un gruñido y se inclinó sobre mí, cubriéndome con su cuerpo y buscando mis labios, desesperado. Sin dejar de besarnos caímos los dos en la cama.

No nos separamos cuando me agarró llevándome encima de su cadera, quedándome con las piernas a los lados de ella. Tampoco lo hicimos cuando encajé mi sexo al suyo y me froté contra él. Nuestros labios intensificaron los movimientos mientras nuestras lenguas se buscaban impacientes, al igual que lo hizo la parte baja de nuestros cuerpos mezclando los fluidos, intensificando el placer por el roce de ellos.

Cuando conseguimos cortar el beso me incorporé quedándome casi sentada sobre él. Cerré los ojos cuando sus

manos se posaron sobre mis pechos, cubriéndomelos, y solté un pequeño gemido al sentir su boca en un pezón. Lo lamió, succionó y lo apresó entre los dientes, jugando con él mientras yo hacía que su erección resbalara por las zonas que tenía más necesitadas.

Le acaricié el pelo, sintiendo la humedad del agua entre los dedos, la misma que debió sentir él, o mucha más, cuando una de sus manos se coló entre nuestros sexos y me acarició mi zona íntima, sin apartar la boca de mis pechos, alternando entre uno y otro mientras sus dedos me acariciaban deslizándose sin dejarse ni un rincón sin su atención.

—Connor… —Jadeé empezando a moverme sobre su mano, perdiendo el control.

Después de lamerme la clavícula se dejó caer hacia atrás, sin apartar los ojos de mi cuerpo.

—Córrete, busca el orgasmo —me pidió susurrando, y esa fue mi perdición porque hacía un tiempo que cada vez sentía más cerca la necesidad de terminar.

Sus dedos no se apartaron de mí y su miembro también intervino, posicionándose en mi entrada, quedándose encajado con la punta dentro. No tardé en perder el control y la batalla, tensándome con la sensación electrizante que me recorrió.

—Perfecta —dijo con voz ronca.

Solté un pequeño jadeo de la impresión con los estragos del orgasmo todavía recorriéndome, al moverse rápido. Me dejó apoyada en la cama con las manos y las rodillas y se colocó detrás de mí, levantándome de la cadera para dejarme en la posición que quería. Cuando se quedó conforme me incorporó de los brazos y me giró la cara, besándome con fuerza, mientras una de sus manos guiaba a su miembro entre mis nalgas. Sintiéndolo otra vez encajado, porque consiguió llegar a su objetivo, me martirizó al no pasar del límite, llenándome muy poco. Levanté los brazos hacia atrás, agarrándome a su cuello, dejando que sus manos jugaran por cada zona que pasaron.

Las yemas de sus dedos acariciaron mi piel y cuando llegaron a mis pechos dejé caer la cabeza sobre su hombro, al igual que solté el aire lentamente, interiorizando todas las sensaciones que me hacía sentir. Cuando su contacto descendió y volvió a rozarme el clítoris inflamado y sensible, me mordí el labio inferior. De mis labios salió un suspiro al sentir avanzar a su miembro un poco más.

—¿Preparada? —susurró en mi oído.

—Sí…

—Quería que fueras muy consciente de notar cada parte de mí, llevo demasiado tiempo deseando este momento y muchos otros, que ya llegarán.

Jadeé cuando me inclinó hacia delante y por lo que representaban sus palabras. Lo miré por encima del hombro, me había vuelto a quedar de rodillas en la cama, sujetándome con las manos a ella. La posición era perfecta para que nada le rozara en la herida y para muchas cosas que no tardé en comprobar. Gemí cuando entró en mí de un movimiento rápido y certero, sintiéndolo todo lo profundo que podía llegar, llenándome por completo.

Jadeé cuando me inclinó hacia delante y por lo que representaban sus palabras. Lo miré por encima del hombro, me había vuelto a quedar de rodillas en la cama, sujetándome con las manos a ella. La posición era perfecta para que nada le rozara en la herida y para muchas cosas que no tardé en comprobar. Gemí cuando entró en mí de un movimiento rápido y certero, sintiéndolo todo lo profundo que podía llegar, llenándome por completo.

Capítulo 18



Connor

En tensión, con la mandíbula apretada, empecé a moverme desesperado en su sexo, sintiendo la presión que ejercía sobre mí y el calor que me envolvió. En mi cabeza tenía claro lo que iba a suceder desde el mismo momento en el que vi la piscina en la tienda. La espera había merecido la pena, era la culminación del reencuentro que habíamos tenido con nuestros amigos y las buenas noticias que venían de la mano de ellos.

Desde hacía días había jugado bien mis cartas, en lo referente a Jana. Más de una vez la había dejado desconcertada, haciéndola pensar de más por mis actitudes y comentarios muy calculados, dirigidos para hacia un solo fin, para que fuera asimilando lo que había entre nosotros, por mucho que se resistiera a aceptarlo. Aunque debo decir que dejó de hacerlo, a la vista estaba de cómo había reaccionado en la piscina, siendo ella la que tuviera el acercamiento definitivo.

Yo había hecho el intento, volviéndola a tantear, pero si hubiera visto alguna duda por su parte, o reticencia, no habría dado ningún paso más hasta que no estuviera realmente segura. Ese había sido mi propósito durante los días anteriores, el que lo estuviera, pensando en el resultado final que estábamos viviendo y disfrutando, porque estar de esta forma con ella era para perder la puñetera cabeza.

Solté un gruñido cuando se movió haciendo presión hacia atrás, reclamando mi atención porque me había quedado dentro de ella, parando los movimientos. Pero es que la sensación era una locura y sabía que en cuanto volviera a retomar el ritmo, ya no podría tomármelo con tanta calma. Como para decirle en ese instante que la herida me había dado varios pinchazos desde que había salido de la piscina…

Me lo callé mientras retrocedía deslizándome en su interior, masajeándole las nalgas con las manos mientras mis piernas separaban al máximo las suyas. Bajé la mirada viendo nuestros sexos unidos y a mi miembro salir húmedo de fluidos. Lo perdí de vista cuando entré de otro movimiento rápido y hasta ahí llegó mi cordura, empezando un baile intenso junto a ella. Nos rodeamos de jadeos, gemidos, gruñidos y quejidos por la intensidad con la que fui a su encuentro, con el placer recorriendo cada parte de mi cuerpo. El choque del acto nos envolvió, haciéndome perder la cabeza por el gusto que se apoderó de mí.

—Tócate cuando sientas que estás a punto de terminar —siseé sin variar la velocidad, viendo de refilón como sus pechos se balanceaban sin control.

Soltó un jadeo cuando llevó una mano sobre su clítoris y yo un gruñido al imaginarla porque por la posición era imposible distinguir más que el movimiento de su brazo. Apreté la mandíbula cuando se agarró con la mano libre a la sábana y se removió inquieta y en tensión, llegando al final. Mi baile continuó, no sé por cuanto tiempo, pero parecía no llegar a la meta. Salí por completo de ella y me tomé unos segundos para volver a colarme dentro, provocando que soltara un jadeo. Repetí los movimientos, resbalando despacio en su interior, disfrutando de la humedad extra que me había regalado. No quería que terminara, tenía la necesidad de alargarlo el máximo tiempo posible.

Al menos esa fue intención, pero la intervención de Jana la echó al traste, al agarrarme el miembro con una mano cuando estaba fuera. Mis labios se entreabrieron dejando salir un jadeo, cerrando los ojos por la sensación electrizante que me produjo que me presionara el glande y deslizara la mano, recorriendo todo el largo de la erección. Dejé que continuara durante un rato, hasta que se la aparté y entré en ella, con tanta fuerza que soltó un gemido desplazándose un poco hacia delante.

Unos minutos después me corrí sobre su espalda, ayudándome con una mano. Cuando me calmé, con la respiración desacompasada, me incliné sobre ella y le besé la espalda ascendiendo, hasta llegar a su hombro. Le giré la cabeza rozando los labios con los suyos, besándola despacio. Me dejé caer de lado, sin dejar de observarla.

Ella se había tumbado bocabajo y había cruzado los brazos, apoyando la cabeza en ellos, la que tenía girada hacia mí. La sonrisa que me dedicó me encantó y me calentó el interior.

—Ahora vengo, no te muevas —me pidió levantándose.

Imposible apartar los ojos de su culo en movimiento y de su figura en general. Escuché el agua del baño correr y solté un suspiro, tapándome los ojos con un brazo. Al cabo de poco tiempo, pero el suficiente para que me adormilara, apareció con una toalla húmeda y se subió a la cama de rodillas, acercándose a mí.

Contuve la respiración cuando me limpió el miembro con ella, con movimientos lentos y pausados, tomándoselo con calma y detenimiento mientras recorría cada rincón que le apeteció limpiar. Cuando se quedó conforme, dejándome alterado otra vez, reímos a la vez porque me dio un beso rápido en el glande y salió corriendo. Negué porque iba a hacer que perdiera la cabeza en cualquier momento. Y si no hubiera sido por dos pequeños detalles que captaron toda mi atención, hubiera sido otro espectáculo verla venir de frente hacia a mí, desnuda…

—No me lo puedo creer, ¿en serio? —Puse los ojos en blanco, tapándome otra vez los ojos con un brazo.

¿El motivo? Apareció con el secador en una mano y la pomada en la otra, dispuesta a atender la herida.

—A callar —dijo cantarina.

Me hizo ponerme bien, con la cabeza apoyada en la almohada. Lo hice divertido, porque no era para tomárselo de

otra forma. Conectó el secador y lo encendió, centrándolo en la herida.

—Cuando se haya cerrado eres capaz de continuar igual —susurré acariciándole el pelo, colocándoselo detrás de una oreja.

—Quién sabe, me ha gustado lo de ser enfermera y no será porque eres buen paciente. —Bufó mirándome de reojo. Apreté los labios conteniéndome, divertido—. Pero mejor te hago otra, esta sería una pena volverla a tocar. —Reí con ganas.

—Eso dice Diego siempre —comenté.

—¿El qué?

—Que no soy buen paciente —le aclaré.

—¿Es verdad que estuviste a punto de morir hace años? —susurró sin mirarme— Es lo que se comentaba en el trabajo. Si no quieres hablar sobre ello…

—No me importa hacerlo, Jana. No tengo ningún trauma escondido por ese episodio. Trabajé en mí y me deshice de todos los demonios.

—¿Entonces?

—Hace once años y sí, de hecho, morí, pero consiguieron traerme de vuelta. —Buscó mis ojos, con los suyos cubiertos de preocupación.

—¿Cómo sucedió?

—En un operativo, un año antes de hacer el traslado para trabajar a las órdenes de Luís. Fue queriendo cubrir a mi compañero, al que habían disparado.

—Lo siento. —Tragó saliva y asentí, serio.

—Él no consiguió superarlo. —Apreté la mandíbula—. Es la única carga que me pesa, lo que me sucedió a mí lo puedo contar hoy día. —Me encogí de hombros—. Estuve menos de un mes en el hospital cuando salí de la gravedad. En cuanto empezaron a moverme, ahí apareció Diego, fue la primera vez que lo vi. Lo conocí siendo mi fisioterapeuta y se convirtió en lo que conoces, un buen amigo.

»Nadie se esperaba que pudiera salir tan pronto del hospital, pero puse todo mi empeño para conseguirlo. Sé muy bien por lo que has pasado, Jana. El desconcierto, el desánimo y la desgana, el ver que todo lo que te rodea cae como un castillo de naipes sin poderlo evitar, desbaratándolo todo. Como también sé que se puede salir de esa mierda de pozo en el que nos metemos sin remedio.

»Yo no permití que me consumiera, ni siquiera por el peso de la muerte de Alex, el que fue mi compañero. Tenía muy claro mi objetivo y fui a por él. Al poco tiempo de estar consciente en el hospital me enteré de que su asesino había muerto. Cayó a manos de otro compañero, por desgracia demasiado tarde. Con esto me refiero a que no me motivó el odio de venganza para trabajar sobre mí y conseguir mi objetivo, simplemente fui consciente de que el hombre que estuvo mucho tiempo en una cama de hospital no era yo realmente, y me aferré al positivismo que nunca perdí.

»Sí, morí, y sí, conseguí salir de toda la mierda que me rodeó un largo tiempo. Pero como soy muy cabezota… Pregúntale a Diego qué tal le fue durante el tiempo que trabajó conmigo. —Sonreí.

—Me puedo hacer una idea —sonrió triste.

—Cambia la expresión, es pasado —le pedí frotándole la espalda.

—Entre los compañeros se decían un montón de rumores —dijo recordando el tiempo que trabajó como policía.

—Porque nunca he querido hablar del tema. No tengo por qué hacerlo y menos hacia quien no es importante para mí. Me llevo genial con todos, pero sé muy bien con quién puedo desahogarme y con quién no. No soy de airear mi vida privada porque sí, me gusta mantener mi intimidad y me paso los comentarios que llegan a mis oídos por una parte muy concreta.

»La gente habla sin saber, conjetura y saca deducciones erróneas porque no disponen ni por asomo de la verdad. Me da igual, en todos lados hay chismorreos. Son ellos los que pierden el tiempo, yo estoy muy tranquilo al respecto y no voy a acallar bocas de nadie porque valoro mucho mi tiempo y mi paz mental.

—No hablaban mal, el resumen general es que te admiran —me aclaró mientras dejaba el secador en la mesita de noche.

—No les he dado ningún motivo para que hagan lo primero, eso ya corre a cuenta de cada uno. —Cerré los ojos a sentir sus dedos resbalando por la herida, cubriéndomela con la pomada.

—Te estás poniendo contento. —Carraspeó, refiriéndose a la tensión de mi miembro que había cobrado vida otra vez.

—La culpa es tuya. —Sonreí abriendo un ojo.

—¿Perdona?

—Estás completamente desnuda. —Levanté una ceja.

Se levantó de golpe y reí al ver el rubor en sus mejillas. Sin prestarme atención desconectó el secador y fue hacia la puerta de la habitación, tal cual estaba. Al quedarme solo por unos instantes me quedé con la vista enfocada en el techo porque recordar a Alex, mi excompañero, me hacía revivir de golpe todos los momentos que viví junto a

él. Cuando Jana apareció la seguí con los ojos. Se acercó al armario y sacó un pijama y ropa interior, los que se puso y caminó hasta la cama.

Se subió a ella en silencio y se quedó tumbada de lado, mirando hacia mí.

—Te has puesto triste —susurró—. No era mi intención.

—No es nada. —Le sonreí pidiéndole con un gesto que se acercara.

Lo hizo al instante y la rodeé con un brazo. Cogí una bocanada de aire cuando apoyó la cabeza en mi pecho, al sentir otra vez el calor de su cuerpo. Le di un beso en la cabeza y alargué el otro brazo para apagar la luz.

—Saldrás de todo lo que te atormenta, Jana, igual que lo hice yo —murmuré.

—¿De verdad lo crees?

—Sí, solo hace falta que lo hagas tú. Es todo lo que necesitas para conseguirlo.

La apreté a mí cuando me rodeó el pecho y escondió la cara en el hueco de mi cuello. Ya no hubo más palabras, e silencio y la oscuridad nos rodeó hasta que nos quedamos dormidos, cansados y satisfechos. Ella lo hizo primero y su respiración pausada consiguió que siguiera su mismo camino.

La claridad que se colaba por la venta me hizo entreabrir los ojos. Enfoqué la vista en ella. No me acordé de bajar la persiana del todo en el último momento. Giré la cabeza hacia el lado en el que estaba Jana y sonreí al verla abrazada con los brazos y las piernas a la almohada, la tenía en vertical. No quise despertarla y me levanté lo más silencioso que pude. Me acerqué a la ventana y bajé del todo la persiana, para que continuara durmiendo un poco más.

Cogí el móvil de la cómoda y salí haciendo una parada en la habitación que había estado ocupando los días anteriores. Me puse ropa interior y me vestí con ropa cómoda, unos pantalones cortos de deporte y una camiseta sin mangas. Entré un momento al baño y fui a la cocina, para prepararme un café. Cuando lo tuve en la mano salí para tomármelo fuera, llevando el móvil conmigo. Sonreí bajando las escaleras, al ver el sujetador de Jana dentro de la piscina y el resto de nuestra ropa en la mesa y sillas.

Antes de sentarme a tomarme el café y de que llegaran nuestros amigos, dejé la taza en la mesa y lo recogí todo, llevándolo a mi habitación. Cuando volví a salir vacié la piscina, haciendo un riego extra a la hierba. Serían los chicos los que se encargarían de llenarla si se animaban a utilizarla, yo no creía que ese día pusiera un pie dentro.

Me senté en la silla y me levanté la camiseta, palpándome la herida y la zona que la rodeaba. Desde el día anterior notaba una sensación extraña, nada preocupante, pero quizás me había excedido en los movimientos que había hecho porque los pinchazos que sentí bien podrían haber sido un aviso.

Dejé salir un suspiro y cogí la taza, llevándomela a los labios. La tranquilidad de la zona era de agradecer, la que disfruté porque no quedaba mucho tiempo para abandonar el lugar. Me quedé pensativo porque no tenía ni idea de cómo se daría todo, una vez que regresáramos. Las dudas se asentaron en mí, referente a si lo que habíamos iniciado en el aislamiento impuesto se evaporaría de golpe. Por mi parte no, lo tenía más que claro, pero a Jana le quedaba mucho camino por recorrer todavía, hasta que consiguiera aclararse y centrarse.

Estaba esperando a que se pusiera delante de mí con determinación y me dijera que quería mi ayuda. Esperaría un tiempo más y si no se daba, me encargaría personalmente a forzarla a aceptarla. Salir de donde estaba metida lo iba a hacer, fuera como fuera, estaba por ver el camino que tomaría. Era consciente de que la conversación que mantuvimos sobre lo que me sucedió once años atrás daría sus frutos. Tiempo al tiempo, me dije bebiéndome el café en absoluto silencio, con una paz que interioricé.

l
y

.

Dejé salir un suspiro y cogí la taza, llevándomela a los labios. La tranquilidad de la zona era de agradecer, la que disfruté porque no quedaba mucho tiempo para abandonar el lugar. Me quedé pensativo porque no tenía ni idea de cómo se daría todo, una vez que regresáramos. Las dudas se asentaron en mí, referente a si lo que habíamos iniciado en el aislamiento impuesto se evaporaría de golpe. Por mi parte no, lo tenía más que claro, pero a Jana le quedaba mucho camino por recorrer todavía, hasta que consiguiera aclararse y centrarse.

Estaba esperando a que se pusiera delante de mí con determinación y me dijera que quería mi ayuda. Esperaría un tiempo más y si no se daba, me encargaría personalmente a forzarla a aceptarla. Salir de donde estaba metida lo iba a hacer, fuera como fuera, estaba por ver el camino que tomaría. Era consciente de que la conversación que mantuvimos sobre lo que me sucedió once años atrás daría sus frutos. Tiempo al tiempo, me dije bebiéndome el café en absoluto silencio, con una paz que interioricé.

Capítulo 19



Jana

Me removí en la cama y me estiré, con una sonrisa en los labios. Cuando fui consciente de ello abrí los ojos, buscando a Connor. No vi nada al estar a oscuras, por lo que estiré el brazo, esperando encontrarlo. Me levanté quedándome sentada al darme cuenta de que estaba sola en la cama y me bajé, yendo hacia la ventana. Subí la persiana dándole paso a la claridad y estuve unos segundos mirando a través de ella.

No se escuchaba ningún ruido, por lo que deduje que no debía ser muy tarde al no haber llegado los chicos. Me dirigí hacia la puerta y una vez en el pasillo, vi la principal entornada. Connor estaría fuera, por lo que entré al baño y después a la cocina, para prepararme un café. Con él en las manos salí a darle encuentro.

Antes de hacerme presente me apoyé en el marco, observándolo. Estaba recostado en una silla, con los pies en alt en otra. Tenía los ojos cerrados y la cara hacia arriba, para que le diera el sol directamente.

—Se que estás ahí —dijo al cabo de un rato y sonreí negando—, desde el principio —añadió.

—¿No descansas nunca de estar en alerta? —comenté bajando las escaleras.

—Me viene de serie. —Giró la cabeza hacia mí, con los ojos entrecerrados por el cambio de luz.

—Tienes tres días hasta que tengas que retomar el trabajo, no te vendría mal hacerlo un poco. A no ser que temas que me lance sobre ti —dije con diversión, arrastrando una silla para sentarme a su lado—. Buenos días.

—Si ese va a ser el resultado me relajo ahora mismo. —Sonrió de medio lado.

—Ten cuidado porque puede que no sea en el sentido que has pensado. —Le soplé al café, con la vista fija en la piscina vacía.

—No te preocupes, estoy preparado para todas las posibilidades y de antemano te informo, que saldrías perdiendo en todos los intentos que se te pasen por la cabeza. —Volvió a cerrar los ojos.

—No te confíes de mi poca actividad. —Carraspeé.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó poniéndose en la posición del principio.

—Que puede que me cueste un poco más, pero que te tumbo, te tumbo —aseguré provocando que soltara una carcajada.

—Enséñamelo y entonces me lo creeré.

—¿Qué? —Giré la cabeza hacia él, como tenía la suya mirándome fijamente.

—Que no me valen las palabras, sí las acciones. —Levantó una ceja.

—Tú sabes mucho, buen intento —negué.

—No lo sabes bien y no he hecho más que empezar. —Me hizo un guiño.

—¿Qué hora es? —dije inclinándome hacia la mesa.

Mi móvil continuaba dentro de un bolsillo del *short* vaquero del día anterior, ni me acordé de sacarlo antes de entrar en la casa. Como comprenderéis no estaba para esos pequeños detalles. Hice una mueca al comprobar que estaba sin batería y lo dejé en la mesa.

—La última vez que lo he mirado eran las ocho y media, ahora serán casi las nueve —respondió.

—Pues menos mal que dijeron que aparecerían temprano con el desayuno —dije divertida, refiriéndome a nuestros amigos.

—Caerían desplomados en las camas.

—¿Revueltos?

—Ni idea, en cuanto aparezcan lo sabremos. —Sonrió de medio lado.

—¿Por qué has tirado el agua de la piscina?

—Para ponerla nueva, por lo que se inició en ella. —Abrió un ojo.

—Ah… —Le di un sorbo al café, desviando la mirada.

Rio al ver mi reacción, bajando los pies a la hierba.

—¿Qué ha sido eso? —Fruncí el gesto.

—¿El qué? Yo no he escuchado nada. —Se hizo el despistado, a propósito.

—Oh, venga ya, conmigo no sirve esa estrategia. —Bufé—. La mueca que has puesto al moverte. —Bajé la mirada hacia su jersey, más concretamente a la zona que le tapaba la herida.

—No empieces —me advirtió.

—Te ha dolido, hasta ahora no habías mostrado nada —continué, ignorándolo.

—Jana estoy bien.

—Déjame verla.

—¿En serio?

Levanté una ceja poniéndome delante de él, sin soltar la taza porque todo podía ser que el líquido dorado que había en su interior terminara esparcido por su cara. Ese sería el resultado como viera que había cambiado de aspecto por no cuidarse, empeorando.

Dejó salir un suspiro y se levantó la camiseta. Me agaché y palpé alrededor de ella. No se veía diferente, pero aun así…

—Te ha dolido, ¿verdad? —insistí levantando la cabeza hacia él.

—Solo he notado un pequeño pinchazo, pero es normal, está cicatrizando.

—¡Qué sabrás tú lo que es normal! —Bufé incorporándome.

—Mejor que nadie. —Sonrió de medio lado—. Siéntate y tómate tranquila el café —me pidió, pero no llegué a moverme.

Me agarró de la mano que tenía libre e hizo fuerza para inclinarme hacia él. Su boca cubrió la mía y le correspond al beso, pero sin alargarlo mucho porque no fuera que aparecieran de golpe nuestros amigos y nos vieran desde lejos, pillándonos. Que conste que lo hice para que no les diera un desmayo o algo peor, al no esperar la nueva cercanía entre Connor y yo, por el historial que teníamos a nuestras espaldas. Ya me hubiera gustado no ponerle fin.

Cuando me separé me miró divertido, sabiendo perfectamente a qué se debía mi reacción.

—Ahora sí que son buenos días —comentó.

Después de un rato en silencio, relajándonos rodeados por la naturaleza, se levantó para ir a hacerse otro café. Cogió la taza que tenía vacía y me quitó la mía de las manos, al haberla vaciado un poco antes. Lo seguí con la vista hasta que se perdió en el interior de la casa. No había querido ahondar más en el tema, pero para que Connor mostrara alguna reacción de dolor, es que no había sentido un pequeño pinchazo como me había dicho, para no preocuparme. Lo que debía era picarle al cicatrizar, no pincharle, me dije apoyando los brazos en las piernas, centrando la mirada en la explanada.

Regresó junto a mí ofreciéndome la taza y se lo agradecí. Observé todos sus movimientos al sentarse, para ver si diferenciaba algo más, pero ya no tenía sentido porque era consciente de que estaba pendiente de él, aunque no me había mirado. Lo evitaría y taparía, aunque se retorciera de dolor. El sonido repetido de un claxon me hizo llevar la vista hacia el camino de tierra, al igual que hizo Connor. Los dos sonreímos al ver desde la distancia a los cuatro que ocupaban el interior del coche que se aproximaba.

Nos mantuvimos sentados hasta que Hernán paró el motor y se bajaron, animados. Saray y Willow levantaron varias bolsas mientras nos acercábamos a ellos.

—Dormilones —les dije en broma, después de saludar a César que fue el último.

—En femenino por favor, que Hernán y yo llevábamos tomando café desde las siete y media —me rectificó César, pasando un brazo sobre mis hombros.

—¿Qué prisa había? —Se cruzó de brazos Willow.

—Ninguna, solo estamos aclarando el tema. —Rio Hernán.

—Vaya, qué bien lo estáis pasando —comentó Saray, mirando la piscina.

—Ya te darás cuenta dentro de unas horas, cuando tengas la necesidad de lanzarte en plancha a ella —dijo divertido Connor.

—Vamos a desayunar que no tengo nada contundente en el estómago —propuso César cogiendo las bolsas, caminando hacia la mesa del exterior, llevándome con él.

Connor entró con Hernán, Willow y Saray a la casa, imaginé que les haría un pequeño tour por ella y después prepararían los cafés. César se sentó en la silla que había ocupado yo hasta hacía unos instantes y yo lo hice en la que había estado Connor.

—¿Cómo va? Llevamos muchos días sin hablar en condiciones.

—Sí. —Le sonreí con cariño—. Bien, te he echado de menos.

—Y yo, no sabes cuánto. —Me devolvió el gesto—. Estaba tranquilo porque estabas con Connor, pero joder, se me han hecho interminables estos días con la que nos cayó encima. Solo me venían a la cabeza los peores escenarios que podían terminar fatal —negó.

—He estado bien —aseguré sin querer entrar en detalles porque para explicárselos necesitaba tener una conversación calmada con él, y el resto no tardarían en unirse a nosotros—. Ya te lo contaré, pero ¿y vosotros? Cuando Connor me contó lo que sucedía… Me refiero a…

—De una pieza, ya nos has visto. —Recostó la espalda hacia atrás, mirándome con cariño—. Debo decir que Hernán y Willow no se separaron de nosotros hasta que tuvimos la oportunidad de intervenir en conjunto para dejar cerrado el caso.

—¿Fue fácil? —Lo miré preocupada.

—¿Cuándo lo es? —Puso los ojos en blanco—. Todo salió a la perfección, es lo único importante —insistió.

—Vale —dejé salir un suspiro y le apreté la mano cuando agarró la mía.

—Ya estamos aquí —gritó Saray, bajando los escalones con una bandeja en las manos.

César y yo movimos las sillas y nos quedamos frente a la mesa, sacando todo lo que había en las bolsas.

—Os habéis pasado. —Reí cuando todo quedó visible.

—Como digáis algo más relacionado con el género femenino la liamos —advirtió Willow, con las manos en las caderas.

Nos dio la respuesta indirectamente de quiénes habían sido las encargadas de comprar toda la comida. Reímos mientras César y Hernán añadían un cierre de bocas.

—Ay —se levantó de golpe Saray—, que se nos ha olvidado sacar del maletero la bolsa con la carne. —Se alejó para llevarla a la nevera.

—Sí. —Aplaudió Willow, animada—. Hemos comprado para hacer barbacoa.

—Pues me parece que tendremos que comerla al estilo tradicional —comentó César.

—¿Por qué? —preguntó sin caer en la cuenta de lo que se estaba refiriendo.

—¿Dónde ves una barbacoa? —Rio César.

—Oh, joder. —Se puso a mirar hacia los lados—. ¿No hay posibilidad de hacer fuego?

—No —respondió Connor, negando—. La zona no se ve seca, pero no seré yo quien tiente a la suerte.

—Vaya, para una vez que estoy en el campo. —Hizo una mueca graciosa y los demás nos reímos.

Desayunamos y, como era lógico, sobraron un montón de dulces, los que agrupamos en una bandeja, y bocadillos minis, con los que hicimos lo mismo. Después de dos horas y media, en las que fueron varios cafés los que nos tomamos, nuestros amigos se animaron para llenar la piscina. Ninguno traía traje de baño, pero sus comentarios se igualaron al de Connor, al que me dijo de la ropa interior.

Cuando Connor les comentó dónde estaban los cubos para llenarla, César y Hernán se lo tomaron como algo divertido. Yo lo miré de reojo, sabiendo que, si hubiera estado bien, como debería ser, los hubiera acompañado, aunque solo cargara con el más pequeño. Al darse cuenta me hizo un guiño, quitándole importancia.

Nadie sabía nada de su herida ni de lo que yo hice, él había querido mantenerlo en secreto para no preocupar a nadie y yo había respetado su decisión. Era consciente que en algún momento saldría el tema, pero se mantuvo callado, al igual que hizo cuando uno a uno, fueron desprendiéndose de las ropas y entraron en la piscina con la interior.

—¿No venís? —preguntó Hernán, extrañado.

—No cabemos. —Reí porque estaban amontonados unos con otros.

Para tantos se quedaba muy pequeña y el agua había sobresalido cayendo en la hierba.

—Que sí —comentó Saray—. Podemos juntarnos más, mira. —Se pegó a Hernán que era quien tenía al lado derecho.

—¿Me pregunto por qué no te has acercado a mí? —soltó con guasa César, que estaba a su izquierda.

—¿A qué viene eso? He hecho el primer movimiento espontáneo que me ha salido. —Bufó ofendida, más de la cuenta, por lo que se delató sola. Por eso y por lo roja que se puso, más que un tomate bien maduro.

—Ya, y yo el primer comentario rápido que me ha venido a la cabeza. —Rio César.

Hernán se mantuvo callado con una sonrisa de medio lado, la que me dio a entender demasiadas cosas sin que se pronunciara. Fijé los ojos en Saray sin mostrar sorpresa, los regresé a Hernán. Lo repetí varias veces hasta tener

clara la conclusión y cuando lo hice, miré de reojo a Connor que estaba a mi lado. Nos habíamos quedado sentados, pero con las sillas giradas hacia la piscina, como a primera hora de la mañana.

Fue consciente de mi gesto, pero no hizo ningún movimiento hacia mí que lo delatara. Simplemente curvó los labios, diciéndome en silencio que ya teníamos una pequeña pincelada a la pregunta que le había hecho antes de que aparecieran, la de si habrían dormido revueltos por lo que me había dicho de que seguramente cayeron desplomados en la cama, para terminar, comentando, que en cuanto aparecieran lo sabríamos.

—Lo haremos por turnos, ¿vale? —propuso Willow.

—Por mí no os preocupéis, hoy soy de secano. —Le quitó la intención Connor.

Hice una mueca por su comentario, dándole el significado real que tenía, el que los cuatro ignoraban. Esa vez no dirigí los ojos hacia él, de ninguna forma, pero supe que también vio mi expresión disimuladamente, cuando me dio un pequeño toquecito con el pie que tenía más cerca de mí. El movimiento pasó desapercibido para los demás, al igual que mi expresión. Estaban riendo mientras hacían comentarios divertidos de la piscina y de la situación.

clara la conclusión y cuando lo hice, miré de reojo a Connor que estaba a mi lado. Nos habíamos quedado sentados, pero con las sillas giradas hacia la piscina, como a primera hora de la mañana.

Fue consciente de mi gesto, pero no hizo ningún movimiento hacia mí que lo delatara. Simplemente curvó los labios, diciéndome en silencio que ya teníamos una pequeña pincelada a la pregunta que le había hecho antes de que aparecieran, la de si habrían dormido revueltos por lo que me había dicho de que seguramente cayeron desplomados en la cama, para terminar, comentando, que en cuanto aparecieran lo sabríamos.

—Lo haremos por turnos, ¿vale? —propuso Willow.

—Por mí no os preocupéis, hoy soy de secano. —Le quitó la intención Connor.

Hice una mueca por su comentario, dándole el significado real que tenía, el que los cuatro ignoraban. Esa vez no dirigí los ojos hacia él, de ninguna forma, pero supe que también vio mi expresión disimuladamente, cuando me dio un pequeño toquecito con el pie que tenía más cerca de mí. El movimiento pasó desapercibido para los demás, al igual que mi expresión. Estaban riendo mientras hacían comentarios divertidos de la piscina y de la situación.

Capítulo 20



Connor

—Jana —la llamé en tono bajo.

Se había levantado de golpe, con la intención de desaparecer un rato.

—Y no tengo que preocuparme, ja —siseó dándome la espalda, caminando hacia la escalera.

—¿Dónde vas? —le preguntó animada Saray.

—A vestirme, voy en pijama —contestó entrando al interior.

Dejé pasar unos minutos, hasta que me incorporé siguiéndola, diciéndoles a los chicos que iba a por cervezas y a por algo para picar. Pasaba un poco de las doce, buena hora para hacer más ligero el calor. Fui directo hacia su habitación y abrí la puerta, sin avisar antes. Estaba de espaldas poniéndose el sujetador y cerré tras de mí, en silencio mientras me apoyaba en la madera.

—Te he dicho que estoy bien —hablé interrumpiendo el silencio.

—Déjame —me pidió seria.

—Jana, no tiene sentido que te pongas así.

—Si me he puesto así es porque no me dices las cosas claras —siseó abriendo un cajón de la cómoda con fuerza. Sacó un vestido veraniego, cómodo—. Todo tengo que interpretarlo, eres incapaz de decir, «sí, me duele y no me encuentro lo suficientemente bien como para mojar otra vez la herida». No sé por qué mierda te cuesta tanto.

Me crucé de brazos, sonriendo de medio lado. No es que me hiciera gracia la situación porque su enfado era muy real, pero sí ver que no entraba en razón cuando me estaba echando en cara lo mismo a mí. Me impulsé de la puerta y caminé hacia ella, poniéndome a su espalda.

No se giró, se dedicó a ponerse bien el vestido negándose a mirarme. Me incliné hacia delante, apoyando el pecho en su espalda y las manos en la cómoda, dejándola encerrada y pegada a mí.

—No te mentiría si me encontrara realmente mal —susurré en su oído.

—Sí que lo harías —murmuró.

—Bueno —carraspeé—, quizás un poco, pero por un buen motivo.

—Tus buenos motivos me los paso yo por… —empezó a decir encarándome de frente, pero no llegó a terminar porque la callé de golpe, besándola.

No fue un beso suave ni pausado, todo lo contrario, nos dejó sin aliento a los dos.

—¿Por qué tienes ese miedo? —le pregunté directamente.

—No es así —susurró acariciándome el pecho sobre la camiseta.

—Sí, es precisamente lo que te he preguntado. Mírame, Jana. —Le costó más de la cuenta, pero terminó por hacerlo—. ¿Por qué? —insistí.

—No lo sé. —Tragó saliva.

Separé una mano de la cómoda y la llevé a su pelo, retirándole los mechones de la cara.

—No va a pasarme nada —susurré rozándole los labios—. ¿Me oyes?

—Eso no lo sabes.

—Con que es eso. —Me separé de ella.

—Ya estamos con las interpretaciones. —Puso los ojos en blanco, pero me mantuve serio.

—Tienes miedo de lo que me pase de aquí en adelante, por lo que te expliqué ayer y por cómo llegué a ti, en el estado en el que lo hice —aseguré sin margen de error—. Y añado, que es porque no podrás estar cerca al haberte apartado del trabajo.

—No —dijo cabezona.

—Sí —la rebatí porque para cabezón yo, y más cuando sabía que estaba en lo cierto respecto a algo.

—Pasé mucho miedo —murmuró bajando la cabeza—. Pensé que no volverías a abrir los ojos.

Fallo mío porque con todo lo que había sucedido no había indagado en el tema de cómo debió sentirse ella emocionalmente. Ni cuando descubrió lo que pasaba, ni cuando me ayudó para entrar en la casa cubierto de sangre, como tampoco por lo que tuvo que enfrentar al sacarme la bala y con la posterior huida al día siguiente. L acaricié el pelo y la abracé, dándole varios besos en la cabeza.

—Lo siento, hasta ahora no he caído en preguntarte cómo lo viviste y lo que te afectó —susurré.

—No te disculpes, no has hecho nada malo —soltó un suspiro, apoyando la mejilla en mi pecho.

—Lo hablaremos, ¿vale?

—No quiero hacerlo.

—Oh, sí, no te queda otra.

—No seas pesado.

—La pesada eres tú. —Apreté los labios, conteniéndome para no reír.

—¿Pesada? ¡Qué fuerte! ¡Tendrás valor! —Bufó, pero no se movió ni dejó de abrazarme.

—Un poquito creo que tengo —dije serio, pero terminé riendo.

—No me hace gracia.

—Pues quiero que te rías. —Me separé un poco y le levanté la barbilla con una mano—. ¿Me oyes? Tienes que hacerlo cuando se da la oportunidad porque nadie, absolutamente nadie —remarqué—, sabe lo que le espera en u plazo corto de tiempo. Y gracias por no dejar de preocuparte por mí y por cuidarme. —Le acaricié la cara.

La volví a besar, impidiendo que dijera nada al respecto. Cuando nos separamos asintió.

—Vamos, se estarán preguntando porqué tardo tanto en sacar las cervezas y algo para picar. —Caminé de espalda a la puerta, sin perderla de vista mientras le hacía un guiño.

—¿Ya tienen hambre? —Se sorprendió por lo que habíamos comido.

—El agua la da —respondí divertido, sabiendo por dónde saldría con el siguiente comentario.

—Claro, será por la cantidad en la que están metidos —dijo divertida y solté una carcajada.

Antes de salir por la puerta, cuando llegó a mi lado, nos volvimos a besar. Fuimos a la cocina y entre los dos lo hicimos todo rápido, sacando varias bandejas con bebida y comida. Hernán y César ya habían salido de la piscina, estaban sentados en las sillas conversando, al igual que hacían Willow y Saray, pero en remojo. Lo que no tardó en cambiar cuando nos vieron aparecer. Nos reunimos todos alrededor de la mesa.

Acabamos con toda la existencia de cervezas que teníamos, el calor apretaba mucho y bien frías era lo que mejor entraba en el cuerpo. Hernán y César decidieron ir al pueblo después de terminar la última ronda, para reponerlas y tener suficientes para el resto de los días que nos acompañaran. Capaces eran de dejar a los comercios sin ellas…

Jana se animó a meterse con Willow y Saray en el agua, después de echarle más a la piscina. Yo me mantuve sentado, observándolas divertido por las bromas que hacían. No mostré la inquietud con la que continuaba después de la breve conversación que habíamos tenido en la habitación, horas antes. Jana era fuerte, le venía de serie, pero el trauma que arrastraba debió jugar en su contra, provocando que todo se le hiciera una montaña muy difícil de escalar. Algo en lo que por cierto era una experta, me refiero a practicar ese deporte en el que siempre la acompañaba César.

Aun así, consiguió los mejores resultados porque yo estaba curándome perfectamente, o eso creía. Nada, lo de los pinchazos sería algo sin importancia, me dije, pero, aunque se me complicara el tema de la herida, eso ya era posterior a todo lo que tuvo que hacer ella para salvarme, con los pocos medios y facilidades de los que dispuso. No había querido entrar en el tema de cómo lo hizo, los pasos que dio, ni cuánto le costó llevarlo a cabo. No era el momento con los chicos afuera esperándonos.

Tampoco es que necesitara escuchar lo que tuviera que decirme al respecto, era muy consciente del caos que tuvo que enfrentar y de cómo habría sido, con mi inconsciencia alargándose.

Desvié la atención de ellas y me giré para coger el móvil de la mesa, viendo el mensaje que me había llegado de Luís, el jefe.

Luís: *¿Cómo va?*

Connor: *Muy bien, aquí tengo a una parte del equipo en remojo y la otra, ha salido a buscar más cervezas. ¿Y por ahí?*

Luís: *Suena bien, ja, ja, ja… Disfrutad que lo tenéis más que merecido. El lunes en cuanto aparezcas por la oficina ven a mi despacho.*

Connor: *¿Hay algo que no sepa?*

Esperé impaciente para saber qué me respondería.

Luís: *No, todo sigue su curso.* —Dejé salir el aire despacio—. *Solo te lo he dicho porque quiero que me informes de la parte que no sé, desde que saliste de aquí en busca de Jana.*

Connor: *De acuerdo, cuenta con ello. Era lo que iba a hacer.*

Luís: *No lo dudo muchacho, pero por si te despistas después de tantos días de vacaciones.*

Sonreí de medio lado porque si él supiera realmente cómo se habían dado los días de vacaciones… Aunque los últimos los estaba disfrutando y de qué manera, y lo continuaría haciendo hasta que nos fuéramos.

Connor: *Que sepas que le he cogido el gusto y puede que te sorprenda.*

Luís: *¿Tú? Ja, ja, ja… Me caería de la silla de la impresión y serías el responsable de que, por primera vez en mi vida, tuviera que coger la baja. ¿Cuántas veces te he insistido para que te tomes unos días libres? No me hagas recordarte tus respuestas.*

Después de varios mensajes más, divertidos, quedamos en vernos el lunes, el primer día que volvería a incorporarme porque me negaría a coger la baja, como intentaría obligarme Luís en cuanto le dijera lo de la herida de bala. No iba a hacer locuras, pero me encontraba lo suficientemente bien como para llevar una rutina lo más normal posible.

Dejé el móvil en la mesa y me recosté en la silla, llevándome el botellín de cerveza a los labios, apurando lo que quedaba de ella. Hacía días que había empezado a planear mentalmente cómo se daría con Jana cuando regresáramos, me refiero a los pasos que iba a dar para activarla. No iba a ser nada sutil, iba a ir a por todas sin importarme cómo le sentara y su oposición del principio porque no dudaba ni por un instante, que era lo que iba a encontrarme.

✣ ✣ ✣

Estaba en la cocina preparando la carne para ponerla en el fuego, junto a Saray y Hernán. Hacía varias horas que ya había regresado junto a César, con un buen cargamento de bebida. Escuché las risas de Jana y Willow acercarse y miré hacia la puerta, viendo entrar a mi compañera y a Jana continuar hacia el pasillo. Después de unos minutos salí de la cocina sin decir nada, dejándolos a todos entretenidos. Poco me importaba lo que pudieran pensar, porque era consciente de que sin que se lo hubiéramos confirmado, sabían muy bien lo que se estaba cociendo entre Jana y yo. Solo había que ver nuestros comportamientos tan diferentes.

Me dirigí hacia el pasillo y entré en el baño que era la única puerta que estaba cerrada.

—¿Qué haces? ¿No sabes lo que es la privacidad? —Levantó una ceja, parando los movimientos de la toalla sobre su cuerpo.

Me apoyé en la puerta cerrada, sonriendo de medio lado.

—Eso mismo es lo que estoy buscando, privacidad.

—Se van a dar cuenta. —Hizo una mueca.

—¿Te importa?

—¿Eh? No, es solo que… Jolín que no hemos hablado con ellos, ni por separado cada uno y yo qué sé…

—¿Te crees que no lo saben ya? No nos hemos peleado ni una sola vez desde que llegaron ayer, Jana. Y para colmo nos han visto abrazarnos varias veces —dije divertido.

—Porque para ellos eres mi salvador.

—Los sacaremos de ese error, porque lo fuiste tú de mí. —Me impulsé caminando hacia ella.

—Quieto ahí. —Me señaló.

—¿Dónde concretamente? —Miré hacia el suelo, moviendo los pies como esperando que me dijera en qué baldosa pararme, pero sin dejar de acercarme a ella.

—Connor… —dejó salir un suspiro cuando me paré frente a ella.

Sin hablar más, porque no tenía sentido y me urgían otras cosas, llevé las manos a sus hombros y metí los dedos por debajo de las tiras del sujetador, deslizándolas hacia abajo, lo mismo que hice con las copas mojadas, haciendo visibles sus pechos.

—Me lo pones muy difícil para frenarme, Jana —susurré rodeándola con un brazo, pegando nuestros pechos, el mío cubierto por la camiseta.

Si por mí hubiera sido, haría tiempo que ya habría desparecido porque estar fuera de la casa con el calor que hacía y sin probar el agua como habían hecho todos… Pero antes tenía que comentarle al resto que me hirieron cuando fui a buscar a Jana, solo por eso había aguantado el tipo soportando el agobio.

Me incliné hacia ella y busqué sus labios, los que no tardé en besar con ganas, provocando que de su garganta saliera un jadeo. La pegué más a mí, metiendo las manos por debajo de la braga mojada, apretándole las nalgas con la necesidad que me hacía sentir. La misma que la recorrió a ella y me dejó claro con el beso tan húmedo que

nos estábamos dando. Cuando nos separamos, con las respiraciones alteradas, la moví hasta apoyarla de espalda contra el mueble del lavamanos.

Se agarró a mi cuello al levantarla para sentarla en alto. Cuando la tuve como quería, empecé a recorrer la piel cor los labios y la lengua, descendiendo hasta llegar a sus pechos fríos. Me llené las manos con ellos antes de que mi boca se apropiara primero de uno, para después pasar al otro. Se removió inquieta mientras jugaba con sus pezones, sin que yo pudiera apartar la vista de su expresión excitada.

Se echó hacia atrás, recostándose hasta tocar con la cabeza el espejo y aproveché para separarle las piernas y quedarme bien colocado entre ellas, haciendo de obstáculo para que no las pudiera cerrar. Se mordió el labio inferior para evitar emitir algún sonido cuando colé una mano dentro de la braga, resbalando los dedos por todo su sexo mientras mis dientes mordisqueaban sus pechos.

—Connor… —Jadeó lo más sutilmente que pudo, al arrastrar la humedad hasta su clítoris, acariciándolo como necesitaba.

—Ya no quieres que me vaya, ¿a qué no? —hablé con voz ronca.

—Como lo hagas ahora te enteras —susurró provocando que mis labios se curvaran.

—Disfruta, preciosa —le pedí sacando la mano y bajándole la braga de un movimiento rápido, ayudado por ella.

Cerró los ojos con fuerza cuando me dejé caer de rodillas y mi boca sustituyó al contacto de mis dedos, lamiendo y succionando su sexo, centrándome en el clítoris inflamado y excitado. Mi miembro hacia un rato que estaba erecto, duro como una piedra, tensándose por debajo de la ropa.

Me la comí, directamente, y no paré hasta que me agarró del pelo, haciendo la fuerza justa mientras se removía inquieta al alcanzar el orgasmo. Aun así, continué sin separar la boca, hasta que después de lamerle el clítoris por última vez, me incorporé despacio, bajándome el pantalón junto al bóxer, liberando mi erección.

Se mordió el labio inferior centrando la vista en él, pero no le di tiempo a mirar mucho cuando la bajé con un pequeño jadeo al no esperárselo. La puse frente al espejo, conmigo detrás.

—Mírate, tu expresión es de puro deseo y de excitación —dije con voz ronca, agarrándola de la barbilla con una mano, mientras la otra bajaba otra vez a su sexo—. Tus pezones están erectos y duros, tu sexo chorreando… —Solté un gruñido al mojarme otra vez los dedos.

Recibió mis palabras y movimientos con un pequeño gemido. Le separé las piernas con un pie y la incliné hacia delante, hasta que se quedó con el estómago apoyado en el mueble. En ningún momento apartamos la mirada del espejo, mirándonos en él. Sus pechos quedaron colgando, una visión perfecta porque no tardarían en balancearse.

Recorrí un poco más su sexo, arrastrando los fluidos por él, haciéndola desesperar, y tanteé la entrada por la que estaba a punto de colarme. Satisfecho comprobé que estaba más que preparada para mí y agarrándola de la cadera con las manos me posicioné y entré de un movimiento rápido y certero, perdiéndome por completo en ella.

Cerró los ojos y los apretó en cuanto empecé a moverme para saciar la necesidad que me apretaba, desesperado, perdiendo el control escuchando el choque de nuestros cuerpos. Le subí las caderas separándole los pies del suelo y se agarró al mueble. No pude apartar la puñetera vista de sus pechos moviéndose por la fuerza e ímpetu con los que la movía, sintiendo que todo era demasiado poco para lo que me recorría en ese instante.

Entraba tan jodidamente bien, como si me hubiera puesto aceite, resbalando sin problema en su interior. Cuando vi en su expresión que estaba a punto de correrse aminoré la velocidad, obteniendo de su parte un lamento. Sonreí de medio lado y le apreté las nalgas con fuerza cuando retrocedí hasta salir. Arrastré el glande por su clítoris provocando que se tragara varios jadeos y volví a entrar de golpe en su interior, en el mismo momento en el que varios de mis dedos cubrieron su botón de placer. Esa vez ya no cabía la posibilidad de frenarme más, por lo que, acariciándole el clítoris, igualando los movimientos de mi cadera que se movía desesperada buscando el máximo placer, volvió a correrse quedándose sin fuerzas.

En ningún momento aflojé, todo lo contrario, me volví más loco hasta alcanzar mi propio orgasmo, el que tuve soltando varios gruñidos y en tensión, mientras mis manos hacían presión en sus nalgas. Bajé la mirada hacia ellas, separándoselas. Salí y entré varias veces, sin poder apartar la vista de su entrada y de cómo mi miembro se balanceaba y desaparecía en ella, negándome a abandonar la sensación.

Una puñetera locura era lo que me hacía sentir. Cogí varias bocanadas de aire cuando me quedé quieto, pero dentro. La ayudé a incorporarse, dejándola de pie ante mí, manteniéndome todavía en su interior con la inclinación necesaria para que no me resbalara fuera. Giró la cabeza hacia mí, buscando mis labios. Fui a su encuentro besándola a conciencia, sujetándola del cuello para que no se apartara.

—¿Bien? —susurré lamiéndole los labios.

—Mejor que eso —dejó salir un suspiro y sonreí, satisfecho.

—Ha sido demasiado rápido, esta noche será diferente —aseguré después de besarla por última vez.

Muy a mi pesar me separé, perdiendo contacto del escondite preferido de mi miembro. Se mordisqueó el labio inferior observándome a través del espejo, hasta que se giró quedándose frente a mí. Cogí la toalla con la que se había secado y abrí el grifo para mojarla. Siguió todos mis movimientos cuando me limpié, deslizándola por todo el largo, hasta que escondí la erección que todavía no había bajado dentro de la ropa.

—Muy diferente —dijo dando un paso hacia a mí, rodeándome mis partes íntimas con una mano—. Te lo asegurc —susurró, lo que provocó que de mi garganta volviera a salir un gruñido, pequeño, al identificar la intención que tenía, la que me dejó clara al manosearme por encima de la ropa.

—Lo estaré esperando con ganas. —Le di un último beso y haciéndole un guiño, caminé hacia atrás, sin volverme hacia la puerta. Cuando llegué a ella salí rápido, después de asegurarme de que no había nadie en el pasillo.

La dejé desnuda en el baño y me dirigí a mi habitación, para hacer tiempo hasta que me recompusiera porque el bulto que tenía en la zona baja era muy evidente.

—Lo estaré esperando con ganas. —Le di un último beso y haciéndole un guiño, caminé hacia atrás, sin volverme hacia la puerta. Cuando llegué a ella salí rápido, después de asegurarme de que no había nadie en el pasillo.

La dejé desnuda en el baño y me dirigí a mi habitación, para hacer tiempo hasta que me recompusiera porque el bulto que tenía en la zona baja era muy evidente.

Capítulo 21



Jana

Eran las nueve de la noche, hacía media hora que Connor, Willow y Hernán se habían ido al pueblo para traer de un restaurante la cena. Mis amigos se mantenían junto a mí, sentados en varias toallas sobre la hierba, iluminados por la luz de la entrada de la casa.

—¿Cuándo te vas a lanzar a hablar? —comentó distraída Saray, dirigiéndose a mí.

—Si no he dejado de hacerlo durante todo el día. —La miré sorprendida.

—Lo que no has hecho es tocar los temas que le interesan —intervino César, divertido, después de darle un sorbo al refresco.

Hacía bastante que el consumo de cervezas lo habíamos dejado para el día siguiente, refrescándonos las gargantas con otras opciones porque para cenar nos esperaban cuatro botellas de vino, las que no tenían porqué caer esa misma noche.

—¿Y se puede saber qué te interesa? —Me centré en Saray—. ¿Tú también quieres escucharme decir algo en concreto? —me dirigí por último a César.

—A mí no me hacen falta las palabras para ponerme en situación —sonrió de medio lado—, con los ojos me bastan y lo que he visto me parece muy significativo y más que perfecto. Otra cosa es que me expliques con calma cómo fue hasta llegar a este pueblo, pero eso ya será cuando estemos de vuelta.

—Pues yo sí quiero oírlo —comentó Saray, levantando una mano.

—Vale, pero después soy yo la quiero saber algo. —Sonreí de medio lado, apoyando las manos hacia atrás.

—Si estás al corriente de todo. —Frunció el gesto.

—Gran error, amiga. No es la única que espera que empieces a largar por esa boquita —comentó César—. Y

daros prisa las dos porque estoy viendo que me vais a dejar en la mejor parte cuando aparezca con la cena. —Carraspeó.

—¿En qué momento se ha girado la conversación hacia mí? —Nos miró a los dos.

—Es lo que tiene sacar ciertos temas a relucir o, como en este caso, querer saber de más. —Reí—. Voy a empezar yo —asintió acomodándose en la toalla, provocando que César y yo riéramos—. Imagino cómo os quedaríais ayer al ver el comportamiento de Connor y mío —dije mirando hacia delante, desviando los ojos un poco hacia ellos.

—Me quedé muerta al ver cómo te lanzabas a sus brazos. —Se llevó una mano al pecho.

—¿Qué esperabas? Era de prever, era eso o que cuando llegáramos estuvieran medio lisiados por la que se habían dado —dijo serio César, pero terminó soltando una carcajada.

—Si soy sincera no sé cómo se ha dado nuestro acercamiento… —Me incliné hacia delante, apoyando los brazos en las rodillas— Estos días atrás no han sido muy fáciles y supongo que nos hemos volcado uno en el otro. —Me encogí de hombros—. Yo soy la primera sorprendida por el giro que ha dado todo, como también al saber ciertas cosas que ignoraba. —Bajé el tono de voz.

—¿Por qué no han sido fáciles? —Quiso saber César, serio. Giré la cabeza hacia él.

—Cuando llegue Connor, en la cena, os lo explicaremos —les aseguré.

Sonreí un poco tensa, detalle que no les pasó desapercibido, sobre todo a César que no varió la expresión, preguntándose a qué me estaba refiriendo.

—Entonces… —Carraspeó Saray—. ¿Estáis juntos?

Soltamos una carcajada no por sus palabras, sino por los gestos que hizo con las manos al decirlo, muy significativos.

—Quién sabe… No hemos hablado de eso, simplemente…

—¿Estás feliz? —me interrumpió César.

—Sí. —Sonreí.

—Pues es lo único importante. —Me hizo un guiño—. Estaba cantado que tanta tensión entre vosotros tenía que explotar hacia alguna dirección y la que se ha dado es mucho más placentera. —Sonrió pícaro.

—¡Qué fuerte! Con la de cosas que has dicho de él tiempo atrás —dijo pensativa Saray.

—Tampoco han sido tantas. —Puse los ojos en blanco—. Y cuando he hablado es porque me ha dado motivos. —Levanté una ceja.

—Totalmente justificado, amiga —asintió varias veces, haciéndonos reír otra vez.

—¿Y tú qué?

—¿Eh? —Apreté los labios, divertida.

—¿Que desde cuándo te atrae Hernán? Si es que lo sabía. —Sacudió la cabeza César—. Ya están aquí. —Se levantó.

—Ah, salvada por el coche. —Nos sacó la lengua, incorporándose también.

—Di algo rápido —le pedí riendo—. Corre, antes de que se acerquen más.

—Que me pones nerviosa con tanta prisa, leches. —Bufó—. No sé, hace varios días que veo un aura diferente en él.

—¿Un aura? —dijimos a la vez César y yo, para después soltar una carcajada.

—Es el resumen más rápido que os puedo dar. Callaros, se van a bajar —siseó.

Enseguida estuvieron a nuestro lado, comentándonos qué habían comprado para cenar. Entramos en la casa para prepararlo. Decidimos cenar fuera, aunque hiciera calor todavía, se estaba mucho mejor que en el interior de la casa, la que tenía las ventanas abiertas para que cuando llegara la hora de acostarnos Connor y yo, al menos estuviera un poco más fresca.

Montamos la mesa exterior en un momento, lo mismo que tardamos en estar todos sentados alrededor de ella, con las copas en alto, brindando. La cena estuvo deliciosa, de la que no quedó nada en los platos. Cuando terminamos bebiendo de la tercera botella de vino, fue César quién sacó el tema que tenía rondando en la cabeza.

—¿Cómo fue el desplazaros a este pueblo? Dábamos por hecho que os moveríais porque Luís nos informó de que habían identificado a dos ocupantes muertos dentro de un coche estrellado, en la carretera que llevaba a la casa en la que estaba Jana.

Miré de reojo a Connor, el que le mantenía la mirada a César.

—Jana se encargó de todo, yo no pude —dijo provocando gestos fruncidos ante sus palabras—. Me hirieron —confirmó.

—¿Cómo? —Willow fue la primera en mostrar la reacción, levantándose preocupada de la silla.

—Ya ha pasado. —La tranquilizó Connor, levantándose el jersey, haciendo visible la herida de bala.

Todos los ojos se dirigieron hacia ella, incluidos los míos. A partir de ahí fui yo la encargada de contarles cómo se dio todo. No entré en muchos detalles, solo los necesarios para que se pusieran en situación. Cuando llegué a la parte del coche que nos siguió, sus caras fueron un poema, a lo que le quité importancia enseguida.

—Todo salió bien, ya está. —Me encogí de hombros.

—Joder, pero estabas sola —comentó César, mirándome fijamente.

—¿Y qué? Salió victoriosa, ¿no? —intervino Saray.

—Ya… —susurró él, cogiendo la copa y llevándosela a los labios, vaciándola entera.

—¿Estás bien? —le preguntó directamente Willow a Connor.

—Lo estáis comprobando desde ayer —negó él, sonriéndole.

—¿No has ido a un médico después de que todo se tranquilizara? —Quiso saber Hernán.

—No, he ido recuperándome bien. Jana ha sido muy buena enfermera —le respondió.

—Y cirujana, que no se te olvide. —Carraspeé.

Todos rieron, ese había sido mi propósito por el tono de voz que había utilizado. Quería borrar las expresiones que se les habían quedado.

Me quedé anonada, sin saber reaccionar, cuando se inclinó hacia mí y me agarró de la nuca. Me besó de golpe.

—Lo hiciste todo perfectamente, hasta el protegernos —susurró sin separarse, con sus ojos mirándome con intensidad.

—Gracias —murmuré.

Fue lo único que me salió, al quedarme fuera de juego. Cuando se separó, con una sonrisa de satisfacción, giré despacio la cabeza, hacia todos nuestros amigos. Ninguno dijo nada, los míos ya estaban avisados y por ellos mismos lo habían decidido, e imaginé que Connor había hablado con los suyos porque la sonrisa fue idéntica en todos, una que mostraba satisfacción.

—¿Más vino? —preguntó Connor, cortando el momento.

Se levantó esperando la respuesta y, como era lógico, fue afirmativa. Fue hacia la casa y enseguida regresó con otra botella, la que sirvió en las copas hasta vaciarla. Ya no se tocó más el tema, a partir de ese instante volvimos a brindar, ellos con muchos más motivos, y pasamos un buen rato con conversaciones relajadas.

Dos horas después se despidieron de nosotros, quedando en venir a la mañana siguiente. Les dijimos adiós al lado del coche, cuando se montaron, y esperamos sin movernos hasta que Hernán, que era quien conducía, se alejó de nosotros.

—¿Bien? —me preguntó Connor, pasando un brazo por encima de mis hombros.

—Sí. —Sonreí con la vista hacia delante.

Empecé a caminar cuando lo hizo él, siguiéndolo. Recogimos lo poco que quedaba en la mesa y entramos en la casa, cerrando hasta el día siguiente. Lo dejamos todo en la cocina y apagamos las luces, yendo directos hacia la habitación. Yo me paré en la puerta del baño y entré, él siguió hacia delante.

Me miré en el espejo por unos segundos y solté un suspiro. Hice lo que necesitaba y cuando salí fui hacia la habitación, en la que me encontré a Connor tumbado en la cama, pasando los canales del televisor, solo con el bóxer puesto. Fui hacia la cómoda y cogí el pijama. Me quité el vestido y el sujetador de espaldas a él, no porque evitara que me viera, sino por la posición de la cómoda. No me lo puse, agarré el pijama y caminé hacia él solo con la braga puesta, teniendo toda su atención al instante. Lancé el pijama a su lado y me quité la braga lentamente, quedándome desnuda por completo.

Me subí a la cama, pero no por el lateral, sino por el final, donde tenía los pies. Sus ojos siguieron todos mis movimientos obviando la pantalla encendida, centrado solo en cómo me acercaba a él gateando. Me quedé entre sus piernas, las que abrió para que tuviera espacio y se las acaricié, centrando la vista en la herida. Tenía muy buen aspecto, mis reacciones quizás eran un pelín exageradas, solo un pelín ¿eh? Pasé los dedos alrededor de ella, mirándolo a la cara para ver si mostraba algún gesto de dolor. No fue así, ni lo más mínimo.

—No te estás aguantando, ¿verdad? —negó— Vale. —Cogí una bocanada de aire.

Dirigí la mano hacia su miembro, dejándola encima de él por encima del bóxer. Lo tanteé haciendo presión, comprobando satisfecha cómo se tensaba ante mi contacto, más de lo que ya había empezado a hacer. No fue lo único que se tensó, todo su cuerpo lo hizo. Le quité el mando de la tele de la mano que lo sujetaba y lo lancé a un lado de la cama, antes de bajarle el bóxer rápido, ayudada por él al elevar la cadera.

Retrocedí de rodillas para sacárselo por los pies y cuando lo tuve como quería y necesitaba, volví a la posición, inclinándome sobre él. Contuvo la respiración mientras me acariciaba el pelo, al sentir mis labios cerca de la

herida. Dejé varios besos cortos en la zona y bajé directamente hacia la que necesitaba más sentirme, la que ya estaba dura al máximo.

Saqué la lengua y le lamí el glande despacio, mirando hacia arriba para ver sus reacciones. Su mandíbula estaba apretada, sus ojos desprendían deseo al observar cómo lo lamía sin apartar los míos de los suyos. Jugueteé con él también con los labios, hasta que lo hice desaparecer en mi boca, provocando que soltara un gruñido y me recogiera el pelo con una mano, atento a todo lo que era visible.

—Joder… —dijo con un quejido cuando lo acogí por completo.

Lo saboreé a conciencia, humedeciéndolo con la saliva y sus propios fluidos, subiendo y bajando a lo largo de él, recreándome en cada movimiento. Hasta que aumenté la velocidad con la que lo hacía desaparecer, recorriendo toda la erección ejerciendo presión.

Lo miré con satisfacción, viendo el placer que le proporcionaba y más me afané aumentando el ritmo, con la lengua entrando en acción, mientras una de mis manos le presionaba los testículos, con la fuerza justa y necesaria. Echó la cabeza hacia atrás, rígido, y no pudo evitar empezar a mover la cadera para ir a mi encuentro. Después de que soltara un jadeo, nuestros ojos volvieron a encontrarse, justo cuando atendía a su glande, lamiéndolo a conciencia y arrastrando su excitación mientras mis labios lo presionaban.

—Mierda, Jana… —dijo con voz ronca.

Quise que llegara hasta el final, pero no me lo permitió porque me cogió de los hombros y me separó de él, besándome desesperado mientras sus manos abrían mis piernas sobre su cadera, posicionando su miembro en mi entrada. Me removí inquieta porque se quedó solo encajada, buscando que entrara, pero lo separó arrastrándolo por mi sexo, provocándome varios jadeos cuando me acarició el clítoris. Así continuó durante todo el tiempo que nuestras bocas se buscaban con ansiedad. Hasta que volvió a la posición y entró empujando la cadera hacia arriba, perdiéndose en mi interior. Gemí por el gusto que me recorrió y sintiendo cómo me llenaba del todo porque me incorporé quedándome sentada encima de él, haciendo fuerza con mi peso hacia abajo.

—Todo tuyo, preciosa —siseó rodeándome los pechos con las manos, con la vista fija en nuestros sexos unidos.

Y lo hice mío como me pidió, empezando un baile que me llevó a la locura con sus manos por todas las partes de mi cuerpo. En mis nalgas, las que apretaba acompañando mis movimientos para que entrara duro y fuerte; en mis pechos, con los que se entretuvo presionándome los pezones y con mi clítoris, cuando llevó una mano a él y me lo acarició mientras mi cuerpo subía y bajaba, perdiendo el control porque no pude evitar correrme al igualar el ritmo de sus caricias en mi punto de placer.

Solté varios gemidos echando la cabeza hacia atrás, sin dejar de moverme. Ni tiempo me dio a estabilizarme cuando me giró, dejándome con la espalda apoyada en la cama. Esa vez tomó el control él, sin haber salido de dentro, empezando a moverse con la necesidad que tenía, la que lo llevó un rato después a correrse mientras nuestros labios mantenían una batalla desesperada.

Casi sin respiración, apoyó la frente en la mía con los ojos cerrados. Me dio un beso corto y salió, dejándome vacía. Se tumbó bocarriba y me apoyé en su pecho, como me pedía en silencio al levantar un brazo. Al mismo tiempo dejamos salir un suspiro y me relajé aún más al sentir los latidos de su corazón.

Al cabo de un tiempo, cuando notaba que no tardaría en dormirme, me incorporé para coger el pijama de nuestros pies.

—No. —Me frenó hablando con voz ronca, volviendo a tumbarme como había estado—. Nos va a estorbar dentro de un rato —susurró.

Con esas palabras que significaban mucho, apagó la luz y la tele, dejándonos a oscuras. Me acomodé otra vez sobre él y cerré los ojos, más que satisfecha con todo, con la necesidad de que lo que estábamos viviendo no terminara, nunca. Esa necesidad, al ser consciente de ella, me hizo abrir los ojos en medio de la oscuridad. Durante un tiempo no los cerré, preguntándome cómo había sucedido todo tan rápido.

Su respiración pausada provocó que poco a poco la igualara, hasta que dejé de ser consciente y el sueño me atrapó. Un sueño que deseé que no se alargara, esperando el momento en el que me despertara en medio de la noche para volver a sentir el placer entre sus brazos.

Casi sin respiración, apoyó la frente en la mía con los ojos cerrados. Me dio un beso corto y salió, dejándome vacía. Se tumbó bocarriba y me apoyé en su pecho, como me pedía en silencio al levantar un brazo. Al mismo tiempo dejamos salir un suspiro y me relajé aún más al sentir los latidos de su corazón.

Al cabo de un tiempo, cuando notaba que no tardaría en dormirme, me incorporé para coger el pijama de nuestros pies.

—No. —Me frenó hablando con voz ronca, volviendo a tumbarme como había estado—. Nos va a estorbar dentro de un rato —susurró.

Con esas palabras que significaban mucho, apagó la luz y la tele, dejándonos a oscuras. Me acomodé otra vez sobre él y cerré los ojos, más que satisfecha con todo, con la necesidad de que lo que estábamos viviendo no terminara, nunca. Esa necesidad, al ser consciente de ella, me hizo abrir los ojos en medio de la oscuridad. Durante un tiempo no los cerré, preguntándome cómo había sucedido todo tan rápido.

Su respiración pausada provocó que poco a poco la igualara, hasta que dejé de ser consciente y el sueño me atrapó. Un sueño que deseé que no se alargara, esperando el momento en el que me despertara en medio de la noche para volver a sentir el placer entre sus brazos.

Capítulo 22



Me desperté al escuchar ruido fuera de la habitación. Giré la cabeza hacia donde estaba la puerta, porque la habitación estaba a oscuras, distinguiendo las voces de Connor, Hernán y César, los que debían estar en el salón o en la cocina. Me incorporé rápido, quedándome sentada, preguntándome qué hora sería.

Me bajé de la cama y fui hacia la ventana, levantando la persiana. Eso no me dio el dato que necesitaba saber, por lo que fui hacia la mesita de noche donde había estado todo el día anterior mi móvil apagado, y lo encendí para comprobar la hora sentándome en el borde de la cama. Todavía estaba desnuda, la opción de ponerme el pijama quedó descartada después de la tercera vez que Connor me despertó, con la madrugada casi encima, por lo que él me dijo, porque yo no me ubiqué en la hora que era.

Vamos, que había sido una noche muy productiva y sin casi descanso, aunque lo que habíamos dormido, había sido muy profundamente por lo relajados, saciados y agotados que nos quedábamos. Tecleé el pin y esperé a que el teléfono estuviera operativo. Me sorprendí al ver que eran las diez de la mañana. Me levanté de la cama para ponerme el pijama para ir hacia el baño y empezar a activarme.

Dejé el móvil otra vez en la mesita de noche y busqué el pijama, sonriendo al verlo tirado en el suelo. Normal con el movimiento que habíamos tenido, me dije. Con él en las manos, varias notificaciones sonaron y fui a ver de qué se trataba. Tenía varios mensajes de Diego, pero lo que me hizo fruncir el gesto fue visualizar la entrada de varios correos de la empresa de la alarma que tenía en mi piso y llamadas perdidas de ellos, al igual que de mi vecina, Amanda.

Entré en la aplicación para leerlos y más me extrañó cuando vi que me informaban de que la alarma se activó el día anterior, a las once y media de la noche. Lo primero que hice fue devolverle las llamadas a Amanda, para asegurarme de que todo estaba como debía ser. Mientras escuchaba los tonos me moví nerviosa por la habitación, hasta que me paré junto a la ventana.

—¡Jana! Tesoro. ¿Estás bien?

—Hola. Sí, ¿por qué?

—Ay, hija, es que ayer te llamé y me extrañó mucho que no descolgaras, a pesar de la hora que era. Siempre lo haces rápido o al cabo de poco tiempo, al verlo. Hasta de madrugada como aquella vez que me caí y entraste a mi

piso para ayudarme, llevándome al hospital.

—Tranquila, es que lo tuve apagado todo el día. No me acordé de encenderlo porque estoy de vacaciones y no lo utilizo casi nada —le aclaré—. Por eso te llamo ahora, acaban de saltarme los avisos de tus llamadas perdidas. Cuando salí para irme de vacaciones quise avisarte, pero no estabas, habías salido y la verdad, después no me acordé.

—Ah, ya decía yo.

—Amanda…

—¿Sí?

—¿Hubo revuelo anoche en el bloque? —Apoyé una mano en el cristal, atenta a su contestación.

—Sí, por eso te llamé. No sé el motivo, pero la alarma de tu piso saltó y al no estar tú, e imagino que, al no poder localizarte, vino la policía.

—¿No te has enterado de nada más?

—No, hija. Salí al pasillo y me dijeron que volviera a entrar en casa, por seguridad. Lo único que sé es que se quedaron un rato, pero al no estar tú no intentaron entrar porque la puerta estaba cerrada. Poco más puedo decirte.

Asentí en silencio. Amanda era una mujer de setenta y cuatro años, y era lo mejor que le pudieron decir.

—No pueden acceder sin mi autorización si no hay alguien dentro en el momento en el que van, aunque la alarma se activara —la informé—. Vale, voy a llamar ahora a la empresa para que me den todos los detalles.

—De acuerdo tesoro, qué pena que te hayan estropeado las vacaciones.

—No pasa nada. —Sonreí con cariño porque era muy sentida—. No queda mucho para que regrese. ¿Estás bien?

—Sí, como siempre. Con unos achaques por aquí, otros por allá, pero dando guerra al vecindario. —Reímos.

—Estás mejor que yo —dije divertida—. Ya quisiera tener la mitad de tu energía.

—Anda, anda, no digas tonterías. —Rio—. ¿Te estás cuidando?

Me apoyé en la pared, sin perder la sonrisa. Desde el primer momento en el que abrí los ojos en el hospital, después de salir del estado crítico, no había dejado de ir a verme y de traerme comida a escondidas, para que me recuperara lo más pronto posible. A pesar de que mi ánimo era pésimo, con ella siempre hice una excepción,

intentando mostrarle la mejor cara posible. Una ficticia, pero con la que se iba animada del hospital, pensándose que todo iba bien. Fue César quién la informó a los dos días de que entrara en urgencias.

—Sí, he cogido una fuerza… —Lo exageré con el ruido que acompañé a mis palabras.

—Ay, no sabes cómo me alegro. ¿Exactamente cuándo regresas? Para tenerte preparados varios táperes. —Reí—. Tienes que alimentarte bien —se justificó.

—Sabes que lo hago, pero que tu comida levanta lo que sea, también es verdad. Me encanta y da igual lo que te diga porque vas a hacer lo que quieras… El domingo estoy ahí.

—Oh, qué poquito queda. Vale, pues nos vemos el domingo —dijo animada.

—Sí. Te dejo, voy a hacer la llamada. Cuídate, ¿eh?

—Vale, cariño. Tú también.

Colgué dejando la vista fija en la ventana, pensativa. Solté un suspiro y busqué el número de la empresa de la alarma. Marqué y volví a llevarme el teléfono al oído, introduciendo todos los datos que me pidió la voz automática, a la espera de tener respuestas de una persona.

—Buenos días —dije después de la presentación de la mujer que estaba al otro lado.

Le expliqué el motivo por el que estaba llamando, facilitándole otra vez los datos porque ya debían constarle en el sistema.

—Un momento, estoy accediendo a los informes —me pidió amable.

Empecé a caminar por la habitación, mirando de vez en cuando hacia la puerta para que no se abriera hasta que colgara.

—Sí, aquí está. Intentamos ponernos en contacto con usted varias veces.

—Acabo de verlo y de enterarme, tuve el teléfono apagado.

—Dimos la alerta a la policía al no localizarla.

—¿Sucedió algo dentro?

—Las cámaras captaron la imagen de una persona en el interior. —Me paré en medio de la habitación.

—Puede enviarme las imágenes —dije en tensión.

—Por supuesto, en la aplicación si las solicita también las tiene disponibles. Un momento… Ya está, se las he enviado al correo de contacto.

—Muchas gracias, ¿después de eso, todo sigue en orden?

—No hemos recibido más avisos.

—Vale. —Dejé salir el aire despacio—. Gracias otra vez.

—A usted.

Colgué después de que ampliara la despedida y accedí rápido al correo, entrando en el que acababa de recibir. Había tres fotografías, dos del salón y otra de la cocina, en ellas aparecía una presencia. Las pulsé para que ocuparan toda la pantalla y las agrandé. No conseguí ver nada con claridad porque la persona estaba de espaldas e iba con una chaqueta que parecía deportiva, con capucha, la que tenía caída por la cabeza.

Las dudas me asaltaron, preguntándome si habían entrado para asaltar mi piso o se trataba de otra cosa. Pero ¿arriesgarse teniendo la placa al lado de la puerta de que había alarma? Normalmente, en la mayoría de los casos, iban con la intención, pero se daban media vuelta para no tener problemas ni ir a la carrera por si la policía aparecía rápido. Salí de todo y bloqueé el móvil, caminando hacia la cama. Lo lancé en ella mosqueada y me puse rápido el pijama para salir al baño. Regresaría después para vestirme en condiciones porque no me paré en ponerme ropa interior.

Me había calentado la situación y más me alteré dejando la cabeza ir por libre, pensando en todas las posibilidades y en lo que me encontraría al llegar mientras me aseaba en el baño. Cuando abrí la puerta di un respingo al encontrarme de golpe con Connor. Me recibió con una sonrisa, pero se le borró al instante al ver mi expresión.

Me hizo un gesto con la cabeza, señalando la puerta de la habitación y se giró yendo hacia ella. Puse los ojos en blanco, mentalizándome para disimular porque hasta que no comprobara por mí misma cómo habían dejado mi piso, prefería mantenerlo en secreto para no preocuparlo.

—¿Qué pasa? —preguntó en cuanto cerré la puerta, dejándonos dentro.

—Nada, acabo de levantarme. —Caminé hacia el armario para coger la ropa.

—Jana, he escuchado que hablabas con alguien y también tus risas… Por eso no entiendo que te haya cambiado tanto el carácter.

—Me he levantado tonta. Estaba hablando con Amanda, mi vecina. —Saqué un pantalón corto de deporte y una

camiseta de tirantes, junto con la ropa interior.

—¿Por algo en especial?

—Porque tiene setenta y cuatro años. Siempre estoy pendiente de ella, aunque se encuentre perfectamente. Al igual que ella de mí. Tiene un hijo, pero vive fuera de la ciudad con su mujer e hijos.

—Está bien —asintió siguiéndome con la vista hasta la cama.

Me quité el pijama quedándome desnuda y me coloqué la ropa interior, seguida por el resto. Cuanto terminé lo miré levantando una ceja.

—Y si está todo bien como dices, ¿por qué me miras así?

—Porque me pones cachondo. —Se cruzó de brazos.

—Ah… —Me ruboricé porque no imaginaba escuchar eso en ese instante.

Sus labios se curvaron mientras se acercaba a mí. Me agarró de un brazo acercándome a él y me rodeó con los suyos. Por unos instantes pensé que iba a volver a tocar el tema, por cómo me observó, pero en cambio agachó la cabeza y me besó.

—Me he despertado muy tarde —susurré—. Podrías haberme despertado cuando lo has hecho tú.

—¿Para qué? Necesitabas descansar.

—Pero habrán llegado hace rato —me referí a nuestros amigos.

—Los tengo entretenidos. —Me hizo un guiño y sonreí—. ¿Con mejor humor ya?

—Sí. —Apoyé la mejilla sobre su pecho, con la vista fija en el suelo.

Me frotó la espalda y me dio un beso en la cabeza, antes de dirigirse hacia la puerta conmigo agarrada de su mano Salimos de la casa captando la atención de todos, los que mostraron una gran sonrisa porque Connor no me soltó. Los saludé con dos besos y me uní a ellos, después de que Saray insistiera en prepararme un café para acompañar el desayuno que habían traído porque al final, lo que sobró el día anterior nos sirvió para ir picando el resto del día, hasta terminarlo todo.

Desconecté de todo, centrándome solo en el momento en el que estaba porque poco podía hacer o saber desde la distancia. Ya volvería a cabrearme y a alterarme cuando traspasara la puerta de mi piso el domingo, me dije. Lo único que quise en ese instante fue disfrutar junto a todos, y sobre todo, que nada me amargara el tiempo que me

quedaba sin separarme de Connor.

quedaba sin separarme de Connor.

Capítulo 23



El primer lunes de trabajo, después del regreso de las «vacaciones»…

Connor

Sentado en la cocina, con el café delante, me había quedado con la vista fija en él, pensativo. Eran las siete y media de la mañana y estaba de vuelta a la rutina. Ya había salido a correr por el vecindario, me había duchado, vestido y preparado para cuando terminara de tomármelo salir hacia el trabajo.

Había dormido toda la noche, sin despertarme en ningún momento como era habitual en mí. Levanté la mirada y miré la cocina, había tanto silencio de repente… Es curioso lo rápido que nos acostumbramos a la sensación de estar acompañados y a escuchar sonidos que se hacen habituales. Me faltaba la voz de Jana por todos lados, increíble lo que se echaba de menos algo que era muy bien recibido.

Llegamos de la casa del pueblo el día anterior, sobre las doce del mediodía estacionó cerca del portal de mi piso para dejarme en él. Hicimos el recorrido con los chicos, los que tomaron un camino diferente al entrar en la ciudad. Hernán fue el encargado de ir dejando a cada uno en sus casas. Cuando Jana paró el coche, me giré hacia ella analizándola sin que se diera cuenta. Me miró sonriendo, pensando que esperaba una despedida.

Pero no, mi intención como he dicho fue la de analizarla, a conciencia. Llevaba haciéndolo desde que se levantó girada unos días atrás, demasiado cambio injustificado para mí. No me creí su explicación en aquel momento, no dudaba de lo de su vecina, pero que había un motivo oculto que no había querido contarme, estaba seguro de ello.

Lo dejé pasar, dándole el tiempo que necesitaba porque no quería alterarla ni ponerla mal, sabiendo que nuestros amigos nos esperaban. Después, cuando se enfrió el tema, no había querido sacarlo otra vez, dejando pasar los días hasta que diera con las respuestas que me faltaban. Porque lo haría, las tendría.

Solté el aire despacio y me bebí lo que quedaba de café de un trago, levantándome para ir hacia la habitación a po la cartera y el arma. Con todo a cuestas cogí las llaves del coche y salí de casa, directo al *parking*. Después de hablar con Luís, mi jefe, tenía pensado pedirle a alguno de mis compañeros y amigos que me llevaran hasta donde dejé la moto. Necesitaba recuperarla, si es que todavía continuaba allí.

Conduje pensando en cómo se dio la tarde anterior. Sorprendí a Jana yendo a su casa, después de levantarme de

un pequeño descanso. Me la encontré limpiando su piso, pero no una limpieza superficial, no, una profunda por lo que le pregunté…

—¿Tanto ímpetu después de pocos días? —Levanté una ceja.

—Manías —fue su respuesta, encogiéndose de hombros—. No te esperaba, no me has dicho que tenías intención de venir. —Me sonrió.

—Así son las sorpresas. —Le hice un guiño, provocando que ampliara la curva de sus labios.

Estuve con ella toda la tarde hasta después de cenar juntos, cuando el reloj marcó las diez y media de la noche. Nos despedimos y quedamos en hablarnos hoy, cuando yo saliera de trabajar. Ella ya no tenía problema porque no tenía horarios que cumplir.

Estacioné en el aparcamiento del trabajo y me bajé del coche, accediendo rápido al edificio. Recorriendo la planta principal sonreí al ver a Rodrigo y a Néstor hablando entre ellos, unos compañeros. Me acerqué por sus espaldas y les pegué un susto, soltando una carcajada por cómo reaccionaron.

—Joder, macho. —Bufó Néstor, quejándose, pero riendo también.

—Estabais muy entretenidos cuchicheando —negué—. Quién diría que sois policías y estáis preparados para cualquier imprevisto. —Apreté los labios, divertido.

—Lo que estamos es hasta los cojones, que es diferente —comentó Rodrigo.

—¿Y eso? ¿Problemas? —Levanté una ceja.

—Qué va, pero nos jode perder el tiempo. —Puso los ojos en blanco Néstor.

—¿De qué se trata?

—Ayer por la tarde tuvimos siete avisos de empresas de alarmas de particulares, se sumaron unas tras otras —negó—. Mucha gente está de vacaciones y claro, si en el instante en el que aparecemos no hay movimiento en el interior de las viviendas ni ningún riesgo, no podemos acceder sin el consentimiento de los dueños para comprobar que todo está bien. No entiendo como siempre están pendientes de los móviles y cuando es una urgencia no hay manera de contactar con ellos. Total, que acudimos a las llamadas de emergencia para nada. Perdemos el tiempo en la puerta y vuelta a empezar.

—El otro día también nos pasó, a medianoche. Por cierto, tú conoces a la dueña, como nosotros —comentó Rodrigo. Fruncí el gesto.

—¿De quién se trata?

He ahí la cuestión, me dije, porque anticipé la respuesta antes de que me la dieran, atando los cabos sueltos que me faltaban.

—Jana, tío. Nos extrañó que no atendiera a las alertas de la empresa de la alarma y nos quedamos con las manos vacías igual que todas las veces de ayer.

—Ya… ¿Qué sucedió? —Me interesé haciéndome el sorprendido.

—Esto —dijo Néstor, desbloqueando su teléfono—. Al ser una compañera, porque todavía lo es, ¿no? —asentí sin darles explicaciones— Pues eso, al serlo le exigimos muy sutilmente a la empresa que nos hiciera llegar las imágenes que captaron las cámaras, para saber si había algo importante por lo que preocuparse y más teniendo en cuenta la hora en la que fue. —Puso una de ellas delante de mí y cogí el móvil, ampliándola—. No pudimos hacer nada, no escuchamos ruidos y la alarma se mantuvo estable los veinte minutos que esperamos al otro lado de la puerta.

Me recorrió de todo por el cuerpo, porque no había sido una alerta sin importancia. Un jodido tío había estado dentro de su piso, el que por cierto se había cubierto bien las espaldas al quedar siempre de esa forma hacia las cámaras, tapado por una chaqueta de deporte.

—Pásamelas —le pedí devolviendo el teléfono.

—No creo que consigas nada, aparte, la cerradura estaba intacta. Quien entró, sabía muy bien abrirla sin dañarla. Habíamos pensado en llamarla nosotros, porque lo mismo era algún vecino al que le pidió el favor si tuvo que irse unos días, el que pudo despistarse y no reaccionar a tiempo desbloqueándola.

—Da igual, quiero todas las imágenes —insistí—. Todo puede ser… —mentí sabiendo que la opción que había dicho del vecino no era una posibilidad.

Néstor me las envió y me despedí de ellos, dirigiéndome hacia el ascensor.

—¿Nos tomamos dentro de un rato un café? —me preguntó alzando la voz Rodrigo.

—Mañana, dentro de un rato saldré y no sé a qué hora volveré —contesté.

—Joder, macho. Acabas de llegar y ya pisas más la calle que nosotros, los hay con suerte —dijo con humor Néstor.

—Gánatelo y podrás hacer lo mismo —comenté medio girando hacia ellos, haciéndoles un guiño.

Soltaron una carcajada, pero no me uní a ellos centrando la vista hacia delante, cabreado con la situación que Jana me había ocultado. Subí a mi planta y antes de dirigirme hacia mi mesa, fui hacia el despacho de Luís.

—Adelante. —Me dio paso—. Connor. —Se levantó sonriéndome.

—Hola, ya estoy de vuelta. —Le devolví el gesto parándome junto a la mesa, enfrente de él.

—Bienvenido, muchacho. Tus compañeros ya rondan por aquí —asentí.

—Lo imagino.

—Siéntate. ¿Quieres un café?

—Te lo agradezco —dije mientras ocupaba una silla.

Caminó hacia la ventana que quedaba en el lateral derecho y encendió la cafetera que tenía encima de una mesa pequeña, junto a las cápsulas y todo lo necesario para prepararlos.

—Si quieres leche tendrás que ir a la sala y cogerla de la nevera —comentó entretenido con lo que hacía.

—No pasa nada, me va bien así. —Me recosté en la silla.

—Todo tuyo. —Me lo ofreció antes de sentarse en su silla.

—Gracias.

—¿Cómo fue todo?

—Anoche hice el informe. —Saqué el móvil y entré en el correo, enviándoselo—. Ya lo tienes.

—Me escama que no me lo cuentes de voz. —Levantó una ceja, mirándome fijamente.

—Lo haré con las preguntas que me hagas. —Sonreí de medio lado.

Después de unos segundos negó y se centró en la pantalla del ordenador, accediendo al correo. Me hacía una idea de lo que pensaba encontrar en él, estaba claro que nada de lo que lo leyó, por las muecas y expresiones que variaron en su cara.

—No me jodas que estás herido. —Giró la cabeza hacia mí, rápido por la sorpresa que se llevó—. ¿Por qué cojones no lo sé hasta ahora Connor?

—Estuve un tiempo sin conocimiento y cuando lo recuperé, me centré en ponerme bien lo antes posible. Lo conseguí gracias a Jana.

—Esa muchacha… ¿Sabes si hay indicios de que regrese?

—Por ahora no puedo decirte nada claro —comenté sin querer entrar en detalles.

—De acuerdo. Joder, que me despistas. —Sacudió la cabeza.

—Me has preguntado tú. —Reí.

—Ya, por tu comentario bien calculado. —Bufó y sonreí—. Dime por qué no me has dicho nada y, sobre todo, cómo mierda estás. Y ni se te ocurra decirme que bien por los días que hace. —Señaló la pantalla, donde ponía los días exactos en los que sucedió todo.

—Terminando de recuperarme, pero muy bien.

—Déjame verla —me exigió.

Me levanté la camiseta y se incorporó de la silla, inclinándose sobre la mesa.

—Tiene buen aspecto —comentó concentrado—, pero aún no está cerrada del todo. —Buscó mis ojos.

—Todo está bien, Luís. Sabes que si no fuera así hubiera venido solo para hablar contigo y me iría para casa.

—Los cojones, no te lo crees ni tú. —Apreté los labios, conteniéndome para no reír.

—Lo peor ya pasó.

—Así que Jana reaccionó, en parte. —Repiqueteó los dedos de la mesa, después de ocupar otra vez la silla.

—Sí —confirmé antes de llevarme el vaso a los labios.

Le di un sorbo al café mirándolo por encima de él, viendo la satisfacción que le provocó la situación.

—Durante unos días no te quiero en la calle, ¿me oyes? Como te vea salir por la puerta de este edificio te doy la baja directa e innegociable.

—De acuerdo, pero te repito que estoy bien —asentí.

—Me da igual. No voy a cambiar de opinión y demasiado tolerante estoy siendo porque tendría que enviarte a

casa, como mínimo una semana.

—Vale, me callo.

—Después del peligro, ¿todo fue bien?

—Mejor que eso —afirmé.

—Ya veo. —Ladeó un poco la cabeza, pero me mantuve callado y normal ante el análisis exhaustivo que me hizo

—¿Cómo va el caso? ¿Alguna novedad de la fiscalía? —Apoyé los brazos en la mesa.

—Como te dije sigue su curso, no hay ningún problema —asentí satisfecho.

—Cualquier novedad me la haces saber. Todo está hablando entonces, ¿no?

—Ya puedes largarte de mi despacho. —Sonreí de medio lado.

Me levanté y me terminé el café, caminando hacia la puerta.

—Connor…

—¿Sí? —Medio giré hacia él con el pomo de la puerta en la mano.

—Consigue que Jana vuelva.

—Estoy en ello. —Le hice un guiño y abrí.

Me dirigí hacia mi mesa saludando a los compañeros con los que me crucé. Willow no tardó en unirse a mí, acompañándome. Cuando me senté en la silla ella lo hizo en la esquina de la mesa.

—¿Cómo ha ido con el jefe?

—Bien. —Me encogí de hombros encendiendo el ordenador.

—¿Alguna novedad?

—No, según Luís todo sigue en marcha.

—Perfecto. Tenemos un caso nuevo.

—¿De qué se trata?

Escuché atento su explicación, a la que se unió Hernán cuando apareció. Asentí varias veces pidiéndoles que me pasaran toda la información de la que disponían, para empezar a trabajar.

—Por ahora tengo que estar aquí unos días.

. —¡Estás castigado! —Rio Willow.

—Ya veremos cuánto tarda en saltárselo —comentó divertido Hernán.

Le hice un guiño por su comentario y después de hablar de varios temas más, cada uno se fue a su puesto de trabajo. Cuando me quedé solo cogí el móvil y me descargué las imágenes que me había enviado Néstor. Las observé a conciencia, ampliándolas, pero obtuve el mismo resultado que hacía pocos minutos antes.

Dejé el teléfono a un lado en la mesa y accedí al archivo del nuevo caso que acababa de llegarme de Willow. Me entretuve con él, hasta que me acordé de que no había comentado a nadie lo de mi moto. Apagué el ordenador y me levanté, guardándome el móvil mientras caminaba hacia la mesa de Hernán.

—Necesito que me acompañes a un sitio. Nos llevará un tiempo. —Me apoyé en la mesa.

—¿Dónde? Luís te leerá la cartilla. —Levantó una ceja, haciéndome sonreír.

—Ahora lo aviso, tan pronto no voy a desobedecer. —Soltó una carcajada—. Cuando fui a por Jana dejé la moto en la arboleda que estaba próxima a la casa en la que estaba.

—Joder. Ni me he acordado de ella, si no, habría ido durante los días que han pasado —negó.

—Bastantes preocupaciones tuvisteis. —Le quité importancia.

—Venga, vamos a ver si todavía tiene las ruedas. —Rio y negué.

Le pedí que fuera bajando y yo me dirigí hacia el despacho de Luís. Después de explicarle el motivo por el que íbamos a ausentarnos Hernán y yo casi el resto del día, con su consentimiento, caminé por la oficina directo hacia el ascensor. Cuando salí del edificio Hernán ya me esperaba en la puerta, con el coche en marcha.

Tardamos tres horas y media en llegar recorriendo doscientos kilómetros en los que la mayoría de las carreteras eran de montaña, lo que implicaba controlar la velocidad porque había muchas curvas y bastante tráfico de camiones al ser un día laboral. Cuando paró a la altura que le dije sonreí satisfecho al ver a lo lejos la moto, intacta.

—Hombre de poca fe —dije antes de bajarme del coche, provocando que mi amigo soltara una carcajada.

Saqué la llave del bolsillo que había cogido al poco de levantarme y caminé hasta ella, dirigiendo la vista hacia todo lo que me rodeaba. Un escenario muy diferente al que me encontré la primera vez que estuve, eso fue lo que sentí. Me monté y arranqué, notando la vibración recorrerme. Avancé con cuidado hasta que me incorporé a la carretera, con Hernán circulando detrás de mí.

Condujimos relajados para regresar, no hice el intento de adelantarme y dejar salir la adrenalina que me producía el tomar las curvas como me gustaba. No quise tentar a la suerte por la herida. Después de seis horas y media en total, accedí al garaje de mi edificio donde la dejé asegurada y regresé junto a Hernán, para recoger el coche que había dejado en el aparcamiento del trabajo.

Me despedí de mi amigo en la oficina porque él alargaría un poco más el tiempo en ella y con lo que necesitaba a cuestas, salí del edificio con un objetivo claro al que dirigirme. Para mí el día terminó en cuanto me monté en el coche.

—Hombre de poca fe —dije antes de bajarme del coche, provocando que mi amigo soltara una carcajada.

Saqué la llave del bolsillo que había cogido al poco de levantarme y caminé hasta ella, dirigiendo la vista hacia todo lo que me rodeaba. Un escenario muy diferente al que me encontré la primera vez que estuve, eso fue lo que sentí. Me monté y arranqué, notando la vibración recorrerme. Avancé con cuidado hasta que me incorporé a la carretera, con Hernán circulando detrás de mí.

Condujimos relajados para regresar, no hice el intento de adelantarme y dejar salir la adrenalina que me producía el tomar las curvas como me gustaba. No quise tentar a la suerte por la herida. Después de seis horas y media en total, accedí al garaje de mi edificio donde la dejé asegurada y regresé junto a Hernán, para recoger el coche que había dejado en el aparcamiento del trabajo.

Me despedí de mi amigo en la oficina porque él alargaría un poco más el tiempo en ella y con lo que necesitaba a cuestas, salí del edificio con un objetivo claro al que dirigirme. Para mí el día terminó en cuanto me monté en el coche.

Capítulo 24



Jana

—Amanda, soy yo —dije después de llamar a su puerta.

—¡Hola! —Me sonrió al abrir y me abrazó.

—Vengo a devolverte los táperes. —Los levanté.

—No había prisa, hija.

—Da igual, así me los llenas otra vez. —Le hice un guiño, haciéndola reír.

—¿Quieres entrar?

—Esta tarde me paso si no vas a salir, ahora estoy haciendo unas cosillas.

—Iré a dar un paseo, pero cuando ya no haga calor.

—Vale, pues luego nos vemos.

Le di un beso y me dirigí hacia mi puerta, la que había dejado entornada. Escuché la suya cerrarse e hice lo mismo nada más entrar, echando los dos cerrojos que tenía, junto a la llave. Dejé las manos apoyadas en la madera, con la vista fija en ella.

Me giré hacia el salón, recorriéndolo con la vista, hasta que la centré en la cámara que enfocaba a toda la zona. Cuando llegué el día anterior, el domingo, subí las escaleras casi corriendo para llegar cuanto antes. Desde el rellano no vi nada extraño, la puerta estaba cerrada como era lógico y la cerradura perfecta.

Metí la llave y abrí, empujándola de golpe, como si fuera a encontrarme algo mal en el interior. Cuando cerré tras de mí recorrí todo el piso, sin observar algo extraño, otra vez. Hice un recuento de todas mis pertenencias, las que supuestamente podrían haber faltado si habían entrado a robar, aunque fuera apresuradamente al saltar la alarma.

No me faltaba nada, como también todo estaba en su sitio, sin indicios de que alguien había estado dentro. No lo entendí, pero di por hecho que la alarma hizo su trabajo evitando que tuviera que lamentar lo que podría haber sucedido. De vuelta al presente, solté un suspiro y fui hacia la cocina para sacar de la nevera una olla donde había metido una de las comidas que me preparó Amanda.

La puse encima del fuego sin encenderlo, para que cogiera temperatura ambiente mientras iba hacia la habitación. Tenía un baño dentro y me dirigí a él, para darme una ducha primero. Antes de ir al piso de Amanda había sudado bastante al hacer los ejercicios que Diego me mandó cuando me dio el alta, los que había dejado apartados durante las «vacaciones».

En la ducha, debajo del agua, cerré los ojos por la sensación. Me sentía intranquila, no me gustaba nada el saber que alguien había pisado mi lugar privado, sin mi consentimiento. Eran muchas las veces en las que iba hacia la puerta principal y me aseguraba de que estaba perfectamente cerrada. No sentirme segura en mi propia casa me alteraba y cabreaba.

Sabía que no tenía lógica, pero hasta que no pasara un poco más de tiempo no conseguiría quitarme la sensación que había tenido desde que supe lo que había sucedido. Solté un suspiro y me enjaboné. Me duché rápido y salí con la toalla enrollada al cuerpo después de secarme, para vestirme con un pantalón fresco y corto de verano y una camiseta de tirantes.

Calenté la comida, comí en el salón y después me tumbé en el sofá para descansar un poco. Antes de cerrar los ojos cogí el móvil de la mesa pequeña que tenía enfrente y comprobé que no había ningún mensaje ni llamada de Connor. Supuestamente quedamos en hablar, pero no había querido interrumpir su trabajo. Con la intención de escribirle cuando me despertara si no sabía nada de él, lo puse otra vez en la mesa y me acomodé abrazando un cojín.

En algún lugar de los sueños…

—La derecha es mía —susurré comunicándome con mis compañeros a través del auricular.

—Izquierda —dijo César.

—Os sigo de cerca hasta que estemos dentro —añadió Saray.

Fijé la mirada en la gran casa que tenía a solo unos metros, respiré varias veces profundamente y me agaché avanzando. Los habíamos pillado de sorpresa, lo que nos dio la ventaja de disparar con los silenciadores a los primeros que nos fuimos encontrando, deshaciéndonos de ellos. Atenta a todos los sonidos, por mínimos que fueran, llegué a la fachada de la parte que había elegido y me apoyé en ella.

Teníamos la noche encima, el exterior estaba cubierto por completo de oscuridad. Me asomé con cuidado por la

ventana que tenía al lado, observando el interior. Había una luz encendida, pero ni rastro de nadie. En cuanto el estruendo del primer disparo se escuchó, abrí más de lo que estaba la corredera de cristal y me colé dentro. Alguno de mis amigos debía haber avanzado y ya estaba en el interior porque fuera ya no quedaba nadie. Llevábamos bastantes caídos a nuestras espaldas, desde que nos colamos en la propiedad porque hasta llegar a la casa, había muchos cientos de metros de separación entre vegetación.

Mi arma se descargó en varias direcciones conforme fueron apareciendo con otras apuntándome. No dudé en ninguna de las veces, eran ellos o yo, por lo tanto, la descargué teniendo que volverla a cargar con munición, mientras me refugiaba atenta a todo lo que tenía alrededor.

Cuando estuve preparada para enfrentar otra vez la situación, seguí avanzando, adentrándome en la casa. A esas alturas los dispararon se repetían constantemente, los del enemigo porque los nuestros estaban silenciados. De esa forma si teníamos que correr para ayudar a alguno de nosotros, sabríamos en qué dirección aproximada hacerlo.

Cuando llegué a una zona que no estaba iluminada me pegué a la pared, llevando la vista hacia todos los lados, sin poder ver nada. Solo pude utilizar la audición para seguir adelante, y lo hice hasta subir unas escaleras. Un cuerpo saltó sobre mí, lanzándome al suelo. Mis puños y la empuñadura de mi arma impactaron en su cara, al igual que recibí sus golpes por varias partes del cuerpo. En el forcejeo mi chaleco de protección se abrió y cuando conseguí zafarme de su agarre, se lo quedó en una mano al estirarme de él con fuerza. Volví a disparar, esa vez de rodillas al no darme tiempo a incorporarme por el ataque.

Me acerqué al cuerpo sin vida y me agaché cogiendo el chaleco, dejando salir un largo suspiro porque se había roto el cierre y estaba rasgado. No protegía nada de la parte delantera, aun así, me lo coloqué rápido y antes de alejarme, miré con rabia al que acababa de matar. Uno menos, me dije.

Me retiré el sudor de la frente para que no me escocieran los ojos, y tuve que volver a cargar el arma al cabo de un rato al vaciar el cargador en la primera planta, que era en la que estaba. Un ruido me hizo girar la cabeza hacia la izquierda, la misma dirección en la que apunté. Una puerta se abrió de golpe, iluminando el pasillo por la luz que salió de ella.

Nunca olvidaré los ojos que se encontraron con los míos, unos abiertos de par en par, pero derrochando odio. A nada de disparar al blanco principal porque lo identifiqué como el jefe de la organización que habíamos venido a desmantelar, tuve que correr y lanzarme al suelo en una esquina, quitándome de la vista para protegerme cuando uno de los que lo acompañaban disparó en mi dirección.

—Joder —susurré con la respiración alterada, cerrando los ojos unos instantes por lo cerca que había estado de ser yo la que cayera.

Me asomé con cuidado y los seguí cuando empezaron a correr, cagándome en todo por la posibilidad de que se escaparan. Tuve el camino despejado porque había limpiado la zona de peligros. Lo que no pude prever, e igualmente me lancé a la carrera de cabeza, es que cuando salieron de la casa, a pocos pasos de ella conmigo detrás a cierta distancia, uno de los tres hombres apuntó hacia su derecha.

Llevé la vista rápido hacia donde encañonaba, agrandando los ojos al ver a César de espaldas. Silbé con todas mis fuerzas para alertarlo, para que se lanzara al suelo y apunté a la mano del desgraciado que posicionó el dedo en el gatillo, el que no llegó a apretarlo porque la bala que salió de mi arma le traspasó la mano a tiempo de que hiriera a mi amigo.

Esa fue mi perdición mientras escuchaba sus gritos de dolor, cuando sin darme tiempo a reaccionar, otra arma ya me apuntaba directamente.

Mis movimientos fueron como a cámara lenta, mi cabeza giró viendo el cañón de la pistola demasiado cerca, a pesar de nos separaban varios metros de distancia. Antes de que pudiera reaccionar el primer disparo impactó en mi barriga, dejándome sin aliento mientras mi cuerpo se tambaleaba. Una, dos, tres, cuatro… Cada una de las balas que impactaron sobre mí las noté atravesándome.

Mi vista se nubló por el dolor tan inmenso que sentí, mi mano cayó sin fuerza hacia abajo, al igual que hizo mi cuerpo, quedándome de rodillas, hasta terminar tumbada en el suelo, desangrándome. El sonido del grito desgarrado de César llegó hasta mí lejano y débil, mientras mis ojos se quedaron fijos en el hombre que me había disparado, el jefe de la organización, el que se mantuvo por unos segundos mirándome con odio, pero con una sonrisa asquerosa.

Enfoqué la vista todo lo que pude cuando me dio la espalda y empezó a alejarse, con la necesidad de hacer el último esfuerzo antes de dejarme vencer. Arrastré el brazo por la tierra y agarré el arma que había caído a mi lado Con la mano temblando, levanté el brazo todo lo que pude y parpadeé varias veces rápido. Apreté el gatillo en una sola dirección, provocando que la bala diera en mi objetivo, pero no lo suficientemente certera como para tumbarlo, como estaba yo.

Escuché el alarido de dolor al atravesarle una pierna mientras yo perdía las fuerzas y el arma se resbalaba de mi mano.

—¡Jana! ¡Jana! ¡Joder! ¡Ayuda! —Fueron las palabras descoordinadas de César mientras se tiraba al suelo detrás de mí y me subía de los hombros hacia su cuerpo, con el mío a la merced de sus movimientos— ¡El puto chaleco! ¡Ayuda!

Un último recuerdo escalofriante, escuchando su llanto desgarrador mientras de mis ojos salían lágrimas. Ya no veía, solo sentía un poco el agarre fuerte de sus brazos, rodeándome. Hasta que todo se cubrió de oscuridad, la más absoluta y tenebrosa oscuridad.

✣ ✣ ✣

Abrí los ojos despacio, desorientada. No me moví cuando vi el televisor delante, identificándolo como mío. Me llevé las manos a la cara y noté la humedad en ella. Me retiré las lágrimas con las que me había despertado y me incorporé en el sofá, sin soltar el cojín, apretándolo contra mi pecho.

Mierda de pesadilla, me dije cerrando los párpados. Necesité varios minutos largos para recomponerme. Cuando lo hice me levanté desganada del sofá y fui hacia la habitación. Entré en el baño y me lavé la cara, sin querer mira mi imagen en el espejo. Durante un buen rato estuve echándome agua. Regresé al salón y volví al sofá, sentándome en él.

Cogí el móvil para mirar la hora que era. Había dormido una hora y media, si es que a lo que había hecho podía considerarlo dormir. Aparté todos los pensamientos que me asaltaron, al igual que intenté hacer con las sensaciones que me recorrían al recodar tan vívidamente el episodio tan traumático que cambió mi vida.

Entré en la aplicación de mensajes para escribirle a Connor. Tecleé el texto, pero a punto de darle a enviar, el timbre de la puerta sonó. Me levanté de golpe dejando el teléfono en el sofá y caminé despacio hacia la puerta. Sigilosa comprobé por la mirilla de quién se trataba, comprobando que Connor estaba al otro lado. Solté un suspiro, quité los cierres y abrí con la llave.

—Hola. —Me apoyé en la puerta, sonriéndole.

—Hola. —Me devolvió el gesto.

Se acercó a mí y me besó antes de entrar. Cerré y me giré hacia él. Se había quedado en el centro del salón, con los brazos cruzados. Ladeé un poco la cabeza, analizando bien su expresión porque cuando había abierto la puerta todavía tenía embotada la cabeza y no me había fijado bien.

—¿Ocurre algo?

—¿Desde cuándo utilizas todos los cierres? —Levantó una ceja y maldije interiormente porque no se le habían pasado desapercibidos los sonidos.

—Para eso están, ¿no? —Me encogí de hombros, caminando hacia la cocina—. Te estaba escribiendo ahora, hace nada que me he despertado. ¿Quieres algo de beber? —le pregunté, pero como no me respondió, ni me siguió, me asomé por la puerta de la cocina, viéndolo de la misma forma— Hoy estás muy rarito, ¿mal comienzo en el trabajo?

—Será eso —dijo con la vista fija en la puerta principal—. Un café.

—Vale.

Solté un suspiro cuando ya no me veía, mientras preparaba dos, el mío doble porque lo iba a necesitar para sortear

todo lo que pudiera decirme. Sabía que no iba a dejar el tema, hasta que no obtuviera alguna explicación válida de mí. Me armé de valor para enfrentar la situación y cuando tuve los cafés hechos, regresé al salón viéndolo al fondo, mirando por la ventana.

—¿Cómo ha ido el día? —Me interesé dejando las tazas en la mesa pequeña—. ¿Connor?

—¿Cómo ha ido el tuyo, Jana? —Quiso saber quedándose frente a mí, apoyando la espalda en el cristal—. Me gustaría saber por qué tienes los ojos de haber llorado y el motivo por el que necesitas tanta seguridad en tu propia casa. Y espero que no me mientas más, por favor. No sé si es que no lo sabes o no te acuerdas, pero detecto una mentira al vuelo. Lo único que pido es confianza, creo que me la he ganado a pulso y con creces, ¿no?

—La tienes y lo has hecho, sobradamente —le respondí sobre la confianza, tragando saliva.

—Entonces dime qué cojones me ocultas y qué tipo de importancia le das para hacerlo.

todo lo que pudiera decirme. Sabía que no iba a dejar el tema, hasta que no obtuviera alguna explicación válida de mí. Me armé de valor para enfrentar la situación y cuando tuve los cafés hechos, regresé al salón viéndolo al fondo, mirando por la ventana.

—¿Cómo ha ido el día? —Me interesé dejando las tazas en la mesa pequeña—. ¿Connor?

—¿Cómo ha ido el tuyo, Jana? —Quiso saber quedándose frente a mí, apoyando la espalda en el cristal—. Me gustaría saber por qué tienes los ojos de haber llorado y el motivo por el que necesitas tanta seguridad en tu propia casa. Y espero que no me mientas más, por favor. No sé si es que no lo sabes o no te acuerdas, pero detecto una mentira al vuelo. Lo único que pido es confianza, creo que me la he ganado a pulso y con creces, ¿no?

—La tienes y lo has hecho, sobradamente —le respondí sobre la confianza, tragando saliva.

—Entonces dime qué cojones me ocultas y qué tipo de importancia le das para hacerlo.

Capítulo 25



Connor

Durante el recorrido me había repetido varias veces que me lo iba a tomar con calma, para sacarle la información poco a poco. Pero al llegar y verle los ojos, me había jodido. No tenía ni puñetera idea si lo que sabía estaba vinculado directamente, pero se me giró todo en el cuerpo. Y de ahí, a escuchar sus palabras… Pues lo de jodido había sobrepasado los límites permitidos.

—He llorado sin darme cuenta —empezó a hablar sentándose en el sofá de lado, encarada hacia la ventana con las piernas cruzadas arriba—. No he sido consciente hasta que me he despertado hace unos minutos.

—Soñando… —Deduje y asintió desviando la mirada, centrándola en la taza.

—Me suele ocurrir cuando lo hago con ciertos temas. —Carraspeó—. Como también despertarme sudando y sin aire.

Me impulsé y me separé de la ventana, acercándome a ella. Me senté cerca y cogí la taza, dándole un sorbo pequeño antes de continuar.

—Cuéntame qué has soñado —le pedí mirándola.

—Simplemente recreo lo que viví —susurró—. Lo tengo demasiado presente en mi subconsciente.

Asentí entendiéndolo perfectamente. Me eché hacia atrás, recostando la espalda.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Con muchas emociones, incluida la rabia. —Bebió del café y dejó la taza en la mesa—. Y sobre lo de la puerta…

—¿Sí? —Me giré para verla de frente, quedándome de lado.

—No he querido, quiero decir, que no tiene importancia. —Se encogió de hombros.

—Tú dímelo y yo decidiré si la tiene o no. —Levanté una ceja, provocando que soltara un suspiro.

—En la casa donde estuvimos sabes que muchos días me olvidaba del móvil y no lo encendía —asentí—. Pues pocos días antes de que regresáramos, cuando lo conecté, me entraron varias llamadas perdidas de mi vecina y varios correos de la empresa de la alarma de aquí. —Me quedé callado cuando hizo una pausa, esperando a que continuara.

»Vi los correos electrónicos en los que me avisaban de que había saltado activándose el protocolo de seguridad, junto a varias imágenes. En ellas aparecía un hombre, lo sé por la constitución, no porque se distinga bien. Llamé a Amanda, mi vecina, para saber si se había enterado de algo. Lo único que pudo decirme es que lógicamente la escuchó porque vive en la puerta de al lado, y que cuando salió al rellano se encontró con la policía, los que le pidieron que se encerrara en casa.

»Me dijo que estuvieron un rato en la puerta, pero que terminaron yéndose como si nada hubiera pasado. Por eso echo los cerrojos. —Se encogió de hombros—. No me gusta ni un pelo sentirme insegura en mi casa, pero…

—Y sabiendo lo que había sucedido no fuiste capaz de decírmelo para venir el domingo contigo —comenté, pero s no en tono de reproche.

—Sí, lo siento.

—No te disculpes, Jana, pero necesito que comprendas que tus prioridades y preocupaciones son las mías, ¿entiendes? —Tragó saliva y asintió despacio—. No ibas a encontrarte con nadie por los días que habían pasado, pero sí que cabía la posibilidad de que vieras algo dentro que no te habría gustado. ¿No te has parado a pensar en cómo, a pesar de la placa que tienes junto a la puerta que identifica que tienes alarma, aun así, un simple ladrón se animara a entrar, sabiendo perfectamente que la seguridad saltaría y no le daría tiempo a nada?

—Lo he hecho, pero muchos igualmente se arriesgan. No sé, fue una mala coincidencia y una cagada por parte de ese tipo.

Asentí pensativo y levanté un brazo para que se pegara a mí. Lo hizo al instante, acurrucándose en mi pecho.

—¿Tienes miedo? —susurré sobre su pelo.

—Sí y no. Es que con la desventaja que tengo… No estoy acostumbrada a sentirme así, desprotegida. Llevo media vida con un arma a cuestas y se hace difícil cuando la inseguridad aparece.

—Tiene fácil solución —comenté moviéndome.

Se apartó y en cuanto saqué lo que buscaba, agrandó los ojos, pegando un salto del sofá.

—¿Qué es eso? ¿Qué hace aquí? ¿Por qué narices la tienes encima? —habló de carrerilla con un pequeño jadeo.

—Sabes perfectamente lo que es y cual en concreto. —Levanté una ceja—. Es tuya, tiene que estar con su dueña.

—¿Luís sabe que la has sacado de la central? Te puede traer muchos problemas.

—¿En serio? —Apreté los labios, divertido—. La tengo conmigo desde hace meses. El propio Luís, el que dices que puede darme problemas, fue el que me la puso en la mano para ti porque para él, no estás fuera del equipo, Jana.

—No —negó varias veces levantando las manos hacia su propia arma.

—Sí. —Me levanté despacio.

—He dicho que no, llévatela —dijo tensa.

—Hace un rato has dejado caer que no te sentías segura sin ella.

—Pero vamos a ver. —Se frotó la cara—. ¡Qué tengo una puñetera excedencia! Que si la utilizara sería mi sentencia.

—O tu liberación si te ves en peligro. —Me crucé de brazos.

—No seas cabezón —siseó—. Connor, sácala de aquí —negué—. Arggg… Pues me voy yo hasta que desaparezcáis los dos. —Empezó a caminar hacia el pasillo, pero no llegó ni a pisarlo cuando la agarré de un brazo y la giré hacia mí, dejándola acorralada contra la pared del salón y mi cuerpo.

—La vas a aceptar, no hay otra opción —susurré sobre sus labios.

—Apártate. —Intentó empujarme, sin obtener el resultado que quería.

Tuvo el efecto contrario, que me pegara por completo a ella, por lo que agrandó los ojos.

—No me lo puedo creer, ¿te has excitado? —Bufó.

—La culpa la tienes tú, me pones cachondo en todas tus facetas.

—Manda narices, la cuestión es que tú siempre te libres. —Puso los en blanco.

Se calló cuando me agaché un poco y me rocé en su zona íntima, por encima de nuestras ropas. Cabezota, no me miró al haber girado la cabeza hacia un lado. Intensifiqué el movimiento, varias veces, y vi como su garganta

tragaba saliva. Me hubiera reído, pero había otra parte de mí que se impuso más.

—A partir de aquí, empieza tu rehabilitación —susurré sobre su cuello, deslizando la lengua por él.

—Por si no lo recuerdas ya lo estoy —murmuró teniendo una batalla interna con dejarse vencer, o continuar negándose a todo.

—No, falta una parte importante y vital. Esta. —Me separé tocándole la cabeza con varios dedos.

Ni con esas se centró en mí, por lo que no me quedó más remedio que separarme un poco y tirar hacia abajo de su pantalón corto, junto a su ropa interior, dejándola desnuda de cintura para abajo porque todo cayó a sus pies. Esa vez sí buscó mis ojos con los suyos sorprendidos, encontrándose con mi sonrisa de medio lado.

—¿Qué te piensas que haces? —susurró.

—Lo que estás deseando, cabezota —aseguré porque los dos lo sabíamos.

Bajé la mirada hacia sus pechos tapados por la camiseta fina de tirantes que llevaba. Sus pezones se marcaban perfectamente. Continué el recorrido hacia abajo, apretando la mandíbula al ver su pubis, al que eché mano, directamente. Dio un respingo ante mi contacto. Le abrí las piernas con las mías y la acaricié, recorriendo cada pliegue y zona, arrastrando la humedad que la delataba.

—Qué hago, ¿no? —siseé impregnándome los dedos con sus fluidos— ¿Lo deseas? Si me dices que no…

—Cállate, joder. —Bufó liberando sus pies de la ropa.

Reí, pero por poco tiempo porque lo sustituí por un pequeño gruñido cuando se colgó de mi cuello y me besó con fuerza. Aumenté los movimientos de mis dedos entorno a su clítoris, tragándome sus jadeos. Con la necesidad recorriéndome, la cogí a peso y caminé hacia la mesa grande del salón. Sus piernas aflojaron el agarre en mi cadera en cuanto hizo contacto con ella.

Le quité la camiseta por la cabeza y la lancé a un lado. Me separé bajando la cremallera del pantalón y lo deslicé junto al bóxer, haciendo saltar mi erección libremente. Se mordisqueó el labio inferior sin apartar los ojos. Me incliné sobre ella, apoyando las manos a sus lados mientras humedecía el glande con sus fluidos y hacía fricción con él en el clítoris, provocando que cerrara los ojos y se removiera inquieta.

Agarrándola de la nuca la besé con desesperación, aumentando los movimientos por el placer tan grande que sentía ante el contacto. Cuando nos separamos volví a unir los labios a la piel de su cuello, descendiendo, pasando por su clavícula, hasta llegar a sus pechos, los que agarré y dirigí a mi boca. Gimió echando la cabeza hacia atrás. Estaba tan jodidamente excitada, al igual que yo porque ni mucho menos me quedaba atrás.

El glande resbalaba por su sexo con mucha facilidad, mezclando nuestros fluidos, los que continué arrastrando de vez en cuando, centrándome en su clítoris inflamado. Después pasar la lengua por sus pezones continué mi recorrido hacia abajo, teniendo que perder el contacto húmedo, pero bien mereció la pena cuando la levanté de la cadera y mi boca sustituyó a mi miembro, lamiéndola y succionando toda la zona.

—Connor… —Alzó la voz intentando agarrarse a la mesa, pero no pudo, solo se removió desesperada cuando me centré en su punto de máximo placer, sin descanso —Ahhh… —Se dejó llevar después de un rato, sofocada y con la respiración alterada.

No le di tiempo a recuperarse, la cogí de las piernas y la arrastré hasta el filo de la mesa, dejándole el trasero un poco al aire, con la postura perfecta para entrar de un movimiento certero y fuerte en su interior. Soltamos un jadeo a la vez ante las sensaciones que nos produjo. Salí y volví a entrar despacio, sintiéndome en la gloria. Bajé la mirada hacia nuestros sexos, viendo el suyo rosado e inflamado.

—Dime, Jana —hablé alargando las palabras.

Gimió porque al hablar, mis dedos se posaron sobre su clítoris mientras mi cadera retrocedía y avanzaba muy despacio, llenándola, pero no como necesitaba en ese instante.

—¿Qué? —Jadeó.

—La vas a aceptar, ¿verdad? —Intensifiqué los movimientos de la mano, que no de la cadera.

—Joder —siseó cerrando los ojos con fuerza—. Que nooo… —gimió.

—Mmm… ¿en serio? —Moví más rápido los dedos, pero los frené a tiempo, dejándola desesperada y ansiosa.

—No juegues así —susurró en tensión.

—Me encanta hacerlo así, es mucho más placentero, ¿no crees?

—Connor que vas a tener que correr cuando me levante de esta mesa —me advirtió, y a pesar de los sudores que tenía por estar conteniéndome, solté una fuerte carcajada.

Me incliné sobre ella, el movimiento hizo que entrara de golpe en su interior y se mordiera el labio inferior.

—Me encantará ver cómo me haces correr, pero ahora mismo lo único que busco y necesito, es que aceptes la realidad, que dejes la tozudez a un lado para poder correrme en ti, que es muy diferente a correr de ti. —La besé con fuerza, acallando sus palabras.

Mi mano quedó atrapada entre nuestros cuerpos porque mis dedos volvieron a moverse sobre su clítoris. Esa vez

mi cadera igualó la intensidad, haciéndome tensar por el placer que sentí. Me incorporé otra vez y la agarré de las piernas, las que tenía rodeándome la cadera. Salí y entré profundamente ayudado por la fuerza de las manos en su piernas, provocando que se removiera en la mesa.

—¿No te lo quieres pensar?

—No hay nada que… Mierda, eres desesperante —se quejó cuando paré de todo—. Esto es jugar sucio. —Me miró con los ojos entrecerrados, pero con las pupilas dilatadas.

—Muy sucio, estoy de acuerdo. Pero puedo serlo mucho más porque no tengo problema en estar así tantas horas como me lo proponga, llevándote al límite y evitando que te corras, y por supuesto, no voy a dejar que lo hagas por ti misma. —Sonreí de medio lado cuando me fulminó con la mirada—. Aguantaré.

—No me fastidies.

—Lo que quiero es follarte, Jana, no hacer eso que dices. De hecho, lo estoy haciendo, pero no como me gustaría, a pesar de que disfrutar de tu cuerpo es un placer añadido. Dime… —insistí.

El silencio nos rodeó, con los ojos fijos en el otro. Vi el desconcierto y las dudas en los suyos, la inquietud, el temor y la incertidumbre. Tragó saliva y echó la cabeza hacia atrás, cogiendo varias veces aire. Salí por completo y regresé al calor con el que me rodeaba, rápido y fuerte, provocando que apretara los párpados. Era un gustazo sentir cómo me acogía, la facilidad con la que mi erección tensa resbalaba colándose… Un puñetero gustazo al que era difícil resistirse.

—Lo pensaré… —murmuró.

—Me vale.

Con esas palabras se terminaron todas, moviéndome desesperado. Jana, que estaba al límite, no tardó en correrse. Yo, alargué todo lo que pude el momento, vibrando por todas las sensaciones que me provocaba. El ritmo frenético que tomé fue bajando poco a poco, hasta convertirlo en un balanceo mientras dejaba salir mi orgasmo, en tensión.

Me separé despacio y la cogí de los brazos, ayudándola a quedarse sentada.

—No estás sola, no voy a separarme de ti. Necesito que lo tengas muy claro, Jana. Voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que superes la última parte que te queda, para que puedas enfrentar cualquier cosa como sabes. Confía en mí, lo vas a conseguir.

Me abrazó con fuerza, en silencio. No hicieron falta palabras en ese instante, todo estaba dicho y demostrado. La besé en la cabeza y la apreté a mí, de esa forma la volví a coger en brazos y me dirigí hacia el baño.

s—Estás cogiendo mucho peso —susurró. Sonreí.

—Eres como una pluma para mí.

—Ya estamos otra vez. —Bufó al llevarle la contraria, pero divertida.

—Y las que te quedan, preciosa. —Solté una carcajada.

ı

—Estás cogiendo mucho peso —susurró. Sonreí.

—Eres como una pluma para mí.

—Ya estamos otra vez. —Bufó al llevarle la contraria, pero divertida.

—Y las que te quedan, preciosa. —Solté una carcajada.

Capítulo 26



Cuatro días después…

Jana

Ahí estaba, delante de mí, justo donde la dejó Connor. A pesar del tiempo que había pasado no había querido ni tocarla para tenerla muy presente, como si representara hacer una terapia. De hecho, así había sido porque había provocado que pensara mucho y parecía que había hecho las paces con ella, porque mirarla ya no me producía rechazo, como tampoco el saber que la tenía cerca.

Incluso en muchas ocasiones la observaba con añoranza y con un nudo en la garganta porque fue un regalo que me hizo mi padre al graduarme en la academia. Los recuerdos junto a él me habían asaltado, como la primera vez que la disparé a su lado, viendo su cara de orgullo, como muchos otros que atesoraba y que jamás olvidaría, pero que se habían intensificado.

Lógicamente ya sabéis a lo que me estoy refiriendo: a mi arma, que continuaba encima de la mesa pequeña del sofá. Y no solo eso, a última hora del día que Connor me sorprendió con ella, antes de irse casi a las once de la noche, sacó mi placa y la dejó al lado. El muy descarado. Sonreí al pensar eso de él, con ganas de que llegara la tarde para volverlo a ver.

Me acerqué la taza de café a los labios sin apartar la atención de ella, casi sin pestañear, como si en cualquier momento fuera a dispararse. Me reí sola, al menos me dio por ahí y no al contrario. Negué y me levanté para llevar la taza vacía a la cocina. Cuando estaba terminando de fregarla el sonido de una llamada me hizo dejarla corriendo, yendo hacia el salón secándome las manos. Sonreí al ver quién era.

—Buenos días —saludé animada.

—Hola preciosa, me habrás echado de menos, ¿no? —respondió de la misma forma Diego.

—Una parte de ti sí, otra no. —Reímos.

—¡Qué poca sensibilidad hacia mí! —Se hizo el indignado.

—¿Cómo va todo?

—Muy bien, a partir de hoy tengo diez días de vacaciones.

—¿Otra vez? De no conocerlas, ya van dos veces en poco tiempo. Me alegro.

—Con los días que he acumulado puedo tirarme un año entero sin pisar el hospital —dijo con humor.

—Pues ya sabes, a proponértelo, aunque sean unos pocos días al mes o como mejor te venga.

—Ya se verá, por ahora estoy libre. Por eso te llamo, ¿qué te parece si voy a recogerte y vamos a desayunar?

—Vale. —Acepté rápido, con ganas de verlo—. Solo tengo que vestirme.

—Perfecto. En diez minutos estoy llamando a tu puerta.

—Hasta ahora. —Colgué y fui con el móvil hacia la habitación.

Desde unos días antes de irme de vacaciones no lo veía. Me puse una camiseta de tirantes anchos con un pichi vaquero de falda que llegaba hasta medio muslo, unas sandalias y me recogí el pelo en una coleta alta para que no me molestara con el calor. Cogí un bolso pequeño y metí el teléfono, la cartera, las llaves del coche, por si acaso, y fui hacia la puerta.

Bajé a la calle a esperarlo y pocos minutos después lo vi aparecer sonriente. Caminé hacia él de la misma forma y nos dimos un fuerte abrazo.

—He aparcado cerca, ¿dónde te apetece ir?

—A unas calles de aquí hay una cafetería, me da igual.

—Venga, vamos al coche y te saco de esta zona que, conociéndote, poco te mueves. —Rio.

—Tienes muy poca fe en mí, te sorprenderías. —Carraspeé.

—Estoy deseando que me cuentes cómo te han ido las vacaciones. —Me miró de reojo.

—Lo sabes, ¿no? —Puse los ojos en blanco, provocando que soltara una carcajada.

—Algo, no todo. Pero lo más importante, sí —confirmó.

—Pues entonces para qué quieres que te hable de ello —negué.

—Para escuchar tu versión, la de Connor me la sé de memoria y conociéndolo, se ha dejado un montón de detalles importantes —dijo divertido.

Nos montamos en su coche y se alejó de mi calle, tomando la dirección del centro de la ciudad. Quince minutos después caminábamos por él, conversando animados. Nos sentamos en la terraza de una cafetería que había en una plaza y pedimos dos cafés con leche con unas tostadas.

—¿Tienes pensado ir a algún lado?

—No he planeado nada, la vez anterior cogí las vacaciones con más ganas y me sentó de lujo irme a un resort en la playa.

—Normal, después de tanto tiempo. —Sonreí.

—Ya veré las opciones que hay. Ayer hablé con unos compañeros que en dos días también las cogen y lo mismo planeamos algo juntos.

—Suena bien.

Le agradecimos al camarero que nos trajera el desayuno y cuando nos quedamos solos, fue Diego quién dirigió la conversación hacia donde le interesaba.

—Sobre tus vacaciones… Ahora en serio, sé la gran parte de lo que ha pasado. Hace unos días quedé con Connor.

—¿Qué te contó? —hablé distraída, moviendo el café.

—Claro, te lo digo y así diriges la conversación hacia lo mismo y Diego se queda sin saber otra vez lo más jugoso o sea yo. —Rio con ganas, haciéndome sonreír.

—Han pasado muchas cosas en poco tiempo —comenté dejando salir un suspiro.

—Me hago una idea.

—¿Sabes…?

—¿Lo que le pasó? —asentí y por su gesto serio supe por anticipada la respuesta— Sí —negó pensativo.

—Todo salió bien.

—Gracias a ti, por lo que sé.

—Solo hice lo que hubiera hecho cualquiera en la misma situación —susurré cogiendo una tostada, entreteniéndome en ponerle mantequilla y mermelada.

—Si tú lo dices… Yo tengo otra opinión muy diferente.

—Ya no nos matamos. —Apreté los labios, divertida.

—Error amiga. —Busqué sus ojos—. Os seguís matando, pero a polvos.

Lo dijo tan serio… Mi boca se abrió y enseguida soltó una carcajada ruidosa y más se rio cuando le tiré la servilleta a la cara.

—Y que conste que esa parte no la sabía, pero acabas de confirmármela —dijo sin poder parar de reír—. Solo he necesitado verte hablando sobre algo en lo que Connor estaba incluido, porque hasta lo que yo conocía, lo hubieras hecho mosqueada y alterada con gestos. —Me hizo un guiño.

—¿Jana?

Me giré en la silla al escuchar mi nombre, sorprendida, pero con una gran sonrisa al reconocer la voz.

—¡Leo! —Me levanté de golpe, acercándome a él.

Nos abrazamos con fuerza y con cariño.

—Estás preciosa —dijo cuando nos separamos.

—Tú también. —Reímos.

—No sabes cómo me alegro de verte así. —Me acarició el pelo.

—Gracias. Me ha costado, pero lo estoy consiguiendo. Hacía mucho que no nos veíamos.

—El trabajo me tiene consumido. —Puso los ojos en blanco y sonreí—. Pero sí, demasiado. Hubo una época en la que no salías de mi casa. ¿Cómo te va a ti?

—Es un poco largo de contar. Si quieres puedo ir mañana a tu casa y hablamos de cómo me ha ido desde que salí del hospital. Es la única parte que no sabes y así veo a María —me referí a su mujer, a la que también adoraba.

—Perfecto, ven a comer —asintió satisfecho—. Cuando se lo diga se va a poner muy contenta.

—¿A la una y media?

—Ya sabes que cuando quieras, no hay problema.

—Vale. Te presento, es mi amigo Diego. —Me giré hacia él.

—Encantado, yo soy Leo. —Se presentó ofreciéndole una mano, gesto que aceptó sonriendo Diego, devolviéndole las palabras—. Os dejo que sigáis disfrutando. Estaba por la zona haciendo unas gestiones, pero en cuanto me encierre en mi despacho no salgo de allí hasta media tarde, o quizás más. Sabiendo que mañana vienes dejaré trabajo adelantado para poder estar más tiempo contigo. —Me sonrió.

—No te canses mucho. —Le di un beso y otro abrazo, los que me devolvió.

Se despidió de Diego y sonreí viendo cómo se marchaba. Volví a sentarme frente a mi amigo.

—Era un gran amigo de mi padre, una segunda figura paterna para mí desde que me faltó —le expliqué—. Tanto él como su mujer, María, son muy importantes. Siempre han cuidado de mí —los recordé con cariño en una época que para mí fue la peor que había vivido, por la pérdida de mi padre. Ni el estar herida de gravedad podía igualarse al vacío de no tenerlo más junto a mí.

—Solo hace falta ver con el cariño que os miráis. —Me sonrío.

—He estado toda la vida junto a ellos. Mi padre y Leo se conocieron muchísimos años atrás y eran inseparables. Si no venían a nuestra casa, íbamos nosotros, hasta que me quedé sola y durante varios años me llevaron a vivir con ellos. Ya era mayor de edad, después de ese tiempo me independicé y hasta ahora. No hemos perdido el contacto, pero por los trabajos y de más cosas, es normal que pase un tiempo en el que no coincidamos.

—Pues mañana lo aprovecháis y listo. —Me hizo un guiño—. Por lo que he interpretado sabe lo que te sucedió, ¿no?

—Sí —confirmé acariciando el borde la taza—. Alguna vez vinieron a verme al hospital, solo que tú no los vistes porque normalmente lo hacían al mediodía, cuando Leo salía de trabajar. Pocas, la verdad, pero porque yo se lo pedí.

—¿Por qué? En aquellos momentos lo necesitabas.

—Eres consciente, mejor que nadie, de cómo estaba por aquel entonces. No me aguantaba ni yo y aunque intentaba aparentar lo contrario frente a ellos, muchas veces no lo conseguía y me superaba. No quería que se fueran del hospital afectados por mí, al ver mi estado, porque eso era lo que sucedía. Respetaron mi decisión, pero me llamaban mucho. No me dejaron sola.

—Va, cambia la cara. No pienses en el pasado —me pidió cogiendo la tostada que yo había preparado antes y había dejado a medias, dándomela.

—Es difícil —comenté cogiéndola—. Pero sí, es lo que toca —solté un suspiro.

Desayunamos con calma, dejando ese tema apartado y el anterior referente a Connor, lo que agradecí. Estuvimos hablando un rato de qué planes tenía porque le dije que en las «vacaciones» había dejado el trabajo en el restaurante. No supe decirle mucho al respecto. No lo sabía ni yo…

Casi dos horas después Diego pagó, impidiéndome que lo hiciera yo. Nos levantamos y dimos un paseo por la zona, hasta que nos dirigimos a su coche y me llevó de vuelta a casa. Nos despedimos con un fuerte abrazo y varios besos, mientras me decía, divertido, que en cuanto supiera qué planes le depararía la vida, refiriéndose a las vacaciones, me lo diría.

Elegí subir por las escaleras para ejercitar un poco más las piernas. Saqué el móvil y lo desbloqueé, buscando el número de César.

—Jana —respondió una voz que no era la de él, dejándome descolocada por unos segundos.

—Eh.

—No te asustes que tengo justo enfrente a César. —Rio Nico porque fue evidente que me extrañé—. Está hablando en el pasillo con Luís. Me ha preguntado quién era porque estoy en su mesa. Antes de la aparición del jefe estábamos hablando sobre el caso en el que estamos. Al decirle que eras tú me ha pedido que descolgara.

—Ah, vale. —Reí—. ¿Cómo va? —le pregunté mientras abría la puerta del piso.

Era un excompañero para mí, compañero del resto. Hacía unos meses que me sustituyó para que César y Saray siguieran formando un grupo de tres. Según mis amigos era algo temporal, esas eran sus palabras siempre, porque aunque no me lo dijeran abiertamente, esperaban que volviera junto a ellos en algún momento.

—Un poquillo liados, pero bien. Te lo paso, ya está aquí. A ver si te acercas y nos vemos.

—Vale, ya me lo pensaré —dije divertida, haciéndolo reír.

—Jana —habló César.

—¿Todo bien con Luís?

—Sí, lo estaba poniendo al día.

—Vale. ¿Y Saray?

—Haciéndose un café, lleva cuatro ya. —Rio.

—¿Y eso?

—No le digas que te lo he dicho porque querrá hacerlo ella, pero no te vas a creer el motivo —susurró, poniéndol más misterioso.

—Sorpréndeme.

—Se ha enganchado a una telenovela.

—¡Nooo…!

—¡Síii…! —Soltamos una carcajada.

—Pero si nunca le han gustado.

—Pues ya ves, así es la vida. Lo que un día no te gusta, al otro te enganchas y te apasiona. Creo que tú sabes algo del tema. —Tosió.

—Idiota. —Reí, provocando que se uniera a mí.

—¿Qué haces? ¿Aburrida?

—Qué va. Acabo de entrar en casa, vengo de desayunar con Diego. Ya nos hemos puesto al día. Hoy era el primero de sus segundas vacaciones y me ha llamado. En varios se irá con compañeros del hospital.

—¿De todo? —Quiso saber, divertido.

—Muy a mi pesar, sí. —Bufé, haciéndolo reír—. Difícil ocultarle algo, aunque no era ni mucho menos mi intención. No hemos entrado mucho en el tema porque he visto a Leo y después hemos pasado a otros.

—Joder, hace un montón que no lo veo. ¿Cómo le va?

—Muy bien, como siempre. —Sonreí entrando en la habitación para quitarme la ropa y ponerme cómoda—. Mañana lo volveré a ver porque iré a comer a su casa con él y con María.

—Guay, dales recuerdos de mi parte.

—Lo haré.

—Te dejo, preciosa. Voy a pelearme con un informe que tengo encima de la mesa.

—Que salgas vencedor. —Volvimos a reír.

Nos despedimos y dejé el móvil encima de la cama, dispuesta a ponerme fresca. Al final decidí darme una ducha rápida para quitarme de encima el calor que había pasado en la calle.

—Lo haré.

—Te dejo, preciosa. Voy a pelearme con un informe que tengo encima de la mesa.

—Que salgas vencedor. —Volvimos a reír.

Nos despedimos y dejé el móvil encima de la cama, dispuesta a ponerme fresca. Al final decidí darme una ducha rápida para quitarme de encima el calor que había pasado en la calle.

Capítulo 27



Animada, me dirigía en el coche hacia la casa de Leo y María. Eran las doce y media de la mañana, había decidid adelantarme para estar más tiempo con ella. Accedí a la urbanización en la que vivían y recorrí las calles, hasta estacionar cerca de la casa. Al apagar el motor sonreí con añoranza observando la fachada.

Dejé salir un suspiro y me bajé, llegué caminando por la acera hasta la puerta. Justo enfrente de ella mi gesto se frunció, marcando mis facciones. Estaba abierta, pero no de par en par. Desde lejos parecía cerrada, solo faltaba que se encajara en el marco. Observé la calle por la que no pasaba nadie en ese instante, fijándome en los coches por si Leo se había adelantado y acababa de entrar. Tenía garaje propio, pero era una zona en la que se podía aparcar sin problema y la mayoría de los mediodías dejaba el coche en la calle para no entretenerse, porque después de comer regresaba al trabajo.

No vi nada que me indicara que había llegado. Centré los ojos en la puerta y puse las manos en la madera, empujándola despacio. Asomé la cabeza viendo el salón vacío, que era lo primero que te encontrabas al entrar. Di varios pasos en él, dejando la puerta como la había encontrado. A punto de llamar a María, contuve la respiración cuando escuché un ruido fuerte y una especie de llanto.

Llevé rápido la vista hacia lo que me rodeaba, sin ver nada fuera de lugar que llamara mi atención. Corrí hasta la cocina por si se había caído y el ruido había venido de algo con lo que estuviera cocinando, pero cuando llegué también estaba vacía. Otro golpe fuerte me hizo girar la cabeza hacia la puerta de la cocina, con los ojos abiertos al máximo al diferenciar un «¡No!», por parte de María, seguido por un grito de dolor.

Tragué saliva mientras me cagaba en todo y fui hacia un cajón, sacando un cuchillo largo. Eso mejor que nada, m dije, porque a saber qué mierda estaba sucediendo y no iba a aparecer con las manos vacías ante quién estuviera de más en la casa. Necesitaba llegar al despacho de Leo y esperaba tener el camino despejado hasta él.

Con cuidado y sin hacer ruido, me moví por el interior. Si no fuera por lo que había escuchado todo parecía estar en orden. A cada puerta que llegué, me paré con la espalda apoyada en la pared preparándome y la encaré. Vacías todo tan normal como siempre. Maldije al escuchar otro sonido que no supe identificar al ser bajo y contuve la respiración cuando llegué al despacho de Leo, sin perder de vista la escalera que llevaba a la planta superior. Me quedó claro que lo que fuera que estaba ocurriendo estaba sucediendo arriba, pero como no sabía si había alguien más…

Giré el pomo todo lo despacio que pude, en tensión, y abrí de golpe, con el cuchillo en alto. Me lo encontré como el resto, solitario, y corrí hasta la mesa en la que trabajaba desde casa Leo. Esa estancia se diferenciaba mucho de las demás. Los papeles que supuestamente tendrían que estar organizados en la mesa estaban esparcidos por el suelo, varios armarios estaban abiertos y habían tirado todo lo que contenían.

Me agaché frente a la cajonera de la mesa y solté el cuchillo, metiendo la mano debajo, en la separación que tenía con el suelo. Ahí era donde escondía Leo su arma. No era policía, no, pero por seguridad podía tenerla y estaba autorizado para ello. Solté un suspiro cuando la palpé y di un tirón haciéndola visible. Por unos segundos, no sé cuántos, me quedé paralizada porque hasta ese momento no me había atrevido ni a coger la mía.

La mano me tembló sujetándola. Aferré la empuñadura con fuerza y me armé del valor que no tenía, pero el que conseguí encontrar en algún recóndito lugar de mi interior. Comprobé rápido que estaba cargada y me incorporé, llegando junto al marco de la puerta, observando el pasillo. Con el camino libre me dirigí hacia la escalera, apuntando hacia delante.

Ni puñetera idea de lo que estaba haciendo, y mucho menos sabía si podría llegar a apretar el gatillo, pero ahí fui, con el pensamiento de llevarme por delante a quién pudiera estar haciéndole daño a María, sin importarme que ya no estaba en activo. Antes de subir los últimos escalones me asomé para comprobar la zona. Despejada, me dije, y a pesar de que todas las puertas estaban medio abiertas, mis ojos se dirigieron solo a una, a la que Leo utilizaba de archivo. Me centré en ella porque teniendo en cuenta que lo único que estaba removido era su despacho…

Tragué saliva y me adelanté, pendiente de todo. Mi cabeza me hizo una mala jugada porque recreé al instante una situación muy distinta, pero a la vez parecida: la última en la que empuñé mi arma. Me ayudé con la otra mano para frenar el temblor de la que la sujetaba y me paré a unos metros de la puerta, escuchando lo que se decía dentro mientras me acercaba despacio.

—¿Dónde lo tiene? —dijo un hombre.

—No sé a qué se refiere, de verdad —respondió María, en tono bajo y sin dejar de llorar.

—¡No lo voy a repetir más! Vives aquí, tienes que saberlo. —Escuché el clic de una pistola y fue todo lo que necesité para que algo en mí se activara como hacía tiempo que no me pasaba.

Justo en el instante en el que llegó a mis oídos el ruido, me dispuse a encararlo y a enfrentarme a él, pero el sonido de llamada de mi móvil retumbó a mi alrededor y me dejó sin respiración, paralizándome por unas milésimas de segundos. Cerré los ojos con fuerza recriminándome el no haber caído en quitarle el sonido porque había provocado que perdiera la ventaja.

—¡Qué cojones…! ¿Dónde lo tienes? —Fue lo que dijo quien estaba asaltando la casa, pensándose que el teléfono era de María.

Oí sus pasos rápidos hacia la puerta y me preparé. En el mismo momento en el que dio uno fuera de la habitación,

mi codo impactó en su cara y por la sangre que le salió de la nariz, se la rompí. Lo que le hice y el grito de dolor que soltó, me dieron la facilidad para agarrarlo del cuello desde atrás, sacando una fuerza que pensaba que había perdido.

Forcejeó conmigo mientras escuchaba los gritos de María, pero no pude prestarle atención en ese instante. Un codazo en el costado me dejó sin respiración, pero me negué a soltarlo. Lo giré y con una llave lo lancé al suelo, dándole una patada a la pistola que llevaba en la mano, alejándola de él.

—Ni lo intentes. —Lo apunté de pie, al verle la intención de cogerla.

—¿Quién mierda eres?

—Como si te lo fuera a decir. —Sonreí de medio lado—. Para ti el mayor desastre porque si sales de aquí respirando será para ir a la cárcel, y si dejas de hacerlo, será porque has provocado que descargue el arma sobre ti. La que pregunta soy yo, es de manual teniendo en cuenta las posiciones que tenemos. ¿Qué mierda haces aquí y quién eres? —siseé.

—Cariño… —Escuché la voz débil de María y maldecí al mirarla de reojo.

La había golpeado mucho, lo que no pensaba perdonarle al desgraciado que continuaba tirado en el suelo. El brazo del tío se alargó aprovechando su intervención, queriendo llegar a la pistola. No llegó muy lejos porque disparé directa a una pierna, sin dudar, provocando que gritara de dolor. Mientras se la agarraba con fuerza, con quejidos y retorciéndose, caminé despacio hacia el arma. Le di otra patada con más fuerza, deslizándola por el suelo a mucha distancia.

Me agaché a su lado, cogiéndolo del pelo para que me mirara. Memoricé su cara a conciencia.

—Respóndeme —exigí con voz seca y fría, fulminándolo con los ojos.

—Zorra.

Eso fue lo último que dijo porque la empuñadura de mi arma impactó en su cabeza, dejándolo inconsciente al instante. No intenté sacarle información porque supe que no hablaría, al menos en el poco tiempo que podía tomarme con él. Antes de acercarme a María y comprobar cómo estaba realmente, le pedí que me trajera cuerda gruesa, si tenía. Su respuesta fue que sí, que Leo guardaba varios rollos en el despacho.

Arrastré el cuerpo hasta una habitación, la última que daba acceso a una pequeña terraza, con la necesidad de bloquearlo para cuando abriera los ojos. Poco más podía hacer que dejarlo allí para que la policía lo encontrara, después de hacer una llamada. Demasiado me había arriesgado al estar de excedencia y no poder ejercer. María llegó junto a mí al cabo de poco tiempo, el que estuve pendiente del hombre para dejarlo otra vez inconsciente por si empezaba a moverse.

Lo até bien y fuerte, de los pies al pecho y abrí la puerta de madera que daba a la terraza. Me encontré con la reja que protegía del exterior abierta y la cerré con llave cuando María me la dio. Asegurándome de la resistencia, quedándome conforme, lo dejé amarrado a la reja de una forma que no podría hacer nada por soltarse. Tampoco e que le hubiera dejado alguna facilidad para hacerlo porque como se suele decir, estaba atado de pies y manos, nunca mejor dicho.

Solté un suspiro fijando los ojos en él, todavía seguía inconsciente. Me giré hacia María y la agarré de una mano, sacándola de allí.

—¿Cómo estás? —le pregunté preocupada, acariciándole la cara con cuidado y observándole el cuerpo.

—Cariño. —Lloró y la abracé con fuerza, sintiendo el temblor de su cuerpo.

—Shhh… Ya está, ya ha pasado —susurré—. Vámonos —dije sacando el teléfono, comprobando que quien me había llamado era Leo.

Sin soltarla me dirigí hacia la escalera y bajamos.

—No puedo irme. Leo estará a punto de llegar y como lo encuentre todo así…

—No vas a quedarte aquí. Escúchame, voy a llevarte a un sitio, ahora contactamos con Leo. Pero antes, quiero que llames a la policía y les digas que te han asaltado en tu casa y que el ladrón está inmovilizado, para que le den prioridad, ¿vale? ¿Dónde tienes el móvil?

—No lo sé —dijo nerviosa, pero se alejó de mí para buscarlo.

Al cabo de unos minutos apareció con él en la mano. Hizo lo que le había pedido con voz nerviosa mientras yo me asomaba por la ventana del salón, comprobando que todo seguía tranquilo fuera.

—Ya vienen, me han dicho que no me mueva.

—Claro que sí —negué—. Vamos, dejo la puerta como está. —Me guardé el arma por detrás del pantalón, para no dejarla porque sería evidente quién había disparado si lo comprobaban.

Necesitaba tiempo para pensar, y, sobre todo, para hablar con Leo antes de delatarme. Le hice ponerse un pañuelo caído por la cabeza para que no fuera muy obvio, desde lejos, cómo tenía la cara, y salimos de la casa dejando la puerta sin encajar. Caminamos hasta mi coche tranquilas y nos montamos. La miré de reojo y maldecí por las magulladuras.

—No me has dicho cómo te sientes. No me refiero a lo evidente, sino a si te duele algo mucho o…

—Estoy bien. —Se retiró varias lágrimas de las mejillas.

—Siento lo que ha pasado. —Le acaricié una mano.

—Si no hubiera sido por ti… —susurró apretándomela.

—María, María, has conseguido lo impensable —negué.

—¿Qué?

—Ya te lo contaré con calma, ahora no. —Arranqué.

Si ella supiera que ya no estaba en activo y que desde que desperté en el hospital me negué a tener algo que ver con todo lo que implicaba sostener un arma en la mano. Vamos, y ya hacer lo que había hecho… Impensable para mí cuando me bajé del coche cerca de su casa. No lo sabía, como tampoco Leo. Era algo que mantuve en silencio durante mi estancia en el hospital y que alargué. Había tenido la intención de abrirme a ellos ese día porque para mí, hasta hacía poco, suponía demasiado esa realidad.

—¿Adónde vamos?

—Necesito hacer unas cosas y no quiero dejarte sola. A un lugar seguro donde te cuidarán. —Sonreí.

—Vale. Te había hecho canelones —susurró.

—Eso se dice antes. —Solté un jadeo.

—¿Por qué? ¿Querías que te hablara de comida delante de ese hombre?

—Pues claro, le hubiera dado más fuerte porque es mi comida preferida. —Bufé y provoqué lo que buscaba, que riera un poco por mi comentario, risas a las que me uní, aunque interiormente me sintiera sobrepasada y con muchas dudas.

Aparqué y apagué el motor, mirando hacia la calle. Esperé un poco para que se despejara y cuando no pasaba nadie cerca, salí del coche y ayudé a María a hacer lo mismo. Con ella a mi lado accedimos rápido al edificio y subimos en el ascensor. Cuando estuve delante de la puerta piqué varias veces.

—Ya voy. —Escuché y sonreí—. ¡Ay! —Amanda, mi vecina, se llevó las manos a la cara sorprendida, fijándose solo en el aspecto de María—. ¿Qué…?

Se apartó de la puerta cuando entramos y cerré.

—Necesito que te quedes con ella por un tiempo. Te prometo que no será mucho, solo el necesario. Me harías un inmenso favor.

—Hija, ni que tuvieras que pedírmelo. —Puso los ojos en blanco y sonreí con cariño—. Ahora mismo le doy unas toallas y cuando se aseé, comeremos. Después si quiere podemos hacer una sesión de maquillaje. —Se señaló la cara, refiriéndose a la de María.

—Gracias. —La abracé con fuerza—. No abras la puerta para nada, ¿de acuerdo? —susurré sin separarme— Ante cualquier cosa o duda, llámame, ¿sí?

—Tranquila cariño, estaremos bien. ¿Quién va a venir a la casa de una vieja?

—¿Vieja tú? —Reí porque encima lo dijo con mucha gracia.

—Gracias —intervino María.

—Yo soy Amanda. —Se acercó a ella y la cogió de las manos.

—María. —Se presentó con signos evidentes de cansancio.

—Quizás será mejor que descanses un poco —dijo Amanda.

—Sí —confirmé porque le vendría bien también para los nervios.

Cuando María se acercó para despedirse, la abracé diciéndole que todo iba a ir bien. Las vi alejarse hacia el pasillo.

—Ahora voy a llamar a Leo —la informé.

—Hazlo tú mejor, porque yo… Ay, me he dejado el teléfono en tu coche.

—Tranquila, yo me encargo. Aquí no lo necesitas.

Asintió y acompañó a Amanda. Dejé salir el aire lentamente y salí del piso. Antes de que abriera la puerta del mío escuché cómo echó la llave Amanda. En el interior caminé hasta la mesa pequeña del sofá y saqué el arma de Leo Alterné la mirada entre la mía y la suya y negué caminando hacia mi habitación.

Dejé guardada la que no me pertenecía y regresé al salón, marcando el número de Leo, devolviéndole la llamada. Los tonos sonaron y no descolgó. Me senté un rato en el sofá esperando a que me la devolviera, mientras pensaba en qué sería lo siguiente que haría una vez hablara con él. Llamar a Connor, lo tuve claro.

Capítulo 28

El sonido de la melodía me sacó de mis pensamientos y descolgué rápido.

—Leo.

—Jana, ¿dónde estás? ¿Estás cerca de mi casa ya? Necesito que vayas urgentemente —dijo apresurado.

—¿Qué pasa? —Me levanté despacio del sofá, extrañada porque… ¿O sí?

—Estaba yendo para allí y han intentado atacarme.

—¿Cómo? —dije con un jadeo— ¿Estás bien? —Me moví por el salón, pasándome una mano por la cabeza.

—Sí, no te preocupes, pero he tenido que desviarme y no es seguro que vaya a casa. Por favor, necesito que saques a María de allí.

—¿Qué mierda está pasando Leo? Por María no te preocupes, está conmigo, segura. Me he adelantado para estar un rato más con ella y cuando he llegado me he encontrado con la puerta abierta. Que sepas que vas a tener que cubrirme, ya te lo explicaré, pero he disparado a un tío en una pierna con tu arma y lo he dejado atado a la reja de la terraza de la planta de arriba. La policía ya debe estar allí.

—Gracias a Dios —soltó un gran suspiro—. ¿Cubrirte?

—Eso luego, ¿dónde estás tú y por qué os han atacado a los dos?

—Es por un caso que estoy llevando. —Me frené en seco, con el gesto fruncido.

—¿Qué caso? —Tragué saliva, expectante por su respuesta.

—El de Kurt Roncalli, el jefe de una…

—Sé perfectamente quién es —siseé en tensión, mientras la sangre me hervía—. ¿Llevas desde el principio con

él?

—Sí.

—¿Por qué ahora?

—Porque le he puesto fecha al juicio, iba a ser inminente. —Maldecí empezando a moverme otra vez.

—Dime dónde estás y voy a por ti.

—No es seguro.

—¿Has avisado a alguien más?

—No me fio. —Volví a maldecir mientras iba hacia la habitación.

—Tranquilo, tengo a gente de confianza.

—Prefiero hablar primero contigo, con calma.

—Está bien —dije después de dudar unos segundos—. Esperaré. Mándame tu ubicación.

—¿No pasará nada?

—Mi línea está protegida.

Así era, continuaba con la del trabajo, la que nunca descarté, a pesar de la excedencia. Igual que continuaba con la tarjeta del banco. Lo que quería decir que era casi imposible localizarme, por eso no me preocupé en ningún momento de que dieran conmigo y con Connor a través de nuestros teléfonos cuando le hirieron y escapamos.

—Pero es que…

—¿Qué? —Me impacienté.

—Que no me he parado todavía y no sé dónde ir —habló nervioso.

—Vale, has hecho bien. —Me froté la cara—. Ve a las afueras y continua unos sesenta kilómetros más. Estate pendiente porque te estoy diciendo la distancia exacta desde que sales de la ciudad. Cuando te encuentres el primer desvío toma la dirección de la izquierda y sigue recto. A bastante distancia te bloqueará una valla muy alta que limita el paso, quedándote enfrente de una gran puerta de hierro, no te muevas de ahí. El camino lleva hasta una casa que no está habitada, está destinada para hacer simulacros de entrenamiento.

—De acuerdo, me dirijo hacia allí.

—No, antes tienes que dejar tu coche.

—¿Y cómo lo hago? Si alquilo otro vehículo tendré que registrarlo a mi nombre.

—Mierda, me está costando pensar. —Me presioné la frente—. Olvídate de lo que te he dicho, voy a por ti. Párate en una zona que tenga movimiento de gente y no te muevas. Cuando lo hagas envíame la ubicación y apaga el móvil. El mío no pueden rastrearlo, pero el tuyo sí.

—Lo haré. —Colgó.

—Joder, joder… —dije alterada.

Solté un gran suspiro y lancé el móvil a la cama. Fui hacia el baño y me lavé la cara con agua fría, descompuesta por la situación. Me miré en el espejo antes de secarme y no tardé en activarme otra vez. Abrí el armario y saqué del fondo la funda del arma, donde la escondí tiempo atrás para no verla. Me la puse sin pensar, cogí una mochila pequeña y fui hacia otra habitación, donde tenía munición guardada.

Todo era poco estando el nombre de Kurt de por medio. Tenía el cuerpo girado desde que había escuchado su nombre, el desgraciado iba a tocarme la moral hasta el final. En ningún momento se me había pasado por la cabeza que Leo pudiera ser el juez que cogió su caso, ni mucho menos lo imaginé cuando Connor me habló de pasada de él, sin decirme el nombre del juez. Connor no sabía que Leo y yo nos conocíamos muy bien, aunque seguramente, si era conocedor de algo por poco que fuera, habría evitado darme los detalles de su identidad para mi tranquilidad.

Cuando saqué la munición la guardé en la mochila, junto a mi documentación, la cartera, el móvil y el cargador. Una vez estuve en el salón, frente a la mesa pequeña otra vez, apreté la mandíbula y cogí mi arma, colocándola en la funda. Quedó oculta por la camiseta.

Antes de salir del piso le escribí un mensaje a Amanda.

Jana: *Tengo que salir. Dile a María que no se preocupe por nada y que Leo ya está avisado de todo, es su marido. ¿Cómo está?*

Me colgué la mochila en un hombro y accedí a su respuesta.

Amanda: *Ve tranquila y con cuidado. No te preocupes por nada, lo haré y la cuidaré hasta que llegues.* —Sonreí con cariño—. *Creo que bien, le he hecho una infusión para que se calme un poco y ahora está dormida.*

Jana: *¿Sabes que eres la mejor?*

Amanda: *¡Anda! Que eres una pelota. ¿Eso me lo dices para que te haga más táperes de comida?* —Me hizo reír, a pesar de cómo me encontraba.

Jana: *Sabes que nunca voy a decir que no. Ahora me pongo seria… No te acerques a la puerta, oigas lo que oigas, ¿de acuerdo? Olvídate de que la tienes y si es necesario bloquéala con algo. Hasta que no me escuches a mí al otro lado o te llame para decirte que es seguro abrir, porque sabré quién está llamando, manteneros alejadas de ella.*

Amanda: *Tengo comida de sobra para dos semanas. Ten cuidado, hija.*

Jana: *No lo dudo. Lo tendré, no te preocupes. Cuidaros.*

Guardé el teléfono en la mochila y salí de casa, bajando las escaleras. En cuanto entré en el coche apagué el móvil de María, por precaución. Empecé a circular sintiendo los músculos engarrotados y pensando en las ganas que tenía de llamar a Connor para contarle lo que sucedía. Necesitaba su apoyo y sus palabras, al igual que las de mis compañeros y amigos, César y Saray. En cuanto pusiera a salvo a Leo tenía que hablar con ellos, siendo el primero Connor, por lo que representaba en lo que estaba metida y para que protegiera a mis amigos porque me sentía muy intranquila.

Dando vueltas por la ciudad, esperando a saber algo de Leo, recibí un mensaje de él y una vez lo abrí, cambié de sentido para ir en su ayuda. Treinta y nueve minutos después paré en paralelo a su coche, llamando su atención. En cuanto me vio se bajó rápido haciendo el cambio. Antes de moverme lo abracé.

—¿Cómo estás? —Lo miré de reojo poniéndome en marcha.

—No tengo miedo por mí, Jana —asentí comprendiéndolo.

—María está bien, dormida y descansando.

—¿Le han hecho algo? —preguntó en tensión.

—Te lo explicaré todo cuando paremos, quédate con que llegué a tiempo y está a salvo.

—Vale —susurró mirando por la ventanilla—. ¿Este coche es seguro?

—Bueno… —Carraspeé captando su atención— Digamos que algunas de las cosas de las que dispongo son de las fuerzas del orden. Sí, es seguro porque es muy difícil identificar el número de la matrícula conmigo. Los datos van variando en el registro continuamente entre todos los agentes de cierto nivel, nos cubrimos bien las espaldas. No trabajo precisamente poniendo multas —me referí todavía en presente para no ponerlo más nervioso.

—Vale —soltó un suspiro—. Si la policía ha ido a mi casa ya habrán saltado todas las alarmas.

—Sí —confirmé—. Necesitas más protección hasta que se celebre el juicio, lo sabes, ¿no?

—Contigo tengo de sobra. —Tragué saliva sin dejar de mirar por los espejos retrovisores.

—No es tan fácil, Leo. Hay cosas de mí que no sabes. Os las iba a contar hoy, pero todo se ha ido al traste —negué—. Mi vida cambió desde que me dispararon y conseguí sobrevivir.

—¿En qué sentido?

—Ahora relájate, cuando lleguemos y estemos más tranquilos hablamos de todo —asintió.

Nos quedamos callados y él aprovechó para recostar la cabeza en el asiento, cerrando los ojos. Yo me centré en la carretera y en todo lo que me encontraba y rodeaba. Cuando llegué al desvío tomé el camino de la izquierda. No tardé en acceder al camino de tierra y continué avanzando. Me paré muchos metros hacia delante y me bajé del coche para abrir la puerta de hierro que obstaculizaba el paso, mientras observaba la valla y los alrededores.

Todo estaba en calma absoluta en medio de la vegetación. Me acerqué al dispositivo que activaba la apertura de la puerta e introduje los códigos de seguridad. Volví al coche cuando empezó a moverse y pasé al otro lado, siguiendo el camino después de asegurarme de que se quedaba asegurada. Casi veinte minutos después quité la llave del contacto frente a la gran casa que no estaba habitada.

Los recuerdos volvieron a asaltarme, pero esa vez fueron buenos por los momentos de acción y de risas que había compartido junto a César y Saray en ella y en los exteriores. Era una zona a la que no podía acceder nadie a no ser que fuera agente. Todo el recinto estaba vallado cubriendo muchos kilómetros, con placas identificativas que detallaban a qué estaba destinada la zona, prohibiendo el paso.

Miré a Leo, continuaba durmiendo. El agotamiento de los nervios pudo con él a mitad de camino. Lo dejé solo y salí del coche, para echar un vistazo al interior y a la zona. Sabía que no iba a encontrar nada, pero aun así, hasta que no lo comprobé todo no me quedé tranquila. Fui a buscarlo y di unos golpecitos en la ventanilla.

Abrió los ojos centrándolos en mí y le pedí que bajara. Juntos fuimos hacia el interior.

—¿Has estado muchas veces aquí? —preguntó mirándolo todo con atención.

—Bastantes —dije sentándome en un sofá que había en una esquina del salón.

—¿Qué es lo que no me has contado, Jana? —Se puso a mi lado.

Solté un suspiro y le expliqué todo lo referente a mi cambio de vida, como también la implicación del acusado co lo que me sucedió. Cuando ingresé en el hospital solo le dijeron que había salido herida en un operativo, no en cual. Y yo, cuando pude, no le hablé de ello. La sorpresa en su expresión apareció enseguida, o más bien fue de incredulidad total.

—¿Has dejado la policía? ¿Tú?

—Excedencia —recalqué lo que acababa de contarle—. Por eso te he dicho que tienes que cubrirme, he disparado a un hombre y para colmo con tu arma. —Me froté la cara—. Lo que me lleva a la necesidad de hablar con Connor y contarle urgentemente todo lo que ha pasado. —Giré la cabeza hacia él.

—¿Quién es Connor?

—Un agente.

—¿Fiable?

—Yo diría que sí —dije en tono de humor, fue evidente—. Está al mando del equipo que arrestó a ese tipo —evit decir su nombre—. Él sabrá lo que hacer y cómo actuar.

—Tú también. —Le sonreí con cariño.

—He perdido bastante mi toque, por no decir que todo —comenté pensativa—. Aunque oye, he roto una nariz de un codazo, toda una hazaña porque antes de proponérmelo ni imaginé que tendría tanta fuerza todavía. Eso sí, ahora me siento como para el arrastre. —Sacudí la cabeza.

—Gracias, Jana. —Me abrazó con fuerza y me aferré a él.

—No digas tonterías —susurré. Nos quedamos un rato en esa posición.

—Confías en Connor, ¿no? —asentí y dejó salir el aire despacio— Esta bien, habla con él.

—Después también lo haré con César y Saray, están implicados de forma directa porque estuvieron conmigo en e operativo en el que resulté herida. Necesitan saberlo.

—Con ellos no hay problema, los conozco muy bien. —Sonrió un poco.

—Igualmente, llame a quién llame, no podemos estar mucho tiempo aquí. Aunque sea seguro no lo es del todo, aparte de que no hay nada para comer ni beber. A lo mejor queda alguna lata en la despensa. Al menos las veces que yo venía con mi equipo para los simulacros, algunos duraban varios días consecutivos y traíamos suministros de sobra para no tener que entretenernos. —Me levanté del sofá para comprobarlo.

Fui a la cocina y regresé con varias latas, pero no lo encontré en el sofá, ni cerca de él.

—¿Leo? —lo llamé en alto, soltando en una mesa lo que llevaba en las manos.

Me asomé por el ventanal y al no verlo fuera me dispuse a buscarlo por la casa, pero no llegué muy lejos. Caminaba hacia mí.

—Perdona, he tenido que buscar un baño. —Sonreí.

—Tranquilo. Sí que hay algo de comida, pero muy poca —le comenté señalando la mesa—. Leo… —dije al verlo demasiado serio y callado, provocando que sacudiera la cabeza.

—Durante todos los años que llevo ejerciendo jamás he tenido este miedo, Jana. —Tragó saliva—. Mi edad no es la que era.

—¿Quieres abandonar el caso? —susurré.

—No —respondió tajante, sonriendo con tristeza—. Y menos después de saber lo que te hizo ese… Ni hablar, iré hasta el final, pero no sé cómo se dará hasta llegar a él. No van a parar de intentar quitarme de en medio y María…

—En cuanto hable con Connor la sacará de donde la he dejado y la pondrá más segura. No te preocupes por ella. —Le acaricié un brazo—. Ni por ti, estaremos contigo.

—¿Detecto algo diferente cuando haces alusión a él? ¿O es que ya veo cosas donde no las hay? —Levantó una ceja.

—Te hago un resumen rápido, de no soportarnos a no separarnos desde que una bala nos unió. —Me encogí de hombros.

—Ya veo… —Sonrió de medio lado—. ¿Qué bala?

—Una que recibió él. —Sonreí tensa.

—¿Cuándo fue eso? ¿Lleváis mucho tiempo juntos y no lo sabía?

—No hace tanto. —Carraspeé.

—Esa parte te la has saltado. —Se cruzó de brazos.

—Fue en unas minivacaciones que cogí unas semanas atrás, aunque hubo en más de un momento que no las consideré así porque todo se giró. A partir de ahí, dejé el trabajo en el restaurante como te he dicho antes, aunque no haya entrado en detalles del motivo —continué explicándole cómo se dio todo y la preocupación cubrió su cara—. Pasó, lo superamos y la parte buena y con la que me quedo, es que consiguió unirnos. —Sonreí.

—Estás enamorada.

—¿Qué dices? —Soltó una carcajada por la voz de pito que me salió.

—¿En serio no te has parado a pensarlo? Solo a ti te puede ocurrir —negó.

—¿Tú crees? ¿Estoy…? Hace poquito…

—Hija, que te conozco de sobra y esa mirada no engaña. ¿Quién determina el tiempo que lleva a una persona a enamorarse? Nadie porque no lo hay, y lo sabes muy bien.

—Pues sí —dije al cabo de unos minutos—. Puede que esté un poquitín enamorada. —Junté varios dedos.

—Un poquitín, claro. —Volvió a reír—. Si antes con tu opinión me sobraba para confiar en él, ahora ya lo hago del todo. Llámalo, tengo ganas de conocerlo —dijo sentándose en el sofá.

—¿Vas a ejercer de padre protector? —Levanté una ceja, para asegurarme y saber a qué atenerme porque en cuanto Connor descolgara el teléfono, aparecería en cualquier momento.

—Quien sabe… —Levantó las dos cejas, varias veces—. Me gustaría hablar con María.

—Déjame hacer la llamada y después hago otra, a ver si está despierta y puedes hacerlo —asintió agradecido.

—Fue en unas minivacaciones que cogí unas semanas atrás, aunque hubo en más de un momento que no las consideré así porque todo se giró. A partir de ahí, dejé el trabajo en el restaurante como te he dicho antes, aunque no haya entrado en detalles del motivo —continué explicándole cómo se dio todo y la preocupación cubrió su cara —. Pasó, lo superamos y la parte buena y con la que me quedo, es que consiguió unirnos. —Sonreí.

—Estás enamorada.

—¿Qué dices? —Soltó una carcajada por la voz de pito que me salió.

—¿En serio no te has parado a pensarlo? Solo a ti te puede ocurrir —negó.

—¿Tú crees? ¿Estoy…? Hace poquito…

—Hija, que te conozco de sobra y esa mirada no engaña. ¿Quién determina el tiempo que lleva a una persona a enamorarse? Nadie porque no lo hay, y lo sabes muy bien.

—Pues sí —dije al cabo de unos minutos—. Puede que esté un poquitín enamorada. —Junté varios dedos.

—Un poquitín, claro. —Volvió a reír—. Si antes con tu opinión me sobraba para confiar en él, ahora ya lo hago del todo. Llámalo, tengo ganas de conocerlo —dijo sentándose en el sofá.

—¿Vas a ejercer de padre protector? —Levanté una ceja, para asegurarme y saber a qué atenerme porque en cuanto Connor descolgara el teléfono, aparecería en cualquier momento.

—Quien sabe… —Levantó las dos cejas, varias veces—. Me gustaría hablar con María.

—Déjame hacer la llamada y después hago otra, a ver si está despierta y puedes hacerlo —asintió agradecido.

Capítulo 29



Connor

Riendo, así estaba junto a Hernán, Willow, César, Saray y Nico. Habíamos hecho un parón para tomarnos un café reuniéndonos todos. La mañana se me estaba haciendo demasiado pesada y lo agradecí. Eso de estar tantas horas sentado en una silla no era lo mío, pero por el momento continuaba portándome genial ante los ojos del jefe, Luís.

—El otro día noté a Jana muy bien, ¿no? —comentó Nico, pasando la mirada por todos— La vi animada por teléfono. ¿Sabéis cuánto tiempo más se tomará libre?

No mostré nada en la expresión, pero no tenía ni idea de lo que estaba hablando ni en qué momento había hablado con Jana. Para todos los compañeros, menos para sus allegados directos, ella todavía continuaba de baja. Nadie sabía que había pedido una excedencia con el propósito de alejarse de aquí.

Fue César quien me sacó de la duda, con su siguiente comentario.

—Me llamó mientras yo hablaba con Luís y como estaba a punto de terminar, le pedí a Nico que descolgara porque tenía mi móvil al lado después de estar un rato junto a mi mesa comentando el caso en el que estamos. Sí, está muy bien. —Fue la confirmación rápida que le dio, no queriendo entrar en más detalles.

Como ya dije una vez, por César no sería que alguien supiera de la vida de Jana, al igual que del resto que estábamos reunidos. Su privacidad era eso, privada. Solo a ella le pertenecía dejar las cosas claras y los demás, sus amigos y yo, lo respetábamos a rajatabla.

—Me alegro, lo pasó muy mal. —Sonrió Nico, mostrando alivio.

Iba a hacer un comentario, pero mi teléfono vibró en el bolsillo del pantalón y lo saqué. Vi que era un compañero, Alonso, y descolgué apartándome un poco del grupo mientras los dejaba hablando de otros temas.

—Dime —respondí.

—Connor, hay un problema. —Fruncí el gesto por lo que me transmitió con la voz.

Empecé a caminar hacia la puerta de la sala de descanso y salí al pasillo.

—¿De qué se trata?

—Buf, es sobre el tío que encerraste junto a tu equipo. —Paré mis pasos.

—¿De qué estás hablando? Que yo sepa está en la cárcel a la espera del juicio —hablé en tensión.

—Ya, es que en realidad no se trata de él, pero está vinculado al máximo. No te imaginas dónde estoy ahora mismo y lo que me encontrado al llegar.

—Habla claro, Alonso —le pedí serio.

—Acaban de cotejar las huellas que he enviado porque la situación más rara y evidente no podía ser. He querido asegurarme de que no era un mero ladrón. Resulta que he acudido junto a Santi a una llamada de emergencia. Una mujer ha alertado, nerviosa, de que habían entrado en su casa y que la habían atacado, informando de que el asaltante estaba inmovilizado en el interior. Para mi sorpresa, cuando hemos llegado, era la vivienda del juez Torres.

—No me jodas —susurré empezando a moverme, intranquilo—. ¿Qué has visto dentro?

—Todo da la sensación de normalidad, menos el despacho de la planta inferior y una habitación de la superior. En ellas todo está fuera de lugar. Nos hemos encontrado la casa vacía, o al menos eso pensamos en un principio porque no se escuchaba nada. La puerta principal no estaba encajada y al acceder al interior hemos recorrido cada espacio, hasta llegar a una de las habitaciones que da a una terraza. En ella había un tío atado con cuerda a más no poder, inconsciente.

»Al poco tiempo de estar allí ha abierto los ojos, pero no la boca. Le he tomado las huellas y las he enviado, por ser quien es el propietario de la vivienda y la implicación que podía tener con el caso que dirigiste. Es muy sonado entre los compañeros. Es un delincuente, tiene varios cargos en su contra, pero el último y más esclarecedor es de hace unos meses haciendo un trabajo para la organización que desmantelasteis.

—¿Solo estaba él? ¿Sabes si la mujer que dio el aviso era la de Leo?

—Lo doy por hecho al decir en la llamada que era su casa. Pero sí, no había nadie más en el interior. Lo hemos revisado todo varias veces.

—Mierda… —Me pasé las manos por el pelo.

—Aparte hay sangre salpicada en el suelo de la planta superior y un charco pequeño, no sé si pertenece a alguien más porque el tío está herido. Tiene una herida de bala en una pierna y la nariz rota.

—¿Dónde está ahora?

—De camino a la central, se lo ha llevado Santi junto a otros dos compañeros que han venido de refuerzo al llamarlos. Yo continúo en la casa esperando a que llegue la científica.

—Voy para allí. —Me dirigí rápido hacia mi mesa.

—¿No quieres recibir con honores al nuevo invitado?

—Hay tiempo y hasta que hagan todos los trámites y pueda tenerlo delante… En pocos minutos te veo.

—No voy a moverme, aquí te espero.

Colgamos y abrí un cajón para coger las llaves del coche. El resto de lo que necesitaba lo llevaba encima.

—Eh, ¿dónde vas? —Levanté la cabeza hacia Hernán que se había parado al otro lado de la mesa, extrañado.

—Hay problemas —siseé.

—¿Qué dices? ¿Referente a qué? —Frunció el gesto.

Cuando rodeé la mesa y me puse frente a él, le expliqué en tono bajo lo que había sucedido.

—No fastidies, tío.

—Localiza al juez Torres y llámame con la información —le pedí.

—Ahora mismo me pongo a ello. —Se alejó rápido hacia su mesa y recorrí la sala directo al ascensor.

Salí del edificio y me monté en el coche, arrancando y tomando la dirección que me sabía de memoria, algo que había hecho a conciencia por si nos encontrábamos con algún tipo de problema como el que había sucedido. Se me pasó de todo por la cabeza mientras circulaba.

Impaciente por recibir la llamada de Hernán, la que tardaría hasta que se asegurara de la información, no pude dejar de pensar dónde estaría la mujer del juez. Al menos podía aferrarme a que el tipo, sorprendentemente, estaba inmovilizado y si ella no estaba en la casa… Pero claro, cabía la posibilidad, una demasiado grande, que no hubiera ido solo. Ese pensamiento me alteró.

En cuanto apagué el motor a pocos metros de la vivienda me bajé, viendo a Alonso esperándome en la puerta, fumándose un cigarro.

—Vamos —dijo cuando llegué junto a él y asentí.

Recorrí el salón con la vista, que fue lo primero que encontramos. A pesar de que volvió a repetirme que el resto de la casa estaba en orden, a excepción de los datos que me había dado, no quise dejarme nada por comprobar por mí mismo. Cocina, baños, lavadero, habitaciones varias de la planta inferior… Incluido el despacho en el que entré analizando todo lo que vi. Di varios pasos acercándome a la mesa, pensativo y recreando a mi forma, lo que había sucedido tiempo atrás allí.

—Ahora me uno a ti, acaban de llegar los de la científica —asentí a las palabras de Alonso.

Se fue dejándome solo y rodeé la mesa fijándome en todos los detalles, hasta que algo captó mi atención. A los pies de la cajonera había un cuchillo de cocina, grande, de hoja gruesa y afilada. Desde que supe la noticia hubo un pensamiento que no dejó de atormentarme, uno que me hizo agacharme y cogerlo con cuidado. Centré los ojos en él y los levanté hacia la puerta.

Era imposible que la mujer del juez hubiera dejado al detenido en el estado en el que lo habían encontrado. ¿Qué hubiera disparado un arma? Podía ser, al verse asaltada si la tenía cerca, lo que era poco probable, pero, aun así, la sorpresa y el miedo habrían jugado en su contra y la inferioridad de fuerza también. ¿Entre todo el caos le dio tiempo a ir a por ella? No me cuadraba.

Y menos lo hizo el saber cómo lo había dejado. Una persona que no supiera lo que hacía, me refiero a no ser lo habitual, más teniendo en cuenta el estado de nervios provocado por la situación, el descontrol que debió tener, junto a la ansiedad por salir de la casa corriendo si consiguió herirlo… No, la opción de que se hubiera parado a inmovilizarlo, asegurándose de que lo íbamos a encontrar, no era factible para una mujer que no estaba acostumbrada a actuar de esa forma.

Demasiado calculado todo al detalle, incluso la llamada que dio la alerta, la que estaba seguro de que fue cuando todo terminó y se cubrió de calma. Cuando recibíamos avisos eran precipitados y a la carrera.

Cubrí la hoja del cuchillo con papeles, envolviéndolo con ellos y me lo guardé, colocándolo por dentro de la cintura del pantalón y ocultándolo con la camiseta. Ni puñetera idea si Alonso y Santi lo habían visto, me dio igual. Lo llevé a cabo con el pensamiento de hablar con ellos más adelante si es que era necesario.

Salí del despacho escuchando voces en el salón, pero no fui a enterarme de lo que hablaban ni a hacerme presente me urgía seguir comprobando el escenario. Subí las escaleras y lo primero que me encontré al llegar arriba, fue una pistola a la que le faltaba poco para caer hacia abajo.

Llevé la mirada hacia lo que me rodeaba y la fijé, caminando despacio, en el charco de sangre que había cerca de la puerta de la otra habitación que estaba revuelta. La desvié hacia las pequeñas gotas de sangre que estaban apartadas, justo debajo del marco y un poco más hacia delante, al haber salido disparadas por algún impacto.

Recreé la imagen a la perfección, la de alguien pegado a la pared esperando a que saliera el asaltante, el que se llevó un golpe por sorpresa porque si hubiera estado preparado, no lo hubiera hecho tan a la ligera. No se lo esperó, con lo cual, solo podía darse porque estaba muy entretenido con otra cosa y se vio interrumpido sin imaginar lo que se iba a encontrar, pensándose que no había nadie más en la vivienda. Recorrí toda la planta superior corroborando que el resto estaba en orden, como ya sabía.

Hasta que llegué a la habitación en la que lo habían encontrado. Había otro charco de sangre a los pies de una reja cerrada que dejaba ver una terraza. Me acerqué y alargué una mano agarrándome a ella, haciendo presión hacia mí, intentando moverla. Era reforzada y la opción perfecta para dejarlo inmovilizado. Demasiado impecable, me repetí otra vez.

—Ya estoy. —Me giré hacia la puerta.

—Yo también —aseguré con voz fría y cortante—. Acabo de tocarla. —Señalé la reja para que se lo dijera a los de la científica. Asintió.

—¿Habéis localizado al juez?

—Estamos en ello —dije pensativo, empezando a caminar para salir de allí—. Si sabes algo nuevo házmelo saber —le pedí mientras bajábamos los dos por las escaleras.

—Tranquilo, lo haré. Sé lo que te toca los cojones este caso. —Sacudió la cabeza.

—Estamos en contacto. —Le apreté un hombro—. Gracias.

—No hay de qué tío, espero que todo se quede en esto —asintió.

—Y yo —susurré.

Saludé a los de la científica que ya estaban trabajando, al igual que me despedí, saliendo de la casa y dejándola atrás. En cuanto me monté en el coche saqué el cuchillo dejándolo a los pies del asiento del copiloto y cogí el móvil, marcando el número de Hernán.

—Aun no sé nada, estoy rastreándolo. Lo único que puedo decirte es que salió del trabajo sobre la una y que se montó en su coche. Estoy siguiendo la ruta que hizo con las cámaras de tráfico.

—Sigue con ello. ¿Has hablado con Willow?

—Sí, la tengo aquí.

—Pásamela.

—Dime —respondió.

—Céntrate en localizar el móvil del juez y de su mujer. De ella, necesito saber si hizo alguna llamada aparte de la de emergencia. Y de ambos, si todavía están operativos.

—De acuerdo, ahora mismo. ¿Cómo lo has visto? —Quiso saber preocupada, refiriéndose al escenario.

—Jodido —fue mi escueta respuesta—. Llamadme en cuanto tengáis algún dato.

—De acuerdo. ¿Vienes para aquí?

—Sí. Tengo varias cosas pendientes, pero quiero tener de frente al asaltante.

—Está bien. Ahora nos vemos.

Colgué y lancé el teléfono al asiento del copiloto, pasándome las manos por el pelo. Llevé la vista hacia la casa y arranqué apretando la mandíbula. Tomé la dirección de la central mientras muchos pensamientos pasaban a gran velocidad por mi cabeza. Estaba convencido, al cien por cien, de lo que había sucedido, o al menos, qué camino seguir.

—Dime —respondió.

—Céntrate en localizar el móvil del juez y de su mujer. De ella, necesito saber si hizo alguna llamada aparte de la de emergencia. Y de ambos, si todavía están operativos.

—De acuerdo, ahora mismo. ¿Cómo lo has visto? —Quiso saber preocupada, refiriéndose al escenario.

—Jodido —fue mi escueta respuesta—. Llamadme en cuanto tengáis algún dato.

—De acuerdo. ¿Vienes para aquí?

—Sí. Tengo varias cosas pendientes, pero quiero tener de frente al asaltante.

—Está bien. Ahora nos vemos.

Colgué y lancé el teléfono al asiento del copiloto, pasándome las manos por el pelo. Llevé la vista hacia la casa y arranqué apretando la mandíbula. Tomé la dirección de la central mientras muchos pensamientos pasaban a gran velocidad por mi cabeza. Estaba convencido, al cien por cien, de lo que había sucedido, o al menos, qué camino seguir.

Capítulo 30



—Connor. —Me paré al escuchar la voz de Luís, girándome hacia él.

—He salido para…

—Tranquilo, muchacho. No vengo para darte el toque —negó, divertido—. Tus chicos me han informado. Lo único que quiero es saber cómo ves la situación —asentí—. Vamos a mi despacho.

Lo seguí y cuando entramos en él, nos quedamos frente a frente en el centro. Con la tranquilidad de estar solos los dos, le expliqué desde mi visión cómo lo había visto.

—¿Estás seguro? —Se frotó la barbilla, serio.

—Sí. Puede que me equivoque, pero…

—Pero no lo crees. —Me encogí de hombros—. El detenido está esperando en la sala once. Le han hecho una asistencia rápida de la herida y no he permitido que entre nadie para que fueras el primero. Willow me ha dicho que venías de camino.

—Gracias. —Me dirigí hacia la puerta.

—No se sabe nada todavía del juez y de su mujer —me confirmó.

—Lo imagino, sino ya lo sabría —dije antes de abrir.

—Connor. —Medio giré hacia él—. No pierdas los nervios con la situación, en ningún aspecto.

—¿Cuándo lo hago? —Levanté una ceja.

—Ya muchacho, pero es mi obligación recordártelo. —Me hizo un guiño.

—¿Y la mía obedecer?

—Actúa como siempre haces. —Movió una mano en el aire y cerré tras de mí, sonriendo de medio lado porque sus palabras habían querido decir que hiciera lo que me diera la real gana, como siempre.

Recorrí la oficina mientras le enviaba un mensaje a Hernán. Al llegar al lateral izquierdo accedí a las escaleras qu llevaban a la planta inferior donde estaban las salas de interrogatorios. Mis pasos resonaron hasta que me paré frente a la once, esperando el mensaje de confirmación de mi amigo. Cuando el teléfono vibró en mi mano lo abrí

Hernán: *Hecho. Cámaras y micros desactivados. Tienes el camino libre.*

Me guardé el móvil, agarré el pomo y abrí la puerta de golpe. Obtuve el resultado que buscaba, que el que estaba sentado en una silla se sorprendiera, asustándose. En silencio me encerré con él y empecé a caminar delante de su ojos. Dejé pasar el tiempo en silencio, bastante, como si no me importara perderlo.

—No voy a hablar —dijo nervioso.

—¿No acabas de hacerlo? —Me paré enfrentándolo, sonriendo de medio lado—. El que no he hablado he sido yo hasta ahora.

En tensión desvió la mirada centrándola en la puerta, volviendo al silencio.

—No vas a salir por ella. —Apoyé la espalda en la pared, observándolo bien—. Vamos a encontrar el cuerpo de l mujer y te esperan muchos, pero que muchos años a la sombra y vigilado.

—¡Yo no he matado a nadie! —gritó con los ojos abiertos al máximo.

—¿Por qué no quisiste o por qué no tuviste la oportunidad?

—Una zorra me lo impidió —soltó con rabia y odio, arrastrando la silla hacia atrás.

Hizo visible la pierna que le habían vendado provisionalmente, como si fuera a afectarme o a influirme de alguna manera.

—No sé a ti, pero a mí me daría vergüenza que me ganara una mujer que en su vida se ha enfrentado a un peligro —continué con mi estrategia, mostrándome tranquilo—. Es caer muy bajo para alguien que tiene bastantes delitos acumulados. —Levanté una ceja.

—¡Qué sabrás tú! Esa tía no era una cualquiera.

—Tienes razón, no es una cualquiera… Tiene sesenta y dos años y te ha tumbado.

—Joder que no estoy hablando de ella —volvió a gritar, como si no lo hubiera captado desde el principio…—. La que me atacó era joven y morena. Me partió la puñetera nariz de un codazo, casi me asfixió y, aunque lo intenté golpeándola, no me soltó hasta que me lanzó al suelo. Tengo la nariz ensangrentada y dolorida, una bala me ha atravesado el muslo también por su jodida culpa y continúo en esta maldita sala —habló de carrerilla, acelerado y sin control—. No tendría que haber aparecido. —Escupió con rabia.

—Interesante… —asentí— ¿Y qué hiciste tú? Porque algo harías, ¿no? ¿O te dejaste vencer sin más?

—No me dio opción a nada. Cuando llamó su atención la vieja, pensé que me daría tiempo a recuperar el arma a la que le dio una patada, pero apretó el puto gatillo sin pensar. —Se presionó la pierna, con la expresión fuera de sí.

—Es lo que suele suceder en situaciones límite, uno contra uno. —Me separé de la pared—. ¿Quién era? —Me apoyé en la mesa.

—¿Y yo qué cojones sé?

—¿Qué le hiciste a la dueña de la casa?

—Estará marcada durante un tiempo, pero nada en comparación con lo que me impidió hacer esa tía. —Apretó la mandíbula.

Me incorporé despacio, metiéndome las manos en los bolsillos echando mano a todo el autocontrol del que disponía.

—¿Qué hacías en la casa? ¿Qué propósito te llevó hasta ella?

—No voy a decir nada más.

—¿Estás seguro? Quizás ahora mismo no, pero cuando tengas el agua sobrepasándote el cuello implorarás para hacerlo. Y créeme que estás ahogado ya.

Le di la espalda y fui hacia la puerta.

—¿Me puedes ayudar?

—No, ni quiero. Si cuentas toda la verdad lo único que conseguirás es rebajar un poco la sentencia, muy poco.

—No me vale. Si hablo no me quedarán muchos días —susurró y medio giré hacia él.

—Es lo que tiene meterte en la boca del lobo y tratar con desgraciados. No eres nada para ellos, solo un estorbo

cuando no les interesas. Te diría suerte porque la vas a necesitar allí donde te lleven, pero ni eso te mereces.

Abrí de golpe y cerré de un portazo, escuchando sus gritos de que regresara. Lo ignoré, por mi parte ya tenía toda la información que necesitaba, incluso la que se había callado, el resto se lo dejaba a mis compañeros. Al inicio de las escaleras me encontré con ellos, esperándome.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Willow.

—Bien —respondí serio, respuesta que dieron como válida—. ¿Sabéis algo nuevo? —les pregunté mientras subíamos hacia la oficina.

—Los teléfonos no dan ninguna señal. Ahora estoy con las últimas llamadas que realizaron —comentó ella.

—La pista del coche del juez Torres se pierde por una zona bastante concurrida. El último rastro fue accediendo a ella, pero las siguientes cámaras no captaron ningún movimiento —añadió Hernán.

Asentí cuando nos paramos al llegar arriba.

—Seguid con ello e informad de todo a César y Saray. Quiero que no bajen la guardia y que estén preparados para cualquier cosa.

—¿Y Jana? Es poco probable que vuelvan a intentar lo mismo, pero nunca se sabe —dijo preocupada Willow.

—Ya… De ella me encargo yo. Estad atentos, os quiero a todos operativos sin horarios.

Nos despedimos tomando caminos diferentes, con la cabeza bombardeándome información y reajustándola. De esa forma salí del edificio, con una idea en mente. En cuanto me monté en el coche me alejé empezando a circular, directo hacia el piso de Jana.

Después de dar varias vueltas para aparcar accedí al bloque y subí las escaleras rápido. Frente a su puerta llamé varias veces, sin obtener resultado. No es que esperara que hubiera alguien en el interior, pero antes de llamarla había preferido comprobarlo por mí mismo. Le di la espalda a la puerta y llevé la vista hacia las de los vecinos.

Fui hacia la que quedaba más cerca e hice lo mismo, pulsando el timbre. Me separé un poco para que quién ya estaba mirando por la mirilla pudiera tener una buena visibilidad de mi placa de policía, la que levanté en alto. No se escuchó ningún sonido dentro, lo que me dio a entender demasiadas cosas.

Me guardé la placa y me dirigí hacia las escaleras sin hacer más intentos, esa vez sí, oyendo pasos en el interior del piso. Sacudí la cabeza y bajé. Mis pasos se pararon junto a los buzones, comprobando quién vivía junto a Jana. En ese instante la vibración de mi móvil se anticipó a la llamada que iba a hacer de forma inminente. Lo saqué del bolsillo del pantalón y cogí varias bocanadas de aire al ver el nombre de Jana en la pantalla.

—Connor… —dijo en cuanto descolgué.

—¿Cómo va el día?

—Eh, bueno…

—¿Muy entretenido, Jana?

—Podría decirse que sí —dejó salir un suspiro—. Han pasado muchas cosas y necesito…

—¿Qué necesitas exactamente? Porque tengo muchas dudas en si es para alguna de las que tengo o para todas en general… Dime. ¿Necesitas que te cubra porque has disparado a un hombre? Lo que dudo que hayas hecho con tu arma porque te lo encontraste de golpe… ¿O por qué lo has dejado herido e inmovilizado en una casa? También podría ser que tu llamada fuera para que te dé encuentro porque ¿estás huyendo y escondiéndote?

»Te agradecería que le dijeras a tu vecina Amanda que abriera la puerta, ha seguido a rajatabla tu petición de que no lo haga ante nadie. Aunque no se ha hecho notar cuando he llamado a su piso, después de hacerlo en el tuyo mientras ella observaba quién era, ha visto mi placa por la mirilla y ha seguido ignorándome en silencio. Me pregunto cuál será el motivo, si esconde algo o a alguien con ella.

—Como… —Soltó un jadeo.

—Jana, sé de sobra la relación que te une al juez Torres y a su mujer, por ese motivo no hice referencia a quién precisamente llevaría el caso de Kurt. No quería que te preocuparas, como también insistí en que debías estar tranquila porque la persona asignada no iba a dejarse chantajear ni intimidar, por nada ni por nadie. Conozco su historial y su profesionalidad, no es la primera vez que se enfrenta a algo de tanta magnitud.

»Únelo a lo que ha pasado en su casa, junto que anoche cuando nos despedíamos me comentaste rápido, al acordarte, que hoy ibas a comer a la casa de los que considerabas unos segundos padres, los que no mencionaste porque dijiste que hoy me lo contarías todo… No hay que ser muy listo para sacar la deducción a la que he llegado, sabiendo que has sido tú la que has protegido a la mujer del juez Torres y te la has llevado.

—Joder, ¿alguna vez podré decirte algo que te pille por sorpresa? —Bufó.

—Puedes intentarlo, otra cosa es que me mantenga callado para que lo hagas, siendo consciente de por donde irás —le aclaré—. ¿Dónde cojones estás? ¿Tengo que irme de tu edificio o vuelvo a subir?

—Sube. —No la vi, pero interpreté perfectamente la mueca que hizo al hablar—. María, la mujer de Leo, está con Amanda. La he dejado ahí por un tiempo porque he tenido que salir corriendo para ayudar a Leo.

—¿Están bien los dos? ¿Él está contigo? —Fui hacia las escaleras otra vez.

—Los golpes que ha recibido María son visibles, pero aparte de eso nada. Él está nervioso y preocupado por la situación, por lo demás lo tenemos controlado.

—Dime dónde estás exactamente.

—En el recinto de los simulacros, alejada de la ciudad. Pero mi intención es la de no estar mucho tiempo aquí.

—Ni se te ocurra moverte hasta que yo llegue, ¿me oyes?

—Vale. No iba a mentirte… —susurró.

—Lo sé, Jana, pero me tienes taquicárdico perdido y con todos los puñeteros niveles sobrepasados. Voy a por María, en cuanto la deje en un lugar más seguro me dirijo para allí.

—Gracias.

—Llama a tu vecina. Una última cosa y de las más importantes…

—¿Sí?

—Dime que tú estás bien.

—Lo estoy, no te preocupes.

—Que no me preocupe…

—Ahora mismo le digo a Amanda que vuelves, para que te reconozca porque como no sea así tendrás que tirar la puerta abajo para que te haga caso —dijo divertida. Negué de la misma forma.

Un poco más tranquilo, no del todo porque hasta que no tuviera delante a Jana y al juez no me estabilizaría, acced al rellano de la planta escuchando la cerradura. Me puse frente a la puerta para que volviera a verme y asentí cuando se abrió despacio.

—¿Connor? —dijo asomando la cabeza.

—Sí, Amanda.

Entré cuando se apartó, encontrándome a otra mujer sentada en el sofá. Su visión me hizo apretar la mandíbula, pero en silencio me acerqué a ella, sentándome en la mesa que tenía enfrente.

—María, soy Connor, agente y muy amigo de Jana —hablé en tono bajo, empezando por lo que sabía que la

dejaría tranquila—. Voy a sacarte de aquí y a ponerte protección. ¿Necesitas ir a un médico?

—Gracias —susurró—. No —negó.

—Está bien. —Me levanté despacio—. Nos vamos.

Esperé en medio del salón cuando las dos mujeres fueron hacia el pasillo y aproveché para hacer una llamada.

—César, ¿ya estás informado de todo?

—Sí —respondió serio.

—Vale. Os necesito a Saray y a ti para que pongáis segura a la mujer de juez. Estoy con ella.

—¿Dónde nos vemos?

—Quédate pendiente del teléfono, en cuanto lo tenga claro vuelvo a llamarte. No quiero que os separéis de ella hasta que todo se tranquilice.

—Cuenta con ello. ¿Jana?

—La tengo localizada, voy a por ella cuando solucione esto —le confirmé antes de colgar.

í

dejaría tranquila—. Voy a sacarte de aquí y a ponerte protección. ¿Necesitas ir a un médico?

—Gracias —susurró—. No —negó.

—Está bien. —Me levanté despacio—. Nos vamos.

Esperé en medio del salón cuando las dos mujeres fueron hacia el pasillo y aproveché para hacer una llamada.

—César, ¿ya estás informado de todo?

—Sí —respondió serio.

—Vale. Os necesito a Saray y a ti para que pongáis segura a la mujer de juez. Estoy con ella.

—¿Dónde nos vemos?

—Quédate pendiente del teléfono, en cuanto lo tenga claro vuelvo a llamarte. No quiero que os separéis de ella hasta que todo se tranquilice.

—Cuenta con ello. ¿Jana?

—La tengo localizada, voy a por ella cuando solucione esto —le confirmé antes de colgar.

Capítulo 31



Jana

Miré la hora en la pantalla del móvil que había estado girando en las manos. Faltaba poco para que fueran las siete de la tarde y dejé salir un suspiro mientras estiraba la espalda, sentada en los escalones de la entrada. Me dolía más de un músculo, entre la tensión, los nervios y que no estaba acostumbrada a darles el movimiento que habían tenido…

Todo estaba en silencio, Leo hacía un rato que se había quedado adormilado en el sofá y yo estaba esperando a recibir alguna noticia de Connor, en la que me avisara de que estaba cerca. Llevaba un tiempo fuera de la casa, al tener la necesidad de que me diera un poco el aire exterior. Bajé la vista a mi arma, la que reposaba a mi lado, en el escalón. ¿Cómo ha cambiado todo tan rápido? Me pregunté y me repetí, volviendo a mirar hacia todo lo que tenía enfrente, enfocando la vista en la vegetación.

Había tenido un día completito de contradicciones internas, pero hasta hacía unas horas no me había parado a analizar cómo me sentía por lo precipitadas que habían sido todas las situaciones que me había encontrado. Cuando llamé a Connor y con todo lo que me dijo anticipándose a mí… Joder, me dejó descolocada por completo

Y yo que pensé que se llevaría las manos a la cabeza en cuanto le contara lo que había sucedido y lo que había hecho. Ni idea cual fue su reacción al ser consciente, pero en el instante de hablar con él, quién se las llevó a la cabeza fui yo. En ningún momento, cuando marqué su número de teléfono, pude imaginar que iba a saber la realidad antes de que saliera de mis labios. No entendía cómo era capaz de adelantarse a todo. Y que no fallaba el tío… Sonreí negando.

No nos quedaba mucho tiempo en la casa. Las dos latas de comida que encontré nos las habíamos comido hacía bastante y el estado de las tuberías provocaba que el agua que salía tuviera un sabor no muy agradable. Normal, la construcción se mantenía en pie solo para la finalidad que tenía, nada más. Bastante que disponíamos de una mesa, un sofá, algún utensilio de cocina y varios colchones que estaban puestos en vertical en las paredes de algunas de las habitaciones de la planta superior.

No sabía con qué pensamiento llegaría Connor, pero a no ser que trajera algo de comida si quería pasar la noche aquí, porque sabía de sobra las condiciones que había, tendríamos que hacer ayuno o irnos cuando fuera de noche para hacer el camino a cualquier otro lugar más tranquilos y relajados.

Centré los ojos en el móvil, al sonarme un mensaje. Sonreí como una tonta al ver que era de él.

Connor: *En la verja.*

Solté un suspiro y esperé impaciente observando hacia el camino de tierra. Después de nuestra conversación no había querido llamarlo más porque era consciente de que habría estado muy liado coordinándolo todo, llevando a cabo lo que debía hacer. Por Amanda sabía que se había llevado a María de su piso. Habían sido varias las veces que la había llamado para asegurarme de que no se había quedado intranquila porque conociendo lo sentida que era… Ella no me pidió explicaciones de nada en ningún momento, yo no se las di, pero ni falta que hacía porque ambas confiábamos de sobra en la otra.

El ruido del motor del coche me hizo enfocar la vista otra vez en el camino, el que por unos instantes había dejado de ver al meterme en mis pensamientos. Avanzó hasta que se paró junto al mío, con nuestros ojos encontrándose desde la distancia. Se bajó rápido y me levanté. Empecé a caminar al mismo tiempo que él y cuando nos encontramos a mitad del camino me subí a su cuerpo, literalmente.

Le rodeé la cadera con las piernas, abrazándolo con fuerza mientras escondía la cara en su cuello. Cerré los ojos a notar su calor y su agarre. Durante un tiempo nos quedamos en silencio, sin movernos, interiorizando el tenernos otra vez.

—Hola —susurré cuando me separé y busqué sus ojos.

Fue lo único que dije porque mis labios se dedicaron a hacer algo inmensamente más interesante cuando se unieron a los suyos. El beso no fue nada calmado, todo lo contrario. En él dejamos salir la intensidad, las ganas, la necesidad y los nervios.

—Hola —me respondió cuando terminamos.

Me deslizó por su cuerpo despacio, aflojando el agarre de los brazos. Cuando mis pies tocaron la tierra dio un paso hacia atrás, recorriéndome con la vista para asegurarse de que lo que le había dicho era la verdad.

—Estoy bien —confirmé otra vez con palabras.

—Joder, Jana. —Me agarró de un brazo y me pegó a él, apretándome a su pecho—. He pensado de todo, incluso que me habías mentido y parte de la sangre que había en la casa era tuya. Mierda —dijo tenso.

—Ni una gotita —susurré aferrándome a él.

—Vamos, que el juez lleva un rato mirándonos por la ventana. No sabe lo que es esconderse bien —dijo divertido cuando me soltó.

Llevé la vista hacia esa dirección, levantando una ceja hacia Leo, el que rio apartándose. Me centré en Connor. Regresó al coche y sacó varias bolsas. Pues sí, íbamos a pasar la noche en la casa planeando lo que haríamos a la mañana siguiente. Cargado con dos bolsas, con las que no dejó que lo ayudara, caminamos hacia la entrada principal.

Las soltó en cuanto llegamos al salón y se acercó a Leo.

—Juez Torres. —Le ofreció una mano—. Mi nombre es Connor, imagino que Jana le ha hablado de mí.

—Llámame Leo, por favor. Algo sé, sí. —Sonrió de medio lado—. Encantado y gracias por venir en nuestra ayuda.

—Me he retrasado porque he puesto a salvo a su mujer.

—¿Cómo está? —Quiso saber intranquilo.

—Sigue bien, dentro de lo que le ha sucedido —aclaró, provocando que Leo soltara un suspiro—. No te preocupes, está custodiada por dos buenísimos agentes.

—¿Quiénes? —pregunté interviniendo.

—César y Saray —asentí satisfecha, sintiendo tranquilidad al instante, al igual que le sucedió a Leo por el cariño que les tenía.

—No he dudado al ponerla bajo la protección de los dos. He dado por hecho que siendo amigos de Jana… Y por cómo se han abrazado los tres cuando he llevado a tu mujer junto a ellos, he hecho lo correcto.

—Sí, María y yo les tenemos un gran cariño y han sido muchos los momentos compartidos —explicó Leo—. Gracias, era lo que necesitaba María.

—No se merecen. He traído algo de cena. No nos moveremos de aquí hasta mañana, para que descanséis. No hay muchas comodidades, pero las básicas están cubiertas y podremos dormir en blando.

—Lo que tú decidas está bien. —Sonrió agradecido Leo—. Has sabido elegir, hija. —Me miró directamente y negué divertida.

—No es que haya tenido elección —comentó Connor.

—Ahora lo entiendo todo, sois tal para cual —dijo Leo, soltando después una carcajada.

No pudo parar de reír, yo me dediqué a mirar a Connor con una ceja levantada, mientras él me retaba con la expresión a que me atreviera a decir lo contrario. ¿Qué iba a decir? No, no tuve elección, incluso mucho antes de que nuestros caminos se estrecharan hasta unirse en un mismo punto.

A pesar de que era pronto, decidimos cenar. Limpiamos la mesa con lo que disponíamos y sacamos las cosas de las bolsas. Agradecí ver varias botellas de agua. Cogí una sin poderme resistir y la abrí, bebiendo, saciando la sed. Nos sentamos a la mesa comiendo de los mismos recipientes en los que estaba la comida, también con refrescos. Hasta postre trajo, del que dimos buena cuenta, quedándonos saciados.

Al terminar subimos los tres a la planta superior y fuimos hacia dos de las habitaciones donde había colchones. Entre todos los sacudimos a conciencia con las ventanas abiertas, y los dejamos extendidos en el suelo. Estaban bien, lo único que tenían era polvo, el que quitamos como pudimos.

Dejamos ventilar un poco las habitaciones mientras esperábamos en el salón, hasta que Leo nos dio las buenas noches y se dirigió otra vez hacia las escaleras para descansar.

—¿Te apetece andar un poco? —me preguntó.

—Estoy cansada, pero me vendrá bien antes de dormir —asentí levantándome.

Hacía un rato que ya era de noche. Lo miré sonriendo cuando pasó un brazo por mis hombros, ganándome un beso en la cabeza, como muchas veces me regalaba. Salimos de la casa en silencio y bajamos los escalones empezando a caminar por la tierra.

—Cuéntamelo todo —me pidió.

Solté un suspiro y le recreé desde que me monté en el coche para ir a la casa. Me escuchó atento, sin interrumpirme, mientras rodeábamos la casa sin prisa.

—Has pegado el cambio a lo grande, ¿eh? —Me miró de reojo— ¿Cómo te sientes por ello?

—Quién me lo iba a decir —negué—. He tenido tiempo para pensar porque con la adrenalina por las nubes como la tenía… El resumen es que no me ha ido tan mal. —Me encogí de hombros y sonreí cuando él lo hizo.

—Si ya lo digo yo, los choques fuertes son lo mejor —dijo divertido.

—Tampoco te pases que llegué desarmada a la casa y casi me da un síncope cuando fui consciente de lo que sucedía. —Bufé.

—Sabías dónde buscar, en el despacho de Leo. Del que por cierto cuando estuve me llevé el cuchillo que cogiste.

—¿Has ocultado pruebas por mí? —Agrandé los ojos.

—Provisionalmente, para ganar tiempo. —Carraspeó. Lo miré agradecida.

—Tampoco es que me parara a pensar mucho en ese instante, solo quería hacerme con el arma de Leo y plantar cara a lo que fuera por María —solté un suspiro.

—Eh. —Se paró conmigo agarrada a él—. Lo has hecho perfectamente, lo sabes, ¿verdad? —Me acarició la cara.

—Al menos solo me despeiné. —Fruncí los labios.

—Yo te veo muy bien. —Miró mi pelo y le di varios golpes en la mano que colgaba de mi hombro, haciéndolo reír—. Ahora en serio, tienes que sentirte muy orgullosa de cómo actuaste y de lo que llevaste a cabo, teniendo en cuenta en el estado en el que continuabas.

—Lo estoy, sobre todo por el resultado para María —asentí.

—No veas lo indignado que has dejado al tío que le rompiste la nariz y le disparaste en la pierna. —Levantó una ceja.

—¿Has hablado con él?

—¿Lo dudas? —Levantó las dos—. Soy un hombre de recursos, me da tiempo a organizarme para llegar a todo. —Me hizo un guiño.

—¿Has conseguido sacarle algo? No necesito mucha aclaración para saber lo que ha sucedido y el motivo, pero…

—No la necesitamos, no —dejó salir el aire lentamente—. La situación se va a complicar a partir de ahora, con el intento fallido que han tenido. Quieren quitarse a Leo de en medio por lo que supone en el caso, porque sobra decir que sí, el tío al que te enfrentaste trabaja para Kurt. Alonso me lo confirmó con la verificación de su identidad, él y Santi atendieron la llamada de emergencias. Le tomó las huellas cuando lo encontró donde lo dejaste. Sobre él recaen varios delitos, el más sonado y significativo es uno que lo relaciona con la organización.

—Que asco —dije con rabia.

—Llegaste a tiempo, quítatelo de la cabeza.

—Porque me adelanté a la hora. —Sacudí la cabeza—. Tenía que haber llegado más tarde a la casa y, a saber, con lo que me hubiera encontrado. No quiero ni pensarlo. —Tragué saliva, intranquila por la imagen que apareció en mi mente.

—Todo fue a tu favor, no vale de nada pensar en el y si… ¿Para qué? Aférrate a la realidad que has vivido. —Me dio otro beso en la cabeza cuando volvimos a caminar.

—¿Dónde han llevado a María? —me referí a mis amigos.

—A un piso seguro, fuera de la ciudad.

—Vale —solté un suspiro.

—Ya sabes que no se van a separar de ella, por lo que los une y porque son unos profesionales.

—Sí. —Sonreí con cariño hacia ellos, sabiendo que en mejores manos Connor no podría haber dejado a María.

—Vamos a descansar, debes estar agotada.

—Me duelen hasta las pestañas. —Hice una mueca con la que sonrió.

Regresamos a la casa y después de cerrar la puerta principal, nos dirigimos hacia las escaleras. Las subimos y pasamos por la puerta abierta de la habitación que Leo había elegido. Estaba tumbado en el colchón y por el ruido de su respiración, nos quedó claro que estaba dormido. Fuimos a la siguiente y entramos.

—Mañana compraremos algo de ropa y todo lo que sea necesario —dijo mientras se acomodaba en el colchón, dando una palmada a su lado para que hiciera lo mismo.

—No le des muy fuerte a ver si me va a dar por estornudar —comenté divertida mientras me agachaba y lo imitaba.

—Una gran agente como tú vencida por unos ácaros, tiene gracia —susurró cuando apoyé la mejilla en su pecho, rodeándolo con un brazo.

—Ya ves, siempre hay puntos débiles interesantes. Que no salga de aquí.

—Tu secreto está a salvo conmigo —dijo con tono de humor.

—Me da una paz increíble. —Bostecé después de rozarle la piel con los labios.

—Descansa, Jana.

—¿Tú lo vas a hacer? —susurré.

—Tendré un ojo abierto y otro cerrado, pero lo intentaré.

Paz, eso lo que sentí en sus brazos, una sensación que me llevó a quedarme dormida sin darme cuenta mientras igualaba su respiración relajada.

Paz, eso lo que sentí en sus brazos, una sensación que me llevó a quedarme dormida sin darme cuenta mientras igualaba su respiración relajada.

Capítulo 32



Dos días después…

Connor

—¿En qué fecha exacta es el juicio? —le pregunté a Leo.

Estábamos sentados en unas sillas que había en el porche de una casa de campo. Después de descansar la noche que llegué a la que estaban Jana y él, nos levantamos temprano y abandonamos la zona. Era segura, pero bajo mi punto de vista, a pesar de que era un recinto propiedad de la policía y estaba vallado, le faltaba la seguridad que requería la situación.

Tuve la necesidad de tomar más distancia, por lo que recorrimos en los dos coches bastantes kilómetros hasta que encontré el lugar ideal que nos serviría hasta que tuviéramos que regresar. Aun así, no podía bajar la guardia en ningún momento, ni de día, ni de noche.

Me llevé el botellín de cerveza a los labios. Teníamos comida, bebida y ropa, todo lo esencial. Otras minivacaciones impuestas, me dije interiormente, buscándole el punto de humor. Mis ojos estaban fijos en Jana mientras se ejercitaba a unos metros de nosotros.

—Dentro de seis días —me confirmó y asentí—. Lo ha superado, ¿verdad? —Su duda fue dirigida a Jana.

—Eso parece —contesté balanceando el botellín, sin apartar la vista de ella.

—Espero que no retroceda —soltó un suspiro—. Cuando nos enteramos por César de lo que le había sucedido por poco no nos dio algo. Estuvimos muy preocupados, lo ha pasado tan mal…

—No lo hará —aseguré—. Lo peor ya lo ha dejado atrás, ahora solo tiene que volver a habituarse.

—No supe la decisión que tomó hasta que me lo explicó en la casa a la que me llevó. Me quedé… En la vida imaginé que escucharía las palabras que me dijo. Doy por hecho de que la conoces bien —asentí confirmándoselo —. Me alegra saber que no me he equivocado, se nota por cómo la miras, como si supieras de antemano todo lo

que va a hacer.

—A pesar de tenerlo claro y de aferrarse a ello, fue una elección demasiado dura para verbalizarla. Y he tenido mucho tiempo para aprender a descifrarla, aunque a veces se me escapan cosas —negué pensativo.

—Y por lo que intuyo ella no fue consciente de ese tiempo.

—Así lo quise.

—Entiendo.

Nos quedamos en silencio unos minutos, hasta que volvió a hablar.

—Gracias, Connor.

—No tienes que dármelas, Leo. —Apoyé los codos en las piernas.

—No me estoy refiriendo a mí y a mi situación. —Giré la cabeza hacia él.

—¿Es por Jana? —asintió— No he hecho nada, sus méritos son solo de ella —le aclaré.

—Te equivocas y yo no lo hago al decirlo. Estoy más que seguro que tú has sido una pieza clave para su total recuperación. De una forma u otra, pero así es.

—Conmigo o sin mí, hubiera enfrentado la situación en tu casa de la misma manera —aseguré convencido.

—Quizás o tal vez se hubiera bloqueado si su estado anímico no hubiera evolucionado tanto con el paso de los días. Solo de pensar lo que pudo salir mal, relacionado con mi mujer y ella…

—No lo piensas realmente, la conoces de sobra. —Volví a mirarla.

—Lo hago, pero también soy muy consciente de las pocas veces que mi mujer y yo la vimos en el hospital, al principio de ir a verla. ¿Sabes que nos lo prohibió? No nos lo dijo así, pero…

—Por aquel entonces estaba muy tocada, algo normal y lógico dado lo que vivió y se encontró al abrir los ojos —comenté y él asintió, con expresión de tristeza—. Le quedaba un largo camino por recorrer y está llegando al final de él. No sabía que os lo había prohibido. Yo antes, digamos que no tenía casi relación con ella y para colmo, no era muy buena porque nuestros caracteres siempre han chocado, haciéndonos saltar a la mínima.

»Las dos veces que aparecí en su habitación si hubiera podido me hubiera echado a patadas. Pero sí, me hago una idea. —Sacudí la cabeza—. Tiene un temperamento muy toca narices cuando se lo propone. —Rio mientras mis labios se curvaban.

Al escuchar la carcajada de Leo, Jana dejó de hacer ejercicio y se centró en nosotros. Le hice un guiño desde lejos provocando que sus labios se curvaran y continuara con lo suyo.

—Vas a tener más faena de la normal con ella, pero bien lo merece.

—Lo sé, en los dos sentidos. ¡Qué puedo decir! Me va el riesgo y tampoco me quedo atrás.

Me apretó un hombro y se levantó, satisfecho y divertido, al menos esa fue la impresión que me dio su expresión. Entró en la casa y me llevé el botellín de cerveza a los labios, bebiéndome lo que quedaba. Varios minutos después Jana terminó y caminó hacia mí.

—¿Bien? —Separé la silla para que se sentara encima de mis piernas.

—Sí —dijo mientras lo hacía—. Cada vez me siento más activa, mola. —Sonreí.

—Mola, ¿eh?

—No voy a decirte que tenías razón. —Reí.

—¿Tú? ¿Dándomela por las buenas? No lo esperaba, para nada.

—Tampoco te pases que demasiadas veces te la doy. —Me miró de reojo.

—Tengo que decirte algo. —Le froté la espalda.

—¿El qué? —Buscó mis ojos, al variar el tono de voz.

—A última hora de la tarde tengo que irme.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿María, César y Saray están bien? —La última pregunta la hizo casi susurrando, para que Leo no la escuchara.

—Tranquila, no es nada de eso. Todo sigue bien y estable. —Soltó el aire que había retenido—. Hace un rato he estado hablando con Luís, me necesita allí por unos días. No os vais a quedar solos, al saberlo también he hablado con Hernán, Willow y Nico. Vendrán a sustituirme para quedarse con vosotros aquí, Willow se quedará controlando los alrededores.

—Vale. —Hizo una mueca.

—Me vas a echar de menos, ¿eh? Reconócelo. —Sonreí de medio lado.

,—Ni bajo amenaza. —Levantó una ceja.

—¿Estás segura? No digas algo que no puedes cumplir porque sé muchos métodos para sacarte las palabras.

—Y yo sé otros tantos para resistirme y contraatacar.

—Estoy deseando que me los muestres —susurré sobre sus labios, al acercarla a mí por la nuca—. Todo va a ir bien. Leo me ha dicho que en seis días será el juicio, a mí me llevará menos tiempo alejado. No he podido negarme, y Luís no me lo hubiera pedido si no hubiera sido importante. Tengo que coordinar ciertas cosas que están relacionadas con el caso. Va a haber un traslado de prisión y quiero seguir de cerca al desgraciado de Kurt.

—¿Por qué? —Frunció el gesto.

—Porque su abogado lo ha solicitado y lo han aceptado.

—Encima con favoritismos. —Bufó.

—Eso es lo que piensas, pero Luís me ha dejado claro que no será así, incluso que se van a arrepentir del cambio que han pedido. —Le acaricié la nuca para que se relajara, se había puesto en tensión sin darse cuenta.

—Hay mucha gente que está detrás de él y no sabemos a quiénes señalar.

—En cuanto el juicio se celebre tendrá lo que se merece. —Mordisqueé sus labios con los míos.

—Allí estaré junto a ti y Leo —aseguró. Me separé un poco para analizar su expresión.

—¿Quieres estar presente? —Se tomó más tiempo del normal en contestar, pero cuando lo hizo fue con determinación.

—Sí, es lo último que necesito para cerrar una etapa horrible y que supuso demasiado para mí.

—Estoy muy orgulloso de ti —dije antes de besarla como me pedía el cuerpo y necesitaba.

Cuando nos separamos nos quedamos en silencio, abrazados. Al cabo de un tiempo, Leo se unió a nosotros con tres botellines de cerveza. Se lo agradecimos cuando nos dio a cada uno el nuestro. Aproveché para contarle que me iría por la tarde y los nuevos cambios durante unos días, por el motivo que era y todo lo que quiso saber con las preguntas que me hizo. Me lo había callado hasta ese instante para que Jana fuera la primera en saberlo.

—Estaremos bien —comentó Leo.

—Por supuesto —asentí convencido.

Jana sonrió un poco tensa, pero no porque Hernán y Nico iban a quedarse con ellos, sino porque yo me iba. Intentó disimular, pero como a cabezona solo la igualaba o superaba yo… No admitiría lo que le afectaba que lo hiciera.

Sobre la una y media nos pusimos a preparar la comida, coordinándonos cada uno para hacer una tarea. Comimos a la sombra que daba el porche, aprovechando la brisa que hacía, la que era de agradecer porque el aire no era caliente. Después de una sobremesa tranquila y relajada, Leo nos dejó solos, yendo hacia el interior para descansar.

—Vamos a hacer lo mismo. —Me levanté de la silla, ofreciéndole una mano para que la agarrara.

Sin decir nada la aceptó y entramos, dejando la puerta cerrada. Nos metimos en nuestra habitación y nos tumbamos en la cama.

—Cierra los ojos —le pedí al cabo de un rato, viendo que no tenía intención de hacerlo—. Eh.

—Hazlo tú, a ver si te piensas que no sé que apenas duermes por las noches —susurró.

—Estoy bien.

—Ya… Necesitas descansar para hacer los kilómetros que tienes por delante.

—¿Qué te preocupa?

—Todo, Connor.

—Lo de Kurt está controlado —murmuré apretándola a mí, al quedarse callada—. Y si algo se desvía, los chicos no van a dejar que os pase nada, ni tú tampoco a Leo.

—Eso no me preocupa, lo que lo hace es lo del traslado. No me gusta.

—¿Estás así por mí? —Más silencio— Jana, no va a pasarme nada, solo voy a seguir de cerca el itinerario que hagan, junto a varios agentes más. En cuanto la situación vuelva a estar asegurada regresaré rápido.

—¿Luís sabe lo que he hecho? —Se removió entre mis brazos.

—Desde el primer momento en el que hablé con él, después de comprobar la casa de Leo. No tenía por qué mentirle, los dos sabemos que va a cubrirte hasta el final.

—Tengo una excedencia, Connor —susurró.

—Bueno… —Carraspeé.

—¿Qué ha significado eso? —Apoyó la barbilla en mi pecho, con la frente fruncida.

—¿El qué?

—Eso de… —Carraspeó imitándome.

—Se me ha secado la garganta. —Apreté los labios, provocando que se incorporara, quedándose sentada.

—Dímelo —me pidió seria.

—¿Has mirado la cuenta del banco últimamente? Ya te respondo yo, no. —Se extrañó más—. Si lo hubieras hecho sabrías a qué ha venido mi carraspeo.

—No lo entiendo.

—Estás en activo, Jana.

—¿Qué? —Reaccionó con un pequeño grito, con los ojos abiertos al máximo.

—Luís se guardó un as en la manga cuando le dijiste lo de la excedencia.

—¿Cómo? —dijo con un jadeo.

—Se la pediste para un año, él la tramitó por su cuenta para el tiempo mínimo que ya ha cumplido. Tenía la intención de llamarte para que os reunierais, por si te lo habías replanteado y aceptabas regresar, pero entre unas cosas y otras… Si le dices que sí no tendrías que hacer nada más, si te niegas, tramitará otra idéntica, de las mismas características.

—¿Todo este tiempo me he preocupado por estar en la puñetera excedencia y no tenía por qué hacerlo? —Se llevó una mano al pecho. Asentí—. Estoy en activo —susurró sin creérselo.

—Así es, por lo que ninguno de los dos, ni Luís ni yo, teníamos que cubrirte por lo que le hiciste al detenido.

—Y si es como dices, ¿por qué ocultaste el cuchillo que dejé en el despacho de Leo?

—Para retrasar lo máximo posible o evitar que se supiera que habías estado allí, dejándolo solo entre Luís y yo. —Tragó saliva.

—Me ignoró —dijo desconcertada refiriéndose a nuestro jefe, por lo de la duración de la excedencia.

—No. Aceptó lo que necesitabas, pero modificándolo a su favor porque su deseo desde que hablaste con él es que te retractes en cualquier momento. Ven aquí, anda. —Tiré de su brazo y la volví a tumbar sobre mí—. ¿Qué se siente?

—Estoy anonadada, aún no lo he digerido —murmuró—. Ahora mismo no sé si le daría con la mano abierta o me lo comería a besos.

—Pues ya puedes ir haciéndote a la idea, como la de jugar a los polis buenos. Y yo de ti elegiría la segunda opción, no seré yo el que te incite para llevar a cabo la primera. —Apreté los labios, divertido, sin que me viera.

—Manda narices. —Bufó y sonreí.

Durante el largo tiempo que nos quedamos callados no consiguió relajarse, pero no por lo que acababa de descubrir.

—Deja de pensar en lo que puede salir mal y de preocuparte por mí —susurré acariciándole el pelo—. Ya lo hiciste bastante por lo de mi herida y mira el resultado final que tuvo. La tengo cerrada por completo y perfectamente. No quiero irme dejándote así. Cierra los ojos, los chicos ya deben estar a mitad de camino.

—Lo que te lleva de regreso me inquieta —susurró—. Hazlo conmigo, estamos bien —me pidió.

—¿Si me duermo te quedas más tranquila? —Asintió sin mirarme.

Dejé salir el aire despacio y lo hice, me refiero a cerrar los párpados. Se movió levantando la cabeza para asegurarse de que lo hacía. Cuando se quedó conforme se acomodó. Al rato diferencié el cambio en su respiración, en ese instante los abrí sabiendo que se había quedado dormida. Fijé los ojos en el techo, pensativo, y los desvié hacia la ventana que tenía la persiana medio bajada.

✣ ✣ ✣

Dándole un sorbo al café tenía la vista perdida hacia la vegetación que empezaba a unos metros de distancia, pensativo. Hacía media hora que me había levantado de la cama. Había aguantado el máximo de tiempo despierto junto a Jana, descansando, sin poder cerrar los ojos en ningún momento. La última vez que comprobé la hora que era, me separé con cuidado de ella porque Hernán y Nico debían estar cerca. Leo continuaba en su habitación.

Coloqué la taza en la mesa y cogí varias bocanadas de aire, interiorizando la paz que me rodeaba porque no

faltaba mucho para que terminara. Jana no era la única que estaba intranquila, yo también, pero por un motivo diferente. El mío estaba centrado en tener que apartarme de ella, no me gustaba nada porque el no tenerla cerca me inquietaba dada la situación.

Tenía una mezcla de sentimientos demasiados contradictorios. Sabía que con los chicos todo estaría controlado. Willow se mantendría apartada, lejos, pero cerca. El sonido del motor de un coche me hizo levantarme con la vista fija en el camino que llegaba hasta la casa. Me apoyé en uno de los pilares de madera del porche, junto a la escalera, viendo cómo avanzaba.

Sonreí de medio lado en cuanto vi en el interior a Hernán conduciendo, con Nico en el asiento del copiloto. Willow ya habría tomado otra posición.

—¿Todo bien? —les pregunté cuando se acercaron.

—Sí —asintió Hernán, dándome un abrazo.

Lo mismo que hizo Nico, confirmando su afirmación.

—¿Y Jana y el juez? —Quiso saber Hernán.

—Descansado, ahora aviso a Jana.

—Déjala un poco más, no hay prisa —comentó Nico y asentí.

—¿Un café? —les ofrecí.

Aceptaron y les pedí que se acomodaran en el porche mientras yo entraba en la casa para hacerlos. Cuando los tuve, salí con una bandeja y la dejé en el centro de la mesa, uniéndome a ellos.

—¿Tienes pensado irte ya? —fue Nico el que preguntó, por lo que les había adelantado al llamarlos.

—No tardaré mucho.

—Vete tranquilo, estarán bien —habló Hernán.

—¿César y Saray lo tienen controlado? —preguntó Nico.

—Sí, todo en orden —confirmé y los dos asintieron.

—Eh —llamó nuestra atención Jana, desde la puerta.

Sonreí al ver la cara de sueño que tenía, acababa de despertarse. Se acercó a los chicos y se saludaron con abrazos y besos. Leo no tardó mucho en salir y reunirse con todos. Hice las presentaciones y después de tomar un café juntos, decidí que había llegado el momento de alejarme porque cuanto más lo pensara, más me costaría hacerlo.

Me levanté diciéndolo y agarré de una mano a Jana, para que me acompañara dentro de la casa. No iba a llevarme anada, me iba con lo puesto porque tenía la intención de estar de regreso lo más pronto posible, y porque estaría en mi casa. Lo que había comprado para estar esos días fuera, era nuevo y podía prescindir de ello. La llevé a la habitación y dejé la puerta entornada.

—Llámame, ¿vale? —le pedí abrazándola— Da igual la hora que sea y el momento, tendré el móvil activado por si necesitas hablar. —Le di un beso en la cabeza—. Si notas algo raro que te haga ponerte en alerta, por mínimo sea, actúa como sabes— susurré.

—Ten mucho cuidado —murmuró con la mejilla apoyada en mi pecho, haciendo presión con los brazos alrededor de mi cuerpo.

—Lo tengo siempre, haz tú lo mismo. —Sonreí cuando le levanté la barbilla.

Rocé sus labios con los míos. Ese fue el inicio de un beso que empezó con caricias y calmado, pero que enseguida se convirtió en todo lo contrario, dejándonos sin respiración. Apoyé la frente en la suya durante unos segundos y me separé haciendo un gran esfuerzo porque me estaba costando demasiado ir hacia el coche.

Salimos juntos y me despedí de todos, remarcándoles que fueran llamándome, aunque no tuvieran nada nuevo que decirme. Mi último adiós lo di desde el interior del coche con la vista fija en Jana, queriéndole transmitir muchas cosas. Con el motor en marcha eché marcha atrás y giré el volante, cambiando el sentido.

A mitad del camino de tierra asentí al ver a Willow esperándome apoyada en su coche, apartada hacia un lateral. Me desvié un poco para parar cerca y me bajé dejando la puerta abierta.

—¿Bien?

—Sí —confirmó.

—Mantente en alerta, ahora más que nunca.

—Llevo haciéndolo desde que todo saltó por los aires.

—Lo sé —dejé salir un suspiro y la abracé—. Cuídalos —le pedí susurrando.

—Por la cuenta que me trae… Sino tendré que ser yo la que tenga que cuidarme de ti —dijo con humor cuando nos separamos.

—No lo sabes bien. —Sonreí de medio lado, revolviéndole el pelo, haciéndola reír.

—No lo sabes bien. —Sonreí de medio lado, revolviéndole el pelo, haciéndola reír.

Capítulo 33



Jana

—¿No duermes? —Escuché la voz de Nico y giré la cabeza hacia la puerta.

Estaba sentada en las escaleras del porche, iluminada por la poca luz que salía del interior de la casa.

—No tengo sueño, he dormido una buena siesta —le respondí.

Vino hasta mí y se sentó a mi lado.

—Qué paz se respira aquí —dijo mirando hacia la oscuridad.

—Sí.

—Pero aun así, no la sientes. —Giró la cabeza.

—Es difícil dejarse envolver por ella cuando interiormente todo es un caos.

—Me hago una idea —negó.

—Ve a descansar, ya están durmiendo —me referí a Leo y a Hernán.

—Nuestro compañero está entreteniéndose con un juego. Yo también lo estaba haciendo, pero me he cansado de perder. —Hizo una mueca y sonreí.

—¿Willow ha hecho el camino con vosotros?

—No. Hemos salido a la vez, pero desde posiciones diferentes —asentí.

Sacó una cajetilla de cigarros y cogió uno, encendiéndoselo. Mis ojos se quedaron fijos en el color vivo e intenso del naranja de la punta. Observé cómo daba la primera calada e interioricé el olor que me llegó.

—¿Me das uno? —susurré.

—¿Fumas? —Se extrañó.

—No —negué—, pero por uno… Alguna vez lo he hecho. Tu tabaco me ha llamado la atención. Parece diferente, al menos el olor.

—No es de los más comunes, pero a mí me gusta. Es mucho más fuerte que los que probé con anterioridad a conocerlo, me sacia más. Alargo el tiempo de encenderme otro, si no estoy nervioso, claro. ¿Estás segura? No sé, eso dije yo hace años y el uno se convirtió en dos, en tres, en cuatro, hasta que ahora me cuesta horrores dejarlo. —Dudó.

—Podré soportarlo.

—¡Qué narices! Bastante tenemos, toma. —Abrió el paquete para que lo cogiera.

Me lo llevé a los labios y me acerqué a él cuando encendió el mechero. Aspiré interiorizando el sabor que me dejó en la boca y el humo que solté por ella. Bajé la mirada hacia el cigarro, fijando los ojos en él y en la sujeción de mis dedos. Pensativa, me asaltaron las ganas de llamar a Connor para hablar con él y escuchar su voz, pero todavía esperaría un poco más de tiempo.

Cogí una bocanada de aire y miré de reojo a Nico.

—¿Qué? —le pregunté porque me estaba observando.

—Nada, me hace gracia. —Sonrió.

—¿Que fume? —Levanté una ceja.

—Que no hayas tosido con la primera calada. —Rio en tono bajo.

—Ya te he dicho que no es el primero —negué—. ¿Me lo has dado con la intención de que me ahogue?

—No. —Continuó riendo.

—Tienes razón…

—¿En qué?

—Es diferente —confirmé volviendo a llevármelo a los labios.

Nos quedamos en silencio fumándonoslos. Él terminó más pronto y cuando lo hizo, se levantó diciéndome que no tardara mucho en entrar. Asentí siguiéndolo con la mirada hasta la puerta y centré la vista hacia el frente, a la nada porque eso era lo que se veía.

—¿Estás por ahí, Willow? —susurré haciendo un recorrido por toda la zona, sin sentido porque si realmente estaba, sería ella la que estaría viéndome al tener un foco de luz del interior de la casa a la espalda.

Le di las últimas caladas al cigarro con la atención puesta en cómo se consumía y lo apagué. Lo dejé caer en el escalón en el que tenía los pies, pisándolo a conciencia. Me levanté recogiéndolo para entrar rápido. Aseguré la puerta y antes de ir a la habitación puse la colilla debajo del grifo abierto de la cocina. Estaba apagada, pero todavía caliente y quise evitar lo más mínimo. La tiré a la basura, hice una parada rápida en el baño y me encerré, tumbándome en la cama con la luz encendida, sin poder cerrar los párpados.

Imposible hacerlo por todo lo que pasaba por mi mente. Me giré hacia la puerta, abrazando la almohada. Cómo me hubiera gustado que Connor la abriera en ese instante, pero no iba a suceder. En varios días sería lo del traslado de cárceles, algo que continuaba provocándome inquietud y que continuaría haciéndolo hasta que no recibiera una llamada de él diciéndome que todo había salido bien.

Eso, más nuestra situación, la de los que estábamos en la casa, me hizo estar vigilante, por miedo a que en cualquier momento nos viéramos asaltados. Varios golpes me hicieron enfocar la vista en el pomo cuando giró un poco, sin llegar a hacerlo del todo.

—¿Sí? —dije hacia quién fuera, quedándome sentada en la cama.

Sonreí al ver la cabeza de Leo asomarse.

—Pasa. ¿Tú no estabas durmiendo?

—¿Con la mega siesta que me he pegado? —Puso los ojos en blanco, acercándose a mí—. Durante estos días estoy durmiendo más que en muchos años, demasiado tiempo libre.

—¿Te pasa algo?

—Muchas cosas, pero ahora mismo nada.

—Entonces a qué has venido.

—Porque te conozco y sé que no estás bien por la marcha de Connor. ¿Te acuerdas cuando me tumbaba a tu lado cuando no podías dormir después de la falta de tu padre? —asentí tragando saliva— ¿Quieres…? —Señaló la cama.

—Sí, gracias —susurré mientras volvía a tumbarme y él hacía lo mismo.

—Reconozco que yo también lo necesitaba —murmuró—. El miedo es una carga demasiado pesada.

Le agarré de una mano, haciendo presión.

—Estoy contigo —hablé en tono muy bajo.

—Lo sé, hija, por esa parte es por la única que estoy tranquilo —soltó un suspiro—. Venga, vamos a cerrar los ojos a la vez y no vale abrirlos, como hacíamos años atrás. —Se puso de lado y lo imité.

—¿Ni un poquito?

—Ya sabes lo que recibirás. —Sonrió con cariño.

—¿Una colleja?

—Ajá, veo que no se te has olvidado de aquellos tiempos. —Reímos en tono bajo mientras él apagaba la luz.

Hicimos el mismo ritual que cuando me acompañaba por las noches después de la muerte de mi padre. Contamos hasta diez y cerramos los ojos a la vez, sin soltarnos de la mano, notando nuestras presencias al lado. Me dio bastante paz el sentirlo, lo que me trajo a la memoria muchos recuerdos, todos en los que tanto María como él estuvieron muy pendientes de mí en la peor época de mi vida, a pesar del dolor que soportaban ellos, por la amistad y el amor que los unió a mi padre.

Y surtió efecto, al obligarme a mantener los párpados cerrados, escuchando la respiración pausada de Leo, junto a contacto que teníamos, no fui consciente de en qué momento me dormí, pero lo hice.

✣ ✣ ✣

—¿Eh? ¿Dónde vas? —me preguntó Hernán.

—A estirar las piernas, desde esta mañana no me he movido.

Miró hacia el interior de la casa, yo acababa de bajar las escaleras del porche y él se mantenía en el marco de la puerta.

—No necesito compañía, prefiero que te quedes aquí —dije.

—Vale, pero no te vaya muy lejos, está anocheciendo —me pidió.

—Tranquilo. —Me levanté la camiseta dejando ver el arma.

Asintió conforme y me dijo adiós con una mano. Le di la espalda a la casa y empecé a caminar separándome del camino de tierra, observando todo lo que nos rodeaba. Cuando llegué a la arboleda y me adentré en ella, me paré junto a un árbol, llevando la vista hacia la casa.

Connor se fue la tarde anterior y ya eran las casi las nueve de la noche del día siguiente, echaba demasiado de menos su presencia. Al despertarme por la mañana junto a Leo nos habíamos levantado para desayunar y había aprovechado para contarle el giro que había dado mi vida, en lo profesional.

Su cara se iluminó al escucharme, satisfecho por la jugada de mi jefe y de Connor, porque según él, aunque yo no lo supiera ni Connor me lo hubiera dicho, estaba seguro de que había tenido que ver con mi estado activo. Hablamos con calma los dos solos porque Hernán y Nico salieron de la casa cuando hacíamos los cafés para inspeccionar los alrededores.

Al terminar me entretuve haciendo deporte bajo la atenta mirada de Leo. Necesitaba continuar activando los músculos y no perder la fuerza que había cogido, aumentándola al incrementar el esfuerzo correlativamente. Si sucedía algo no quería sentirme como lo hice cuando pasó lo de María. Al final de ese día el agotamiento me pasó factura, uno que intenté disimular y que quería evitar a toda costa.

Dejé los pensamientos a un lado y llevé los ojos hacia las ventanas de las que salía luz. Las persianas estaban a medio bajar, impidiendo ver bien el interior. Volví a caminar siguiendo una línea paralela para no perder la casa de vista. Mis pies se pararon y mi cuerpo giró en el instante en el que escuché un pequeño sonido.

Observé hacia todos los lados, mientras levantaba la camiseta y agarraba la empuñadura del arma, poniendo todos mis sentidos en alerta, identificando la zona aproximada de donde había venido. Un sonido parecido al del canto de un pájaro me hizo soltar un suspiro y relajarme al instante, relacionándolo con Willow. Curvé los labios levantando la cabeza, mirando hacia la copa de los árboles porque ahí estaba.

De un salto se dejó caer casi en frente de mí, quedándose a mis pies. Cuando se incorporó lo hizo con una sonrisa de medio lado.

—Eres una monita —negué acercándome a ella, para abrazarla.

—Díselo a mi madre, todavía le dura el trauma de verme siempre trepar a los árboles y de colgarme por las ramas —dijo divertida, apretándome a ella—. ¿Cómo estás? —Quiso saber cuándo nos separamos.

—Bien, teniendo en cuenta la situación —asintió—. ¿Y tú?

—En mi línea. —Se encogió de hombros—. Necesito que estés muy atenta, Jana.

—A partir de ahora iré mirando hacia… —Levanté un dedo señalando desde donde me había estado observando —. Pero, a lo que te refieres, lo estoy y de qué manera —le confirmé y analizó mi expresión, hasta que asintió despacio.

Sobraron más palabras entre nosotras, nos entendimos perfectamente.

—Regresa ya, yo me encargo del perímetro.

—Necesitaba alejarme un poco para que me diera el aire, sin escuchar voces a mi alrededor —me justifiqué.

—Normal, demasiada testosterona junta, ¿no? ¿O será por qué te falta la que más marca la diferencia? —Hice una mueca con la que sonrió, eligiendo la opción correcta.

—¿Sabes algo de Connor? Esta mañana he hablado con él, pero no he querido llamarlo más para no molestarlo, sabiendo que estará liado.

—Hará una hora que nos hemos escrito. Todo va bien y según el plan.

—Vale —dejé salir un suspiro.

Nos despedimos con otro abrazo y empecé a caminar. Cuando recorrí unos pasos escuché otro ruido y me giré hacia ella, pero ya no estaba. Sonreí negando, llevando la vista hacia arriba. Había vuelto a subir al árbol y no era visible, en el que no se mantendría mucho tiempo, solo hasta que dejara de verme para ir acercándose a la casa.

Salí de la arboleda recorriendo la distancia por la explanada, localizando a Nico sentado en las escaleras del porche, fumándose un cigarro. Sus ojos se dirigieron a mí.

—Voy a darme una ducha —dije cuando me paré frente a él.

—Vale, cuando salgas cenamos —comentó asintiendo, gesto que imité.

Entré y saludé sin pararme a Hernán y a Leo que estaban sentados en el sofá, yendo directa a la habitación. Cogí todo lo que necesitaba y fui al baño, encerrándome a él. Me quité la camiseta quedándome en sujetador, viendo mi imagen en el espejo, centrando la atención en el arma que estaba en la funda.

La palpé antes de deshacerme de ella, dejándola al lado del lavamanos. Me recorrió como una especie de electricidad en la palma de la mano que me subió por el brazo, una que conocía muy bien. Llevé la vista rápido al espejo, apretando la mandíbula, en tensión, porque esa sensación solo me ocurría en ocasiones muy concretas, las

que terminaban conmigo en acción, con la adrenalina por las nubes y apretando el gatillo.

—¿Cuándo será? —susurré dejando salir el aire despacio, porque si algo tenía claro es que tanta calma no era normal.

Sí, nos habíamos escondido y protegido. Sí, los kilómetros eran muchos. Como también era cierto que Leo y yo en ningún momento habíamos salido de la casa, me refiero para ir al pueblo. Pero la situación era muy delicada porque cierta persona no se daría por vencida, echando mano a todos los medios de los que todavía disponía para llevar a cabo su cometido: eliminar a Leo o dejarlo fuera de juego. Y si podía llevarme junto a él, sería un dos por uno… Por desgracia tenía muchos recursos fuera de la cárcel y a muchas personas que, por miedo a las consecuencias, actuaban según la conveniencia de Kurt.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón de deporte y entré en la aplicación de mensajes, localizando la conversación de César.

Jana: *¿Todo va bien?*

No solíamos ponernos en contacto desde que él y Saray estaban con María, siguiendo el protocolo de seguridad. Pero tuve la necesidad de recibir por su parte, aunque fuera una afirmación escueta, que fue lo que me contestó, añadiendo un poco más de texto.

César: *Sí. No bajes la guardia, sé que Connor os ha dejado solos.*

Jana: *Tranquilo, tengo los ojos bien abiertos.*

Coloqué en un mueble el teléfono porque sabía que no iba a volver a escribirme. Terminé de desnudarme y me metí en la ducha, abriendo el grifo y dejando que el agua me cayera sobre la cabeza, con la vista fija en las baldosas de enfrente, sintiendo la anticipación recorrerme.

Ni idea cuándo llegaría, ni en qué momento sería, pero tenía muy claro cómo reaccionaría, sacando hacia fuera toda la rabia que sentía y estaba acumulando porque algo en mi cabeza había hecho clic.

que terminaban conmigo en acción, con la adrenalina por las nubes y apretando el gatillo.

—¿Cuándo será? —susurré dejando salir el aire despacio, porque si algo tenía claro es que tanta calma no era normal.

Sí, nos habíamos escondido y protegido. Sí, los kilómetros eran muchos. Como también era cierto que Leo y yo en ningún momento habíamos salido de la casa, me refiero para ir al pueblo. Pero la situación era muy delicada porque cierta persona no se daría por vencida, echando mano a todos los medios de los que todavía disponía para llevar a cabo su cometido: eliminar a Leo o dejarlo fuera de juego. Y si podía llevarme junto a él, sería un dos por uno… Por desgracia tenía muchos recursos fuera de la cárcel y a muchas personas que, por miedo a las consecuencias, actuaban según la conveniencia de Kurt.

Saqué el móvil del bolsillo del pantalón de deporte y entré en la aplicación de mensajes, localizando la conversación de César.

Jana: *¿Todo va bien?*

No solíamos ponernos en contacto desde que él y Saray estaban con María, siguiendo el protocolo de seguridad. Pero tuve la necesidad de recibir por su parte, aunque fuera una afirmación escueta, que fue lo que me contestó, añadiendo un poco más de texto.

César: *Sí. No bajes la guardia, sé que Connor os ha dejado solos.*

Jana: *Tranquilo, tengo los ojos bien abiertos.*

Coloqué en un mueble el teléfono porque sabía que no iba a volver a escribirme. Terminé de desnudarme y me metí en la ducha, abriendo el grifo y dejando que el agua me cayera sobre la cabeza, con la vista fija en las baldosas de enfrente, sintiendo la anticipación recorrerme.

Ni idea cuándo llegaría, ni en qué momento sería, pero tenía muy claro cómo reaccionaría, sacando hacia fuera toda la rabia que sentía y estaba acumulando porque algo en mi cabeza había hecho clic.

Capítulo 34



Miré la hora en el móvil, había dejado de contar cuántas veces lo había hecho. Eran las seis y cuarto de la mañana Giré la cabeza hacia Leo. Estaba dormido, algo que no había conseguido hacer yo, a pesar de que al acostarnos le hice creer que sí. Me incorporé despacio de la cama, quedándome unos minutos sentada.

Lo más silenciosa posible me bajé y me acerqué a la ventana, agachándome para ver por el pequeño espacio que había entre la persiana y el marco inferior, observando el exterior de la parte a la que daba. El cielo empezaba a esclarecerse, faltaba poco para que amaneciera. Me separé y fui hacia la mesita de noche para coger el móvil y la funda con el arma, al igual que hice con la ropa cómoda que elegí la noche anterior, agarrándola de una silla.

Salí al pasillo con todo, cerrando con cuidado tras de mí. Llevé la vista hacia las otras puertas. La que había utilizado Leo, hasta hacía poco, estaba abierta de par en par, al igual que la de Nico; y la de Hernán estaba a medio cerrar, como solían dejarlas los dos. Caminé sin hacer ruido hacia la del baño, que era la última, y entré para vestirme. Lo hice rápido, calzándome las deportivas que siempre dejaba en una estantería de madera. Después de peinarme, recogerme el pelo y lavarme la cara, me coloqué la funda del arma sobre la piel y por unos segundos miré mi imagen en el espejo.

Sin demorarme más fui hacia la cocina y encendí la cafetera. Esperando a que se calentara me asomé por la ventana que daba a la parte delantera, viendo la calma de cada día. Me hice el café con leche y desbloqueé la puerta principal para tomármelo fuera.

Apoyando el hombro en uno de los pilares del porche, al inicio de la escalera, me acerqué la taza a los labios. Los ojos se me fueron hacia las colillas que se habían acumulado en uno de los escalones, señal de que Nico había estado más despierto que dormido esa noche. Cuando eso sucedía, las recogía al día siguiente. Lo había escuchad moverse, entrando y saliendo.

Por unos segundos no pude apartar los ojos de ellas, hasta que levanté la vista al escuchar el sonido característico de Willow, imitando a un pájaro. Hice un recorrido por todo lo que tenía delante, directamente por la arboleda qu quedaba a varios metros de distancia. No la vi, ni lo haría a no ser que ella quisiera, pero me tranquilizó saber que estaba en algún lugar oculta y me observaba. Si no hubiera estado sola no habría llamado mi atención.

Asentí despacio, marcando el movimiento para que me viera hacerlo. Le di varios sorbos al café y me centré en el móvil, al sentir la vibración de la entrada de un mensaje. Fruncí el gesto separándome del apoyo del pilar y accedí

rápido a él. Al leer el texto largo, la leche se me agrió al instante, revolviéndome el estómago.

César: *Nos han sorprendido esta madrugada, pero estamos bien. Hemos conseguido escapar y ponernos en movimiento hacia otro punto seguro, alejados del que estábamos. Hasta ahora no he podido tomarme un tiempo para avisarte, he parado a repostar. Saray se ha lastimado una pierna, pero no es grave, camina por sí misma. María continúa con nosotros, bien y protegida. Lo nuestro solo ha sido el principio, ves sacando a la Jana que todos conocemos si no quieres que me dé un infarto.*

—Joder… —susurré dejando la taza en la barandilla, bajando los escalones, nerviosa.

Me alejé de la casa, sin poder parar de moverme, llevándome el teléfono al oído.

—Dime que es verdad que estáis bien —le pedí a César en cuanto descolgó.

—Sí. ¿Y vosotros?

—Aquí todo sigue en calma —susurré.

—Jana…

—Lo sé. —Cogí una bocanada de aire—. Estoy preparada.

—Vale. —Noté su alivio—. He intentado contactar con Connor, pero no he podido hablar con él.

—¿Sabes qué día exacto era el traslado de cárceles? —Me pasé la mano por el pelo, cada vez más intranquila.

—Hoy. De hecho, ya debe haberse llevado a cabo porque según mi información, estaba programado desde bien temprano para que no hubiera mucho movimiento de coches y personas.

—Mierda.

—Todo habrá ido bien.

—¿Sí? César, es demasiada puñetera casualidad que lo vuestro haya coincidido con el movimiento de Kurt. Joder —Enfoqué la vista en la casa.

—He llegado a la misma conclusión.

—¿Y? —lo animé a que continuara, para oír de su voz mi propio pensamiento, el que no podía apartar de la cabeza.

—Que el día es muy largo y tengo el presentimiento de que va a suceder algo más.

—¿Ya has salido de la gasolinera? —Tragué saliva.

—No. He llenado el depósito, pero me he quedado apartado para atender tu llamada, para que no saltara el manos libre —asentí pensando en María y en lo nerviosa que debía estar, como había hecho mi amigo.

—Vale. Ponte en marcha y por favor, envíame un mensaje rápido cuando estéis a salvo.

—Lo haré.

Nos quedamos en silencio, sin querer colgar ninguno de los dos.

—Voy a llamar a Connor.

—Yo volveré a intentarlo dentro de rato, pero si tienes más suerte que yo hasta ahora, dile lo que nos ha sucedido —me pidió.

—Será lo primero que haga. Cuidaros mucho. —Bajé la vista hacia la hierba.

Tuvimos que cortar la llamada y me giré cuando escuché varias veces, repetitivo, el sonido de Willow. Habría visto perfectamente mi reacción. Solté un suspiro, miré otra vez hacia la casa y le pedí con un gesto que esperara. Caminé rápido hacia el interior, sigilosa y entré en la habitación de Hernán, directamente y sin avisar.

Lo encontré apoyado en el cabezal y se incorporó, sin decir nada porque le pedí silencio poniéndome un dedo sobre los labios.

—Leo está durmiendo —susurré justificándome. Asintió—. Han atacado a César y Saray.

—¿Qué dices? —murmuró arrastrándose por la cama.

—Tranquilo, han conseguido escapar y se están moviendo hasta otro punto seguro. Voy a llamar a Connor ahora, César no ha podido dar con él. Quédate en alerta, voy a encontrarme con Willow.

.

—Vale —asintió poniéndose de pie.

Salí como había entrado, con Hernán siguiéndome. Antes de ir al salón fui hacia la puerta de Nico, era la siguiente. Lo vi tumbado en la cama, durmiendo por la noche en vela que había tenido. Me alejé y traspasé la entrada de la casa después de asentirle a Hernán, que miraba por la cristalera del salón. Caminé ligera y enseguida localicé a Willow entre los árboles. Corrí la poca distancia que nos separaba, llegando junto a ella.

—¿Qué pasa? —Quiso saber.

Acelerada le expliqué lo que había sucedido y el cabreo en su expresión fue evidente, idéntico al que debía mostrar la mía.

—He alertado a Hernán, necesitamos hablar con Connor.

—Inténtalo —me pidió impaciente.

Marqué su número, pero los tonos sonaron sin que descolgara.

—Mierda. —Empecé a dar vueltas, haciendo otro intento.

Cuatro en total, esas fueron las veces que lo llamé con el mismo resultado. Negué hacia Willow, descompuesta porque se me estaban pasando por la cabeza muchas imágenes, a cuál peor.

—Voy a probar con Luís. Quizás está con él o, al menos, informado de algo —dijo y asentí, frotando una mano en la ropa—. Luís, ¿sabes algo de Connor? Estamos intentado hablar con él, pero no hay forma —dijo y dejé salir el aire despacio porque había contestado—. Sí, Jana también acaba de hablar con César. Ajá, vale. De acuerdo. —Colgó.

—¿Qué? —pregunté ansiosa.

—César lo ha llamado después de hablar contigo, para ponerlo al corriente —asentí—. Me ha pedido que estemos muy en alerta. Jana…

—¿Y de Connor? ¿No te ha dicho nada? —la interrumpí y negó, con el gesto contraído.

—Solo ha hecho referencia a que ha tenido que salir corriendo de la central porque han adelantado la hora del traslado, sin avisar con antelación.

—¿Y ya está? ¿Nada más?

—Es lo que me ha comentado —susurró preocupada también.

—Joder. —Me guardé el móvil con una mala leche monumental, agarrándome la nuca con las manos—. Necesito pensar —murmuré empezando a moverme otra vez.

—¿Qué quieres hacer? —Se acercó a mí.

—Irme. —Lo tuve claro—. Si han localizado a César y a Saray, y hasta ahora no habían dado indicios de que

sabían dónde estaban… ¿Quién nos dice que de un momento a otro no aparecen por aquí para rematar lo que han empezado? —Apreté la mandíbula—. Estaban esperando a este día en concreto. No voy a arriesgarme con lo que tenemos dentro de la casa, prefiero desconcertar y dar un paso hacia delante, trastocando los jodidos planes que tengan. —Vi su aprobación por anticipado.

—Os seguiré de cerca. Hasta que os mováis me mantendré oculta.

Asentí y corrí entre los árboles hasta que salí de la vegetación, después intenté regularizar la respiración y caminé como si no sucediera nada. Atenta a todos los sonidos centré la vista en la casa. Al poner un pie en el primer escalón del porche me recorrió un escalofrío. Llevé la vista alrededor, no había nada diferente, pero aun así…

Centré la vista en la puerta y subí con las pulsaciones aceleradas, sintiendo el inicio de la adrenalina apoderarse de mí. La empujé despacio con la mano izquierda, al mismo tiempo que colocaba la derecha sobre la empuñadura de arma. Abrí y recorrí el salón y la cocina con la vista, los que estaban en el mismo espacio, separados hacia lados opuestos.

Sigilosa, saqué el arma sintiendo a mi corazón bombear con fuerza. No había rastro de Hernán y no se hubiera movido del salón, que era donde lo había dejado al salir de la casa, a no ser que tuviera un motivo muy importante para hacerlo. Seguiría comprobando el exterior y más después de alertarlo, sabiendo que Willow y yo estábamos fuera.

Me acerqué a la pared que daba al pasillo y me apoyé en ella, asomándome hacia él. Las únicas puertas que estaban cerradas eran la mía, donde se encontraba Leo, y la del baño. Levanté el brazo dirigiendo el cañón hacia delante y empecé a caminar, directa a la habitación de Hernán que era la primera. Cuando quedé frente a ella comprobé que estaba vacía y seguí avanzando.

Al lado de la mía, sin perder de vista la de Nico, contuve la respiración al escuchar el sonido característico de motores desde la parte trasera. Llegaba lejano, por lo que calculé el tiempo aproximado que tenía para llevar a cabo lo que necesitaba hacer. Giré el pomo sin perder tiempo y abrí de golpe, apuntando hacia delante. Me tragué un jadeo al ver el cuerpo de Hernán tirado en el suelo, Leo no estaba.

Corrí hasta él y lo giré al estar de espaldas. Lo zarandeé con cuidado para que reaccionara, pero no abrió los ojos. Tenía una herida en el pecho. Nerviosa y con los ojos aguados, le toqué el cuello buscándole el pulso. Dejé salir el aire despacio cuando lo encontré, débil, pero ahí estaba.

—Hernán —susurré inclinada hacia su cara—. ¿Me oyes?

En ese instante entreabrió los ojos y murmuró unas palabras descoordinadas y débiles.

—Dos. Silenciador. Leo. Corre —me aclaró el motivo por el que no me había alertado el disparo.

—Vendré a por ti. —Le acaricié el pelo cuando sus párpados volvieron a cerrarse.

Por unos instantes, muy pocos, su visión y la de la sangre que salía de su cuerpo me dejaron paralizada. Pero como digo, fueron milésimas de segundos porque no tuve más remedio que activarme, para encontrar a Leo y sacarlo de allí cuanto antes, pidiendo ayuda. Bloqueé la tristeza, la pena, el miedo y la ansiedad, y busqué la llave del coche, la que me guardé en un bolsillo. Fui hacia la puerta y me apoyé cerca del marco, cerrando los ojos ante de salir al pasillo, apuntando hacia los dos lados cuando lo hice. El silencio que había erizaba la piel.

Sin apartar la dirección del arma de la puerta de Nico, llegué frente a ella. En ese instante se presionaba el hombro izquierdo y se levantaba del suelo, con expresión de desconcierto.

—Jana, nos han atacado. —Fueron sus palabras.

Corrí hacia él, haciendo un pequeño esprint, pero no impulsada por la necesidad de ayudarlo. Mi puño impactó en su jodida cara. Al no esperárselo, porque dio por hecho que mi reacción era de preocupación y que continuaba tragándome su papel en toda la situación, su cuerpo se desplazó hacia atrás y cayó sobre la cama.

—¿Dónde mierda has metido a Leo? ¿Se lo ha llevado alguien? —siseé apuntándolo con rabia.

—¿Qué…? ¿Qué mierda haces?

—Te delataste tú solo, desgraciado. —Presioné un poco el gatillo, con unas ganas inmensas de hacerlo del todo.

—Jana, que nos han atacado, como a César y Saray.

—¿Sí? ¿Y cómo narices sabes eso? Y ni se te ocurra decirme que por Hernán, porque no te creeré. —Entrecerré los ojos, nerviosa y atacada de los nervios al escuchar el sonido de los motores cada vez más cerca. Aún hay tiempo, me dije.

—¿No lo escuchas? Han venido —continuó.

—Eres un imbécil. ¿Dónde está Leo? No voy a volver a repetirlo.

Haciendo un movimiento rápido giró en la cama y salió de ella, dándome una patada en el abdomen que me desplazó hacia atrás. Se lanzó al suelo y cuando se levantó y yo me recompuse, las armas de cada uno apuntaron a nuestros cuerpos.

—¿Cómo cojones lo has sabido? —Quiso saber y pareció descolocado.

—Por la mierda que fumas —siseé—. Como bien remarcaste y yo también, cuando te pedí uno, el olor es muy diferente al resto. —Frunció el gesto e hice una pausa tomándome unos segundos para pensar mi siguiente

movimiento—. Lo reconocí de la casa de Leo, cuando la asaltó al que acompañaste. Tuviste que darte mucha prisa para aparentar normalidad —siseé—. No caí hasta que volví a olerlo. En esa casa nadie fuma, pero por lo que me encontré y mi situación, ese detalle se quedó escondido en mi memoria.

»Cuando te encendiste el puñetero cigarro en el porche y lo olí, lo supe. Por eso te pedí uno, para interiorizarlo y terminar de asegurarme. Eras un buen policía, no entiendo cómo has podido caer en esta mierda, pero tampoco me importa ni lo más mínimo. Has dejado malherido a Hernán y quiero saber dónde narices has metido a Leo. Lo voy a encontrar de todas maneras una vez que me deshaga de ti.

—Estás demasiado convencida de que lo vas a hacer y por si no te has dado cuenta, los dos estamos en desventaja —Apretó la mandíbula.

—Quizás sí, o… no.

Me agaché rápido y estiré una pierna, llevándola a las suyas. El golpe provocó que se desestabilizara y perdiera el control unos instantes, los que me sirvieron para volverlo a atacar. Forcejeamos, nos golpeamos y en medio de no querer darnos por vencidos, tuve la oportunidad de ganar.

Sucedió en cuestión de segundos, justo en el un instante en el que, por un empujón que me dio, mi cuerpo se desestabilizó y cayó hacia atrás, mientras él se retiraba la sangre del labio. Moví el brazo rápido y antes de que mi espalda chocara con el suelo le disparé, provocando que el ruido retumbara a nuestro alrededor.

Sus ojos se agrandaron, bajándolos hacia el abdomen que era donde había impactado la bala.

—No me hagas volver a apretar el gatillo —dije sin moverme, apuntándolo desde abajo.

—Mi hermano murió en el primer asalto a la organización, Jana —murmuró mientras se dejaba caer de rodillas, paralizándome—. Se encontraba dentro de la casa que asaltasteis tú y tu equipo —continuó con los ojos desenfocados—. Era más pequeño que yo y se metió en muchos líos. Cuando me enteré me volví loco, pero ya no había nada que hacer, estaba hasta el cuello de problemas y les debía demasiados favores, unos que no murieron con él.

»El jefe de la organización me puso contra las cuerdas, por eso he tenido que hacer varios trabajos para ellos. —Tragó saliva—. No sé dónde están mi madre y mi hermana desde hace meses, las hicieron desaparecer para que les obedeciera. Me prometieron que las soltarían sin hacerles daño cuando yo hiciera unos pequeños ajustes en lo que querían llevar a cabo. Supuestamente tenía que ayudarlos en cosas fáciles, una ayuda que fue mi sentencia porque me he visto forzado, sin poderme oponer.

No pude evitar mirarlo con tristeza mientras me incorporaba, una muy grande. Me acerqué a él con los ojos aguados y lo ayudé para que su cuerpo quedase tumbado.

—Yo solo tenía que estar presente en algunos escenarios. En la casa del juez no debía haber nadie, así me lo aseguraron diciéndome que sería rápido. Tenía que estar vacía. Lo único que hice fue darle acceso al delincuente al interior, para que buscara unos papeles con los que saldría como si no hubiera pasado nada.

»Lo hice, le abrí la puerta sin levantar sospechas y me fui rápido —continuó—. Pero sí, estaba fumando en el instante en el que la pisé —dijo con la vista enfocada en el techo, mientras varias lágrimas salían de sus ojos—. No he sido yo quien ha disparado a Hernán.

—¿Cómo? —Me agaché más.

—Unos han entrado de improvisto por la parte trasera. El primero se ha encarado a mí, el otro ha ido en busca de Leo, pero se ha encontrado a Hernán. Cuando he abierto los ojos ya salían corriendo por la parte de atrás, directos hacia el bosque porque saben que no estamos solos y como venían más… Vete. No han sacado a Leo de aquí y si no lo has visto, es porque a Hernán le habrá dado tiempo a quitarlo de en medio. Solo hay una posibilidad: el baño —susurró con expresión de dolor.

—Hazte el muerto cuando aparezcan. Mírame. —Le giré la cara, agarrándosela con las manos—. No vas a morir, no he disparado para eso. La herida que te he hecho es limpia, como la que has recibido en el hombro. Sabía a qué zona apuntar, ¿vale? —asintió llorando más—. Te ayudaremos, no tendrás que enfrentar una acusación tan grande por lo que me has contado. Aparte estás colaborando ahora y has intentado proteger a Hernán y Leo.

—De lo de César y Saray me enteré anoche por casualidad —susurró—. Vete —repitió cerrando los ojos.

—Por eso no has podido dormir… Mantente así, ni respires cuando ocupen la casa —le pedí levantándome de golpe.

Corrí hasta el baño y me encontré con Leo nervioso y ansioso. Nos abrazamos y lo cogí de una mano, saliendo disparados de la casa. Antes de hacerlo comprobé que la parte delantera estaba despajada. Corrimos hasta el coche y ya en el interior, la preocupación por Willow hizo que le enviara un mensaje rápido. Deseé con todas las fuerzas que se hubiera mantenido oculta para que los que se habían adentrado en el bosque, no la hubieran podido localizar. Quise aferrarme a la idea de que, desde sus escondites, estaba viéndonos huir. Y Hernán… Tragué saliva arrancando y aceleré marcha atrás en cuanto varios hombres salieron del interior de la casa, al haber accedido de la misma forma que los anteriores, por el acceso trasero.

Giré el volante rápido y le grité a Leo que se agachara cuando empezaron a dispararnos. Aceleré por el camino de tierra, con la necesidad de llegar hasta la carretera asfaltada y tomar distancia, porque solo había ganado un poco de tiempo. No tardaríamos en tenerlos detrás de nosotros.

»Lo hice, le abrí la puerta sin levantar sospechas y me fui rápido —continuó—. Pero sí, estaba fumando en el instante en el que la pisé —dijo con la vista enfocada en el techo, mientras varias lágrimas salían de sus ojos—. No he sido yo quien ha disparado a Hernán.

—¿Cómo? —Me agaché más.

—Unos han entrado de improvisto por la parte trasera. El primero se ha encarado a mí, el otro ha ido en busca de Leo, pero se ha encontrado a Hernán. Cuando he abierto los ojos ya salían corriendo por la parte de atrás, directos hacia el bosque porque saben que no estamos solos y como venían más… Vete. No han sacado a Leo de aquí y si no lo has visto, es porque a Hernán le habrá dado tiempo a quitarlo de en medio. Solo hay una posibilidad: el baño —susurró con expresión de dolor.

—Hazte el muerto cuando aparezcan. Mírame. —Le giré la cara, agarrándosela con las manos—. No vas a morir, no he disparado para eso. La herida que te he hecho es limpia, como la que has recibido en el hombro. Sabía a qué zona apuntar, ¿vale? —asintió llorando más—. Te ayudaremos, no tendrás que enfrentar una acusación tan grande por lo que me has contado. Aparte estás colaborando ahora y has intentado proteger a Hernán y Leo.

—De lo de César y Saray me enteré anoche por casualidad —susurró—. Vete —repitió cerrando los ojos.

—Por eso no has podido dormir… Mantente así, ni respires cuando ocupen la casa —le pedí levantándome de golpe.

Corrí hasta el baño y me encontré con Leo nervioso y ansioso. Nos abrazamos y lo cogí de una mano, saliendo disparados de la casa. Antes de hacerlo comprobé que la parte delantera estaba despajada. Corrimos hasta el coche y ya en el interior, la preocupación por Willow hizo que le enviara un mensaje rápido. Deseé con todas las fuerzas que se hubiera mantenido oculta para que los que se habían adentrado en el bosque, no la hubieran podido localizar. Quise aferrarme a la idea de que, desde sus escondites, estaba viéndonos huir. Y Hernán… Tragué saliva arrancando y aceleré marcha atrás en cuanto varios hombres salieron del interior de la casa, al haber accedido de la misma forma que los anteriores, por el acceso trasero.

Giré el volante rápido y le grité a Leo que se agachara cuando empezaron a dispararnos. Aceleré por el camino de tierra, con la necesidad de llegar hasta la carretera asfaltada y tomar distancia, porque solo había ganado un poco de tiempo. No tardaríamos en tenerlos detrás de nosotros.

Capítulo 35



Connor

Apoyado en el capó del coche, vi cómo de dentro del furgón sacaban a Kurt y lo agarraban para llevarlo hacia el interior de la nueva prisión. Todo había salido bien, sin ningún sobresalto ni nada que nos hubiera hecho actuar. Eso sin contar el adelanto precipitado que me había hecho salir corriendo de la central, dejando el móvil atrás, olvidado entre los papeles de mi mesa.

Cuando Luís se había acercado a mí y me lo había dicho en medio del pasillo, al comprobar que no iba a llegar, le había comentado que lo mantendría informado mientras me lanzaba a las escaleras. Informado una mierda, porque estaba aislado por completo, al menos hasta que regresara a la central. En ese instante no me acordé de comprobar si tenía el teléfono encima.

Esperé unos largos minutos sin moverme, después de seguir con la vista al furgón vacío que se alejó de la cárcel. Me separé del coche y me monté, dispuesto a llegar cuanto antes para hablar con Luís y para largarme, dirigiéndome hacia Jana y el resto. Casi media hora más tarde, la puerta del ascensor se abrió delante de mis ojos y salí en la planta en la que trabajaba.

Lo primero que hice fue ir hacia mi mesa, para coger el móvil y despreocuparme de todo lo demás cuando saliera del despacho del jefe. Cuando lo tuve en las manos y activé la pantalla, me entró de todo por el cuerpo. Llamadas perdidas de César, de Jana, de Luís… Muchas de todos.

—Connor… —Escuché la voz del último que he mencionado y me giré rápido hacia él.

—¿Qué mierda ha pasado en el tiempo que he estado fuera? —Quise saber con necesidad.

—Vamos a mi despacho. —Me dio la espalda y lo seguí, volviendo a mirar la pantalla con las notificaciones.

Entramos y una vez solos, volví a preguntarle, intranquilo.

—Luís… ¿Qué sucede?

—César te ha llamado varias veces y yo otras tantas —comentó sentándose en el filo de la mesa.

—Con la modificación del horario y la prisa que he tenido que darme, se me ha olvidado llevármelo. —Levanté e teléfono—. De Jana también tengo.

—Me lo imagino, he hablado con Willow hace poco.

—¿Y? Joder, dímelo ya. —Me alteré dando un paso hacia él, a punto de perder el control como nunca me había sucedido.

—Esta madrugada, un poco antes de la hora que ha sido el traslado, han atacado a César y Saray.

—No me jodas. —Me pasé una mano por el pelo—. ¿Están todos bien?

—Sí, tranquilízate. Han escapado con la mujer de juez, sana y salva. No hay nada que lamentar, van de camino a otro lugar seguro.

—Vale —dejé salir un suspiro, presionándome la frente—. ¿Qué te ha dicho Willow?

—Solo quería informarse de lo que estaba sucediendo y del porqué no atendías al teléfono. Yo no he caído en mirar en tu mesa. Nada más irte he tenido una reunión urgente y después entre los unos y los otros… —asentí.

—Voy a llamar primero a Jana —susurré porque era de la única que no podía decirme nada.

Lo hice, cada vez más alterado al ver pasar el tiempo sin que descolgara. Cuando se cortó volví a intentarlo, moviéndome delante de Luís, el que se había incorporado y me observaba preocupado.

—Jana —dije cuando descolgó.

—Connor, ¡nos han atacado! —dijo alterada.

—Joder, ¿qué ha sucedido? ¿La situación está controlada?

—No hay una mierda controlado —gritó, por lo que Luís me pidió que pusiera el altavoz mientras yo sentía la sangre hervir.

—Intenta tranquilizarte. ¿Dónde estás ahora?

—Conduciendo, con Leo a mi lado. Y no me digas que me calme, han herido de gravedad a Hernán y he tenido que dejarlo atrás, desangrándose y con una bala en el pecho. Me he enfrentado a Nico y le he disparado, y no sé dónde narices está Willow porque los primeros que han asaltado la casa han ido hacia el bosque, donde estaba

ella.

»Le he enviado un mensaje y todavía no tengo respuesta. No, una mierda voy a calmarme porque encima tengo un puñetero coche detrás, siguiéndonos. Al menos es el que controlo, no sé si hay alguno más —volvió a gritar.

Luís y yo nos quedamos más blancos que la pared. Me giré hacia la puerta rápido y la abrí de la misma forma, empezando a correr.

—¡Connor! —Alzó la voz el jefe.

—¡Desde el coche lo coordino todo! —Lo imité sin pararme.

Accedí a las escaleras y las fui saltando, mientras escuchaba la respiración agitada de Jana al otro lado de la línea.

—Sigue hablándome, ¿por qué carreteras vas? —le pedí acelerado.

—No lo sé, me he desviado. Estás muy lejos.

—No tanto, cuando te des cuenta estoy ahí.

Salí del edificio y le pedí que esperara cuando me monté en el coche, para que se activara el bluetooth y el manos libre.

—Ya —dije a la vez que me ponía en movimiento.

—No sé lo que hacer, cada vez están más cerca de nosotros —susurró.

—Sí que lo sabes, solo tienes que recuperar el control, ¿me oyes?

—¿Por qué no estás aquí?

Me quedé callado por unos segundos, maldiciendo, porque tenía razón. ¿Por qué mierda me había ido? Podría haberme opuesto a la petición de Luís para que controlara el traslado, pero algo en mí me hizo aceptar, algo relacionado con Jana. Necesité asegurarme de que el desgraciado que estuvo a punto de terminar con su vida no viera más tiempo del normal el exterior de las cárceles, y mucho menos, que algo se descontrolara y pudiera escapar.

—Lo siento, tienes razón.

—No tienes la culpa —murmuró y a pesar de la situación y de la tensión, curvé un poco los labios.

—¿Cuánta distancia te separa del que ves?

—Bastantes metros. Es una carretera de doble sentido y hay varios coches entre los dos por el tráfico.

—Continúa de esa forma, ahí no puede intentar nada. Dile a Leo mi número y que comparta vuestra ubicación conmigo, necesito seguirla en tiempo real, lo más exacta posible.

Lo hizo y esperé llevando la mirada de la carretera a la pantalla. Hasta que me entró un correo con la confirmación. Lo abrí y accedí al mapa.

—Os tengo, voy a colgar para hacer unas llamadas. Enseguida hablamos otra vez, ¿de acuerdo?

—Vale.

—Te quiero —dije por primera vez.

—¿En serio? ¿Ahora? —gritó y apreté los labios— ¿Me lo has dicho porque das por hecho que será de las últimas veces que hablemos? —Terminó con un jadeo.

—No, ni lo pienso ni a va a suceder. Te lo he dicho porque es lo que siento desde hace mucho tiempo, Jana, más del que puedes imaginar. Pero te prometo que te lo diré otra vez cuando estemos cara a cara, ¿así mejor?

—¿De verdad?

—¿El qué? ¿Qué volveremos a vernos? ¿Qué es lo que siento desde hace años? ¿O qué te lo repetiré muchas veces? ¿Cuál de ellas?

—Todas.

—Puedes estar segura de que no me equivoco en ninguna de ellas, Jana. Voy a colgar para coordinarlo todo y en cuanto termine estoy contigo otra vez.

—Connor…

—¿Sí?

—Te quiero. —Una sensación cálida me recorrió el interior, contraponiéndose a las otras que se habían apoderado de mí.

—Lo sé.

—Oh, ¡venga ya! Siempre tienes que quedar por encima. —Bufó.

Solté una carcajada por su reacción, la que había buscado con mi afirmación, todo hay que decirlo. Colgué con la necesidad de poner a varios equipos en movimiento. Fue lo primero que hice porque era realista y sabía que me llevaría mucho tiempo llegar hasta Jana y Leo, quizás demasiado para la situación en la que se encontraban.

Envíe hacia la carretera por la que Jana circulaba al equipo que se había mantenido a dos pueblos de distancia de ellos, los que habían estado de refuerzo por si algo se descontrolaba. Me tranquilizó escuchar que ya estaban en movimiento y que habían recorrido los kilómetros que los separaban porque Willow los había alertado. Solo tuve que darles los datos exactos. Darían con el coche de Jana.

El otro equipo saldría de donde yo, directos hacia la casa para que me pusieran al tanto de la situación y que ayudaran al resto, por muy en contra que fueran de tiempo. Para mi pesar tuve que priorizar porque si le sucedía algo a Leo, Kurt se habría salido con la suya y no habría juez que se ocupara de su caso, alargándose el proceso. Y quién sabía si con una resolución a su favor, porque me fiaba bien poco de a quién pudiera tener comprado.

Después de darles la información a todos y de ponerlos al tanto de la urgencia, les pedí que volaran antes de marcar el número de César. Los tonos me envolvieron, hasta que descolgó.

—Connor.

—Lo siento, tío. Salí pitando de la central por lo del traslado. Lo adelantaron sin avisarnos y dejé el teléfono atrás sin darme cuenta. Luís me ha puesto al día de lo que os ha sucedido. ¿Estáis bien?

—Ya me extrañaba, siempre respondes. No he querido pensar en que había sucedido algo. Sí, controlado. Ha sido un poco de caos, pero acabamos de llegar a un pueblo y creo que será el elegido para quedarnos. Saray y María acaban de entrar en un bar para ir al baño, estoy esperándolas.

—¿Qué pueblo? —al decírmelo cerré los ojos durante unos breves segundos, después de comprobarlo en el mapa — Necesito tu ayuda, César, eres el que está más cerca.

—¿Para qué y de qué o quién?

—Cerca de Jana y de Leo, están en peligro.

—¿Cómo?

—Escúchame bien. Yo ahora mismo estoy saliendo de la ciudad y me quedan muchos kilómetros por delante. Por mucho que pise el acelerador me será imposible llegar en el tiempo que necesito hacerlo. Por la ubicación que me han enviado, tú estás a poco menos de quince minutos de ellos. También los han atacado y se han quedado varios del equipo atrás. Que sepamos, un coche está siguiendo al de Jana, no sé si serán más. Necesito que la ayudes y le des apoyo, junto al equipo de refuerzo al que acabo de darle todos los datos. Ya van para allí, no estarás solo.

—Mierda —dijo alterado—. El tiempo que me lleve dejar a las mujeres en un lugar seguro y salgo pitando para allí.

—Perfecto. —Dejé salir el aire despacio—. Ahora volveré a hablar con Jana y le diré que te comparta desde su móvil la ubicación, no tardarás en ponerte detrás de ella.

—¿Dónde están el resto?

—Tengo que encargarme de ello también —dije serio, apretando la mandíbula.

—Vale —aceptó sin hacer más preguntas, intuyendo que era complicado—. Ya salen, voy a ponerme en marcha. Informa a Jana. Estamos en contacto.

—Ok. Ten cuidado. —Colgué un poco más tranquilo por el giro que había dado la situación.

A punto de volver a pulsar el botón de llamada del número de Jana, me entró una de Willow, lo que agradecí inmensamente.

—Dime que estás bien —le pregunté al descolgar, nervioso.

—Sí, pero le he perdido la pista a Jana y a Leo. Todo se ha girado cuando dos tíos se han adentrado en el bosque para dar conmigo y no he podido hacer otra cosa que mantenerme oculta, con la necesidad de despistarlos para poder ir hacia la casa, porque Jana acababa de entrar después de hablar conmigo.

»Un disparo desde el interior me ha puesto atacada y al cabo de poco tiempo la he visto salir corriendo con Leo, hacia el coche. Justo en ese instante varios han aparecido siguiéndoles los pasos, pero le ha dado tiempo a huir y a sacarles algo de ventaja. Han llegado por la parte trasera, en tres coches. Después de verla desaparecer me he quedado a la espera, porque no he oído ningún ruido más que saliera del interior, ni un puñetero disparo.

»Me ha extrañado no escuchar alguna reacción de Hernán y de Nico, contraatacando, y necesitaba comprobar qué estaba sucediendo. Iba a ponerme en movimiento, a pesar de la inferioridad, pero se han largado demasiado rápido. Con la zona despejada he llamado al equipo de apoyo que está a dos pueblos de distancia y les he pedido ayuda, después he accedido a la casa encontrándome con el caos dentro. Al coger el móvil para llamarte he visto un mensaje de Jana, lo había puesto en silencio.

—No te preocupes por Jana y Leo, he hablado con ella. Ahora le informo de que lo he hecho contigo porque está inquieta al no tener respuesta tuya. La están siguiendo, pero ya he hablado con el equipo de apoyo y no tardarán en dar con ellos. César también va en camino, será el primero en acercarse a Jana. Hemos tenido la suerte de que no está muy lejos de su posición. ¿Dónde estás tú?

—En el coche, siguiendo a las dos ambulancias. Cuando he podido llegar a la casa y he visto lo que había… —susurró— He llamado a emergencias. Connor…

—¿Sí? —Tragué saliva, apretando el volante con fuerza por lo que iba a escuchar, al notarla muy afectada y a punto de llorar.

—Nico está estable, pero Hernán… No lo he visto nada bien, no ha reaccionado en ningún momento mientras lo atendían los sanitarios. Había mucha sangre —susurró.

La impotencia, la rabia y el miedo me sobrepasaron. Volví a maldecir por la impotencia de estar tan lejos de todos y por no poderme dividir como necesitaba. Sentía el peso de la carga sobre mí, una demasiado pesada para poderla controlar.

—Luchará por salir, Willow, lo sabemos los dos —hablé en tono bajo.

—Sí. —Me imitó.

—Mantenme informado y dime a qué hospital los llevan. Por esa zona hay varios.

—Vale, te lo haré saber.

—En cuanto pueda estoy junto a vosotros —aseguré.

—Lo sé, hazlo con Jana y el resto —me pidió con evidentes síntomas de estar llorando, antes de colgar.

—¿Sí? —Tragué saliva, apretando el volante con fuerza por lo que iba a escuchar, al notarla muy afectada y a punto de llorar.

—Nico está estable, pero Hernán… No lo he visto nada bien, no ha reaccionado en ningún momento mientras lo atendían los sanitarios. Había mucha sangre —susurró.

La impotencia, la rabia y el miedo me sobrepasaron. Volví a maldecir por la impotencia de estar tan lejos de todos y por no poderme dividir como necesitaba. Sentía el peso de la carga sobre mí, una demasiado pesada para poderla controlar.

—Luchará por salir, Willow, lo sabemos los dos —hablé en tono bajo.

—Sí. —Me imitó.

—Mantenme informado y dime a qué hospital los llevan. Por esa zona hay varios.

—Vale, te lo haré saber.

—En cuanto pueda estoy junto a vosotros —aseguré.

—Lo sé, hazlo con Jana y el resto —me pidió con evidentes síntomas de estar llorando, antes de colgar.

Capítulo 36



Hacía un buen rato que había perdido el contacto con Jana. De estar hablando con ella, su cobertura había desaparecido dejándome más ansioso y nervioso, pisando el acelerador al máximo. El GPS no había fallado y se mantenía funcionando, solo por eso había intentado tranquilizarme al ver cómo continuaba avanzando.

Hacía veinte minutos que la señal estaba fija, marcando un punto exacto. Solo podía deberse a dos posibilidades, pero en la única en la que pensé fue en la positiva, en la de que todos a los que había enviado para ayudarla habían llegado a tiempo y el peligro había desaparecido. Me aferré a ello porque tampoco había podido contactar con César y con el equipo de apoyo, dando por hecho que estaban juntos y sin cobertura. Volé sobre el asfalto, arriesgando por las puñeteras carreteras de interior.

Cuando por fin me aproximé a la zona fijé la vista en lo que más destacaba, las luces de varias ambulancias que obstaculizaban la visión. Una estaba parada en el lateral derecho de la carretera, la otra en el izquierdo, apartadas para no bloquear el paso de los coches que circulaban con normalidad. Frené sintiendo el miedo apoderarse de mí de la misma forma que salí del coche rápido y corrí con la placa en alto hacia varios policías que estaban en la zona, para que no se les ocurrirá impedirme acceder a ella ni pararme.

—César —lo llamé en alto mientras me acercaba.

Estaba de espaldas a mí y al escucharme giró rápido, haciendo visible a quién había estado tapando, a Jana. Sentí que perdía las fuerzas al verla, notando cómo mis piernas temblaban. Los dos estaban juntos y bien. Jana se separó de él y corrió hacia mí. La abracé cuando se lanzó a mis brazos.

—Ya ha pasado —susurré sobre su cabeza, apretándola fuerte al sentirla llorar silenciosa—. ¿Y Leo?

—En una ambulancia —murmuró.

Cuando se separó le retiré las lágrimas de las mejillas.

—¿Está bien? —me preocupé.

—Sí, lo están atendiendo por un latigazo cervical.

—Esta muchacha, que cada vez conduce peor. —Escuchamos su voz alta y fuerte, y nos movimos para mirarlo.

Sonreí de medio lado, aceptando con ganas el abrazo que me dio cuando llegó a nosotros con un collarín alrededo del cuello. Empecé a respirar más tranquilo al tenerlos controlados y estables.

—Vas a tener que tragarte esas palabras, que lo sepas. —No pudo quedarse callada Jana.

—Hija, que si a la derecha, que si a la izquierda, los frenazos en los que casi pierdo los dientes… —le recriminó, eso pareció, pero nada que ver con la realidad porque todos estábamos sonriendo, agradecidos por cómo había terminado.

César llegó a nuestro lado y también lo abracé, susurrándole una palabra antes de soltarlo.

—Gracias.

Como respuesta asintió al separamos, sonriendo mientras me apretaba un hombro. Llevé la vista a lo que nos rodeaba. El coche de Jana y el de César estaban en la orilla, otro se había estrellado contra varios árboles y tenía e morro metido por completo para dentro.

—Se los han llevado en estado grave, no sabemos nada más —me informó César al darse cuenta de hacia dónde dirigí la atención.

—¿El equipo de apoyo? —Pasé a lo que me importaba.

—Han continuado. Había dos coches más y los han seguido —continuó explicándome y asentí—. No he podido ponerme en contacto con ellos, no llega señal aquí.

—Lo sé —confirmé porque casi pierdo la cabeza por ello—. En cuanto salga de esta zona los llamaré. Ven aquí. —Agarré de un brazo a Jana y la pegué a mí, abrazándola otra vez, como necesitaba.

César y Leo se alejaron unos pasos para darnos privacidad. Nos quedamos en silencio, sin movernos. Una paz como solo había sentido una vez en la vida me recorrió, interiorizando la misma sensación que tuve cuando consiguió abrir los ojos en el hospital y se estabilizó de las heridas tan graves que sufrió. Cerré los ojos notando el calor de su cuerpo unido al mío.

—Connor. Hernán…

Por Willow ya estaba tranquila, antes de que se cortara nuestra comunicación la informé de todo lo que ella me había contado, al igual que por Nico porque sabía que estaba estable.

—No se sabe nada nuevo. Ahora iremos al hospital. —La apreté a mí—. Lo has conseguido —susurré después de darle un beso en la cabeza.

r—De esta necesito otra baja —murmuró, haciéndome sonreír un poco.

Me separé poniendo las manos en sus mejillas, sin apartar los ojos de los suyos.

—Estoy muy orgulloso de ti. Te quiero. —Hice lo que le había prometido y no sería la única vez que lo hiciera.

Su vista se nubló con lágrimas otra vez, mientras tragaba saliva.

—Te quiero —repitió susurrando, antes de que nuestros labios hicieran contacto.

Jana

Cuatro días más tarde…

l

Parada frente a una puerta esperaba impaciente. Uno de mis pies no dejaba de moverse. Va a terminar ya, me dije y me repetí. Me costaba creerlo después de tanto tiempo, pero así era y no había nada ni nadie que pudiera impedirlo. Me encontraba en una sala del juzgado, donde me habían llevado a la espera de que vinieran a por mí para testificar.

Sí, Kurt Roncalli por fin estaba sentado en la silla del acusado por muchísimos delitos graves, con Leo dirigiendo el juicio desde su posición, impecable y sin piedad. Lo habíamos conseguido, cerré los ojos unos instantes, dejando salir el aire lentamente y recordando todo lo que había pasado una vez Connor estuvo junto a mí.

Cuando César se despidió de nosotros en el hospital, después de quedarse un tiempo por si nos informaban sobre el estado de Hernán, tuvo que irse porque se alargó y no quería dejar más tiempo solas a Saray y María. A pesar de que el peligro más inminente había desaparecido, todavía nos quedaban largos días por delante hasta la celebración del juicio y no pudimos bajar la guardia, por si volvían a intentar atacar a Leo y su mujer.

Nosotros, Connor, Leo y yo, nos quedamos en el hospital junto a Willow, a la que abracé en cuanto la vi,
l rompiendo las dos a llorar por el estado de Hernán. Se dejó consolar por Connor y por mí, haciendo una piña a la que se unió Leo, sin poder borrar de nuestras caras las expresiones de preocupación e intranquilidad.

Alquilamos una casa cerca del hospital, del que apenas salíamos, con la necesidad de estar todos juntos, lo más cerca que podíamos de él, pasando el trago tan amargo que fue. Fueron muchas las llamadas que recibí de Saray, preocupada y atacada de los nervios. Intenté tranquilizarla todo lo que pude, pero yo no estaba mucho mejor que ella.

Hacía un día que habíamos regresado a la ciudad. El juicio tenía que celebrarse como fuera, y agradecimos que mientras debatíamos cómo hacerlo para no dejar solo a Hernán en el hospital, tan lejos, nos notificaron que se había estabilizado. De ahí a que lo llevaran a una habitación pasaron varias horas, cuando se aseguraron de que no retrocedería.

Lo tuvimos claro, lo queríamos lo más cerca posible, por ese motivo Connor pidió el traslado de hospital para llevarlo a uno de la ciudad. El mayor peligro había pasado y al estabilizarse, pudieron hacerlo sin temer por su vida. En él continuaba, todavía no lo habíamos visto con los ojos abiertos, pero nos aferrábamos a que continuaba luchando para hacerlo.

Como yo ya sabía y le anticipé a Nico, desde el principio estuvo estable dentro de lo que es la gravedad de dos heridas de bala, la que recibió en el hombro por el asalto y la mía, bien calculada. Aún hoy, cuando hablo con Connor del tema porque se lo expliqué todo al detalle, dejándolo sorprendido y paralizado, no sé por qué lo hice de esa forma. Me refiero a porqué apreté el gatillo dirigiendo la bala a una zona en la que era consciente de que no terminaría con su vida.

Fue una reacción espontánea, quizás de mi subconsciente, pero una que agradecía cada día porque después de escuchar la explicación posterior que me dio y por lo que tuvo que pasar… ¿Quién somos para juzgar a alguien que se ve en su situación? Nadie, cualquiera que se vea tan desesperado, con las manos atadas y que la única salvación que tenga para las personas que más quiere, sea actuar en contra de sus propios principios… En realidad, no hizo daño a nadie, por suerte, porque hubiera sido una carga demasiado pesada y cabía la posibilidad de que no podría habérselo perdonado a él mismo nunca.

Connor habló con Nico a puerta cerrada, después de saber por mí lo que había hecho y de su situación. Dos horas estuvo dentro de su habitación, las que se me hicieron eternas. No pude evitar estar nerviosa por Nico porque no supe cuál sería el veredicto de Connor hacia él y cómo actuaría en consecuencia por sus actos.

Pero mis nervios no tuvieron sentido, lo supe en cuanto lo vi salir y acercarse a mí. Utilizó pocas palabras, pero el resumen es que, la información quedaría entre nosotros y que nadie más lo sabría, a excepción de Luís, con el que habló para ponerlo al corriente para abrir su caso y localizar a su madre y hermana, de las que todavía no se sabía nada. Me lo comí a besos, literalmente, haciéndolo reír, después de colgarme de su cuello.

Volviendo al presente, dejando apartados los días atrás, la puerta que tenía enfrente se abrió. Un hombre me pidió que lo acompañara y lo hice al instante. Connor estaba en la sala entre los asistentes del juicio, para no perderse detalle de lo que estaba sucediendo. Asentí hacia el hombre que se paró frente a otra puerta y agarró el pomo, preguntándome en silencio si estaba preparada.

Caminé decidida al lugar que tenía que ocupar y me senté cerca del hombre que consideraba como un padre. Me sonrió con cariño, saltándose el protocolo, el mismo gesto que le devolví antes de fijar la atención en el acusado. La curva de mis labios se amplió, pero mostrando mucha ironía, mientras sus ojos estaban fijos en mí. Amplié el campo de visión y encontré a Connor sentado justo detrás. Sonreí más, pero interiormente, por lo cerca que se había puesto para controlar la situación.

Dejé salir el aire despacio viendo su expresión de orgullo, mientras me asentía. A su lado estaban nuestros amigos: César, Saray y Willow, apoyándome como siempre hacían. Las palabras serias y cortantes de Leo captaron la atención de toda la sala cuando empezó a hablar refiriéndose al caso, a mí y a su propia experiencia vivida.

Ahora sí, me dije con satisfacción y con una sensación de paz difícil de explicar. Solo pude interiorizarla y disfrutar de ella, sintiéndome arropada por todos los que quería, incluso por los que no estaban presentes como María, Nico y Luís, los que era consciente de que también lo hacían desde la distancia, incluyendo a Diego que estaba informado de todo y a Hernán, aunque todavía no estuviera consciente.

Dejé salir el aire despacio viendo su expresión de orgullo, mientras me asentía. A su lado estaban nuestros amigos: César, Saray y Willow, apoyándome como siempre hacían. Las palabras serias y cortantes de Leo captaron la atención de toda la sala cuando empezó a hablar refiriéndose al caso, a mí y a su propia experiencia vivida.

Ahora sí, me dije con satisfacción y con una sensación de paz difícil de explicar. Solo pude interiorizarla y disfrutar de ella, sintiéndome arropada por todos los que quería, incluso por los que no estaban presentes como María, Nico y Luís, los que era consciente de que también lo hacían desde la distancia, incluyendo a Diego que estaba informado de todo y a Hernán, aunque todavía no estuviera consciente.

Epílogo



Siete años después…

Jana

—¿Quién encontró a quién? —preguntó con su vocecilla Alex, nuestro hijo de cuatro años.

Sus pies se balanceaban en la silla, no le llegaban al suelo. Sus ojos se movían de uno a otro, esperando a que le aclaráramos la duda. Estábamos sentados en la terraza de nuestra casa, la que un día fue solo de Connor. Mi piso decidí venderlo, aunque continuaba yendo mucho al edificio para ver a Amanda. Luego os hablaré de ella.

—Por supuesto yo, hijo —le contestó Connor, antes de beber un sorbo de refresco.

—No te lo crees ni tú —le rebatí.

—No, ¿eh? —Levantó una ceja, mirándome divertido—. ¿Quién se fijó en el otro primero? ¿Quién se preocupó en cuidar desde la distancia y saber de la vida del otro? ¿Quién dio todos los pasos para un acercamiento?

—Esa es tu versión, la mía no la conoces —comenté haciéndome la distraída.

—¿Pica?

—¿Eh?

—Que si pica que vuelva a tener la razón —dijo serio, para después soltar una carcajada.

—Mamá siempre lo encuentra todo. —La intervención de nuestra hija de seis años, Sofía, dio luz al momento.

—Es verdad. —Se levantó de un salto Alex—. Mami encuentra lo que no aparece en casa.

—¿Ves? —dije orgullosa, mirando de reojo a Connor mientras me aguantaba la risa— Gracias por aclarárselo a vuestro padre, todavía no se había enterado.

Salieron corriendo los dos, riendo por el gruñido que salió de la garganta de Connor, uno que tuvo el propósito de hacerles gracia, como había sucedido.

—No me vale —insistió él, cabezota.

—Digiérelo y acéptalo —dije de carrerilla mientras me movía rápido escapando de él, empezando a correr también, pero yo hacia la piscina, a la que entré sintiendo alivio al instante por el cambio de temperatura. Hacía mucho calor.

Lo reté con la mirada desde el agua, continuaba sentado en la silla, protegido del sol por el techado del porche. Sacudió la cabeza con movimientos lentos, haciéndome saber que no estaba conforme y que me lo iba a hacer entender. Me separé del borde de la piscina riendo. Nadé hasta el centro cuando lo vi levantarse y quitarse la camiseta, quedándose solo con el bañador.

Corrió hasta la piscina y se lanzó de cabeza, llegando a mí buceando, tirando de mis piernas hacia abajo. Me hund con él y uní los labios a los suyos, y de esa forma salimos, besándonos.

—Tú me encontraste, en todos los sentidos —susurré agarrada a su cuello, mientras él nadaba llevándonos hasta otro de los bordes.

—¿Por qué te resistes tanto a darme la razón? —murmuró acariciándome los labios con los suyos.

—Porque me encanta rebatirte y el resultado que tiene. —Se los mordisqueé palpándole por encima del bañador e miembro que había empezado a ponerse erecto.

De su garganta salió otro pequeño gruñido, pero con un sentido muy diferente al anterior. Mi impulso provocó qu nos quedáramos sin aliento cuando nuestros hijos gritaron hacia nosotros, avisándonos de que venían. Los dos se lanzaron al agua. Alex con sus manguitos, Sofía libre de ellos porque sabía nadar muy bien, lo que Alex no tardaría en hacer porque Connor le estaba enseñando y ya había avanzado bastante. Pero aún en ciertos momentos preferíamos que no se acostumbrara a meterse en el agua sin protección.

Para nosotros la diversión íntima terminó, dejándola apartada hasta que pudiéramos continuar porque no lo íbamos a dejar donde nos habíamos quedado. La sustituimos por la de jugar con los pequeños, una muy bien recibida. Las risas, seguidas por los lanzamientos en el agua no tardaron en llegar, haciéndonos tragar a los tres un poco de agua. Sí, yo me incluía también con los niños porque Connor se vengó de esa forma y de algunas otras que pasaron desapercibidas por nuestros hijos.

Esta es nuestra vida, una que se inició hace siete años atrás y que no cambiaría por nada del mundo. Cuando Sofía tenía un año pasamos por el altar, una boda que celebramos junto a todas las personas que queríamos, amigos y familiares. Fue íntima y en la que disfrutamos del comienzo de lo que hoy en día continuábamos haciendo.

Después del juicio, con las últimas palabras de Leo que sentenciaron de por vida al jefe de la organización, me refiero a él de esa forma porque desde la última vez que lo tuve enfrente evitaba decir su nombre, nuestras vidas tomaron un camino más calmado. Regresamos a nuestros trabajos, en los que seguíamos.

Amábamos nuestra profesión y como muchas veces me repetía Connor, formaba parte de nosotros. Continuábamos a las órdenes de Luís, lo que no sabíamos es por cuánto tiempo más lo haríamos porque ya había dejado caer varias veces en nuestra presencia, que estaba planteándose adelantar unos años la jubilación y si llegaba el día en el que lo llevara a cabo, yo tenía claro quién sería su candidato idóneo para sustituirlo: Connor. Otra cosa es que él lo viera viable y aceptara el puesto, porque requería estar más tiempo dentro de un edificio que fuera de él. Ya se vería, fuera como fuese, eligieran cada uno lo que eligieran, bien estaría.

La verdad es que me costó aceptar la realidad hasta verme otra vez trabajando, pero cuando uno se da frente con un trauma que lo desestabiliza, hasta el punto en el que me vi afectada yo, es normal que no se consiga reaccionar de ciertas formas y que se niegue la realidad, a pesar de que es la única que te puede salvar.

Hasta que te ves obligada a hacerlo por fuerza mayor, claro está, como fue lo que me sucedió. La vida, que habla por ella misma y tiene sus propias reglas y caminos, ante los que podemos resistirnos al máximo, pero con algún pequeño desvío o variación, siempre termina llevándote hacia lo que te toca vivir y aceptar.

Ahora os hablaré de todos los que continúan formando parte de nuestras vidas: nuestros amigos y familiares. Así los englobábamos ya que, aunque no nos uniera la misma sangre los sentíamos de esa forma, de corazón. Y ya os digo que es lo que crea las uniones más fuertes que pueden darse.

Primero empezaré con Leo ya que lo he mencionado antes. Él y María continuaban compartiendo sus vidas, felices; más tranquilos y relajados porque para Leo, como ya me dejó caer en una ocasión, en pleno caos, había pasado su etapa más activa. Con ello no me refiero a que no tuviera la vitalidad y la fuerza necesaria para llevar tan impecablemente su trabajo como siempre lo había hecho, pero sí que decidió aflojar y apartarse de los casos más importantes, destinando gran parte de su tiempo a dar seminarios para los estudiantes y profesionales que agotaban las plazas para verlo y poder disfrutar de su profesionalidad. Estaba feliz con el giro que le dio a su vida profesional y nosotros con él, acompañándolo en el proceso. Eran unos felices abuelos de Alex y Sofía, así se consideraban ellos y nuestros hijos. Sobra decir que para Connor y para mí también. Yo los adoraba, por lo que fueron, por lo que continuaban siendo y por lo que serían…. Con ese amor y fuerza nos unió mi padre y nos dejó, con la tranquilidad de lo que significábamos los unos para los otros.

Sigo con Amanda, mi querida vecina y otra abuela para nuestros hijos. Estaba feliz de la vida ejerciendo ese papel, disfrutando de todas las etapas de los pequeños, la que se perdió con sus propios nietos porque su hijo y su familia vivían lejos. Hacía viajes, al igual que ellos para verla, pero la realidad era que no podía disfrutar de muchos momentos de su propia familia, la que suplimos nosotros, a lo grande, porque no nos separábamos de ella María y Amanda se hicieron inseparables. Desde el mismo momento en el que decidí llevar a María al piso de Amanda, cuando la saqué de su casa golpeada, se convirtieron en grandes amigas. La relación no podía ser más buena, tanto, que Leo bromeaba siempre con que, de tener una mujer, había pasado a tener dos, sin verlo venir.

Una broma que provocaba muchas risas entre todos.

Nuestra amistad con Diego continuaba tan fuerte como siempre, no podía ser de otra forma. Según él, cuando las personas se conocen en una de las peores etapas de sus vidas y se crea un vínculo entre ellas, ya nada podía truncar la relación que se forjaba porque después de lo malo solo quedaba disfrutar de lo bueno. Nunca le quitábamos razón porque la tenía, sobradamente. Continuaba ejerciendo su trabajo, ayudando a muchos pacientes, siendo el apoyo que necesitaban mientras los rehabilitaba. Al final le tomó el gusto a lo de cogerse días libres, y más lo hizo cuando en una de las vacaciones hacía años, más concretamente seis, se lio con una compañera del hospital, Noelia. Como me comentó en su día Diego, formó con varios compañeros un grupo de seis en el que estaba incluida ella, los que cada vez que podían y coincidían en las fechas, aprovechaban para irse y desconectar. Tanto viaje para un lado y para el otro, pues con los acercamientos, poco a poco, dos personas que trabajaban bajo el mismo techo, pero que solo se saludaban y tenían conversaciones esporádicas, terminaron por descubrirse mutuamente. Y es que, nunca sabes dónde se puede esconder el amor de tu vida, el que está a la espera de que algo suceda para salir a flote y arrasar con todo. Buena prueba de ello éramos nosotros, Connor y yo, y alguno más que ahora mencionaré. Diego y Noelia tenían una relación muy bonita, se complementaban a la perfección conviviendo juntos.

Sobre Hernán… Lo pasamos muy mal viéndolo luchar por regresar junto a nosotros. Le costó, vivimos una semana en la que la incertidumbre de si la superaría nos pasó factura porque todas la noticias que recibíamos de su estado no variaban. Hasta que después de nueve días sus ojos se entreabrieron, lo que nos causó una gran felicidad y paz. Saray no quiso apartarse de él en ningún momento, siendo Hernán consciente y sin serlo. Fue la que peor lo llevó por los sentimientos extras que sentía hacia él, unos de los que nos habló en uno de los días que tomábamos café en la cafetería del hospital. La arropamos todo lo que pudimos, en realidad lo hicimos los unos con los otros porque fue una etapa muy dura e inestable de emociones. Pero hay que quedarse con lo realmente importante y ello era que lo superó y consiguió luchar para regresar a nuestro lado. Estuvo ingresado en el hospital dos semanas y media más. Cuando le dieron el alta todo se cubrió de una calma muy bien recibida. Para Saray esa parte fue dolorosa porque no le había hablado de lo que sentía, se dedicó a cuidarlo y a hacerle compañía, pero claro, una vez de vuelta a la vida normal, Hernán tenía que irse a su casa y ella hacer lo mismo, hacia la suya. El día en el que salió del hospital y Connor y yo lo llevamos a su casa, Saray se vino un poco abajo porque él no había dado indicios de nada hacia ella, más allá de la amistad. Perder todo el contacto que habían tenido le supuso mucho. Lo que ella no sabía es que Hernán evitó decir y mostrar nada mientras se mantenía en el hospital, para no relacionar algo tan importante con una etapa que quería olvidar. Sí, siempre fue muy consciente de los sentimientos de Saray hacia él. Yo lo tuve claro cuando vi su reacción en la «mega piscina» que compró Connor para la casa en la que nos escondimos, a la que lo llevé huyendo de la primera, para que se recuperara de la herida de bala. La sonrisa que mostró en ese momento Hernán, mientras el agua no les cubría ni las piernas, con Saray eligiendo pegarse a él en vez de a nuestro amigo César, me dejó claro hasta qué punto era conocedor de lo que había. La tarde del día en el que le dieron el alta se presentó por sorpresa en el piso de Saray, dejándola bloqueada y descolocada al no esperárselo. Principio sin un final, eso es lo que fue porque entró y ya no volvió a salir. Bueno sí, con las maletas de Saray porque le pidió que se fuera a vivir a su casa dos meses después de iniciar la relación. Hacía años que se conocían al estar tan unidos profesionalmente y no les hizo falta nada más que disfrutar para saber que no querían separarse. Tenían una hija de tres años, Alba.

Mi querido amigo César, al que adoraba y era uno de los pilares importantes en mi vida. Os cuento que, lo fue también para Willow durante los días tan malos que pasamos en el hospital, sin saber si Hernán conseguiría abrir los ojos. En la vida, muchas veces, nunca sabes cuándo llegará el momento en el que los sentimientos aparecen y en ellos dos arrasaron. Unos sentimientos que por lo que supe después, habían ido surgiendo desde la distancia y con el mínimo roce. Qué nos iban a decir a Connor y a mí, porque eso exactamente fue lo que nos sucedió a nosotros. A pesar de esos sentimientos y de la atracción que tenían el uno por el otro, se lo tomaron con mucha calma hasta que se decidieron a formalizar la relación. Da igual que lo hicieran o no, porque era evidente para los ojos de cualquiera. Lo mismo era relacionar unos sentimientos a una palabra como novios al principio, que simplemente sentirlo. Hoy día estaban planeando su boda, con mucha ilusión, haciéndonos partícipes a todos. Tenían un hijo de cinco años y Willow estaba embarazada de siete meses. El total de la familia que querían formar, junto a las nuestras, según las palabras de los dos.

Compaginar nuestros trabajos tan activos con la familia no era fácil, en muchos momentos se hacía cuesta arriba y costaba demasiado, por el peligro que recaía sobre nuestras espaldas. Pero ninguno se planteó en ningún instante negarse a la profesión que nos hacía vibrar y sentirnos plenos. En esas ocasiones entraban en acción los abuelos, tanto Leo, María como Amanda, porque, aunque no lo fueran realmente como ya he dicho, así era de corazón y eso valía mucho más que cualquier otra cosa. Junto a los de sangre de cada uno de nuestros amigos, los que teníar la gran suerte de tenerlos todavía.

Por último, y no menos importante, menciono a Nico. En el hospital le dieron el alta una semana después de que ingresara en él, por su rápida recuperación. Como ya sabéis, Connor abrió el caso de su madre y hermana, para da con ellas. Le llevó casi dos semanas localizarlas, con mi ayuda porque quise ser partícipe. Lo conseguimos, después de ir a muchos lugares, de hacer infinidad de preguntas, de movernos hacia pistas falsas… Las encontramos en una casa en la que tuvimos que entrar a la fuerza porque todavía estaban retenidas por dos hombres que pensaban sacarle partido a la situación. Cuando nos las llevamos estaban en un estado un poco deteriorado, pero nada que el tiempo no pudiera mejorar y curar, y más con amor. Junto a Luís, presenciamos el reencuentro de Nico con ellas, el que más emotivo no pudo ser e hizo que todos termináramos emocionados y con lágrimas en los ojos. Él no supo cómo agradecernos lo que habíamos hecho, refiriéndose a todo, tanto a protegerlo por lo que se vio obligado a hacer, como porque no descansamos hasta unirlos otra vez. No le salieron las palabra en ese instante, solo pudo abrazarnos llorando, lo mismo que le devolvimos, diciéndole que sobraba el hablar ya que estaba todo dicho y enterrado. Continuaba siendo compañero nuestro, pero formando equipo con otro grupo dado que yo cuando regresé, lo hice junto a mis amigos. Los equipos se componían de tres, a no ser que nos unier Luís para casos muy concretos y complicados. Su secreto se quedó con nosotros, en el olvido y nuestra unión se fortaleció hasta convertirnos en grandes amigos. No podía ser de otra manera porque era buena persona, solo que se vio inmerso en algo que no le pertenecía, a la fuerza. Tenía una relación con Lucía desde hacía tres años, una chica que conoció cuando menos se lo esperaba y que supuso un cambio radical para él, en cuestión de sentimientos.

Y así, con todo lo sucedido y vivido, con el paso del tiempo, continuábamos siendo una gran familia unida, los que estábamos para todos siempre, pero, sobre todo, cuando más se necesitaba.

La amistad reconforta, el amor sana, la familia arropa y protege, y cuando unes todo en unas mismas personas, te

das cuenta de la gran suerte que tienes. Y yo, era una gran afortunada por poder disfrutar del conjunto completo, en su máxima extensión.

Connor era mi pilar más fuerte, el soporte vital que se complementaba con nuestros hijos y el resto de las personas que quería, pero sin él, nada de lo que había conseguido en la vida hubiera tenido el mismo sentido.

das cuenta de la gran suerte que tienes. Y yo, era una gran afortunada por poder disfrutar del conjunto completo, en su máxima extensión.

Connor era mi pilar más fuerte, el soporte vital que se complementaba con nuestros hijos y el resto de las personas que quería, pero sin él, nada de lo que había conseguido en la vida hubiera tenido el mismo sentido.

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu

RRSS:

Facebook: Carlota Manzano

Instagram: @carlotamanzanoautora

Página de autora: relinks.me/CarlotaManzano

Twitter: @ChicasTribu